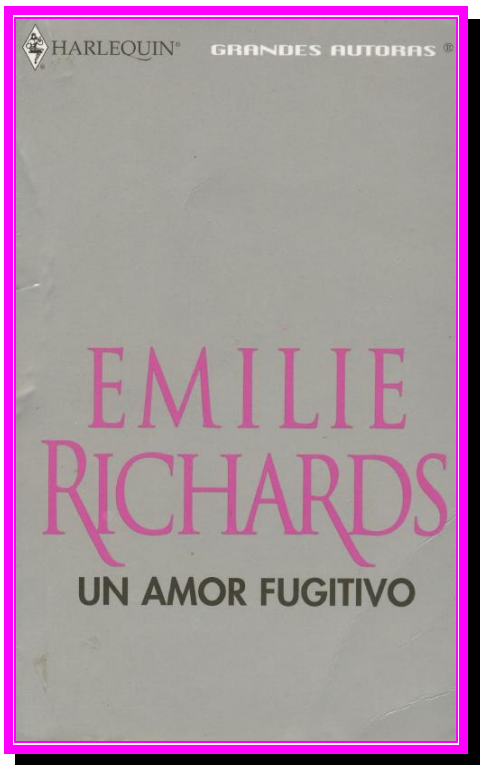
Un amor fugitivo

Emilie Richards

3º Las hermanas Jensen



Un amor fugitivo (2005)
Título Original: Fugitive (1990)
Serie: 3º Las hermanas Jensen
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Grandes Autoras 48
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Carl Petersen y Tate Cantrell

Argumento:

Tate Cantrell se quedó paralizada en la puerta de su casa, aislada en la montaña. Aquel desconocido armado era un preso que se había fugado de la cárcel. Estaba herido y necesitaba ayuda urgente.

Carl Petersen se había propuesto dar con el traidor que lo había vendido, pero una bala lo había herido y se hallaba solo en pleno bosque. No sabía que estaba a punto de encontrar a la mujer que iba a iluminar su existencia, la mujer con la que cumpliría una cadena perpetua de amor… Sin embargo, pronto tendría que huir de nuevo porque, si los encontraban juntos, podría no ser el único que pagara con su vida.

Prologo

La luz rojiza del crepúsculo envolvía las torres de vigilancia de la prisión de High Ridge y hacía que parecieran los torreones almenados de un castillo de cuento de hadas. Sin embargo, el hombre que vestía uniforme de trabajo de color caqui sabía muy bien que no era así. Encima del bolsillo podía leerse, escrito en negro, *94729 Petersen*. High Ridge no era un castillo, ni tampoco el escenario de un cuento de hadas. Era, pura y simplemente, el infierno, y en él los condenados o aprendían a aplacar al diablo o morían en el intento.

El presidiario 94729 había aprendido deprisa. En los tres meses que llevaba en High Ridge, se había enterado de todo lo que había que saber. El problema era que se había enterado de demasiadas cosas y, a veces, saber demasiado era más peligroso que no saber nada.

Observó cómo los guardias abandonaban los puestos de vigilancia de las dos torres cercanas. Tanto la jornada laboral en la prisión como la cena habían concluido y ya se había llevado a cabo el recuento de prisioneros que tenía lugar todas las noches. A esa hora, no había internos de los que preocuparse en esa zona del vasto complejo de High Ridge, al menos de manera oficial.

Al oír un ruido de pasos, el recluso, alto y rubio, se puso en tensión y maldijo en voz baja. «Maldito seas, Josiah Gallagher». Se metió una mano en el bolsillo y con la otra se acarició la barba bien cuidada que lucía en una prisión en la que los internos tenían la obligación de afeitarse a diario. La barba era sólo un ejemplo de su privilegiada posición en High Ridge, una posición que podía volverse en contra suya si no actuaba pronto.

—¿Hablando contigo mismo, Petersen? —el guardia se detuvo y se apoyó en el marco de la puerta sin dejar de mascar tabaco, mientras miraba con curiosidad a Carl Petersen, el cual se alejó de la ventana y regresó al ordenador.

A través del cristal de aquella ventana se divisaba un bosquecillo de pinos y tejos recortados. El paisaje también formaba parte del decorado de cuento de hadas. Los árboles y los setos ocultaban un muro de cuatro metros y medio de altura, para no hablar de las barreras de alambre de espino que había tras él y del segundo muro que se alzaba a continuación.

—Lárgate, Cooney. Me estás molestando.

El guardia dejó escapar una risa ahogada, sin malicia. Jim Cooney era uno de los escasos hombres buenos que había en High Ridge. Su jefe, el alcaide, el capitán Roger Shaw, no se contaba entre ellos.

—Tengo trabajo —dijo Petersen.

—Sabes perfectamente que no puedo irme. El capitán Shaw te aprecia mucho, pero aquí dentro, no saltando el muro y corriendo entre las zarzas.

Carl Petersen no respondió y, para sus adentros, volvió a maldecir a Josiah Gallagher una vez más. Gallagher lo había dejado para que se pudriera allí dentro.

Gallagher, el amigo en el que confiaba… Lo cual significaba que no se podía confiar en nadie. En nadie, nunca más.

Cooney ahogó otra risa al ver que Petersen no respondía.

—Aunque no creo que tengas sangre de conejo. No te escaparás. Eres demasiado civilizado, creo. Demasiado culto. Nunca he visto conejos cultos.

Petersen hizo girar la silla. Ésta, al igual que todo lo demás en el despacho del alcaide, era muy moderna.

—Si no dejas de hablar, nunca voy a terminar esto. ¿No se supone que me tienes que dar de cenar? ¿Pollo asado con espárragos trigueros?

—Tampoco comes como los conejos, al menos como los que yo he conocido hasta ahora —Cooney inspeccionó la habitación. Aparentemente lo encontró todo en orden y, satisfecho, fue a buscar la bandeja que habían subido de la cocina media hora antes.

—Y no te olvides de calentarlo en el microondas —dijo Petersen mientras el guardia se alejaba.

Antes de acabar la frase ya se había levantado y estaba en el otro extremo de la habitación. El abrecartas de plata con las iniciales del alcaide brilló cuando lo sacó del bolsillo y desenroscó el último tornillo del aparato de aire acondicionado que ocupaba la mitad inferior de la única ventana que no tenía barrotes. Luego, tan satisfecho como era posible estarlo en esas circunstancias, cruzó otra vez la estancia y se ocultó detrás de puerta abierta. No tuvo que esperar mucho.

—Jamón cocido con guarnición de nabos, ni más ni menos —anunció Cooney mientras entraba en la habitación—. No ha hecho falta el microondas…

—Déjalo ahí, con suavidad —dijo Petersen a su espalda. Avanzó y puso el abrecartas en el cuello del guardia.

Cooney no se movió.

—No hay razón para que me hagas daño, hijo. No podrás salir de aquí si no es en una caja de pino.

—Como lo tengo planeado, algunos de los desgraciados que acaben en este agujero ni siquiera tendrán su ataúd —Petersen deslizó el abrecartas ligeramente hacia atrás y hacia delante sobre la garganta del guardia para asegurarse de que Cooney entendía que hablaba en serio. Llevaba varios días afilando los bordes, cada vez que se hallaba a solas en el despacho del alcaide. Vio brotar unas gotitas de sangre—. Deja la bandeja.

—Eso hago, eso hago —aseguró Cooney. Se inclinó hacia delante y dejó la bandeja en el suelo.

Mientras lo hacía, Petersen sacó la pistola del guardia de la pistolera. Luego tomó el walkie-talkie de Cooney.

—Date la vuelta despacio. Las manos, en la cabeza.

Cooney obedeció y de paso se llevó los dedos a la garganta y se los miró, como para confirmar con sus propios ojos que de verdad estaba sangrando.

—Saldrás vivo de ésta si tienes cuidado —aseguró Petersen—. Y así podrás contarles algo a tus nietos.

—No lo conseguirás. Incluso si logras salir del recinto, te capturarán en cuanto amanezca.

—Es una pena que tú no vayas a verlo —Petersen empujó a Cooney hacia el armario—. Abre la puerta.

—No tengo la llave.

—Claro que la tienes. Abre ahora mismo y dame las llaves. Y luego tienes un minuto para desnudarte.

Cooney adivinó lo que se proponía.

—Me sacas por lo menos siete centímetros, y yo peso casi veinte kilos más que tú, hijo.

—Cincuenta y cinco segundos.

Cooney no siguió discutiendo. Primero se quitó la corbata, luego la camisa azul con distintivo de oficial de High Ridge en el brazo. Por último, los pantalones.

Petersen se desnudó al mismo tiempo, sin dejar de apuntar al guardia con la pistola. Se fue poniendo la ropa de Cooney mientras éste lo observaba, y lo último fue la pistolera y la cartuchera a la cintura, repleta de balas. Los pantalones le quedaban grandes, pero no podía hacer nada. Cuando hubo acabado, Petersen alargó una mano.

—Te olvidas del sombrero.

Cooney hizo un gesto de dolor.

—Es mi sombrero favorito.

Petersen movió la mano con impaciencia y Cooney, prácticamente desnudo, se quitó el viejo Stetson. Miró cómo Petersen se lo ponía. Éste lo empujó dentro del armario.

—El capitán te arrancará el pellejo por esto —dijo Cooney con tristeza.

—Dile algo de mi parte, Cooney. Dile que soy tan bueno hablando como corriendo. Y dile que me llevo un regalito, ¿lo harás? —Petersen agarró dos disquetes de la mesa del alcaide y se los guardó en el bolsillo de su nuevo uniforme.

—Eres hombre muerto, hijo. Y no será plato de gusto tener que verlo.

Petersen cerró de un portazo el armario e interrumpió de ese modo cualquier otro comentario de Cooney. Por un momento, pensó en tomarse el tiempo necesario para afeitarse la barba con la maquinilla eléctrica que el capitán tenía en el cuarto de baño que había al lado de su despacho, pero desistió de hacerlo. El tiempo del que disponía para escapar era ya escaso.

Al cabo de unos segundos ya estaba desencajando el aparato de aire acondicionado de la parte inferior de la ventana con la ayuda de un barrote. Ese barrote era un recuerdo de otro interno que también había intentado «dar el salto». Era uno de los «juguetes» preferidos del capitán Shaw. El interno que lo había serrado de la puerta de su celda no había vivido lo suficiente para llegar a usarlo. La vida sólo le había alcanzado para ver cómo el capitán lo alzaba en el aire y lo estrellaba contra su cráneo.

El aire acondicionado cayó con un crujido sobre el suelo alfombrado. Petersen esperó en tensión que saltara una alarma o un ruido de pisadas en el corredor, pero todo estaba en silencio.

Mientras deslizaba las piernas por el hueco de la ventana, despejó todos los miedos y dudas de su mente. Lograría escapar, igual que lo había logrado en otras ocasiones. Era joven, fuerte y lo bastante osado como para conseguirlo.

Ningún edificio, ningún muro, ni ningún hombre habían logrado nunca retenerlo contra su voluntad. Y eso no iba a cambiar ahora. No deseaba permanecer ni un minuto más en la prisión de High Ridge.

Tenía una cuenta pendiente con un hombre llamado Josiah Gallagher.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Uno

Cuando la luna está baja en el cielo estrellado, como una enorme calabaza a la que hubiera alcanzado la helada de octubre en el bancal, los de por aquí la llaman la luna de los proscritos. Yo también la llamo así. Y tú harías lo mismo si hubieras tenido ocasión de oír las historias que yo he escuchado.

En otra época, estas montañas servían de refugio a muchas bandas fuera de la ley. La banda de James, los Dalton y los Doolin tenían todas sus guaridas por aquí o un poco más abajo. Todas las familias de las Ozarks pueden hablarte de alguna de esas bandas, o de Belle Starr, la reina de los proscritos.

Esos montes están llenos de cuevas en las que los fugitivos se ocultaban hasta que la ley se cansaba de buscarlos. Entonces, a la luz, de luna, salían de sus escondites y escapaban hacia la libertad.

Mientras escribo estas líneas, la luna de los proscritos brilla en la oscuridad. Casi puedo oír los cascos de los caballos de los chicos de James que galopan por mi orilla rumbo a Missouri.

Me pregunto qué sentirán en noches así los hombres que están presos en High Ridge. Si, como les ocurría a sus hermanos en otra época, sentirán que les hierve la sangre. ¿Experimentarán ellos también el deseo de seguir el curso del río?, ¿o estarán pacientemente sentados en sus celdas, contando los días que les quedan de condena? La luz de la luna de los proscritos que se cuela entre los barrotes de sus celdas… ¿será para ellos tan sólo una señal de que ya les queda un mes menos para alcanzar la libertad?

—Para uno, al menos, no, Millard —Tate Cantrell cerró el diario encuadernado en piel y pensó en voz alta, aunque no había nadie para escucharla—. Justo anteayer, uno de los internos de High Ridge se cansó de tachar en el calendario de su celda los días que le quedaban de condena y se escapó por una ventana. Jesse James habría estado orgulloso de él.

Abrazó el diario contra su pecho un instante y sintió un escalofrío. Tal vez fuera el aire fresco y otoñal, o tal vez la luna en forma de calabaza gigante que brillaba a lo lejos. O quizá, ¿por qué no?, fuera la leyenda popular que acababa de leer, recogida con la caligrafía dolorosamente pulcra de su padre. Qué importaba cuál hubiera sido la causa.

Tate dejó el diario sobre la mesa de la cocina, junto a su cena a medio terminar, y fue en busca de la chaqueta de lana. Encendería un fuego cuando regresara de sus ocupaciones vespertinas y, entre tanto, entraría en calor. No había nadie más para quien calentar la casa. Estaba sola en su cabaña, en plenas montañas Ozarks. Su única compañía eran las reflexiones que su padre había dejado por escrito y un perro de color canela.

Y no necesitaba más. Tal vez era incluso demasiado, si incluía a Cinn.

Tras rebuscar por la cabaña, encontró la chaqueta de cuadros rojos y negros colgada en un perchero de madera del porche trasero. Recordó que la había dejado

allí colgada. Volvió a estremecerse antes de que le hubiera dado tiempo a abrochársela. Esa chaqueta había pertenecido a su padre. Ella no había conocido a Millard Carter y, hasta hacía poco tiempo, ni siquiera sabía su nombre. Ahora la chaqueta era una pieza más del rompecabezas que era la figura de ese hombre que la había engendrado.

Se quedó un rato mirando la luna anaranjada y pensando en toda las cosas de las que se había enterado en esos últimos tres meses, desde que le dijeran que el hombre, por el que hacía tiempo había dejado de preguntarse, había muerto, y le había dejado todas sus pertenencias.

Ahora sabía que su padre era un leñador enorme. La chaqueta le llegaba casi por las rodillas y, la primera vez, había tenido que doblar las mangas al menos una docena de veces hasta conseguir que le quedaran por las muñecas. Además de saber su estatura, tenía una idea de qué aspecto tenía. Había encontrado tres fotos de él en la cabaña. Una era de un joven de unos veintiún años; otra mostraba a un Millard de mediana edad junto a un artículo de prensa titulado «Las leyendas de las Ozarks siguen vivas»; en la última fotografía, aparecía en su ataúd.

Esa última imagen le había producido pesadillas durante una semana, hasta que se había dado cuenta de que la habían dejado allí justamente para asustarla. Mountain Glade y sus alrededores estaban repletos de hombres y mujeres que decían ser parientes de Tate. Eran un bloque silencioso, aunque no podía decir que la desaprobaran. Más bien, la observaban. Si bien no estaban muy seguros de qué sentían hacia ella, lo que sentían hacia su padre estaba más claro. Siempre habían respetado a Millard Carter, y la fotografía era justamente una prueba de aquel respeto.

Tate había apartado la foto en cuestión y se había concentrado en las otras dos. Mirándolas había descubierto que había heredado de su padre el pelo negro y la barbilla puntiaguda. De los demás rasgos no estaba tan segura. Era difícil sacar conclusiones de narices, cejas y labios de una fotografía. El color de los ojos era un misterio, las fotos eran en blanco y negro.

Lo que sí sabía sin ningún género de duda era lo que sentía su padre por el pedazo de tierra que se extendía desde el porche hasta la orilla del río, quinientos metros más abajo. Para Millard Carter su pedazo de las Ozarks lo era todo. Había vivido y había muerto en esos quinientos acres, y allí había dejado su huella indeleble.

Cinn escogió ese momento para ponerse a aullar. En el mes que Tate llevaba viviendo en casa de su padre, el perro, un podenco de orejas gachas, no había mostrado ninguna iniciativa. Sí, respiraba, cierto. Y a veces se arrastraba de la sombra de un árbol a la de otro, según el sol cambiaba de posición en el cielo. Y, en una ocasión, incluso lo había pillado bebiendo de un charco lleno de barro, como si el plato de agua fresca que ella mantenía siempre lleno estuviera demasiado lejos, en vez de a sólo cincuenta metros. Ahora, sin embargo, se había puesto a aullar.

—Buen chico, Cinn. Anima un poco esto, ¿quieres?

Los aullidos, que procedían de algún punto en la lejanía, cesaron de pronto.

—Has perdido los estribos, ¿eh?

La única respuesta que obtuvo fue un batir de alas. La pequeña bandada de gansos que había anidado en el estanque situado detrás del cobertizo levantó el vuelo en la oscuridad.

Tate se debatía entre volver a entrar en casa para terminar de cenar y ocuparse de las faenas que tenía pendientes; de ese modo quedaría libre para el resto de la tarde. Tampoco eran muchas. Decidió que primero terminaría lo que tenía pendiente y luego acabaría de cenar junto a un buen fuego.

La luna de los proscritos había alcanzado todo su esplendor. Tate pensó en el párrafo del diario de su padre y avanzó por el sendero en dirección al cobertizo.

El diario, comenzado pocos meses antes de su muerte, era una de las escasas pertenencias realmente personales de su padre que había hallado. Estaba leyéndolo despacio y se estaba haciendo una idea tanto de la historia y las tradiciones populares de las Ozarks como de la personalidad de Millard Carter. Era extraño que esa tarde hubiera leído justo la parte que hablaba de la luna de los proscritos. Extraño porque la luna de esa noche encajaba a la perfección con la descripción de su padre, y extraño también porque un preso se había fugado y andaba suelto. Un proscrito. Se llamaba Carl Petersen, era un asesino y delincuente informático que se había escapado de la prisión de High Ridge, a treinta kilómetros de allí, dos días atrás.

La radio, el único lazo de unión de Tate con el mundo, había dado todos los detalles del caso. Se sabía que Petersen iba armado, estaba herido y era peligroso. Se creía que intentaba regresar a su ciudad, Houston, lo cual a ella le convenía, ya que Houston estaba al sur de la cárcel y Mountain Glade, en cambio, al este. Al parecer, había sido visto en dos ocasiones al sur de High Ridge y, esa tarde, un testimonio sin confirmar lo situaba en los alrededores de Little Rock.

Tate sintió una punzada de simpatía por Petersen, que tenía a todo el Estado de Arkansas pisándole los talones. Ella sabía por experiencia propia lo que era estar huyendo. Y un hombre como Petersen, que parecía que lo sabía todo sobre ordenadores pero nada sobre la vida real, probablemente no tenía ninguna posibilidad. High Ridge no tenía precisamente fama de ser un sitio que perdonara los intentos de fuga. Cuando Petersen volviera a la cárcel, su vida sería un infierno. Probablemente no volvería a ver la luz del día.

Sí, claro, él se había buscado todo aquello. Según la radio, era un antiguo empleado de banca que se había embolsado nada menos que un millón doscientos mil dólares utilizando un complicado sistema de fraude. Luego había matado al hombre que había intentado entregarlo y, aunque el cargo de homicidio había sido rebajado a segundo grado, seguía siendo culpable de haber puesto fin a una vida. Esperaba que no hiciera lo mismo con otras antes de que lo capturaran.

Tate se detuvo un poco antes de llegar a la puerta del cobertizo y agarró dos cubos de metal. Una de las cosas que sí había descubierto sobre su padre, y de la que no le quedaba ninguna duda, era que se trataba de un hombre austero que había renunciado a las comodidades. La palabra «sencillo» no bastaba para describir el modo de vida que Millard había elegido. La cabaña no tenía electricidad ni agua

corriente ni teléfono. El camino que conducía hasta ella, desde la carretera no asfaltada que pasaba a quinientos metros de allí, era un sendero lleno de baches.

A ella no le importaban la austeridad y el aislamiento, pero había veces, como aquélla, que se moría de cansancio y necesitaba un baño, y tener que ocuparse de transportar agua colina arriba le parecía muy injusto. Sin embargo, quejarse a un muerto era perder el tiempo.

Tate llevó los cubos unos metros más abajo, hasta una pila excavada en la roca. Un caño escupía sobre ella agua pura de manantial. Llenó primero un cubo y luego otro y fue vaciándolos sucesivamente en un barril de madera colocado encima de una carretilla. Cuando el barril estuvo casi lleno, subió, empujando la carretilla, la suave pendiente hasta el porche trasero. Allí, otros dos cubos esperaban para vaciar el barril. Cuando acabara con aquello, todavía tendría que ocuparse de llevar madera para la chimenea y la cocina, así como de dar de comer a los gansos y a un podenco idiota.

Mientras trabajaba, Tate se preguntó por qué su padre, Millard Carter, al que no había conocido, habría luchado tanto para quedar al margen del progreso y los adelantos del siglo veinte. En esos momentos, con la luna de los proscritos brillando en la oscuridad y sus músculos cansados pidiendo a gritos un baño, el siglo diecinueve parecía de todo menos romántico.

Cuando había subido ya la mitad del trecho empujando la carretilla, se formuló una pregunta más concreta e inmediata.

¿Por qué ella se había ido a vivir en medio de ninguna parte y estaba siguiendo tan cuidadosamente los pasos de Millard Carter?

El interno 94729 recuperó lentamente la conciencia. Lo último que recordaba era que el sol resplandecía en el horizonte, negándose a hundirse en el olvido. Ahora el cielo estaba negro, salvo por la enorme luna ambarina que relucía tras la silueta de los pinos y los sasafrás. Las horas que habían mediado entre esos dos momentos era un vacío ocupado únicamente por la sed y el dolor.

Abrió más los ojos y su campo de visión se incrementó lentamente. Giró la cabeza a un lado y a otro mientras trataba de recordar dónde se hallaba. Por qué estaba allí, era imposible de olvidar. Recordaba perfectamente cómo se había deslizado por la ventana del despacho del alcaide y cómo se había escurrido en la oscuridad, pendiente siempre de la mínima posibilidad de que alguien volviera a una de las torres. Había experimentado un dulce momento de victoria al darse cuenta de que nadie lo había visto.

También recordaba la verja por la que había trepado. No era uno de los muros anticiclones; no hubiera podido subir ni a la mitad de uno de ésos sin que lo vieran. El césped que había debajo de la ventana del alcaide terminaba en una verja más baja que señalaba la entrada del aparcamiento de personal. Allí no hacía falta tanta seguridad. Todas las ventanas del ala del alcaide tenían barrotes, a excepción de la que tenía incrustado el aparato de aire acondicionado. Los internos sólo podían estar en aquél ala de la prisión bajo escolta armada.

La buena suerte lo había abandonado en ese punto. Nadie habría detectado su huida de no ser porque, en el momento en que estaba trepando por la verja, un guardia que, o bien llegaba tarde para el cambio de turno o había regresado al coche en busca de algo, entró en el aparcamiento y lo vio.

Tras aquel instante, sus recuerdos eran borrosos. Corrió hacia el bosque; hubo disparos, pero él no respondió, ya que eso lo habría retrasado en su huida. Luego se dio cuenta, después de unos interminables minutos corriendo, de que estaba herido en una pierna. Una bala lo había alcanzado y perdía mucha sangre.

Tras ese descubrimiento, se alternaron breves momentos de lucidez con otros en que no estaba seguro de su propio nombre. Se vendó la pierna con un pedazo de tela que había arrancado del faldón de la camisa y, a pesar del persistente dolor, continuó andando en dirección al río que separaba High Ridge de la ciudad más próxima. Sabía que al amanecer saldrían sus perseguidores, si era que no habían salido ya. Su única posibilidad de que no lo atraparan era flotar río abajo mientras fuera capaz de hacerlo, hasta estar seguro de que los perros habían perdido su rastro. Entonces y sólo entonces podría descansar y recuperar fuerzas.

Se ciñó a su plan, pero éste casi acaba con su vida. Le llevó casi toda la noche encontrar el río. Una vez allí, el agua estaba más helada y la corriente era más rápida de lo que había imaginado. Usó el abrecartas del alcaide para cortar las ramas de una enredadera y se ató con ellas a un tronco que encontró en la orilla. Luego empujó éste dentro del agua y comenzó su largo viaje hacia la libertad.

Algún tiempo después, horas, días, años tal vez, el agua lo dejó varado en la orilla, como el superviviente de un naufragio. El tronco se había roto en pedazos, había perdido los zapatos y el uniforme de Jim Cooney estaba hecho jirones. Aunque pareciera mentira, antes de atarse al tronco, había reunido la presencia de ánimo suficiente para enganchar el cinturón de la pistolera a una rama larga que quedaba por encima del nivel del agua, y el arma no había sufrido ningún daño.

Se arrastró trabajosamente hasta refugiarse debajo de la maleza que cubría la ribera. Tembloroso y medio muerto, excavó con las manos un agujero en el limo y luego se cubrió con el barro que había removido, así como con ramas y agujas de pino, hasta que cayó desmayado de agotamiento.

Lo despertaron sus propios gemidos un rato después, a los cuales siguieron casi inmediatamente unas voces masculinas. Fue lo bastante juicioso como para quedarse allí echado, sin moverse, y esperar. Pensaba que lo iban a atrapar, pero gradualmente se fue dando cuenta de que las voces pertenecían a unos granjeros que estaban trabajando en la estrecha franja de terreno que discurría paralela al río, pero más allá. Según avanzaba el día y el sol iba calentándolo, fue oyendo el ruido de la maquinaria que empleaban y, ocasionalmente, algún grito. Cuando tuvo mucho calor, aunque era un atrevimiento, apartó la tierra y las ramas con las que se había tapado; pensar que a sólo unos metros discurría un río de agua helada era una tortura.

Cuando los hombres se hubieron marchado y el sol se puso, se arrastró hasta la orilla para beber y lavarse. Sufrió una nueva decepción al darse cuenta de que no había recuperado las fuerzas. La herida de la pierna no dejaba de dolerle y la zona de alrededor estaba inflamada.

Gracias a su determinación inquebrantable, encontró un refugio mejor para pasar la noche, un granero de heno abandonado que se hallaba nada más dejar atrás la estrecha franja de tierra que discurría paralela a la orilla del río. Allí amaneció su segunda mañana en libertad. Luego se internó en el bosque que se extendía detrás del granero. Para caminar, se apoyaba en una rama que usaba a modo de bastón. Lo primero que comió tras su fuga fue un puñado de nueces negras, que cascó con la ayuda de dos piedras planas, pero su estómago no las aceptó.

Después estuvo vagando en la espesura. Se detenía a descansar con frecuencia, una vez en una cueva poco profunda, otra bajo un montón de maleza. Bebió de un regato (acequia), pero el agua sabía a hojas podridas y su estómago volvió a rebelarse.

Cuando el sol empezó a declinar, se dio cuenta de que no había recorrido ni siquiera dos kilómetros. A pesar de la fiebre y los escalofríos, conservaba la suficiente lucidez para comprender que, si no encontraba comida y un lugar seco y caliente para pasar la noche, moriría. La noche prometía ser muy fría y la infección de la pierna se estaba extendiendo.

Entonces decidió salir del bosque. Si antes se había internado en la espesura, ahora se encaminaba hacia una zona que habían desbrozado hacía poco tiempo. Su plan era encontrar una casa y esperar hasta que anocheciera para hacerse con comida, ropa y dinero. Había sopesado sus posibilidades y sabía que eran escasas, pero no era de los que se rendían fácilmente. No perdía la esperanza, había gente dispuesta a ayudarlo… Aaron acudiría en su ayuda, pero tenía que encontrar un teléfono para avisarlo. Todavía tenía el arma de Jim Cooney y, si tenía que tomar rehenes para salvarse, no dudaría en hacerlo.

Siguió adelante, ahora usaba dos palos a modo de muletas. Por la posición del sol cuando salió del bosque, calculó que serían alrededor de las cinco. Más allá se extendían las colinas, algunas cubiertas por árboles de hoja perenne. El paisaje alternaba zonas de bosque con campos cultivados, pero detrás de la última zona arbolada había una vieja cabaña de madera con un porche muy amplio. Un poco más abajo brillaban las aguas cristalinas del río que lo había llevado hasta allí.

Regresó al bosque y siguió caminando por el borde para ir acercándose a la casa. Luego, estuvo vigilando un buen rato la cabaña en busca de sus ocupantes y por fin se atrevió a cruzar el primer claro que lo separaba de la casa. El esfuerzo casi termina con él y cayó desmayado en un hoyo cubierto de hojas. Se despertó al cabo de un rato, cuando el sol ya se escondía en el horizonte.

Ahora la luna había sustituido al sol. Era la luna más grande que había visto en toda su vida. Probablemente llegaría el día en que no recordaría los detalles de su odisea, pero ahora lo importante era que ésta terminara. Tenía que encontrar la manera de entrar en la cabaña, cambiarse de ropa y desinfectar la herida. Y también comer algo que su estómago pudiera tolerar. No iba a morir allí, en aquel bosque perdido, cubierto por hojas y agujas de pino.

Se sentó despacio con ayuda de las dos manos. La luna giraba envuelta en los rayos de un cometa y los esqueletos de los árboles bailaban una extraña tarantela.

Esperó a que se le pasara el mareo. Las muletas estaban tiradas en el suelo, detrás de él y, finalmente, con su ayuda, consiguió ponerse de pie y acercarse a la cabaña.

No había señales de vida en su interior, únicamente un tenue resplandor al fondo, como la luz de una lámpara de noche. No salía humo de la chimenea, a pesar de que empezaba a hacer frío; no se veían perros atados en el porche, ni animales de granja. Con suerte, los ocupantes de la cabaña habrían salido esa noche. Entraría y se haría con todo lo que necesitaba, tal vez incluso pudiera llamar a Aaron a Memphis. Le daría el número de teléfono desde el que lo estaba llamando y Aaron podría así localizar el lugar donde se hallaba. Luego encontraría algún sitio seguro en el que esperar hasta que llegara a buscarlo.

Con suerte.

Llegó hasta la última arboleda antes de la cabaña y empezó a cruzar el claro que lo separaba de la casa. A pesar de la noche tan fría que hacía, estaba cubierto de sudor. En un momento dado la pierna le falló y sólo su férreo dominio de sí mismo lo salvó. En vez de rendirse y abandonarse a la agonía, continuó arrastrándose. Los centímetros que lo separaban del porche se le hacían kilómetros, los escalones que tenía que subir parecían interminables…

Justo cuando estaba llegando a los escalones del porche oyó aullar a un perro. Se tropezó y se cayó hacia delante; de repente el mundo se quedó a oscuras.

Sintió náuseas y permaneció allí echado, sujetándose la cabeza. Le pareció oír un grito.

Al cabo de un momento, la nebulosa empezó a aclararse. Escuchó atentamente, pero todo estaba en silencio. El grito era un misterio; tal vez hubiera sido real o tal vez producto de su mente, obnubilada por la fiebre. En cualquier caso, debía seguir adelante.

Los escalones le parecían interminables, tan numerosos como las estrellas que tachonaban el cielo. Se fue arrastrando, remontándolos uno a uno hasta llegar al porche. Estaba demasiado agotado para continuar y era demasiado implacable como para rendirse. Tras unos instantes, consiguió ponerse en pie y, tambaleándose, llegó hasta la puerta.

No había cerradura que sus manos no pudieran abrir, pero éstas se agitaban como álamos temblones durante una tormenta invernal. Giró el pomo y la puerta se abrió con un crujido. En silencio, bendijo las almas confiadas de la gente del campo.

Por dentro, la cabaña era más grande y más rústica de como se la había imaginado. No se había hecho ningún intento de recubrir las paredes, los troncos y la argamasa estaban a la vista. Abe Lincoln se habría sentido como en casa.

Un vistazo rápido reveló una puerta en el lado izquierdo. Por tanto, la cabaña tenía otra habitación… La mayor parte del espacio no estaba dividido por paredes sino por los muebles, que marcaban el límite entre un espacio y otro. Al otro lado, frente a la puerta de entrada, había una mesa de roble redonda y, junto a ella, una heladera de madera antigua, una encimera y una pila. Una cocina de hierro separaba el espacio de la cocina de la zona de estar, que quedaba a la derecha. Una enorme

chimenea de piedra cubría esa pared y, delante de ella, había un sofá y varias sillas. En la parte izquierda de la cabaña vio más sillas y una estantería que ocupaba toda la pared. Además, había una escalera que acababa en la trampilla del desván, la cual estaba abierta.

El tenue resplandor que había visto desde fuera procedía de una lámpara de queroseno que ardía sobre la mesa. Al verla dedujo que la cabaña no tenía electricidad. Más importante aún, nadie dejaba encendida una lámpara de queroseno si no andaba cerca para vigilarla, y mucho menos en una cabaña de madera.

Y había comida encima de la mesa.

Se apoyó en la puerta y sacó el arma. No había nadie en esa habitación, todavía estaba lo bastante consciente como para darse cuenta de eso, pero había otra habitación a su izquierda y el desván. Tan sigilosamente como pudo, fue hacia ese lado. Iba a investigar la habitación. Si hubiera habido alguien en el desván, habría reaccionado al ver a un desconocido medio muerto entrando por la puerta.

La habitación era, obviamente, un dormitorio. Había una cama grande, de hierro forjado, cubierta por una colcha de retales. Y estaba vacía.

Se acercó tambaleándose al armario y lo abrió. Había ropa de hombre, pantalones de peto, sobre todo, y camisas lisas de franela. Agarró uno de cada y fisgó en la cómoda que había junto a la cama en busca de calcetines y calzoncillos. Dos de los cajones contenían únicamente ropa de mujer, pero en el tercero encontró lo que necesitaba. Animado por haber progresado tan deprisa, sus ojos exploraron la oscuridad en busca de un teléfono, pero no vio ninguno. Salió del dormitorio y fue a la mesa.

Medio sándwich de pan integral lo miraba desde el plato. Un vaso de leche prácticamente lleno reposaba junto a éste. Su estomago se contrajo al pensar en la posibilidad de comer algo de aquello, pero se obligó a sí mismo a agarrar el sándwich y darle un mordisco. Masticó despacio. Ojalá su cuerpo aceptara el alimento. Tenía que recuperar fuerzas; si quería sobrevivir, tenía que comer.

Probó a continuación la leche, pero sólo logró dar un sorbito. Sintió náuseas y se mareó. Se dejó caer en la silla y, con las fuerzas que todavía le quedaban, levantó la pantalla de cristal de la lámpara y sopló para apagar la llama. Apoyó la cabeza en el tablero y se quedó medio inconsciente.

Más tarde, no sabría decir cuánto, lo despertaron un silbido lúgubre y el ruido de unas pisadas. Sus dedos se cerraron sobre el arma. Se obligó a levantarse y fue hacia la puerta trasera.

La linterna se había apagado. Tate dejó de silbar mientras miraba hacia la ventana a través de la cual había contemplado la luna de los proscritos mientras cenaba. Estaba sorprendida, no pensaba que la lámpara tuviera poco queroseno y, a pesar de que la cabaña tenía más de cien años, por raro que pareciera, no había corrientes de aire y era acogedora. Claro que las linternas de queroseno no eran

precisamente lo último en tecnología. Por lo menos, esa luna extravagante y enorme brillaba lo suficiente como para iluminar el camino a la casa.

Tal vez encendiera también las otras lámparas. El queroseno no era caro, especialmente si se recordaba lo que estaba ahorrando en facturas de electricidad. Algo esa noche pedía más luz. Encendería inmediatamente la chimenea; quizá incluso tostara marshmallows. Cuando era una quinceañera, no había podido salir de acampada con las Girls Scouts ni contar historias alrededor de la hoguera, pero después, gracias a Kris y Jess, sus padres adoptivos, y el Stagecoach Inn, el albergue que habían creado para adolescentes que se escapaban de casa, había recuperado un poco de esos años perdidos.

Kris y Jess tenían una confianza ciega en los marshmallows tostados, recordó con cariño. Los espachurraban con galletas y onzas de chocolate y hacían sándwiches las noches de otoño, como si fueran un remedio infalible capaz de curar al adolescente más rebelde y triste. Y en ocasiones, los marshmallows, o tal vez el amor con el que los ofrecían, de verdad ayudaban.

Tate trepó los escalones del porche trasero con los brazos llenos de leña. Parte de esa leña procedía de un manzano y estaba deseando que el aroma a madera de manzano impregnara la cabaña. Placeres sencillos, marshmallows tostados y el olor a manzana, pero extrañamente reconfortantes en una noche como ésa.

Apoyó los troncos contra su pecho y deslizó una mano hasta el pomo de la puerta. Cuando éste giró, se puso a silbar de nuevo una canción que había oído la semana anterior en una reunión en Mountain Glade. No se acordaba del título, pero la letra contaba la historia del asesinato de una esposa infiel. Muchísimas canciones habían llegado a América desde las Islas Británicas y todavía sobrevivían en la memoria de la gente, y muchas hablaban de asesinatos y crímenes. Esta en concreto se la había oído cantar a una anciana de cara larga que tenía la voz ronca, como las cantantes de Nueva Orleans.

La puerta se abrió un poco y ella tuvo que agarrar un tronco que estaba a punto de caérsele. Apretó con firmeza el haz de leña y empujó la puerta con la rodilla. Era pesada, hecha a mano, y sólo consiguió que se abriera treinta centímetros. Dejó de silbar y soltó una palabrota en voz baja. Empujó de nuevo la puerta, esa vez con el codo, y se abrió más.

Entró en la cabaña y fue hacia la chimenea. Hacía más frío que cuando había salido y notó una extraña desolación. Pondría la leña en el hogar, prendería una lámpara y encendería el fuego; de ese modo, para cuando volviera con más troncos, la habitación estaría…

—No te muevas.

Por un momento, Tate se quedó demasiado sorprendida para sentir miedo; luego todo su cuerpo se puso muy rígido.

—Así, muy bien. Ahora date la vuelta despacio. Muy despacio. Tengo una pistola y la usaré si es necesario.

Tate se obligó a hacer lo que esa voz masculina le ordenaba. Se movió lentamente; todavía tenía en los brazos el haz de leña. Cuando hubo dado media vuelta, se encontró frente a la puerta por la que acababa de entrar. Seguía abierta y, en el vano, se recortaba la silueta de un hombre. Era alto, y la luz de la luna arrancaba destellos dorados en el pelo y la barba. Llevaba un uniforme azul hecho jirones y un cinturón con pistolera, pero tenía el arma en la mano y estaba apuntándole al pecho.

Aunque no había visto ninguna fotografía suya, Tate sabía quién era. Carl Petersen, el cual, después de todo, no se dirigía directamente a Houston.

—Eres una mujer —sonaba sorprendido.

—La última vez que me miré al espejo, eso parecía —la pistola atraía los ojos de Tate. Su vida dependía de ella.

—¿Quién más hay ahí fuera?

Horrorizada y fascinada a la vez, miró el cargador.

—Nadie.

—No te hagas la lista conmigo. No vives sola.

Ella calibró si era sensato decir la verdad. Tal vez la amenaza de alguien más haría que Petersen se marchara.

—Claro que no vivo sola —mintió—. Mi familia está a punto de llegar. Si eres listo, será mejor que eches a correr ahora que todavía puedes.

El soltó una carcajada sardónica.

—Ahora mismo, no estoy en condiciones de correr mucho.

El cañón de la pistola osciló hacia la derecha y luego hacia la izquierda.

—Toma lo que quieras y márchate —dijo Tate con toda la tranquilidad de la que era capaz sin dejar de mirar la pistola—. No tengo por qué dar aviso de que te he visto. Hicieras lo que hicieras, no es de mi incumbencia.

—Esto es una democracia, señora mía. Cada ciudadano es el guardián de su hermano, ¿o es que en las Ozarks no os han enseñado eso?

—Tengo comida y dinero, llévate lo que quieras. En cambio, si te quedas, te atraparán —improvisó—: A mi padre no le hará gracia encontrarte aquí.

Carl Petersen dio un paso adelante. El cañón de la pistola seguía bailando.

—Primero voy a ocuparme de ti y ya me ocuparé luego de tu padre.

Tate empezó a lamentar muchas cosas. Desearía haberles dicho con más claridad a Kris y a Jess cuánto los quería; desearía haber buscado a su padre y haber dado con él mientras todavía vivía. Haber hecho más amigos, haberse portado mejor con los demás, haber hecho el amor con un hombre. Tenía veintiún años y nunca se le había ocurrido que no viviría para siempre, que la vida podía acabar en cualquier momento.

Carl Petersen dio otro paso y el arma osciló.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Tate le lanzó la pila de troncos cuando se disponía a dar el tercer paso. Mientras la leña le caía en el pecho, ella echó a correr hacia la puerta.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Dos

Únicamente el instinto de supervivencia que le había permitido llegar hasta allí evitó que Carl Petersen cayera en la inconsciencia cuando la leña lo tiró al suelo. Si no hubiera estado tan enfermo, habría esquivado el golpe con facilidad. En su estado, a pesar de todo, consiguió proteger el arma y el brazo con el que la sujetaba. Rodó hasta quedar tumbado boca abajo, se apoyó en ambos codos y apuntó con la pistola.

—Un paso más y disparo.

Tate se detuvo a unos centímetros de la puerta. No se giró.

—Si intentas volver a hacerlo, no vivirás para ver de nuevo a tu familia —parpadeó y le entró una gota de sudor en el ojo, a pesar del frío que hacía allí dentro—. Ahora date la vuelta.

Tate se debatía. Estaba claro que a Petersen le faltaba poco para desmayarse. En todo caso, no tendría mucha puntería en el estado en el que estaba. Sabía lo suficiente sobre armas como para comprender que dar en el blanco no era tan sencillo como parecía en la televisión. La cabaña estaba a oscuras y Petersen temblaba tanto que apenas se las arreglaba para sujetar la pistola. Si ella echaba a correr y se alejaba veinte metros, él no tendría fuerzas ni para seguirla ni para disparar con puntería. Eso siempre y cuando consiguiera alejarse veinte metros.

Se giró lentamente tras calcular sus posibilidades.

—Si me matas, habrá un nuevo juicio. Lo mío no será homicidio en segundo grado. Mátame y pasarás el resto de tu vida en High Ridge…

La habitación daba vueltas. Petersen se concentró en la silueta de la mujer, que llevaba una chaqueta que le quedaba enorme, y prescindió de lo que giraba alrededor de ésta.

—Haz lo que te digo y no te mataré.

—Y puedo fiarme de tu palabra, ¿no? —respondió ella con cinismo.

—Ven hacia aquí.

Tate se movió despacio.

—¿Qué quieres de mí?

—Silencio —Petersen se puso de rodillas. El dolor le taladró y la habitación giró aún más deprisa. Se concentró en la mujer mientras se metía la mano en el bolsillo trasero del pantalón. Lentamente extrajo unas esposas y reflexionó sobre qué uso darles.

Hacía mucho tiempo que Tate había aprendido a no mostrar miedo, pero comprendió que sus bravatas habían ido demasiado lejos.

—No hace falta que uses eso. Haré lo que me digas.

El soltó una áspera carcajada.

—Sí, claro, como hace un momento —apuntó con la pistola en dirección al dormitorio—. Muévete, pero no muy deprisa —se puso en pie intentando no apoyar peso en la pierna herida.

—Mi familia…

—¡Tu familia no está aquí! —se acercó a ella.

Tate miró su cara torva y se dirigió hacia el dormitorio. Él la seguía a pocos pasos de distancia.

—Estás herido, deja que vaya a buscar un médico. No conseguirás salirte con la tuya en el estado en el que estás —Tate trataba de parecer tranquila, pero temía que estaba suplicando—. No has hecho daño a nadie. Diré a la policía que no me has hecho nada. Te volverán a encerrar en High Ridge, pero por lo menos estarás vivo.

Cada vez había menos luz. Esa zona de la cabaña, debajo del desván, no tenía ventanas. Únicamente había una en el dormitorio. Tate consideró todas las posibilidades mientras se acercaban. Petersen no se había molestado en contestar y ella sospechaba que tenía que concentrar todas sus fuerzas en desplazarse.

Era un hombre herido y enfermo; ella, en cambio, era una mujer sana. Él tenía un arma, pero apenas podía sujetarla. Si dejaba que la esposara a la cama, y estaba segura de que eso era lo que pretendía, tal vez fuera mujer muerta. Quizá él no la matara de un tiro, pero en ese caso se moriría de hambre allí atada.

Cuando estaba a sólo dos metros de la puerta, se precipitó hacia el dormitorio, se metió dentro y cerró de un portazo. Buscó inútilmente un cerrojo, pero no había, así que atrancó la puerta con una vieja mecedora que encajó debajo del pomo. Fue corriendo a la ventana, que era de guillotina, y trato de levantarla con todas sus fuerzas.

Oyó golpes al otro lado de la puerta y la mecedora se movió un poco. Luchó con desesperación por subir el cristal, pero éste no se movió ni un ápice. En lugar de los disparos que esperaba oír, la mecedora se deslizó sobre el suelo de madera de pino. Desesperada, miró a su alrededor buscando algo con lo que defenderse, pero a excepción de la cama de hierro forjado, no había nada más en el dormitorio. Entonces vio el armario medio abierto.

Lo abrió del todo y se inclinó dentro, justo en el momento en que la mecedora saltaba de debajo del pomo, balanceándose con fuerza adelante y atrás. Detrás de la ropa de su padre, al fondo, había una palanca. Probablemente su padre la tenía allí para ayudarse a abrir la ventana cuando el marco se dilataba por el calor o la humedad. Recordaba haberla visto antes. No le había prestado mucha atención porque nunca la había necesitado; ahora su vida dependía de ella.

La agarró en el mismo instante en que la puerta se abría de par en par y golpeaba contra la pared. Sus dedos se cerraron alrededor de la gruesa barra de hierro, se incorporó, se giró e intentó golpearlo justo en el instante en que Petersen entraba en la habitación.

No lo alcanzó por unos centímetros, pero el esfuerzo que éste había realizado para abrir la puerta y, luego, esquivar el golpe, pudieron con él. Se cayó hacia delante

y se agarró a la colcha para tratar de frenar la caída. La pistola rebotó en el suelo y se quedó debajo de la cama.

El impulso había empujado a Tate hacia delante. Se chocó con la pared y se giró, todavía con la barra en la mano. Volvió a intentar golpearlo, pero él rodó hacia un lado.

Esa vez Tate no tuvo tiempo de recuperarse. Él le agarró un tobillo y tiró, y ella se cayó al suelo. La barra cayó también con estrépito. Inmediatamente, él se colocó encima de ella y le sujetó las muñecas.

Tate se retorcía, asustada. Sabía que tenía muy pocas posibilidades de escapar. Petersen estaba agotado y enfermo, pero pesaba por lo menos treinta kilos más. Ella estaba en forma, pero él era puro músculo. Se debatió, pero Petersen usó su peso para inmovilizarla, como un chico de la calle, dispuesto a usar todos los recursos a su alcance.

En otra época, también ella había sido una chica de la calle. Tenía las manos inmovilizadas, pero una pierna libre. Dobló la rodilla y lo golpeó en la pierna que tenía herida.

Él gruñó y se dejó caer sobre ella. Tate notó que le soltaba las muñecas. Le dio otra patada e, instintivamente, él se incorporó para proteger la pierna. Ella se arrastró hasta salir de debajo de él y buscó la barra. Estaba a unos metros. Se escurrió y la agarró al mismo tiempo que se ponía de pie. Fue hacia él y, en ese momento, la luz de la luna se reflejó en la pistola que Petersen sujetaba en la mano derecha.

—No tienes ninguna posibilidad —su voz era tan dura que la hizo estremecer.

Él se tumbó sobre la espalda y sujetó la pistola en alto, apuntándole directamente a la cabeza. Retiró el seguro con el pulgar.

Tate cerró los ojos y esperó el disparo. El ruido fue tan fuerte como el de un cañonazo. La bala se incrustó en uno de los enormes troncos de castaño con los que estaba hecha la cabaña. Se quedó esperando. Ahora empezaría a dolerle.

Pero en lugar de sentir dolor, oyó la voz de Petersen.

—Tengo más balas. La que acabo de disparar está justo a tres centímetros de tu cabeza, y no ha sido un fallo.

Tate se sentía casi mareada por la conmoción: estaba viva. De pronto se sintió muy sensibilizada a su entorno. Notaba el aire frío en las palmas de las manos, el fuerte olor a cedro que salía del armario de su padre… Abrió los ojos. En los de Carl Petersen vio algo asombrosamente parecido al arrepentimiento.

—¿Por qué no me has matado? —susurró las palabras, pero a ella le pareció que gritaba.

—Porque esperaba que bastara con darte una lección.

Tate asintió y las rodillas empezaron a temblarle.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

Ella se humedeció los labios.

—Tate.

—Sólo aviso una vez, Tate.

Ella volvió a asentir.

—Tira la barra.

Hizo lo que le ordenaba y la barra sonó estrepitosamente al caer al suelo.

Él se sentó haciendo una mueca de dolor y luego se puso de pie apoyándose en la cama.

—Túmbate en la cama —como si hubiera leído lo que ella estaba pensando, asintió con la cabeza—. Podría haberte matado más de una vez.

Estuviera o no diciendo la verdad, Tate sabía que no tenía elección: tendría que hacer lo que le decía. Atravesó la habitación y se sentó sobre la colcha.

—Ponte en medio —movió el revólver para indicarle que se situara en el centro del colchón.

Ella obedeció.

—Túmbate y pon las manos por detrás de la cabeza.

Tate no se movió.

—Venga.

Era un delincuente fugado de la cárcel, andrajoso y consciente de puro milagro. Su voz, sin embargo, tenía autoridad, como si estuviera acostumbrado a que lo obedecieran. Tate se dio cuenta de que no tenía ninguna posibilidad de negarse. Se echó sobre la espalda y llevó las manos hasta la barra de hierro del cabecero. Carl Petersen fue hacia ella y le agarró una mano. Al cabo de un segundo una de las esposas colgaba de su muñeca y la otra, de la barra de hierro del cabecero.

Él se dejó caer sobre el borde de la cama, como si las piernas no lo sostuvieran ya más.

—¿Dónde ha ido tu familia?, ¿cuándo van a volver?

—Han ido al pueblo, y estarán a punto de llegar.

—Mientes bastante bien, pero no lo suficiente.

Tate no respondió. Ahora era consciente de que estaba en poder de ese hombre.

—Te lo voy a preguntar de nuevo, y esta vez quiero la verdad. No estoy de humor para… tonterías.

Ella oyó que le fallaba la voz y vio que la cabeza se le caía hacia delante.

—Ríndete, Petersen —dijo, tratando de no sonar asustada—. ¿No es mejor estar vivo en la cárcel que muerto libre?

—Tu familia.

—Te estoy diciendo la verdad. Llegarán en cualquier momento.

Haciendo un esfuerzo, él se giró para mirarla.

—En ese caso —dijo con voz inexpresiva—, si dejo la llave de las esposas encima de la mesa al salir, ¿habrá alguien que te libere en la próxima hora?

Ella no respondió.

—Como quieras.

Por primera vez desde que se mudara a la cabaña de su padre, Tate deseó tener una familia que volviera a casa esa noche, pero sabía, y sospechaba que Petersen también, que no había ninguna familia. Si él se marchaba, se quedaría allí tumbada más de una hora. Hasta que algún miembro del clan Carter notara que llevaban semanas sin ver a la chica de Millard por el pueblo. Encargarían al Carter de la granja más cercana que investigara, y lo que éste encontraría no sería precisamente bonito.

—Vivo sola —admitió—. No va a volver nadie esta noche.

—¿Y qué me dices de la ropa de hombre que hay en el armario?

—Es la ropa de mi padre. Murió hace un año.

—¿Y por qué sigue ahí colgada?

Tate no tenía intención de compartir la historia de su vida con el malversador de fondos y asesino que se hallaba sentado junto a ella. Todavía no se había deshecho de ninguna de las pertenencias de Millard. Aún estaba tratando de adivinar quién era su padre, y necesitaba todas las pistas.

—No llevo mucho tiempo viviendo aquí —se limitó a responder—. Y no es que Mountain Glade esté repleto de asociaciones benéficas a las que entregar monos de trabajo y camisas de franela para los necesitados.

Él se encogió de hombros.

—Si viniera alguien, me resultaría fácil pegarle un tiro antes de que llegara a entrar.

—No va a venir nadie.

Petersen intentó leer su expresión. Ya sabía bastantes cosas de la chica joven a la que había esposado a la cama. Era una superviviente, igual que él, con un coraje poco usual y una pizca de temeridad. Era delgada, pero fuerte, y sabía mentir. Podía engañar a cualquiera; a cualquiera menos a él.

Era bonita, también, pensó desapasionadamente. El pelo, negro y suave, estaba extendido sobre la colcha. El corte era igualado, ni corto ni largo y sin un flequillo que enmarcara las cejas arqueadas y los ojos, grandes, azules. Tenía la nariz recta y estrecha; los labios, tentadores, exuberantes y una barbilla prominente que era el rasgo más destacado de su cara.

—No eres de por aquí —observó él—. Tienes otro acento.

—No soy de ninguna parte.

Petersen sintió una extraña punzada al oír eso. Al parecer, su debilidad física lo estaba debilitando también en otros aspectos. Tampoco él era de un lugar concreto y, a su pesar, sintió que algo lo unía a aquella chica.

Se giró bruscamente. El movimiento hizo que la habitación empezara de nuevo a dar vueltas. La mujer ya no era una amenaza, y le parecía que la última historia que le había contado era cierta, aunque tal vez fuera una equivocación creerla. Ahora debía decidir qué hacer.

Tenía que tomar decisiones, pero todas dependían de una cuestión.

—¿Dónde está el teléfono?

Tate se quedó sorprendida. Esperaba casi cualquier cosa del hombre que estaba a su lado, pero esa pregunta parecía tan normal… «¿Dónde está el teléfono, señorita? Tengo que llamar a mi madre para avisarle de que estoy bien. ¿Dónde está el teléfono? El alcaide estará preocupado…».

—No hay teléfono —respondió. Esperaba que la noticia no lo pusiera furioso—. Ni teléfono, ni electricidad ni agua corriente.

Él no la creyó.

—¿Vives aquí sin teléfono?

—¿Por qué iba a mentir? Es fácil comprobar la verdad.

Él dejó que su mente se fuera haciendo a la idea. Ni familia, ni teléfono, ni vecinos. Al menos que él hubiera visto desde su escondite en el bosque.

—¿A qué distancia está la casa más próxima?

Ése era otro dato fácil de comprobar, no tenía sentido mentir.

—Más o menos a un kilómetro en línea recta. Kilómetro y medio por el camino.

Él estaba empezando a preguntarse si sería lo habitual que la habitación diera vueltas. Duraba demasiado, era asombroso que siguiera consciente.

—¿Cada cuánto tienes… visita?

—Depende.

Él sabía que ella podía tanto mentir como decir la verdad.

—Quien venga a verte podría llevarse más de lo que venía buscando —advirtió—. A menos que… pueda prever su visita.

—No tengo previsto que venga nadie a verme, si es lo que estás preguntando.

Él se asombró de su suerte. No podía ponerse en contacto con Aaron, pero podía, en cambio, quedarse allí un día y recuperarse. Había agotado las pocas fuerzas que le quedaban, y algunas más, peleando con la bruja que estaba esposada a la cama. Si era realista, sabía que no podría llegar más lejos hasta que se recuperara.

Se hallaba en medio de ninguna parte. A buen seguro, no había mejor lugar para ocultarse hasta que fuera capaz de seguir adelante.

—¿Cómo sabes quién soy?

—Tengo una radio.

—¿Están buscándome… por esta zona?

No había razón para mentir. Tate estaba segura de que pronto él mismo escucharía las noticias.

—Creen que estás al sur de aquí, camino de Houston.

La habitación se movía tanto que él creyó que iba a caerse. La voz de la mujer llegó a través de una nebulosa.

—Houston… Ahí es donde él habría ido, de acuerdo —murmuró para sí.

Tate se preguntaba si lo habría oído bien. Luego a la curiosidad le siguió la satisfacción al ver que a Petersen se le caía la cabeza hacia delante. Al cabo de un momento, se desmayó a su lado.

La luna de los proscritos había alcanzado las copas de los árboles antes de que Petersen volviera en sí. Al principio estaba desorientado, pensó que estaba de vuelta en High Ridge, pero la mujer que tenía encima de él no se parecía en nada a su compañero de celda, un gorila malencarado. Los recuerdos fueron volviendo uno tras otro hasta que se percató de quién se trataba.

—A ver si lo adivino —se humedeció los labios secos—. Tienes la pistola.

—Se te cayó al suelo cuando te desmayaste, pero me llega el brazo hasta ahí.

Él tragó saliva y levantó la cabeza. Ella seguía esposada a la cama.

—Por lo que veo, no has encontrado las llaves.

—No será por no haberlas buscado —respondió fríamente.

Él consiguió soltar una risa seca.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?, ¿una hora?

—Más bien dos —Tate se alejó de él tanto como se lo permitían las esposas—. El brazo se me ha dormido.

—Pues siéntate —no esperó a ver si ella seguía su consejo y comenzó el arduo proceso de intentar incorporarse él mismo. La habitación seguía girando, y tenía tanto calor como para hacer arder la cabaña—. Aagua.

—Suéltame y te traeré agua.

Él no se molestó en contestar. La cabaña parecía enormemente grande y la cocina, a muchos kilómetros. Aun así, no tenía elección. Se levantó apoyándose en uno de los postes. La pierna le dolía muchísimo. Tenía que limpiar la herida y desinfectarla.

Tate vio cómo se tambaleaba camino de la puerta y sintió una punzada de piedad.

—En la heladera hay agua.

Había atravesado media cabaña cuando volvió a desmayarse.

La luna de los proscritos estaba tan alta que ya no era visible desde la ventana del dormitorio. Tate la había visto ascender en el cielo como si su vida dependiera de ello. No había nada más que hacer. La cama era demasiado ancha; la cadena de las esposas, demasiado corta. Los dedos de sus pies apenas rozaban el suelo cuando se ponía en paralelo al cabecero. Había examinado éste con lupa en busca de una tuerca que pudiera aflojar y le permitiera desmontarlo, pero estaba unido al cuerpo de la cama con cuatro tuercas oxidadas imposibles de desatornillar con la mera fuerza de los dedos. Después de una hora de intentos fallidos, se dio por vencida y renunció a la esperanza de desasirse y correr a la cabaña del primo Will.

Las esposas no daban cuartel. Carl Petersen se las había puesto como un profesional. Lo bastante sueltas como para que la sangre circulara sin dificultad, pero no tanto como para que pudiera soltarse. Si la cabaña estuviera caldeada, seguramente la sangre circularía sin problema. Por desgracia, no era así. La temperatura estaba cayendo en picado e, incluso debajo de la colcha, estaba helada.

—¡Petersen! —gritó.

Estaba empezando a quedarse ronca. Llevaba gritando desde el momento en que había admitido que no tenía esperanza de liberarse de las esposas. Había oído cómo Petersen se caía; luego todo se había quedado en silencio. Le daba pánico que hubiera muerto. Si así era, envidiaba la rapidez con que lo había hecho. Su propia muerte, atada al cabecero, no sería tan rápida ni tan indolora.

—¡Petersen!

Tate creyó oír un gemido. Era el primer signo positivo desde que él se había caído.

—¡Petersen!

Oyó una serie de ruidos sordos y, después, como si algo se arrastrara por el suelo. Hubo un silencio y luego, más porrazos. Silencio, el roce de algo que se arrastraba. Silencio.

Cuando estaba a punto de volver a llamarlo, oyó un clic. Había conseguido llegar a la heladera. Unas lágrimas de alivio escaparon de los ojos de Tate. No estaba muerto, y ella tampoco, todavía. Ahora su vida dependía de la de él.

—¡Petersen, tienes que quitarme las esposas! Si te mueres, yo me moriré de hambre aquí atada. Desátame y veré qué puedo hacer para ayudarte.

No hubo respuesta.

Ella repitió en silencio su súplica. Justo cuando acababa de decidir que él debía de haberse desmayado nuevamente, oyó el ruido de la puerta de un armario. Estaba buscando comida. Luego oyó otra vez el ruido de algo que se arrastraba, y el inconfundible sonido de unas arcadas. Por fin, oyó la voz de Petersen.

—¿Dónde tienes el botiquín?

Tate sintió una alegría desmesurada de poder comunicarse con él.

—En el desván.

Él murmuró una palabrota. Ella sabía por qué.

—Mira, quítame las esposas y te traeré lo que necesites. Los dos sabemos que tú no puedes subir ahí arriba.

—No estoy… loco.

—Tal vez no, pero estás medio muerto —Tate miró hacia la puerta, la voz de Petersen sonaba más cerca. De pronto, su figura surgió en la oscuridad. Ella se quedó asombrada al ver que estaba de pie—. Mira, no vas a durar mucho más en ese estado —la piedad que había sentido antes impregnaba su voz—. Has luchado y casi lo has conseguido, pero ya se ha acabado. Si tú te mueres, yo me muero también, y no ganarás nada con ello. Quítame las esposas. Puedes apuntarme con la pistola, si quieres, mientras te curo esa pierna y te hago una sopa.

—Y cuando me desmaye otra vez, irás a buscar al sheriff.

Tate sabía que era una estupidez negarlo.

—Es tu única posibilidad. Tal vez no te vuelvas a desmayar y, cuando te haya curado, podrás esposarme de nuevo.

—Sólo necesito… descansar —fue hacia la cama, tambaleándose. Cuando llegó a ella, le tendió algo a Tate, un paquete de galletas.

A ella le parecía increíble que hubiera siquiera pensado en que ella podía tener hambre.

Él no se quedó quieto. Empezó a desabrocharse la camisa hecha harapos; cada botón era una agonía. La luz de la luna iluminó su pecho bronceado y cubierto de vello rubio y él se echó la camisa hacia atrás y dejó que cayera al suelo.

—¿Qué haces?

—Yo creo que está claro —tiró de los pantalones hacia abajo pero estos no se movieron. Lo intentó de nuevo y lo consiguió. Resbalaron por sus piernas hasta el jirón de tela que cubría la herida de la pierna, atado en torno a la pernera del pantalón. Tambaleándose, aflojó el nudo del improvisado vendaje y los pantalones cayeron al suelo alrededor de sus pies desnudos. Él se volvió a colocar el vendaje e hizo un nuevo nudo para apretarlo. Gimió. Al verlo prácticamente desnudo, Tate comprendió por qué todavía seguía en pie, a pesar de la infección que lo estaba matando. Entonces, cubierto tan sólo por un slip de algodón blanco y el jirón de tela atado a la pierna, se derrumbó sobre la cama y trató de taparse con la colcha.

—Petersen, escúchame —dijo Tate, frenética—. Te estás muriendo, ¿es que no te das cuenta? La gente no se cura de heridas de bala así por las buenas, sin tratamiento. ¡No se trata de una gripe! ¡Por lo que más quieras, dame esas malditas llaves y deja que me vaya! Haré lo que pueda por ti, te lo prometo.

Él sonaba medio muerto cuando respondió:

—No… volver… me matarán.

—¡Estamos en el siglo veinte! ¡No matan a los presos en castigo por haberse escapado! A lo mejor te ponen uno o dos años más de condena, eso es todo.

—Me matarán… —el resto de la frase murió en sus labios.

Tate se deslizó cuanto podía hacia el otro lado de la cama. El hombre que yacía a su lado estaba inconsciente de nuevo.

El sol todavía no había salido, pero el cielo empezaba a aclarar. Carl Petersen seguía durmiendo, Tate no había pegado ojo en toda la noche. No había cerrado los ojos y no se había relajado ni un instante. Las llaves que necesitaba para quedar libre reposaban en el suelo, cerca de la puerta, pero Petersen se interponía entre éstas y ella.

Tate pensaba que podría llegar hasta ellas si conseguía acercar la cama a la puerta empujando con las piernas contra la pared del cabecero. Luego podría «pescarlas» con la ayuda de una sábana o una almohada. Aquello podía llevarle horas, pero cada vez que consiguiera aproximarse, aunque fuera un centímetro, a las llaves, estaría más cerca de la libertad. El problema era que, con los empujones, Petersen se despertara y reuniera fuerzas para incorporarse y lanzar las llaves fuera del dormitorio.

A medida que se acercaba el amanecer, Tate había llegado a la conclusión de que su única posibilidad era esperar a que él muriera.

«¡Dios mío, no!». La idea la horrorizó. No soportaría saberse tumbada y encadenada a un muerto. Y una vez estuviera segura de que había muerto, tendría que pasar por encima de él para llegar hasta las llaves…

Petersen todavía respiraba. Tate dio media vuelta y se quedó mirando al hombre que yacía a su lado. Un Jesse James de carne y hueso no resultaba tan romántico como en la leyenda. ¿Surgiría una leyenda en las Ozarks en torno a él? Tal vez dentro de cien años, la gente contaría a sus hijos la historia de Carl Petersen y de la mujer que había esposado a la cama y que había muerto de miedo a su lado.

—¡Petersen! —Tate extendió un brazo hacia él y tragó saliva mientras se obligaba a agarrarlo del hombro—. Petersen, despierta.

Petersen murmuró algo. Tenía el hombro muy caliente, ardiendo, y llevaba una hora muy agitado, murmurando incoherencias. ¿Se podía sobrevivir a una fiebre tan intensa sin padecer para siempre un daño cerebral? Era un ser humano que sufría, pero la piedad que Tate debería haber sentido quedaba eclipsada por la necesidad de liberarse.

Lo zarandeó.

—¡Tienes que soltarme!

Él movió la cabeza a derecha e izquierda, se giró hacia ella y le agarró una mano.

—Dos cruces…

—¡Despierta! —Tate trató de retirar la mano, pero él no le dejó.

—¡Cabrón…, eres un cabrón! Dijiste un mes…

Tate no prestaba atención a lo que decía, estaba intentando que se despertara.

—¡Petersen, por favor! Despierta. Tienes que levantarte y soltarme mientras todavía puedas.

—Me las pagarás…, Gallagher. Aunque te escondas…

—¡Petersen! —como él no respondía, lo llamó por su nombre, con la esperanza de que él pensara que era una amiga—. Carl, Carl, despierta. Tienes que soltarme antes de que te mueras y me quede tumbada en esta cama con un cadáver.

Él abrió los ojos. Se movían a izquierda y derecha, como si estuviera leyendo muy deprisa.

—Gallagher… Hijo de puta… Un mes. ¡Nada más! —agarró con fuerza la mano de Tate y ella gimió—. ¡Me dejaste allí para que me muriera!

—Petersen. Carl. ¡Carl! —casi estaba llorando de frustración—. ¡Por favor, despierta!

—Simón. Simón me llamo…

—¡Por favor, las llaves! ¿Me oyes Carl? —retiró de un tirón la mano que él sujetaba y lo zarandeó.

—Carl no. Simón…

Ella no estaba en situación de discutir si, en su delirio, pensaba que era otra persona.

—Pues Simón… Por favor, te lo suplico, despierta. ¡Levántate y trae esas malditas llaves! Si no las traes, no puedo ayudarte. Te vas a morir.

—A morir —esa palabra pareció penetrar la nebulosa de su delirio. Abrió más los ojos—. A morir. La justicia no es justa.

—¡Sí, a morir! Esa fiebre va a acabar contigo, si otra cosa no lo hace antes. Mira, Carl…, Simón, comoquiera que te llames. No quiero pudrirme aquí, a tu lado, ¿entiendes? No quiero convertirme en una leyenda.

—Leyenda…

—Las llaves, trae las llaves. ¡Si no me sueltas, vas a morirte!

Él levantó la cabeza de la almohada. Por primera vez, parecía que intentaba fijar la vista.

—No te irás…

—No, no me iré. Por favor, trae las llaves. Se acabó, no puedes sobrevivir sin ayuda. ¡No puedes dejarme encadenada al lado de un cadáver!

Él dejó caer la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

—No voy… a morir…

—¡Claro que vas a morirte! —Tate se preguntó si estaría lo bastante débil como para creer una mentira—. No iré a buscar ayuda, te curaré yo sola.

—Mentirosa…

—Lo digo de verdad.

—Quiero que te quedes con… conmigo.

—¡Me quedaré contigo para toda la eternidad si no traes esas llaves!

Él consiguió esbozar un amago de sonrisa.

—Por favor, Simón, suéltame.

Él abrió los ojos.

—¿Cómo sabes lo de Simón?

—Me has dicho que te llamara Simón.

—¡Maldita sea!

—Mira, yo sólo quiero que me sueltes. No me importa quién eres ni cómo te llamas, pero suéltame. Si tienes una pizca de humanidad… Por favor.

Él seguía tumbado, muy rígido.

—Te lo suplicaré si quieres —continuó Tate.

—Escúchame…

Instintivamente, Tate se arrimó a él. La voz de Petersen era poco más que un suspiro.

—Te escucho.

—Si me agarran…, me matarán. Inocente, tengo que probarlo…, por eso…

Tate se inclinó sobre él.

—¿Simón?

—… escapado. Para probar…

Tate se imaginaba que noventa de cada cien asesinos encerrados en High Ridge proclamarían tozudamente su inocencia, incluso en los casos en que las víctimas resucitaran y los identificaran.

—¿Por qué te van a matar? —tanteó.

—El capitán Shaw… tengo algo… mira en la camisa…

—¡No puedo mirar nada! ¡Estoy aquí esposada, no puedo moverme!

Él seguía muy rígido. Tate esperaba, no sabía si había vuelto a quedarse inconsciente o si estaba pensando. Justo cuando iba zarandearlo otra vez, Petersen abrió los ojos. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Luego fue resbalando hasta quedar sentado en el suelo. Tate oyó que respiraba deprisa, con dificultad.

A su pesar, sintió pena.

—¿Estás bien?

No hubo respuesta. Se acercó todo lo que pudo al borde con la esperanza de ver cómo se encontraba.

—¿Simón?

Mientras ella escrutaba la oscuridad, él empezó a arrastrarse trabajosamente hacia la puerta. Tate sabía que el esfuerzo era agónico, pero él no renunciaba. Avanzaba unos centímetros, descansaba, un poco más, separaba…

Por fin, el brazo de Petersen llegó hasta la puerta. Ella contuvo la respiración al ver que agarraba su ropa y tiraba de ella hacia sí. Las llaves estaban encima de los pantalones. Las agarró. Luego, lentamente, se fue arrastrando de nuevo, con la espalda apoyada en la pared, en dirección a la cama, hasta que dejó las llaves sobre la colcha. Tenía los ojos cerrados.

Tate se apresuró a localizar la llave más pequeña del manojo. Le costó más de lo esperado conseguir que las esposas se abrieran y resopló repetidamente. Temía que él cambiara de opinión en cualquier momento.

—No voy… a matarte —dijo Simón desde el suelo.

El aro metálico se abrió y Tate sacó la muñeca. Se quedó sorprendida al notar las lágrimas de alivio en sus ojos.

—Supongo que debo darte las gracias.

—Podría… podría haberte matado.

—Lo sé.

—Si vas a buscar ayuda, será… será como matarme.

Tate parpadeó y sus ojos localizaron la pistola. Estaba al alcance de Petersen, aunque en el estado de debilidad en que éste se encontraba, imaginó que tardaría tanto en agarrarla que ella tenía posibilidades de hacerse con el arma primero.

—Te juzgó y te condenó un jurado imparcial, ¿no? —preguntó ella mientras apoyaba los pies en el suelo.

—No soy lo que piensas… Te he soltado para salvarte la vida… Sálvame tú a mí —se le cayó la cabeza hacia un lado, separó los labios y su respiración se hizo más suave.

Tate comprendió que por fin había llegado la ocasión de escapar. Ahora podría hacerse con la pistola y salir corriendo. Se puso de pie y fue hacia Petersen. Este levantó la cabeza y abrió los ojos. Alargó un brazo y agarró el arma mientras ella lo miraba horrorizada. Luego, con una mano que temblaba tanto que apenas podía sujetar el revólver, se lo tendió.

—Toma… Pégame un tiro… De todas formas, soy hombre muerto —la pistola se le cayó de la mano antes de que ella pudiera agarrarla y el hombre que se hacía llamar Simón resbaló hacia un lado hasta quedar tendido en el suelo.

Tres

El hombre que yacía inconsciente en el suelo de la cabaña era un preso condenado por sus delitos. A lo largo de la noche, había amenazado su vida varias veces y, en una ocasión, incluso había hecho uso de su arma para doblegarla. Tate no dejaba de preguntarse por qué entonces era incapaz de esposarlo a la pata de la cama y marcharse a avisar al sheriff.

Porque estaba sufriendo, porque el suelo estaba helado y él, agotado y herido. Porque le había perdonado la vida, cosa que un criminal desesperado no habría hecho. Porque, y le fastidiaba reconocerlo, no estaba convencida de que estuviera mintiendo cuando se declaraba inocente.

Porque la ley y los que la aplicaban nunca la habían impresionado demasiado.

Tate tomó el revólver con ambas manos y apuntó a la cabeza de Simón. En caso necesario, podía disparar, y lo haría. Le pegaría un tiro. Había aprendido casi todo lo que sabía en institutos de barrios marginales, en instituciones de menores siempre saturadas, en la calle. Había aprendido por las malas a protegerse y nunca olvidaría esas lecciones.

Si se veía obligada a ello, dispararía, pero mientras miraba al guiñapo humano que yacía en el suelo, se dijo que no tenía de qué preocuparse. Simón, o Carl Petersen, o quienquiera que fuera, ya no podía seguir luchando. Había agotado sus fuerzas y lo sabía, le había ofrecido el arma y se había puesto en sus manos.

No quería esa responsabilidad. No quería nada que tuviera que ver con él, pero estaba inconsciente, así que, de momento, tendría que aguantarse y decidir qué iba a hacer.

Una cosa era segura: no podía dejarlo allí en el suelo, tenía que subirlo a la cama, aunque sólo fuera hasta que el sheriff viniera en su busca. El suelo helado lo mataría antes que la herida que tenía en la pierna.

Reflexionó sobre cómo realizar aquel milagro. Él pesaba por lo menos treinta kilos más que ella y, a menos que se despertara y colaborara, era un peso muerto. Además, estaba casi desnudo, iba a resultar difícil tirar de él, pero tenía que intentarlo.

Tate dejó la pistola en uno de los estantes del armario para que Simón no tuviera la tentación de arrebatársela. Se arrodilló junto a él y lo zarandeó por un hombro.

—Simón, ¿me oyes?

Él gimió y luego hubo un silencio.

—¿Simón?

Ella se colocó tras él, lo agarró por los hombros y empezó a tirar para sentarlo. Tenía la piel caliente y sorprendentemente suave. La luz del alba iluminaba ligeramente la habitación y Tate se fijó en lo sucio que estaba.

—Vamos, Simón —trató de animarlo—. Si conseguimos que te sientes, a lo mejor logro meterte otra vez en la cama.

Él volvió a gemir, pero parecía que ahora trataba de colaborar. Al menos, no se revolvía contra ella. Tate tiró con fuerza hacia arriba hasta que consiguió que apoyara la espalda en la pared. Todavía estaba demasiado oscuro como para poder verlo bien, pero le pareció que estaba muy pálido. No era sólo su cara la que había perdido el color, también tenía el cuerpo muy blanco, parecía una estatua griega de mármol. A pesar de todo lo ocurrido, la preocupación la invadió. Mucha gente moría de heridas de bala, él podía morirse.

A pesar de que la distancia que había entre la pared en la que estaba apoyado y la cama era pequeña, no podría llevarlo hasta allí ella sola. Él tenía que ayudarla. Lo zarandeó de nuevo, hundió los dedos en su hombro.

—Simón, ¿me oyes?

Él respondió con un gruñido.

Tate le puso una mano en la mejilla y le dio unos cachetes amistosos.

—Mira, tienes que volver a acostarte, si no te vas a morir. Tienes que ayudarme a levantarte.

Él parpadeó y abrió los ojos, pero parecía como si no pudiera enfocar nada.

—Voy a poner tu brazo alrededor de mis hombros. Apóyate en mí y, cuando consigamos que te levantes, unos pasos y en seguida estarás en la cama —Tate se agachó junto a él y colocó uno de los brazos de Petersen sobre sus hombros. Era un peso muerto, ni siquiera tenía fuerzas para agarrarla. Por un momento, consideró la idea de dejarlo allí. Era un preso fugado de la cárcel, un fugitivo que, hacia unas horas, había amenazado con matarla. ¿Qué hacía ella con su brazo encima de los hombros y sujetándole por el pecho, cubierto de vello rubio, con una mano?

Él sacudió la cabeza como si estuviera tratando de aclarar las ideas. Tate notó que hacía esfuerzos inútiles por levantarse. Estaba luchando, no quería morir. Era un ser humano, como ella. Lo abrazó con más fuerza y lo espoleó.

—Tienes que ayudarme. Si no, te vas a morir.

—Morir… si me entregas…

Ella se sintió aliviada al oír que era capaz de hablar. Apretó aún más la mano que tenía sobre su pecho.

—Ahora de lo que tenemos que preocuparnos es de meterte en la cama. A la de tres, nos incorporamos, ¿de acuerdo?, pero tienes que poner de tu parte.

La cabeza de Petersen cayó hacia delante. Tate no estaba segura de si había asentido o se había quedado inconsciente. Empezó a contar.

—Uno…, dos…, y ¡tres! —tiró de él hacia arriba con todas sus fuerzas y echó al mismo tiempo las caderas hacia delante para que él encontrara un punto de apoyo—. ¡Vamos, Simón!

Juntos trataban de acercarse a la cama. Él estaba tan débil que apenas podía ayudar, pero al menos no era un peso muerto. Tate tiraba y empujaba hacia arriba con las caderas. Cuando estuvo casi de pie, ella empezó a avanzar, casi arrastrándolo.

—¡Vamos, Simón! ¡Ya casi hemos llegado, no te desmayes ahora!

Cuando llegaron al borde de la cama, él se desplomó hacia delante.

—No puedo… —murmuró.

—Ya estamos. Túmbate y yo te ayudo a levantar las pierna, pero no te escurras hacia abajo, ¿de acuerdo?

Él no respondió, pero Tate no perdió tiempo en repetir lo que acababa de decirle. Antes de que se escurriera nuevamente al suelo, agarró la pierna sana con las dos manos y la depositó sobre el colchón. Con la otra mostró más delicadeza pero igual determinación. Petersen quedó atravesado encima de la colcha. Al menos, ya no estaba en el suelo.

Tate se detuvo para recuperar fuerzas y miró su obra. El hombre que yacía en la cama estaba pálido como el papel y el jirón mugriento que tenía atado a la pierna cubría algo más que un arañazo.

Conteniendo la respiración, empujó el sucio harapo hacia el tobillo hasta que la herida quedó al descubierto: un agujero obsceno en una pierna que, si no, sería perfecta. El hueco no era grande, pero la carne alrededor estaba desgarrada e inflamada, muy roja. La inflamación llegaba hasta la rodilla y la herida todavía sangraba.

Tate tragó saliva con dificultad. Las heridas y las enfermedades no eran cosa nueva para ella. En la universidad, se había formado en primero auxilios y trabajaba como voluntaria en el dispensario del pueblo, donde, bajo la supervisión del médico de turno, se encargaba de numerosas tareas. En una ocasión, incluso había asistido a un herido de bala, aunque se trataba de una herida menor, un roce. Nunca había afrontado un caso tan serio: lo habrían mandado inmediatamente a las urgencias del hospital más cercano.

Y allí era donde debería estar Simón, en urgencias; pero si iba allí, sería bajo custodia policial. Y cuando estuviera repuesto, lo mandarían a High Ridge. ¿Allí lo matarían?

La duda la asaltó. Estábamos en el siglo veinte, pero, al igual que la cabaña de su padre, se decía que High Ridge era más bien una cárcel del diecinueve. Había oído comentarios al respecto en el pueblo, cuando iba de compras. Unos cuantos vecinos de Mountain Glade trabajaban en la cárcel, que era uno de los escasos lugares que ofrecían empleo en la zona. Aquellos con los que ella había hablado no contaban mucho, y menos a los forasteros, pero de sus palabras podía inferirse que High Ridge era el último sitio donde un preso desearía acabar.

Sin embargo, una cárcel dura y estricta y una donde se asesinaba a los presos eran dos cosas diferentes, ¿o no?

Tate fue al armario y sacó un pañuelo limpio que usó para vendarle la herida. Hizo una mueca al pensar en cómo debía de dolerle y se las arregló para retirar la

colcha de debajo de él. Simón no se movió y ella notó que su respiración era rápida y superficial. Lo colocó de tal modo que pudiera taparlo por completo con la colcha y lo arropó como a un niño.

Las esposas seguían colgadas del cabecero de hierro. Tate las miró y se quedó pensando, luego le levantó una muñeca y lo esposó. Ahora era su prisionero, igual que ella antes.

Al salir del dormitorio, tropezó con la ropa que había en el suelo. Se detuvo y la recogió. Seguro que el guardia al que se la había robado ya no la quería. Olía peor que el propio Simón y estaba hecha jirones.

Tate buscó en los bolsillos del pantalón mientras atravesaba la cabaña. Había un abrecartas con unas iniciales grabadas, RS, nada más. Lanzó el pantalón fuera de la casa, por la puerta trasera y, cuando estaba a punto de hacer lo mismo con la camisa, recordó lo que Simón había dicho, que tenía algo en el bolsillo.

Frunció el ceño, alzó la camisa y metió la mano en el bolsillo. Sacó un disquete con la etiqueta en blanco que, probablemente, contenía una copia. ¿Qué hacía Simón con un disquete? El hombre al que los periódicos llamaban Carl Petersen había sido condenado por delitos informáticos, pero ¿qué hacía ese disquete en el bolsillo del uniforme que le había robado al guardia?

Tal vez contuviera algo relacionado con su fuga.

El disquete estaba húmedo. Lo alzó y cayeron unas gotas. La información que pudiera contener probablemente era irrecuperable, pero su mera presencia complicaba aún más el misterio del fugitivo que yacía en su cama.

Tras dejar el disquete en la cocina, se aplicó en reunir los troncos de leña tirados por el suelo. Mientras el sol se alzaba en el cielo, encendió el fuego en la chimenea y en la cocina para calentar la cabaña.

Cuando volvió a ver cómo estaba su prisionero, descubrió que no había cambiado de postura. Le tomó el pulso: era rápido, aunque firme. Seguía ardiendo. Le preocupaba que sufriera una septicemia o que se quedara en coma. Lo primero no podía descartarse, aunque, pensó, la herida tendría peor aspecto en ese caso. Lo segundo ocurriría si sufría una bajada de tensión arterial.

Salió del dormitorio y volvió al cabo de unos instantes con el botiquín de primeros auxilios. No sólo contenía las gasas y el desinfectante de rigor, era bastante completo. Ella se había comprado su propio equipo, que incluía un estetoscopio y un aparato para tomar la tensión. Lo colocó en torno al brazo de Simón, lo infló y observó.

Tenía la tensión baja pero dentro de los límites normales. Había perdido sangre, desde luego, y estaba agotado; ambas circunstancias explicaban que su tensión fuera baja en esos momentos. Retiró un poco la colcha que lo cubría y escuchó el latido del corazón. Era estable, aunque un poco rápido.

Estaba enfermo, pero ella suponía, o, más bien, deseaba, que su estado se debiera al agotamiento, a la sangre que había perdido y a la deshidratación. La

herida era seria, pero no como para poner en peligro su vida. Con suerte, respondería a los cuidados apropiados.

Volvió a guardar el instrumental en el botiquín y tapó de nuevo a su prisionero con la colcha. Sacó una manta del armario y se la puso por encima. Tenía que hervir agua para limpiarle la herida, pero ahora prefería no molestarlo, ni tampoco disponía del tiempo para ocuparse de aquello como Dios manda. Primero tenía que decidir qué iba a hacer con él. Decidiera lo que decidiera, debía darse prisa. No corría peligro inmediato, pero si no recibía tratamiento pronto, Simón Carl Petersen moriría encadenado a su cama.

La montaña no era un medio nuevo para Tate. Stagecoach Inn estaba en la cordillera Azul de Virginia. Había vivido allí desde los catorce años y, a pesar de haber pasado su infancia en las tierras bajas, en el monte se sentía como en casa. Quizá fuera porque Stagecoach Inn era el primer lugar al que podía llamar «un hogar». Cualquiera que fuera la razón, las Ozarks no le habían parecido un entorno desconocido, si bien las montañas en sí mismas eran ligeramente distintas de las de Virginia, más rocosas y agrestes.

En ese momento, su Ford Bronco levantaba a su paso una polvorienta nube roja y ella pisó el acelerador una vez más en las curvas de Kalix Road, el camino que la conducía al centro del pueblo.

Kalix Road era un crisol de contrastes. Las casas más cercanas a la cabaña de Tate eran humildes, pero los jardines estaban bien cuidados y, a buen seguro, sus propietarios se enorgullecían de que lucieran recién pintadas y adornadas con arriates de flores. Más allá, siguiendo por la misma carretera, las casas se transformaban en chabolas, y los niños que jugaban delante de ellas estaban sucios. Era como si Kalix Road se dividiera en dos: entre los que se habían dado por vencidos y los que jamás habían pensado en renunciar.

En esa zona de las Ozarks la tierra era pedregosa y las granjas no resultaban rentables, y era una región demasiado inhóspita y remota como para atraer a las industrias. Sin embargo, algunas de las familias de Kalix Road no tiraban la toalla. Cultivaban la tierra y aceptaban cualquier trabajo que se les ofreciera, por duro que fuera. Educaban a sus hijos y mantenían sus iglesias, dando muestras de su terco orgullo y de su inteligencia.

Cuando Tate giró y el camino de arcilla se transformó en una carretera asfaltada, las casas volvieron a cambiar. Sus propietarios, comerciantes y profesionales, no eran gente acomodada para los estándares urbanos, sin embargo, según Tate se iba aproximando al pueblo, las casas se volvían más amplias y modernas. Si un turista pasara por allí, nunca sospecharía la pobreza que escondían esas bellas montañas ni la lucha diaria de sus gentes por sobrevivir y conservar su orgullo.

Y, claro está, si la cabaña de Millard estuviera en otra parte, nunca habría tenido el gusto de conocer a Simón Carl Petersen.

Mountain Glade era tan pequeño que habría sido fácil pasárselo, pero Tate conocía ahora todas las tiendas, todos los cafés…, lo conocía de memoria. Era un pintoresco pueblecito de montaña con edificios de ladrillo, aceras de madera y un par de personajes que estaban siempre en el mismo lugar. Sabía dónde comprar comida y dónde aparcar cuando acudía a las reuniones locales de los viernes por la noche. Conocía el horario del banco y dónde se podía encontrar cambio para las máquinas de la lavandería.

Y dónde estaba la oficina del sheriff.

Redujo la velocidad a los preceptivos cuarenta kilómetros por hora en el casco urbano. Mountain Glade era un pueblo aletargado, igual de somnoliento a las ocho de la mañana que a mediodía. Las mejores plazas de aparcamiento de la calle principal ya estaban ocupadas por rancheras. La mayoría de los vehículos se hallaba estacionada junto al Café Sassafras.

Dejó el coche delante de la farmacia de Allen, pero se quedó dentro un momento y reconsideró la decisión que había tomado más temprano, cuando el sol por fin había aparecido en el horizonte. No tomaría ninguna decisión sobre el destino del fugitivo, al menos no ella sola. Había demasiadas cosas que ignoraba, pero una persona podía iluminarla.

Su padre adoptivo, Jess Cantrell.

Siempre podía recurrir a él. Además de dirigir junto a Krista el Stagecoach Inn, era periodista y había escrito varios libros que eran éxitos de ventas. Jess estaba siempre al tanto de todo y, si había algo que no sabía, conocía a quien podía informarlo. Era la persona ideal para obtener información sobre Simón, si lograba ocultarle el hecho de que tenía a un peligroso delincuente esposado a su cama en aquellas idílicas montañas.

Tate hizo una mueca mientras, en silencio, buscaba la manera de presentar las malas noticias. Ni a Jess ni a Krista les había hecho demasiada ilusión que se fuera a pasar varios meses sola en las Ozarks. Les preocupaba lo aislada que estaría. No habían dicho nada desalentador al respecto, pero Tate los conocía demasiado bien como para saber cómo se sentían de verdad. Ahora pensarían que su preocupación estaba justificada.

Ya no era la adolescente de catorce años que habían recogido de la calle, pero Tate suponía que, al igual que todos los padres, les costaba aceptar que se había convertido en una adulta.

A pesar de todo, tenía que pedir a Jess que averiguara cuanto pudiera acerca del hombre que se había escapado de High Ridge. Consultarle aquello le parecía lo más sensato, esperaba que él y Krista lo entendieran.

Había dos teléfonos públicos en Mountain Glade. El de delante de la gasolinera estaba averiado desde que ella había llegado al pueblo; el segundo se hallaba dentro de la farmacia de Allen. Se trataba de un teléfono de pared instalado a escasos centímetros del mostrador sobre el cual el farmacéutico y los clientes intercambiaban recetas, medicamentos y chismes.

Wally Allen, el propietario y único dispensador de consejos y medicamentos, era un hombre de mediana edad pelirrojo, la persona más entrometida que Tate había visto en su vida. No era casualidad que el aparato estuviera situado tan cerca del mostrador. Wally se mantenía informado de cuanto sucedía a diario en Mountain Glade. En menos que canta un gallo podía contarle a uno quién estaba haciendo qué con quién y dónde. Tate se preguntaba a veces si Wally apuntaría todo aquello en un diario y si no estaría buscando jubilarse anticipadamente gracias a los donativos en metálico que los vecinos de Mountain Glade estarían dispuestos a dar a cambio de ciertas páginas.

Ese día Wally estaba en plena forma, explayándose ante una señora mayor de rostro severo. En un condado con sólo dos médicos sobrecargados de pacientes, Wally funcionaba como el tercero. En honor a la verdad, debía reconocer que nunca le había oído aconsejar mal a los vecinos. En una ocasión, Wally le había firmado una receta, una vez que le dolía mucho la garganta, y lo que le había prescrito había sido eficaz.

En esos momentos desgranaba una clase magistral sobre los beneficios de una dieta rica en fibras. Tate ya había oído antes esa conferencia en particular y calculó que al farmacéutico le quedarían aún al menos cinco minutos de cháchara, y que podría hacer su llamada antes de que Wally concluyera su charla para oír lo que ella decía.

Estaba equivocada.

—Buenos días, señorita Tate.

Tate se recordó que quizá algún día volviera a necesitar que le firmara una receta y sonrió con amabilidad.

—Buenos días.

Él sonrió enseñando todos los dientes.

—¿Sigue disfrutando de su estancia?

Tate estuvo a punto de decirle que su estancia se había vuelto menos agradable, pero no lo dijo.

—Los colores del otoño son una maravilla, ¿verdad?

—Claro que no hay como verlos en la ciudad —Wally observó cómo Tate levantaba el auricular—. ¿Necesita el listín telefónico?

Ella forzó otra sonrisa antes de darse la vuelta.

—No, gracias.

Se hizo un silencio a su espalda mientras introducía la moneda de un cuarto de dólar en el aparato. Fingió revolver el contenido de su bolso en busca del número de teléfono al que quería llamar y se giró un poco para poder ver a Wally y a la mujer que se hallaba delante del mostrador. Ambos la miraban fijamente. No había modo, en esas circunstancias, de telefonear a Jess y pedirle información sobre el preso. En diez minutos todo el pueblo se habría enterado y, en veinte, tendría al sheriff en la puerta de su cabaña.

Hizo como que consultaba una libreta de notas en blanco y marcó varios números. Un mensaje grabado le dijo que ese número no existía y que lo intentara de nuevo. Ella colgó, como si nadie contestara, y retiró el cuarto de dólar.

—Luego lo volveré a intentar —murmuró.

—A quien madruga, Dios le ayuda —dijo la señora mayor, como si acabara de acuñar la frase.

Con la esperanza de que al cabo de un rato Wally estuviera más ocupado extendiendo recetas, Tate asintió y se marchó de la farmacia.

¿Cuánto aguantaría Petersen sin tratamiento? Era fuerte, eso estaba claro, pero también las personas fuertes se morían. Decidió esperar media hora y luego intentar llamar de nuevo. Si Wally seguía con la antena puesta, tendría que renunciar a pedirle información a Jess y tomar una decisión ella sola. Entre tanto, se obligó a unirse a los parroquianos que llenaban el Sassafras y tomar un café. Esperaba que su estómago, que sufría espasmos a causa de la ansiedad, lo tolerara.

El café no tenía nada de particular. Había varios más en el pueblo con menús y precios similares. El local en sí no valía mucho, y tenía un ventanal que ofrecía una vista de la calle principal. Aparentemente, sin embargo, los vecinos de Mountain Glade habían otorgado al Sassafras y a su cocina regional la máxima nota, cinco estrellas. Y en honor a los vecinos, Tate debía admitir que, las pocas veces que había comido allí, la comida, si bien sencilla, era sabrosa y abundante.

No podía quitarse a Simón de la cabeza. Pensando en él, abrió la puerta del café. Echó un vistazo a la sala antes de entrar para localizar un sitio libre. Cuando ya estaba dentro, se dio cuenta de que la mayoría de los coches estacionados delante del café pertenecían a miembros de su familia.

No se hizo el silencio, pero el tono de las conversaciones se volvió más sosegado cuando ella entró. Como ya era demasiado tarde para marcharse, Tate fue hacia la mesa grande a la que estaban sentados seis Carter para saludar como es debido. Nunca se había sentido menos en familia.

Will, un hombre lúgubre con cara de judía verde, se levantó al verla aproximarse. Como era el que vivía cerca de Tate, la había visto más veces que el resto de los Carter. Will era el que la había llevado hasta la cabaña de su padre cuando había llegado al pueblo. Desgraciadamente, también había sido Will el que más había perdido con su repentina aparición. Si no la hubieran localizado e informado sobre su herencia, los quinientos acres de su padre habrían ido a parar a Will.

Tate intentó dar la impresión de que se alegraba de verlos.

—Bueno, parece que todo el mundo está disfrutando de un buen desayuno.

Miró la mesa y a sus ocupantes. Allí estaba la mujer de Will, Dovey, más que rellenita, sentada al lado de su marido. Junto a ella se hallaba su madre, Zeddie, que parecía más un bulldog que una anciana. Al otro lado de la mesa, cerca de Tate, había otros tres Carter: Canna, Andy y Esther. Canna, una rubia atractiva, trabajaba de cajera en el banco. Andy y Esther estaban casados y tenían un asador a unos tres

kilómetros de la cabaña de Tate. Todos guardaban un parentesco con ella, pero Tate no tenía claro cuál.

—Trae una silla y siéntate con nosotros —antes de que Tate pudiera declinar la oferta, Will ya estaba llamando a la atareada camarera.

—No os preocupéis por mí. No quiero interrumpiros —protestó Tate, pero la camarera apareció a su lado.

—¿Café?

La camarera se parecía un poco a Zaddie y sujetaba la cafetera como si esperara que Tate hiciera un cuenco con las manos. Will ya había acercado una silla a la mesa. Tomó también un mantel de papel y unos cubiertos y los puso delante de Tate junto con una taza y un plato.

Consciente de que no le quedaba más remedio, Tate asintió y sintió un gran alivio cuando la camarera le llenó la taza.

—¿Quieres el especial, como todos los demás? —preguntó la camarera, y se marchó antes de que Tate pudiera responder.

—Supongo que voy desayunar el especial yo también —ojalá pudiera tragarlo, pensó.

Zeddie arrugó la cara.

—Lo necesitas.

Tate trató de pensar en algo que decir, pero la falta de sueño y un pequeño problema pendiente la habían dejado muda.

—Bueno, ¿qué te parece Mountain Glade? —inquirió Canna.

Tate deseaba poder decirles: «En cuanto a comodidades, debe estar más o menos al nivel de High Ridge», pero optó por la diplomacia:

—Me gustan las montañas —dijo.

—¿Te las arreglas bien en casa de Millard?

Sin tomar en cuenta el hecho de que un preso fugado de la cárcel se encontraba en ese momento durmiendo en su cama, Tate no estaba segura de qué responder. Si decía que le parecía un poco rústica, tal vez ofendiera a alguien. Por lo que sabía, todo el clan Carter vivía con la misma austeridad que su padre.

—Tengo todo lo que necesito —dijo. «Y un ser vivo que no necesito tanto».

—Se acerca el invierno —dijo Will.

Tate se quedó esperando a que dijera algo más, hasta que se dio cuenta de que todos aguardaban a que ella hablara.

—Sin duda.

—Va a ser malo.

Tate se preguntaba si Will elaboraría sus predicciones con la ayuda de gusanos y esternón de ganso. El diario de su padre era muy preciso cuando describía las supersticiones en las que se basaban los pronósticos del tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Ah, Will hace gráficos —intervino Dovey—. Tiene gráficos con los cambios meteorológicos desde hace años. Sabe más que los meteorólogos.

A pesar de la preocupación que sentía y que le impedía concentrarse en la conversación, Tate estaba impresionada. Will parecía avergonzado.

—Para saber cómo son los inviernos por aquí, tienes que pasar uno.

Tate dio un sorbo a su café.

—¿Qué debería saber?

—Las carreteras están tan nevadas que sólo pueden pasar los camiones. Y mejor que tengas buena provisión de leña. Mucha leña o, de lo contrario, te congelarás. Y comida, hay que almacenar comida. Si no, pasarás hambre, seguro.

Tate se dio cuenta de que trataban de amedrentarla. Apenas conocía a esa gente, y no sentía simpatía hacia ellos, pero la advertencia la molestó. Tenía tanto derecho como ellos a estar allí. No iba a dejar que la asustaran y volver corriendo a Virginia.

«Si me asustara con facilidad, en este momento estaría en la carretera, pisando el acelerador para llegar cuanto antes a Stagecoach Inn».

Bebió la mitad de su café antes de hablar.

—Bueno, no tenéis que preocuparos por mí. Mi coche es cuatro por cuatro y las ruedas son para todas las estaciones, así que no creo que tenga problemas para circular. Y Millard cortó suficiente leña antes de morir como para calentarme tres inviernos, pero, gracias por lo de la comida. Me imagino que será mejor llevar a casa un par de bolsas llenas de latas de conserva, por si en una o dos semanas no pudiera llegar a la tienda.

Nadie sonrió. Todos los ojos la miraban a ella. Tate pensó en los años de su infancia, cuando ansiaba tener una gran familia con abuelos y primos, tíos y tías. Krista a menudo decía a las niñas del Stagecoach Inn que tuvieran cuidado con lo que deseaban, no fuera a ser que se cumpliera.

Para alivio de Tate, la camarera apareció con los desayunos: galletas con salsa gravy, huevos y beicon ahumado. Reunió fuerzas y se lo comió todo deprisa, sin pausas para paladear los maravillosos sabores. Era muy consciente de que había pasado bastante rato y de nuevo debería intentar llamar desde la farmacia. El hombre esposado a su cama no podía esperar más.

En cuanto se disculpó para marcharse, Will se dirigió de nuevo a ella.

—Me he fijado en que has plantado árboles.

Tate sabía que «fijarse» no era el verbo adecuado. Ella y Will eran vecinos, pero entre una casa y otra había, al menos, kilómetro y medio. La única manera de que Will se hubiera «fijado» era que hubiera acudido hasta sus tierras para husmear. Al pensarlo, sintió un escalofrío. Si iba a espiarla, no podía haber elegido peor momento.

—Exacto —no dio más explicaciones.

—Me preguntó cuál será la razón.

—Supongo que estoy terminando lo que empezó mi padre —dijo, enfatizando la palabra «padre», por si necesitaban que les recordara su derecho a hacer lo que quisiera con la casa y el terreno—. Descubrí en su diario que quería plantar abetos blancos delante de la cabaña.

—Necesitan cuidados —señaló Dovey.

Tate se preguntaba por qué no se lanzaban y le preguntaban cuánto tiempo iba a quedarse.

—Sí, ya lo sé —se puso de pie y dijo una mentira—. Lamento tener que marcharme, pero tengo que volver a casa. Necesito aprovechar las horas de luz si quiero plantar el resto de los cepellones —dijo. Luego inclinó la cabeza, complacida—. Gracias por invitarme a desayunar con vosotros.

Will se puso de pie.

—Ya sabes que un hombre se ha escapado de High Ridge, ¿verdad?

Tate se preguntaba si también trataría de amedrentarla con eso. Asintió con la cabeza, como si no le preocupara lo más mínimo. Como si el hombre en cuestión no estuviera esposado a su cama, medio muerto.

Will hizo también una inclinación de cabeza.

—Si me necesitas, pega un grito.

Tate se quedó sorprendida. Por un momento, casi le había parecido que Will se preocupaba por ella, pero la cara de éste no mostraba ninguna emoción. Se preguntó si su padre habría sonreído alguna vez.

—Gracias —respondió. Levantó la mano para decir adiós a todos y fue al mostrador a pagar su desayuno.

Cuando salió a la calle, había más tráfico y más transeúntes, y se dirigió rápidamente a la farmacia. En silenció rezó para que Wally estuviera muy ocupado ahora que el pueblo se había despertado. Para asombro suyo, ni siquiera lo encontró detrás del mostrador cuando entró en la farmacia.

Introdujo la moneda y habló en voz baja con la operadora, a la que indicó el número de la tarjeta de crédito del Stagecoach Inn para que se cobrara la llamada. El teléfono sonó varias veces. Como en Virginia era una hora más temprano que en Arkansas, Tate se imaginaba a Jess refunfuñando por haberlo sacado de la cama mientras acudía a contestar el teléfono.

No fue Jess quien respondió.

—¿Sí?

Tate reconoció la voz de Krista.

—Hola, Kris. ¿Te he despertado?

Krista soltó una carcajada.

—Hola, cariño. ¿Va todo bien?

Tate vaciló, pero decidió no decir la verdad. Para ella, Krista era más su mejor amiga que una madre. Sin embargo, aunque apenas se llevaban diez años, Krista se preocupaba como lo haría una madre. Jess, en cambio, era más objetivo. Dejaría que fuera él quien le contara a Krista lo de Carl Petersen.

—Bien, bien. He venido al pueblo y se me ha ocurrido llamaros.

—Me alegro de oírte.

Charlaron un rato, se pusieron al día de los chismes pendientes y luego Tate retomó la razón principal de su llamada.

—¿Está por ahí Jess?

—¿No has recibido su carta?

Tate frunció el ceño. No repartían correo en Kalix

Road, y no había pasado por su apartado de correos desde hacía una semana.

—No. Seguramente está esperándome en mi buzón.

—Se ha marchado de viaje, Tate. Todo fue muy repentino. Un viejo amigo lo llamó desde el Líbano…

—¡Líbano!

—Allí hay un grupo que dice tener tres rehenes estadounidenses. Han prometido liberarlos si se difunden convenientemente sus reivindicaciones políticas, y han elegido a Jess como «portavoz» de su causa.

Tate intentó asimilar la noticia.

—¿Por qué?

—Pues por su trayectoria como periodista y su popularidad. Le han prometido que su vida no correrá peligro y que volverá sano y salvo.

—¿Y esas promesas tienen algún valor?

En la voz de Krista se deslizó cierto dejo de preocupación por su marido.

—Espero que sí, y que cumplan lo prometido.

Tate deseó poder ofrecer consuelo… y recibirlo.

—¿Cuánto tiempo tiene previsto estar fuera?

—Dos semanas…, tres como máximo. Estará en casa para Acción de Gracias. ¿Tú vas a venir también?

Tate quería responder que tenía asuntos más importantes que resolver, pero una cosa era segura: Krista ya tenía suficientes preocupaciones. No quería aumentarlas.

Sólo podía contar consigo misma, la vida de ese hombre estaba en sus manos.

—No te preocupes por Jess —dijo Krista al notar que Tate no respondía—. Sabe cuidarse. Piénsate lo de venir para Acción de Gracias, ¿de acuerdo?

—Claro. Oye, aquí lo que sí reparten son los telegramas, bueno, supongo. Mountain Glade no está tan aislado. Mándame un telegrama si me necesitas, ¿de acuerdo? Y te volveré a llamar un día de estos.

Intercambiaron besos y abrazos y, luego, Tate colgó.

Se quedó con la mirada clavada en el teléfono hasta que oyó una voz a su espalda.

—¿Va a volver a llamar, señorita Tate?

Se giró y vio a Wally, que estaba otra vez en su puesto, detrás del mostrador. Se mordió el labio inferior mientras consideraba cuántas cosas ignoraba, la situación en que se hallaba y que tal vez estuviera cometiendo una terrible equivocación.

—Wally —dijo por fin—, tengo un problema.

Él parecía encantado con la noticia.

—Tengo un corte en la pierna —señaló un punto lo bastante arriba como para que el farmacéutico no osara pedirle que se lo enseñara—. Me lo hice cortando leña y creo que se está infectando, pero no puedo perder todo el día yendo a la ciudad y esperando a que el doctor Monson me reciba. Cuando tuve aquella infección de garganta, la primera vez que vine aquí, me recetó penicilina y me dio un envase rellenable. ¿Cree que si lo relleno podría curarme esa infección?

—¿Está al día de la vacuna del tétanos?

Tate rezó para que en High Ridge vacunaran a los presos.

—Sí.

Wally se frotó las manos satisfecho y empezó a darle un conferencia. Media hora más tarde, Tate salía de la farmacia con consejos, medicamentos y el material necesario para cuidar de un batallón de héroes de guerra.

Cuatro

Antes de marcharse al pueblo, Tate había cubierto el fuego de la chimenea y el de la cocina. Cuando regresó, sin embargo, gracias al calor de los rescoldos y al del sol, la cabaña estaba caldeada. Añadió más leña al fuego y reavivó éste antes de ir a ver cómo se encontraba Simón.

Estaba en la misma postura en que lo había dejado. Tenía los ojos cerrados y su respiración era rápida. Todavía le ardía la cara, pero se estremeció cuando ella le puso una mano en la frente, como si estuviera helado.

Tate revisó rápidamente su plan. Estaba muy enfermo y era dudoso que ella fuera capaz de curarlo, pero, si lo que había dicho era verdad, mandarlo de vuelta a High Ridge equivalía a mandarlo a la muerte. Sus propias experiencias en la vida habían enseñado a Tate que las cosas no eran siempre como parecían. ¿Y si decía la verdad? Todo parecía indicar lo contrario pero, ¿y si era cierto lo que decía?

Aquel hombre le había perdonado la vida y, al final, se había entregado a ella. ¿Cómo no iba a darle una oportunidad? Se concedería veinticuatro horas con él. Si su estado empeoraba, iría en busca del sheriff, pero si conseguía bajarle la fiebre y controlar la infección, se tomaría su tiempo para decidir qué hacer. Él estaba esposado a la cama y la pistola se hallaba en su poder, se dijo Tate. Incluso si mejorara rápidamente y recobrara fuerzas, no podría hacerle daño.

Con la decisión tomada y los plazos fijados, puso manos a la obra. Antes de ocuparse de la pierna de Simón, tenía que darle agua, aspirina y una dosis doble de antibióticos. Estaba deshidratado. Con una fiebre tan alta, dudaba que bastara con darle de beber para mantenerlo hidratado. Habría sido mucho mejor poder ponerle suero, pero en esas circunstancias era imposible, así que tendría que arreglárselas con la hidratación oral.

Decidió probar primero con agua, nada más que agua. Sabía que él había tenido náuseas, arcadas, y quería estar segura de que era capaz de tragar sin vomitar antes de diluir en agua el preciado antibiótico. Primero agua; luego, agua con Tylenol y después, con el antibiótico diluido. Calculaba que todo el proceso le llevaría una hora.

Pasó delante del agua que tenía recogida en el porche trasero y fue hasta la fuente. Para sorpresa suya, Cinn, que no había dado señales de vida en toda la noche, apareció tumbado en el porche cuando ella volvió de la fuente. Se deslizó dentro de la casa cuando ella abrió la puerta y detuvo su cuerpo marrón rojizo delante de la puerta del dormitorio. Tate movió la cabeza y añadió al agua unos cubitos de hielo que había comprado en el pueblo. Luego pasó por delante del supuesto perro guardián.

Simón seguía sin moverse. A la luz del día, lo examinó de cerca. Tenía el pelo y la barba enredados y llenos de mugre incrustada. La piel estaba cerúlea. Simón Carl Petersen no ganaría un concurso de belleza en ese instante, pero no estaba segura de cuál sería su potencial una vez se repusiera. Tenía unos rasgos muy masculinos, aunque delicados… Elegantes, decidió. Inteligente. Pues claro, no era un ladrón al

uso, un asaltante de licorerías, era un delincuente de alto nivel. Un delincuente informático que, obviamente, era inteligente o, por lo menos, bien educado.

Tate dejó el vaso de agua junto a la cama y se fue. Volvió a los pocos minutos con una palangana con agua y una esponja. El agua estaba caliente, procedía de la olla de hierro forjado que había puesto encima del fuego. Se sentó en el borde de la cama, metió la esponja en el agua, la escurrió y empezó a humedecerle los pómulos.

Al principio él no se movió ni hizo gesto alguno. Luego, después de que hubiera empapado y escurrido la esponja en varias ocasiones, él movió el cuello como para intentar escapar de una tortura.

—Está bien —dijo ella con delicadeza—. Demuéstrame que estás vivo.

Siguió pasándole la esponja por la cara, por encima de la barba y el bigote y por debajo de la barbilla. Una vez limpia, la barba era de color dorado, uno o dos tonos más oscura que el pelo, o así le pareció a ella. Tenía el pelo demasiado sucio como para asegurarlo. Se dedicó a la cara hasta que ésta quedó todo lo limpia que era posible con una esponja. Dejó la palangana al lado de la cama y tomó el vaso de agua.

Se había decidido por un cuentagotas en lugar de una cuchara porque era más difícil de esquivar.

—Simón —dijo con suavidad—, esto es sólo agua. Tienes mucha fiebre y tengo que darte líquidos. Tienes que tragar.

Acompañó esas palabras con actos, llenó el cuentagotas y fue dejando caer gotas de agua entre sus dientes sin dejar de hablar para calmarlo.

Las primeras dos gotas entraron sin dificultad, pero luego Simón cerró la boca y se negó a abrirla. En vez de discutir con él, Tate fue a la cocina y vació en la pila el agua de la palangana. Rellenó ésta con agua jabonosa y la llevó de nuevo al dormitorio. De caminó, echó otro tronco al fuego.

Estaba quieto, pero en cuanto ella se sentó a su lado, empezó a mover la cabeza agitadamente a derecha e izquierda.

—Ese agua probablemente se haya evaporado antes de que la tragaras —lo instruyó—. Si no bebes, te vas a deshidratar, y el viento te llevará de vuelta a High Ridge.

Sorpresa. Simón abrió los ojos, pero miraba de frente, hacia delante, como si estuviera viendo algo invisible para ella.

—¿Simón? —llevó la esponja a su mejilla—. ¿Sabes dónde estás?

Los párpados de él volvieron a cerrarse.

Ella suspiró y siguió lavándole la cara con agua. Al menos no trataba de zafarse. Al cabo de unos minutos, Tate empezó a darle agua con el cuentagotas y consiguió que tragara el equivalente a una taza.

Esperó para ver si vomitaba y, mientras tanto, continuó limpiándole las mejillas. Gracias a su diligencia, parecía tener menos fiebre. Dado que la cabaña

había alcanzado una temperatura bastante agradable, decidió quitarle la manta y bajarle la colcha hasta la cintura. Entonces echó una somera ojeada a su cuerpo y empezó a lavarle el pecho, los hombros y los brazos.

Era alto, pero no gordo. Tenía un cuerpo atlético, como de velocista, delgado pero musculoso.

No estaba segura de cuánto llevaba en la penitenciaría, pero fuera poco o mucho, se había mantenido… o se había puesto en forma. Casi podía imaginárselo haciendo flexiones en el suelo de la celda. ¿Habría estado todo ese tiempo planeando su fuga? Tal vez se hubiera obsesionado con el ejercicio físico porque sabía que tenía que prepararse para escapar de High Ridge.

Eso debía de ser lo que le había salvado, su excelente forma física. Contemplando su estado, Tate se imaginó por lo que habría pasado. Alguien más débil se habría detenido al alcanzarle un disparo, pero él había seguido corriendo.

Resultaba raro pensar en lo fuerte que era ese hombre ahora que estaba inconsciente y ardiendo de fiebre; resultaba raro estar ocupándose de él tan íntimamente. No le debía nada, y menos cariñosos cuidados, pero era un ser humano, igual que ella. Era un estupendo ejemplar, al menos en el aspecto físico. Y, aunque no le debiera nada, ¿acaso no era su deber salvarle la vida?

Tate pasó la esponja por los brazos de su prisionero. Incluso en estado de relax, se dibujaban los músculos bajo la piel. Tenía los antebrazos bronceados y cubiertos de vello rubio. Aparentemente, había hecho buen uso del patio de High Ridge durante su estancia allí. Se lo imaginaba recorriendo el perímetro del patio mientras tramaba cómo fugarse. ¿Habría recibido alguna ayuda? Según la radio, se había escapado de High Ridge solo, sin ayuda de nadie. ¿Sería el primer preso en la historia de la cárcel que culminaba semejante hazaña?

Enjuagó la esponja, escurrió el agua sobrante y empezó a lavarle una mano. Era ancha, de dedos largos y bien proporcionados. Eran manos capaces, manos que habían sujetado un arma y habían disparado la bala a tres centímetros de su cabeza a pesar de hallarse debilitadas por la fiebre.

En silencio pensó que, probablemente, no había contado con ayuda para fugarse. No parecía el tipo de hombre que quisiera depender de terceros. La noche anterior, parecía convencido, hasta el amargo final, de que descansando un poco lograría recuperarse. Sólo había pedido ayuda al darse cuenta de que la infección y el agotamiento lo habían vencido, cuando ya no quedaba ni un resquicio para la esperanza.

Tate fue a sentarse al otro lado de la cama para lavarle el otro brazo. Tendría que estar muy cansada, se dijo, era lógico después de haber pasado la noche en vela, o a lo mejor era que estaba loca… Ese hombre al que estaba dedicando tan tiernos cuidados era un preso, un condenado que se había fugado. Fuera cual fuera la causa, era cada vez más consciente del lazo que se estaba creando entre ellos mientras lo lavaba.

Ella tenía veintiún años y había habido hombres en su vida, pero siempre había puesto fin a esas relaciones antes de que llegaran a alcanzar una lógica intimidad. No

estaba segura de por qué obraba de ese modo. Quería creer que era porque nunca se había enamorado. La alternativa, que fuera insensible, fría o, incluso, frígida, le resultaba poco atrayente.

Aunque teniendo en cuenta su pasado, de dónde venía y todo por lo que había pasado, resultaba comprensible que fuera problemático para ella entregarse a otra persona. Era precavida, la vida la había enseñado a serlo. Tal vez siempre fue demasiado precavida para enamorarse o amar a un hombre.

Por supuesto, una mujer realmente precavida habría salido gritando y corriendo cuando Simón Carl Petersen, condenado por asesinato, le había pedido ayuda.

Pasó la esponja con suavidad sobre el pecho de Simón. Tenía arañazos que no había visto antes. Tenía uno bastante profundo en el costado, cerca de la cintura, como si lo hubiera rozado una bala. Si ésta lo hubiera alcanzado unos centímetros más a la izquierda, nunca habría llegado a la cabaña.

Tenía también muchas magulladuras y contusiones. Cada vez sentía más simpatía hacia él cuando imaginaba el *vía crucis* que habría pasado en el bosque antes de encontrar la cabaña. Las noches anteriores casi había helado, y el uniforme en harapos con el que había llegado no lo habría abrigado. Sintió compasión y algo más, otra emoción indefinible, mientras le pasaba una vez más la esponja por el pecho. Le parecía casi una vergüenza que un hombre físicamente tan perfecto como ése tuviera que pasar los mejores años de su vida encerrado en una cárcel de Arkansas.

Se dio cuenta de hacia dónde la llevaban sus reflexiones y tiró la esponja dentro de la palangana. Estaba más limpio y el agua había servido para enfriarle un poco la piel. Tate salió del dormitorio y regresó con otra palangana de agua con jabón. Trabajaba con rapidez y eficacia, procurando no dejar volar su imaginación.

Cuando hubo terminado, diluyó en medio vaso de agua la dosis indicada de Tylenol. Afortunadamente el estómago de Simón toleraba el agua. Ojalá ahora admitiera el medicamento.

—Vamos, Simón, colabora un poco. A ver si podemos bajarte esa fiebre —sin la menor intención de admitir un no por respuesta, Tate puso manos a la obra.

Estaba en los trópicos. Debería saber dónde exactamente, él nunca se perdía. Tal vez Madagascar. O Brasil. Un sitio donde hacía más calor que en el infierno.

Y estaba en la selva, corriendo, aunque, en realidad, apenas podía moverse. A su alrededor no había más que verde, verde, todo era verde. Se abría paso con el machete que le habían dado y que pesaba cada vez más. Iba cortando ramas, el machete golpeaba la vegetación y rebotaba hacia él, cubierto de verde, goteando verde. Sangre. Sangre verde. Una selva sangrando verde.

Estaba sangrando él.

¿Dónde estaba Josiah? Josiah era el que lo había llevado a aquella selva. Lo había dejado allí para que encontrara algo. ¿Qué? El calor estaba disolviéndole el cerebro. Verde por todas partes, y algo…, algo que se suponía que debía encontrar.

Cortaba ramas inútilmente. El machete resbalaba contra los troncos de los árboles como el arco de un Stradivarius, buscando la sinfonía perfecta. Pero allí no había música, sólo verde. Y algo que debía encontrar.

La sed le quemaba la garganta. Estaba en la selva, pero no había agua. Calor. La selva ardía bajo el sol y el sol parecía irradiar calor desde la tierra que pisaban sus pies. ¿Dónde estaba Josiah?

Tragó saliva con dificultad y algo frío atravesó su garganta seca. Levantó la mirada al cielo ¿rezando? Hacía siglos que no rezaba. Se estaban formando nubes. Despegó los labios y la lluvia, la bendita lluvia, entró en su boca.

Su único miedo era no ser capaz de tragar lo bastante deprisa.

Se había acabado el vaso de agua con Tylenol. Tate sabía que Simón bebería más agua si se la daba, pues hacia el final de la dosis ya tragaba con avidez. Incluso había girado la cabeza para facilitarle el trabajo.

Sin embargo, sabía que no se debían apresurar las cosas. Esperaría media hora y probaría a darle los antibióticos. No sabían bien, aunque tenía intención de mezclarlos con media lata de cola. Si no lograba que Simón se lo tomara o el estómago de éste no lo retenía, no tendría más remedio que ir a casa de Will y llamar al sheriff. Tenía que tomar antibióticos, aunque fueran los que le administraran en la enfermería de la cárcel.

Entre tanto, mejor que le echara un vistazo a la pierna, pensó Tate. No sabía si la bala se le habría incrustado en la pantorrilla o si la herida podría cerrarse sin necesidad de puntos. Aquél era un buen momento para hacer una valoración. Simón estaba tranquilo, demasiado agotado como para agitarse o darse la vuelta. Luego tal vez se convirtiera en peor paciente.

Preparándose mentalmente para lo que iba a ver, retiró la colcha y la manta de un lado de la cama para dejar a la vista la pierna de Simón. Sus ojos la recorrieron cuan larga era. Al igual que el resto de su cuerpo, no parecía la pierna de un hombre que trabajara en una oficina. Eran piernas de atleta, largas y esbeltas, y tenía los muslos musculosos.

Los ojos de Tate fueron subiendo. Llevaba unos calzoncillos baratos de algodón, los de la prisión, seguro, que rodeaban sus caderas, estrechas, muy masculinas. Le quedaban justos y no dejaban nada a la imaginación. Las chicas de Stagecoach Inn alabarían enardecidas a un hombre tan bien dotado.

Tate se obligó a concentrarse en su tarea. Lo primero era limpiar la zona de la herida, luego le quitaría el pañuelo y le limpiaría la parte infectada. Fue a la cocina y puso agua a hervir. Se lavó las manos a conciencia y volvió al dormitorio con una palangana de agua jabonosa para poner manos a la obra.

Al cabo de media hora se encontró con buenas noticias. La pierna mostraba dos heridas. La primera y peor era la que había producido la bala al entrar; la segunda, más pequeña y limpia, el agujero de salida. Aparentemente, la bala había entrado y salido sin tocar el hueso. No parecía que tuviera la pierna rota, la herida afectaba al

tejido muscular únicamente. Sabía poco de esos temas, pero suponía que Simón necesitaría hacer rehabilitación y fisioterapia para recuperar la movilidad de la pierna al cien por cien.

Lo primero y más importante, sin embargo, era atajar la infección para limitar el daño. La zona en torno a la herida estaba roja e inflamada, pero no sangraba. Se preguntó qué resultado tendrían sus esfuerzos. ¿Y si la herida empezaba a sangrar de nuevo cuando la limpiara y pusiera paños calientes alrededor para drenar la infección?

El riesgo no se podía desdeñar, pero no veía alternativa. Si no hacía algo, se arriesgaban a un envenenamiento de la sangre. Se armó de valor, se sentó de modo que pudiera poner la pierna de Simón en su regazo y empezó a lavársela. Esperaba que no se despertara hasta que ella hubiera terminado.

Había una casa en la selva. No, no era una casa, era una choza que se alzaba en medio de aquella vegetación amenazadora que llegaba hasta el cielo. Era de bambú y las cañas estaban atadas entre sí con yute. Un loro de plumaje brillante iba y venía delante de la puerta, impidiendo de ese modo el acceso.

Dentro estaría sano y salvo. Encontraría refugio, comida y bebida. Y podría descansar. Nunca había estado tan cansado. Los ojos se le cerraban de sueño.

Refugio. Iba abriéndose camino, pero sus brazos eran como de goma, igual que los árboles que intentaba talar. Por cada uno que caía, dos ocupaban su lugar en cuanto él pasaba. Sentía que la selva lo empujaba hacia delante, hacia la choza, aunque los árboles que tenía delante entorpecieran su camino.

Iba a morirse allí, en la selva. Su cuerpo alimentaría a los árboles y se convertiría en una capa más de aquel suelo esponjoso. Se obligaba a avanzar, daba un paso, luego otro, pero algo retenía su pierna. Tal vez fuera una planta trepadora. Lentamente, muy lentamente, bajó la vista al suelo.

La rama se movía sinuosamente, encogiéndose y estirándose según se iba enroscando alrededor de su pierna. Los ojos de un reptil de piel reluciente le sonreían. Las escamas brillaban sobre la superficie de la rama.

Luchó por levantar la pierna, para librarse de la rama que se había metamorfoseado en pitón. Cuando ya no le quedaban fuerzas para seguir peleando, la pitón se alejó.

Tate se apoyó en el borde de la pila y dejó caer la cabeza hacia delante. Respiró hondo. Durante sus años de voluntaria en el dispensario de beneficencia, le había dado vueltas a la idea de estudiar medicina. Luego, un vagabundo que recibía tratamiento regularmente allí llegó una mañana, se sentó en la sala de espera y murió.

Hacía meses que lo conocía, que trataba con él. Le preparaba sándwiches y café y, cuando se marchaba, le daba más sándwiches para que se los llevara. Como era voluntaria social, lo llevó a ver a un asesor bastante agradable del departamento de

asuntos sociales, y fue con él a conocer al director de un albergue para alcohólicos en vías de reinserción. Sin embargo, cuanto había hecho no había servido para nada. El vagabundo había muerto igual en el único lugar en el que podía estar seguro de que alguien lo lloraría.

Había tardado semanas en recuperarse y entonces se dio cuenta de que era impensable para ella ser médico. Nunca había pensado que fuera ni sentimental ni emotiva, pero la muerte de aquel anciano casi la había destrozado. ¿Cómo iba a afrontar las infinitas muertes que un médico veía a lo largo de su carrera? No existía ninguna especialidad ni ningún trabajo en el que estuviera garantizado que sus pacientes no morirían.

En ese momento se dio cuenta de que existía otra poderosa razón por la que había elegido una profesión distinta: no tenía estómago para ser médico. Había limpiado y tratado la herida de la pierna de Simón, pero nunca olvidaría cómo lo había visto sufrir.

Respiró hondo una vez más y alzó la cabeza despacio. Se le estaban pasando las náuseas y la cabeza ya no le daba vueltas. Al menos no se había dejado vencer por su debilidad y, aunque su experiencia y sus conocimientos no eran ni mucho menos adecuados, ahora cabía la posibilidad de que, con ayuda de los antibióticos, él lograra vencer la infección, aunque todavía necesitara puntos de sutura.

Un gemido resonó en la cabaña. Se echó en la cara un poco del agua que contenía la jarra que reposaba junto a la pila y fue a ver a su paciente.

Sólo movía la cabeza, la agitaba a izquierda y derecha sobre la almohada. Tate no sabía si atreverse a darle los antibióticos. Si a ella la había alterado la limpieza de la herida, a él lo habría afectado aún más. Fue al borde de la cama y le puso una mano en la frente. El Tylenol no le había hecho efecto. Le pasó la mano por la sien.

Era extraño cómo los cuidados que le dedicaba la afectaban emocionalmente. Se sentía unida a él. Simón estaba totalmente a su merced, y le resultaba raro sentirse responsable de la vida de otro ser humano. Además, era particularmente raro que ese ser humano tan dependiente fuera un preso fugado de la cárcel.

Su mano se detuvo. ¿Sería ése el tipo de relación que se creaba a veces entre un secuestrador y su víctima? ¿Estaría empezando a convencerse de que era bueno, a pesar de que todas las evidencias estuvieran en su contra? Ella había sido siempre una rebelde. ¿Sería aquel un nuevo paso de su rebelión particular? Tal vez vivir en una cabaña de madera, perdida en medio de ninguna parte, no fuera suficiente y necesitara ir más allá para demostrar al mundo que no respetaba ninguna de sus convenciones.

Se quedó allí de pie mientras trataba de sacudirse la simpatía que estaba desarrollando hacia un asesino, malversador, artista de la fuga y especialista en aterrorizar con un arma a mujeres solas. Probablemente no merecía su ayuda y, desde luego, menos aún su simpatía. Estaba claro que ella sentía una debilidad especial por las personas solas y necesitadas. Sería mejor que cuidara de que esa debilidad no nublara su buen sentido.

Guiada por esa idea, regresó a la cocina para preparar el antibiótico.

Al fin logró llegar a la choza. El loro pasaba volando delante de él como un destello que atravesara el aire, un revoltijo de alas y colores vivos. Él se agachó y el loro se lanzó hacia la selva y se perdió entre la inagotable vegetación.

Tropezó con la puerta y entró. La choza era oscura, un agujero de terciopelo negro que lo succionó hacia el interior. Dentro hacía frío, un frío penetrante, insidioso. Frío, más frío. Tenía frío, tanto frío como antes calor en la selva. Intentó rodearse el pecho con los brazos para darse calor, pero se quedó petrificado como una estatua.

Se moriría allí de frío, igual que casi había muerto antes de calor. Tanto luchar para llegar al mismo resultado.

Sus ojos empezaron a cerrarse. Despacio, despacio.

Al principio todo estaba en silencio, ni siquiera sus propios pensamientos podían penetrar en la oscuridad. Luego oyó una voz y se obligó a abrir los ojos. Una mujer lo miraba fijamente. Él la vio, pero no podía distinguir su cara. En aquella oscuridad, sólo sabía que era humana.

Alargó una mano hacia él.

—Ven —dijo—. Yo te cuidaré.

Sus dedos empezaron a entrar en calor. Fue hacia ella y notó que también su mano recuperaba temperatura. Sintiéndose cada vez más fuerte, él también alargó su mano hacia ella. El movimiento llevaba un tiempo. Él avanzaba y ella esperaba.

Cuando los dedos de ambos se tocaron, en el milenio que fuera, ella lo condujo de nuevo a la selva. El frondoso follaje tenía los colores del arco iris y los árboles se inclinaban a su paso para saludarlos. Y luego, en un claro, levantaron sus cabezas y recibieron la lluvia, la bendita lluvia.

Simón se había tomado los antibióticos con cola sin ningún reparo, aunque en dos ocasiones había abierto los ojos y murmurado incoherencias. Tate se sentía vacía, pero su prisionero tenía mejor aspecto. Estaba tranquilo, por lo menos. Ahora que había terminado de darle de beber, parecía sumido en un sueño reparador.

Sentía la satisfacción del trabajo bien hecho. ¿Sería eso lo que sentía una madre después de cuidar del recién nacido? La respuesta era obvia, aunque humillante. No sentía nada parecido al orgullo de madre. Aunque estuviera herido y extenuado, aquel hombre no despertaba ese tipo de emoción. Sentía algo completamente diferente, pero no podía o no quería ponerle nombre. Lo había tocado en partes donde nunca había tocado antes a un hombre, y se había creado con él un compromiso más serio que cualquier otro que hubiera asumido antes.

Ahora no tenía fuerzas ni capacidad para cuestionar sus sentimientos ni el compromiso. Los antibióticos tardarían en cambiar el estado del herido, pero estaba muy animada por cómo había respondido éste a sus cuidados. Desde luego, no

estaba peor. Si seguía tolerando líquidos y la medicación, tenía posibilidades de recuperarse. En lo que a ella respectaba, iba a desmayarse si no dormía un poco.

Había una cama en el desván; en realidad, allí era donde normalmente prefería dormir, pero ahora era impensable. No podía estar tan lejos de su paciente. Las siguientes veinticuatro horas eran cruciales, tenía que estar alerta por si empeoraba. Consideró las alternativas y se dio cuenta de que había sólo una. Se haría una cama en el suelo, a su lado, aunque el invierno ya casi había llegado y el suelo era el peor lugar de la cabaña para esperarlo.

Trepó hasta el desván y regresó al dormitorio con dos mantas y una almohada. Luego fue al coche y sacó un saco de dormir viejo que siempre llevaba consigo. Al cabo de unos minutos había hecho un catre bastante aceptable con la ayuda de tres cojines del sofá. Salió del dormitorio y dejó la puerta entornada por si Simón la llamaba.

Pensó en acostarse sin darse antes un baño, pero desechó la idea. Cuando Simón recuperara la conciencia, bañarse podía resultar problemático o, al menos, molesto. Se mareaba ante la idea de acarrear cubos de agua y verterlos en la tina que había cerca de la chimenea, pero no bastaba con lavarse por partes con una esponja. Necesitaba un baño de verdad. Por un momento, fantaseó con el lujo de entrar en un cuarto de baño, abrir el grifo y esperar a que saliera el agua caliente. Murmurando insultos contra ese padre al que nunca había visto, abrió la puerta de atrás y se puso manos a la obra.

La selva había desaparecido, se había esfumado, reemplazada por troncos viejos, grandes. Por un instante, Simón pensó que estaba en un fuerte. Las imágenes se iban formando despacio, el verdadero aspecto de lo que lo rodeaba surgía trabajosamente, con dificultad, como si avanzara por un camino cuyo final apenas podía intuir, y cuyo principio ya no estaba a su alcance.

Estaba en una cabaña. No podía recordar por qué estaba allí. Estaba en una cama, pero se hallaba demasiado cansado para dormir; estaba atado a ella, aunque no sabía cómo.

Tenía frío y calor a la vez, pero algo le decía que había estado aún peor. La pierna le dolía muchísimo, cada punzada era un tormento, pero el dolor estaba localizado en un punto determinado. Su intuición le decía que eso era positivo, pero estaba demasiado cansado para averiguar el porqué.

Sus párpados seguían cerrados; se obligó a abrirlos. Fijó la vista en una pared, en una silla, luego en una puerta. Estaba entreabierta. Entrecerró los ojos, como un viejo que quisiera leer la letra pequeña del periódico. Entraba luz por la ventana y, a través del hueco de la puerta, veía manchas en el suelo de la cabaña.

Al parecer, estaba solo. Anhelaba la selva y la mano de la mujer en la suya. Sabía que era un hombre que nunca se apoyaba en los demás, pero lo había hecho en la selva, y le había gustado.

Volvió a cerrar los ojos hasta que oyó un ruido. No tenía ninguna prisa por responder. Escuchó. El ruido era una canción, un silbido que le resultaba familiar. Abrió los ojos y vio a la mujer de sus sueños. Estaba tan lejos de él como entonces, e igual de extrañamente indefinida. Sólo veía su silueta, veía que era humana.

Mientras seguía mirando, la figura empezó a tomar forma, temblando delante del fuego, hasta que, incluso estando de espaldas a él, era toda ella deliciosa y sinuosamente femenina. Estaba desnuda, su piel era blanca como la nieve, iluminada por las llamas. Como una bailarina, estiró los brazos por encima de la cabeza y se recogió la mata de pelo negro en lo alto. La sujetó allí con una mano mientras con la otra enganchaba un pasador metálico. Después, con una gracia infinita, se agachó.

Veía la silueta de un pecho, pequeño y firme, la curva perfecta de una cadera, una pierna larga y esbelta. Se fue hundiendo en el agua hasta que sólo quedaron al alcance de su mirada los hombros y el moño de pelo negro como el carbón.

Se imaginó cómo sería tocarla, hundir los dedos en aquel pelo sedoso, frotarlos contra la piel aterciopelada. Ansiaba estar con ella, pero no podía moverse. Ansiaba llamarla, pero sus labios estaban pegados.

Siguió mirando hasta que ella se difuminó, e incluso entonces trató de seguir mirando, de no perderla. Por fin sus ojos se cerraron contra su voluntad y se quedó profundamente dormido.

Tate regresó al dormitorio después del baño. Estiró la colcha y puso una mano sobre la frente de Simón. La fiebre había bajado y no deliraba ni se agitaba, sino que dormía plácidamente.

Le agarró la muñeca y le tomó el pulso. Era fuerte, aunque todavía demasiado rápido, si bien el número de pulsaciones había bajado en relación a una hora antes.

Se quedó contemplándolo. Había algo entre los dos. Podía negarlo, repetirse que únicamente lo estaba ayudando, pero un lazo los unía. Más tarde tendría que afrontar qué hacer con él; por el momento, se alegraba de que estuviera mejorando.

Con suavidad le cruzó el brazo sobre el pecho. Cuando estaba retirando la mano de su muñeca, su mano atrapó la de ella.

Tenía la piel áspera y seca. Sus dedos no apretaban con fuerza, pero le retenía la mano no protestando o suplicando algo, sino como agradecido. Allí de pie, Tate contuvo el aliento asombrada. Los dedos de Simón apretaron los suyos sólo un segundo. Fue tan breve que pensó que tal vez se lo había imaginado. Luego, bruscamente, la soltó y su mano reposó sobre la colcha con los dedos cerrados hacia dentro.

Tate estaba tan emocionada que no podía moverse. Un fugitivo, un asesino, el mismo hombre que había disparado para aterrorizarla, incluso estando inconsciente, había buscado el modo de demostrarle que era más que todo eso. Era un ser humano y estaba agradecido.

Y ella era una mujer en peligro de caer rendida de emoción y cansancio.

Se alejó y se obligó a mirar el arañazo que la bala había dejado en el tronco, una bala que podría estar en esos instantes alojada en su cerebro. Se quedó mirándolo fijamente hasta olvidarse de todo lo que no fuera el agotamiento que sentía. Entonces se tumbó encima de los cojines que había alineado a los pies de la cama y se acurrucó bajo las mantas.

Cinco

Hasta la tarde del día siguiente, a Simón le bajó y le subió la fiebre sucesivamente varias veces. Los sudores y los escalofríos se sucedían, y no había vuelto a recuperar la conciencia. Cuando le bajaba la temperatura dormía plácidamente y, cuando ésta subía, se agitaba con desasosiego, pero no había vuelto a abrir los ojos ni había preguntado dónde estaba. Tate estaba segura porque apenas se había movido de su lado.

La primera vez que le subió la fiebre, ella volvió a pensar en ir a buscar al sheriff. Había establecido arbitrariamente una temperatura máxima; si Simón la alcanzaba, tendría que ir al pueblo. Le ponía el termómetro cada hora. Pero la fiebre no le subió tanto, aunque estuvo cerca.

Ella aprovechaba para dormir los momentos en que a Simón le bajaba la temperatura y descansaba plácidamente. Cuando él se despertaba, cumplía con las tareas más urgentes, como acarrear leña para el fuego, cocinar y calentar agua… y dar de comer a Cinn, el cual la observaba en todo momento desde su posición en la puerta del dormitorio. Tate nunca dejaba solo a Simón más de algunos minutos. Al tomar la decisión de no entregarlo, se había creado la obligación de cuidar de él.

Ahora, veinticuatro horas después de haber tomado esa decisión, se sentía agotada y desanimada. La fiebre le estaba subiendo de nuevo, después de pasar toda la mañana apenas con unas décimas por encima de la temperatura normal. Sabía que era habitual que la fiebre subiera por la tarde y, si la subida no iba acompañada por otros síntomas, tal vez las cosas no fueran tan mal, pero era consciente de que si Simón no mejoraba sustancialmente pronto, tendría que pedir ayuda. Los cuentagotas no eran adecuados para detener un proceso de deshidratación y los antibióticos por vía oral no eran tan eficaces como en inyección o suministrados por vía intravenosa.

Estaba perdiendo la batalla.

Tate se hundió en el borde de la cama, estaba demasiado cansada para seguir de pie. A su lado, Simón giró la cabeza. A pesar de los esfuerzos de Tate por ahuecar la almohada de vez en cuando, su cabeza había creado un profundo hueco en el centro. Ella sabía que debía de estar sufriendo, aun cuando dudaba que su mente pudiera registrar ese sufrimiento. Hacía unas horas le había quitado las esposas para poder moverlo mejor mientras lo lavaba. Desde luego, en su estado no podía ni huir ni amenazarla, pero, por si acaso, volvió a esposarlo a la cama.

Le puso una mano en la frente y le retiró un mechón de pelo rubio recién lavado. No le hacía falta un termómetro para darse cuenta de lo que era obvio. A pesar de que le había dado la máxima dosis de Tylenol media hora antes, la fiebre no bajaba. La enfermera Cantrell iba a tener que refrescarle de nuevo la piel y darle de beber más líquido.

Se dijo a sí misma que reuniría las fuerzas para hacerlo, se levantó y fue al porche trasero a buscar el agua que había acarreado hasta allí por la mañana. Ya no quedaba hielo del que había comprado en el pueblo, pero el agua estaba todavía

fresca, gracias a que el porche estaba a la sombra. Llenó la palangana y una jarra y volvió dentro. En un vaso, vertió agua y disolvió en ella unos polvos con sabor a limón. Era lo más parecido que tenía a glucosa.

Se puso manos a la obra con el cuentagotas y se dijo que tenía suerte de que Simón no estuviera tan inconsciente como para no poder tragar. Claro que, de ser así, para ella habría sido fácil tomar la decisión de avisar al sheriff. Simón estaría de vuelta en High Ridge y ella dormiría tranquila en su cama.

Aunque, si lo que él le había contado era verdad, tal vez estaría de regreso en High Ridge… pero dentro de un ataúd.

La subida de adrenalina que experimento, al pensar aquello, la mantuvo activa durante los siguientes quince minutos, hasta que Simón hubo bebido todo el vaso de limonada. Luego sacó la esponja del agua, la escurrió y le humedeció los pómulos y la frente.

Sus gestos eran maquinales. Lo había lavado tantas veces en las últimas veinticuatro horas que se sabía de memoria su cara, le resultaba tan familiar como la de un viejo amigo, aunque, que ella supiera, ninguno de sus amigos fuera un fugitivo de la justicia.

Soltó una carcajada amarga, y eso que creía que estaba demasiado cansada incluso para reírse. La verdad era que si echaba la vista atrás, muchos de los que ella había considerado amigos en otra época podrían estar ahora huidos de la justicia. Por lo que sabía, algunos podrían haber acabado en la cárcel. Quizá ésa era la razón de que ella estuviera allí, humedeciéndole la frente.

Su mano descendió y empezó a frotarle con suavidad el cuello y, a continuación, el pecho. Si alguno de los chicos de la calle a los que había conocido antes de ir a vivir a Stagecoach Inn era ahora un delincuente, no se dedicaría a ese tipo de delitos de guante blanco, los delitos informáticos. Y aunque sus recuerdos de esos años eran borrosos, dudaba que ninguno de los chavales con los cuales asaltaban a vagabundos o desplumaban turistas se pareciera de adulto a Simón Carl Petersen.

En realidad, había muy pocos hombres que estuvieran tan bien como Simón.

Estaba humedeciéndole un brazo cuando gimió. Era otra señal de la subida de fiebre. Simón pronto empezaría a agitarse y murmurar. Ya había ocurrido dos veces antes, pero, en ambas ocasiones, era justo la hora de darle el Tylenol. Ahora quedaban por delante varias horas antes de la siguiente dosis.

Tal vez dijera algo inteligible. Las palabras que había podido descifrar hasta entonces no tenían ningún sentido para ella. Había llamado a un tal Josiah, pero no daba la impresión de que esperara que fuera a salvarlo. Y una vez le había parecido escuchar el nombre de Erin.

Se preguntó si esa Erin sería su novia. No parecía un hombre casado y en la radio no habían mencionado a ninguna esposa, a pesar de que, como no había novedades sobre su fuga, los informativos se dedicaban a contar detalles de su vida para alimentar la noticia.

Había oído su historia varias veces, pero nadie había mencionado los nombres de Josiah y Erin. Era bastante raro que no hubiera detalles sobre el modo como había escapado. Al parecer, en High Ridge, nadie estaba dispuesto a hablar del tema.

En cambio, lo contaban todo en relación al millón doscientos mil dólares que había robado. Petersen era uno de los directivos de máxima confianza de un banco de Houston. Gracias a una reputación intachable y a su acceso a los códigos y las líneas de transferencia electrónica, y con la ayuda de un sistema bancario tan complicado que el fraude se volvía muy difícil de detectar, había sustraído esa pequeña fortuna a lo largo de tres meses.

Y no lo habrían descubierto y condenado, ni estaría en aquellos momentos tumbado en su cama, si una auditoría sorpresa no hubiera destapado sus manejos.

El auditor, un hombre llamado John Masters, no había tenido suerte. Gracias a su cuidadosa investigación, ahora estaba muerto y enterrado. Según las declaraciones del juicio, Masters decidió que no le pagaban suficiente por su trabajo y se ofreció a relevar a Carl Petersen del peso de su fortuna a cambio de no abrir la boca. A Petersen no le había parecido un intercambio justo y había comprado el silencio de Masters con una bala en el lugar indicado.

Y Tate sabía perfectamente que el hombre tumbado en su cama era muy capaz de disparar un arma.

Petersen casi se había librado del castigo. La policía tardó meses en investigarlo por desfalco y asesinato; luego, el juicio duró varios meses. El jurado no tardó tanto en dar su veredicto, pero había dudas de que Petersen hubiera matado a Masters. El arma nunca apareció y no había pruebas de que Petersen poseyera una pistola o hubiera efectuado disparos con una.

Al final, lo habían condenado gracias al testimonio del contable que había encontrado el cuerpo de Masters y había descubierto también el desfalco. Los motivos de Petersen para cometer el asesinato eran incontestables; su coartada, en cambio, no. La tía a la cual se suponía que había visitado la noche del asesinato, al ser presionada por el tribunal, declaró que no veía a su sobrino desde hacía un año.

De modo que, aunque había algunas lagunas, Tate sabía bastante de su prisionero. Sin embargo, había un detalle importante que seguía borroso. En ninguno de los informativos que había escuchado se mencionaba el nombre de «Simón». Los compañeros del banco, los vecinos, el frutero…, todos los que habían hablado ante el micrófono lo llamaban Carl, no Simón.

Era un hombre misterioso, contradictorio, el que yacía en su cama, el que tal vez se estuviera muriendo, y ella sabía que no debería estar ocultándolo.

Le pasó la esponja por el pecho y se quedó observando cómo el vello humedecido y aplastado iba recuperando el rizo. Si Erin era su novia, ¿estaría ahora preocupada por él? ¿Qué habría sentido cuando lo habían condenado y encerrado en High Ridge? ¿Cómo se sentiría él sabiendo que no volvería a besarla, a tocarla ni a hacer el amor hasta que fuera viejo y la cárcel lo hubiera destrozado? Tal vez ésa fuera la razón de su huida: un amor tan fuerte que estaba dispuesto a arriesgar la vida por él.

Tate se daba cuenta de lo sentimental que se había puesto. Era la consecuencia lógica de estar acariciándolo tiernamente. Echó la esponja dentro de la palangana y se puso dura. Era más probable que fuera la codicia lo que espoleaba a su hombre. El dinero del desfalco no había aparecido. Probablemente lo hubiera sacado fuera del país y estuviera amasando intereses. ¿Y Erin?, ¿estaría también viendo cómo engordaba la cuenta bancaria y esperando a su amante fugitivo?

Simón volvió a gemir y movió los labios como si quisiera decir algo. Tate se inclinó hacia él.

—Josiah…, cabrón.

—¿Quién es Josiah, Simón? —preguntó ella con voz sosegada.

—Gallagher…, cabrón, te atraparé.

—Eso no es nada cristiano de tu parte —dijo, y le pasó de nuevo la esponja por la cara.

Una mano capturó su muñeca con una fuerza que no esperaba.

—¿Por qué? Amigos… Salvado…

Tate sintió una punzada de temor. Desearía no haberse acercado tanto.

—No me conoces —aclaró para apaciguarlo—. No soy Josiah.

—Cabrón.

—Será «cabrona»… —Tate se soltó—. Soy una mujer, y te estoy cuidando para que te pongas bien. Tienes que descansar, estás herido de bala.

Él apartó la cabeza.

—Mátame. Me matarán…

—Aquí no va a matarte nadie, nadie sabe que estás aquí. Estás a salvo.

Él giró la cabeza y abrió los ojos. La miró fijamente, pero Tate sabía que no la veía.

—¿Por qué?

Ella no podía responder a una pregunta que no entendía.

—Tienes que descansar, estás muy enfermo y, si no mejoras pronto, tendré que llamar al sheriff para que te lleve al hospital.

Él se quedó mirándola fijamente; Tate se preguntó a quién estaría viendo. Siguió con los ojos clavados en ella hasta que los párpados se le cerraron.

Tate lo tapó de nuevo con la sábana hasta el cuello y escarbó en su mente en busca de algo que pudiera tranquilizarlo. Él tenía los ojos cerrados, pero estaba tan agitado que ella temía que la herida de la pierna se reabriera si seguía debatiéndose así. Continuaba con fiebre, pero la herida tenía mejor aspecto. Si conseguía que Simón se relajara, a pesar de la fiebre, tal vez la superara.

Ojalá supiera cantar. Aunque seguro que al oír su voz áspera de contralto se levantaría de la cama y huiría despavorido. Hablarle no resultaba de ayuda. Dijera lo

que dijera, él sospechaba que era ese tal Josiah. No sabía cantar, pero recordaba melodías y sabía silbar bien. Empezó a silbar una melodía que había oído en la última reunión local. Era triste y melódica, ideal para silbar.

Simón se calmó casi al instante.

Alguien le había cerrado los párpados, notó Simón. Los médicos, en otra época, ponían centavos de cobre en los párpados de los que morían, ¿no? La razón de esa práctica tan rara se le escapaba, pero cabía la posibilidad de que hubiera muerto. No podía abrir los ojos, seguro que eso quería decir algo, no era normal. Y aunque morir era una cosa que sucedía habitualmente, a él nunca le había pasado. Al menos, no que recordara.

La cabeza le estallaba mientras trataba de poner en orden sus ideas. Eran como olas que rompían en la playa. No conseguía atraparlas y no podía depender de ellas para hacer lo que se proponía. Surgían de repente en su mente, sin razón.

Se obligó a concentrarse en los párpados. Reparó en que no se abrían porque estaba demasiado cansado para separarlos. Pero ¿por qué se sentía tan agotado? Nunca había estado así de exhausto, ni siquiera cuando estaba en la selva abriéndose camino hacia…

No, eso lo había soñado. ¿O no? Y ahora no estaba soñando. Al menos, eso le parecía. Intentó concentrarse en lo que sabía. Estaba tumbado y tapado con algo, una sábana o una manta.

«O un sudario».

Seguro que no estaba muerto. La muerte era el final, no había nada después. *Kaput*. Ni pensabas ni sentías nada, y él estaba haciendo ambas cosas. Y en seguida abriría los ojos, en cuanto reuniera la energía necesaria.

Entre tanto, escuchó con atención. Alguien respiraba. Tal vez fuera él; de ser así, era una señal excelente.

No oía ningún otro ruido. Ni de coches que pasaran por allí, ni de grillos cantando, ni animales de la selva. Pero, entonces, ¿lo de la selva había sido un sueño? ¿Qué más había soñado?

Una mujer. Y un silbido que lo rondaba.

Reunió todas sus fuerzas e intentó abrir los ojos.

Al principio pensó que no lo había logrado. A su alrededor sólo había oscuridad. ¿Qué otra cosa más que la muerte podía ser tan negra? Luego, lentamente, se fueron formando imágenes. Una ventana con cortinas a través de las cuales se filtraba la luz del sol. Una cama de hierro forjado. La puerta de un armario, entreabierta.

Nada de muerto. Pero ¿por qué estaba en la cama? ¿Y por qué sentía como si sus huesos fueran de goma?

Algo se movió junto a él. Sabía que debía responder. Su instinto le decía que fuera precavido, pero lo más que podía hacer era girar la cabeza hacia un lado. Alcanzado un cierto punto, la gravedad terminaría el trabajo.

Tenía el cuello rígido, pero veía mejor, aunque todo era relativo. Algo se había movido; o, más bien, alguien. Había una mujer a su lado, una mujer joven, bonita, que dormía con la cabeza apoyada en su almohada. Probablemente era su respiración la que oía.

No la conocía, hasta donde él sabía. Su identidad se le escapaba una y otra vez, y por qué estaba en su cama era un misterio.

Consideró varias alternativas, pero hasta que no recordara quién era ella y por qué estaba allí, no había nada que pudiera hacer.

Empezaba a recordar caras y escenas, aunque todavía no era capaz de ponerlas en orden. Recordaba la cárcel y la huida, el dolor punzante en la pierna, el bosque y un río. Recordaba una cabaña.

Se obligó a concentrarse. Lo atravesaban destellos de recuerdos: leña volando por los aires, la mujer corriendo, la pistola en sus manos, la bala astillando troncos viejos.

Dios, ¿de verdad había disparado? ¿Entonces qué hacía ella respirando allí a su lado? ¿Estaba herida, moribunda? Todo aquello ¿acababa de suceder?

No tenía aspecto de estar muriéndose, más bien parecía dormida, profundamente dormida. Tan profundamente que, si él quisiera, podría levantarse por el otro lado y largarse sin que ella se enterara. Claro que un hombre que tenía que reunir todas sus fuerzas para abrir los ojos difícilmente podía largarse a ninguna parte.

¿Por qué estaba durmiendo a su lado? Seguro que sabía quién era él. Llevaba puesto el uniforme del guardia de la cárcel… Acercó una mano al muslo y tocó la piel desnuda. Antes iba vestido con ese uniforme. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? Y ¿por qué ella no había avisado a la policía?

Mientras la veía dormir, escuchó con atención para captar cualquier otro ruido en la cabaña. Lo único que quebraba el silencio era la respiración de esa mujer.

Era muy guapa. La luz incidía en su rostro y le permitía apreciar su cutis rosado, el pelo negro y sedoso y sus rasgos delicados. No sabría ponerle edad, pero, desde luego, era muy joven.

Bueno, entonces, ¿qué sabía hasta ahora? ¿Dónde estaba la pistola de Jim Cooney? La luz que entraba por la ventana era luz solar, no el resplandor de la luna dorada que lo había guiado hasta allí. A plena luz del día no se podía ir a ninguna parte y, además, dudaba que pudiera arrastrarse. Tenía que conseguir que ella le dejara quedarse y recuperarse. Luego, si tenía mucha, mucha suerte, encontraría el modo de llegar a Memphis y avisar a Aaron. Estaba seguro de que podía confiar en Aaron. Claro que en otra época confiaba también en Josiah…

Su plan dependía de saber por qué ella no lo había entregado. No podía concebir ninguna razón. La había amenazado, había disparado… ¡y la había esposado a la cama!

Por eso estaba allí, durmiendo a su lado. Todavía debía estar esposada. ¿Y si él hubiera muerto?, ¿ella habría logrado escapar?

Intentó incorporarse sobre un codo para comprobar sus suposiciones, pero algo lo retenía. Al principio creyó que le faltaban las fuerzas; luego se dio cuenta de lo que pasaba.

Se quedó mirando a la mujer y, como si sus esfuerzos la hubieran despertado, ella abrió los ojos, somnolienta, y lo miró a su vez fijamente.

—Me habían dicho que era bueno en la cama… pero nadie me había encadenado a una… para retenerme —dijo.

Las palabras salían entrecortadamente. A sus propios oídos, su voz sonaba como si saliera de un túnel.

Tate se incorporó inmediatamente y se alejó de él. Se retiró el pelo de la cara y lo miró, mareada.

—Hablas.

—Desde hace años.

—No desde hace unos días —lo corrigió. No quería pensar que se había quedado dormida junto a él, ¡pegada a él! Lo último que recordaba era que había silbado John Riley unas cinco veces, sentada al borde de la cama. Se percató horrorizada de que probablemente se había quedado dormida y se había caído hacia un lado. Y ¿cuándo lo había abrazado como si él fuera su oso de peluche preferido?

—¿Días? —gruñó él.

Tate intentó ser objetiva.

—¿Cómo te encuentras?

Él no respondió. Tate pensó que parecía un hombre en busca de su pasado. Lo ayudó.

—¿Recuerdas que llegaste aquí?

Él asintió brevemente con la cabeza.

—Después de presentarte con tanta delicadeza, dispararme y esposarme a la cama, al final cediste y me diste la pistola y las llaves de las esposas.

Él gruñó.

Ella sabía que Simón se estaba preguntando si no estaría loco. Conocía las señales. Ella, a su vez, se hacía la misma pregunta sobre sí misma.

—Te estoy cuidando desde entonces. Tenías una infección muy fea en la pierna y muchísima fiebre.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos días —Tate se preguntó si ponerle la mano sobre la frente para tomarle la temperatura. Decidió no hacerlo.

Simón la miró fijamente. Dos días y no había llamado al sheriff… Él debería estar despertándose en High Ridge en esos momentos. Despertándose para que el capitán Shaw lo matara con sus propias manos.

—¿Por qué sigo aquí?

Tate se quedó donde estaba, apartando del pantalón una inexistente pelusa para no mirar a Simón. Ni siquiera ella estaba segura de por qué seguía allí. Y, para que él lo entendiera, ella tendría que contarle la historia de su vida.

—Digamos que probablemente soy una loca, y dejémoslo así.

—¿No lo sabe nadie?

—Nadie más que yo —levantó la cabeza—. Debería haberte entregado. Los dos lo sabemos.

—¿Y por qué no lo has hecho?

Ella se daba cuenta de que él necesitaba sacar una conclusión.

—¿Recuerdas algo de lo que decías antes de desmayarte?

Simón sacudió la cabeza y ésta se hundió aún más en la almohada.

Tate sonrió un poco.

—Bien. Entonces veamos si tu historia es la misma esta mañana. Una especie de detector de mentiras casero.

Él cerró los ojos y se preguntó cuántos secretos habría voceado mientras el dolor y la fiebre lo dominaban. No era agradable. Notó que le tocaban la frente y abrió los ojos.

Tate retrocedió.

—Ahora no tienes fiebre. Los antibióticos por fin han podido con ella. Ya que estás despierto, bebe un poco para rehidratarte. ¿Te parece que puedes tragar?

—Sí. Quítame las esposas para que pueda sentarme y me beberé un galón.

—Si te sientes con fuerzas, te ayudaré a sentarte. Y puedes beber perfectamente con una sola mano.

El no respondió y a Tate no le sorprendió: parecía que estaba a punto de volver a quedarse dormido. Vio cómo los párpados se le cerraban y ocultaban sus ojos grises.

—Duerme, duerme un poco —dijo—. Te despertaré cuando te haya preparado algo. ¿Crees que podrás comer?

Lo último que Simón deseaba era comer, pero la comida le daría energía, y sólo Dios sabía que iba a necesitarla para salir de allí. Consiguió asentir con la cabeza.

Notó que ella salía de la habitación, a pesar de que no hizo ningún ruido, y pensó en la mujer de su sueño.

En la cocina, Tate se inclinó sobre la pila y cerró los ojos. Aquel hombre era real y lo que le estaba pasando a ella también. Tumbado en la cama a sólo unos metros de ella había un preso fugado de la cárcel, ¡y ella se había tumbado a su lado! Ya no podía seguir fingiendo que era la enfermera modelo y estaba atendiendo a un herido. Había un término para los que escondían y ayudaban a un preso fugado, y ese término era «cómplice».

Simón Carl Petersen no parecía tan tierno ahora que estaba despierto. Parecía peligroso, aun cuando apenas podía mantener los ojos abiertos. Se parecía asombrosamente al hombre que había disparado la bala que casi le arranca la oreja.

¿No había historias de mujeres que se enamoraban de presos?, ¿historias de asesinos en serie que iban matando una tras otra a sus novias? Ella distaba mucho de estar enamorada del hombre esposado a su cama, pero ¿estaría de algún modo conectada a esas mujeres que amaban todavía más a sus hombres cuando éstos vestían el mono naranja de los presos, cada uno con su nombre estampado encima del bolsillo?

Abrió los ojos y miró a su alrededor. Llevaba viviendo sola muchas semanas, tratando de encontrarle sentido a acarrear cubos de agua y cortar leña. Tal vez hubiera perdido la cabeza. Un preso fugado no era una compañía prometedora.

Tate se apartó de la pila. Le daría de comer y se aseguraría de que bebiera bastante. Luego le haría algunas preguntas, y las respuestas la ayudarían a decidir qué hacer. Sería muy interesante escucharlo. El futuro de Simón dependía de lo que le contara.

Y el de ella también, quizá.

Tardó poco en preparar un desayuno ligero con huevos pasados por agua y tostadas. Añadió un vaso de zumo de naranja y una taza de té. Aunque apenas pudiera tragar unos bocados, la comida le haría bien.

De regreso al dormitorio, miró cómo dormía. Ya no estaba inquieto. Tenía la impresión de que la fiebre no le subiría más, pues la herida había mejorado mucho. Era un hombre fuerte y probablemente se recuperaría con rapidez.

—Despierta —dijo sin elevar la voz. Esperó, pero él continuaba durmiendo—. Eh, despierta —repitió—. ¡Que te despiertes, Simón!

Los ojos de Simón se abrieron.

—¿Qué?

—Quería que te despertaras.

—¿Cómo me has llamado?

Ella no respondió. Al parecer, las preguntas habían empezado.

Él seguía mirándola fijamente. Tate habría dado lo que fuera por saber qué estaba pensando.

—Si te he contado eso —dijo finalmente Simón—, es que pensaba que podía confiar en ti.

Tate dejó la bandeja encima de la cama, pero no se acercó más.

Él vaciló un momento antes de hablar, aunque había que estar tan atenta como lo estaba Tate para darse cuenta.

—Simón es mi segundo nombre. Sólo la gente muy cercana me llama así.

—¿Gente como Josiah y Erin?

—Sí, gente así.

Los ojos de Simón eran inescrutables. Tate pensaba que sus años en la calle la habían enseñado a interpretar cualquier gesto, cualquier mirada. Qué desgracia darse cuenta en ese preciso momento de que su perspicacia a veces no bastaba.

—Así que el pobre Josiah te llama Simón y tú a él lo llamas «cabrón» —cruzó los brazos sobre el pecho.

—Tienes derecho a conocer la historia —Simón respiró hondo y casi se marea al olfatear la mezcla de olores del desayuno. Sintió una ligera náusea que desapareció en seguida y, luego, sólo notó hambre—. ¿Puedo comer algo antes?

Ella casi se niega, pero lo había cuidado tanto que no podía negarle algo que seguro lo fortalecería.

—Antes hay algunas reglas —dijo— y algunas cosas que debes saber. Primero, ni la pistola ni la llave de las esposas están en esta habitación y, desde luego, no las llevo encima. Si me agarras, estarás perdiendo el tiempo. No podría soltarte ni aunque quisiera, que no quiero. Segundo, si me agarras por cualquier otro motivo, antes o después tendrás que soltarme y, cuando lo hagas, tú seguirás esposado a la cama y yo iré a la oficina del sheriff.

—Ya veo.

—¿En serio?

—Tienes mi palabra de honor… —él respiró hondo y se quedó callado un momento— de que no te agarraré.

Dejando a un lado lo absurdo de confiar en la palabra de honor de un delincuente, algo llamó la atención de Tate. Simón tenía un ligero acento. El modo en que entonaba las palabras era claramente europeo. Pensó si lo estaría soñando.

—Además, aunque te agarrara —añadió él—, no tengo fuerzas para sujetarte.

—Eso no me sirve. He visto de cerca hasta dónde eres capaz de resistir. Me agarrarías si pensaras que así ibas a conseguir lo que quieres. Pues te digo que no lograrás nada.

—Ya te he oído.

Ella lo creyó.

—Bien. ¿Puedes sujetar un vaso?

Él iba a responder «por supuesto», pero se dio cuenta de que tal vez no fuera verdad. Querría ser lo bastante fuerte como para romper las esposas en mil pedazos, pero ni siquiera estaba seguro de poder pasar las páginas de un periódico.

Tate vio cómo se debatía. Le asombró que él no tratará de ocultar sus vacilaciones.

—Pensándolo mejor, yo te lo sujetaré —decidió en su lugar—. Tú necesitas guardar todas tus fuerzas.

La cadena de las esposas era lo bastante larga como para permitirle incorporarse un poco y quedarse medio sentado. Ella tomó la otra almohada para ponérsela detrás de la espalda.

—Incorpórate un poco y te pondré esto detrás para que te apoyes.

Él hizo el máximo esfuerzo y obtuvo el mínimo resultado. Ella pensó en ayudarlo a colocarse en una postura más cómoda, pero decidió no hacerlo. Todavía no estaba segura de que no intentara algo, y no quería exponerse.

Cuando él se hubo incorporado lo más que podía, ella se sentó en el borde de la cama con la bandeja en el regazo.

—Vamos a ver qué tal el zumo —levantó el vaso—. Debería ser más rápido que el cuentagotas.

—¿Cuentagotas?

—Así te he estado dando líquidos hasta ahora. Es un método lento pero a prueba de tontos.

Él parecía disgustado, como si un hombre de verdad no debiera nunca necesitar algo tan ridículo. Ella casi se echó a reír.

—Vasos y vasos: limonada, agua, cola… Estabas ardiendo de fiebre y perdías mucha agua.

—Como una cafetera vieja.

Lo último que Tate esperaba era que mostrara sentido del humor en esos momentos, aunque fuera un comentario cínico. Llevó el vaso a los labios de Simón, sin bajar la guardia. Al menor movimiento repentino de éste, correría al otro extremo de la cabaña. Sus primeros sorbos fueron torpes, como si no pudiera coordinar los labios y la lengua, pero mejoró en seguida.

Cuando había bebido la mitad del zumo, Tate dejó el vaso en la bandeja y levantó el plato.

—Mejor que vayas hablando entre bocado y bocado, no debes comer demasiado deprisa.

Simón dio gracias por haber podido pensar lo que iba a contar. Todavía no pensaba con claridad. Tenía la extraña sensación de estar flotando fuera del alcance de la sensatez y la cautela. Una cosa sabía, sin embargo. No le contaría a esa mujer más de lo necesario. Su vida dependía de las mentiras. Y según su mente empezaba a

aclararse, se dio cuenta de que la de ella también. Había ocasiones en las que contar la verdad era una inmoralidad. Y una estupidez.

—¿Qué te he contado… hasta ahora? —preguntó, tras dar un mordisco a la tostada.

—Buen intento, Simón.

La luz del sol inundaba la habitación. Veía a la mujer tan claramente como la había visto en sus sueños, pero ahora era real y tenía unos rasgos definidos, incluida la boca más tierna que había visto en su vida, incluso cuando se curvaba en una sonrisa cínica. Se preguntó qué dioses serían los que lo habían guiado hasta esa cabaña.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Eso ya me lo has preguntado.

El intentó recordar y meneó la cabeza.

—Intenta recordar esto entonces: ¿te acuerdas de que casi me vuelas la cabeza?

—Es cierto, pero, si lo piensas detenidamente, la palabra clave de esa frase es, justamente, «casi».

Ella se fijó en la precisión con la que hablaba.

—¿Fallaste a propósito?

—¿Es que algún hombre razonable respondería lo contrario?

Ella se quedó pensando.

—Tate —dijo.

Él se quedó en blanco y por fin recuperó el hilo de la conversación.

—Raro.

Sin estar muy segura de por qué se molestaba en dar explicaciones, ella aclaró:

—Mi abuela me puso Kate, pero cuando era pequeña yo no podía pronunciar más que Tate. Y me quedé con Tate.

—Te pega.

Ella estaba furiosa consigo misma por haber llegado a personalizar tanto la conversación.

—Pero al menos a mí todo el mundo me llama Tate. Los periódicos no me llaman Elizabeth ni Mary Jane.

—Yo me llamo Carl Simón Petersen. Supongo que, a mi manera, quería darte a entender que confiaba en ti.

—Soy yo la que no confía en ti.

—Sabia decisión —comió unos bocados de huevo que ella le ofrecía antes de continuar—. Pero aun así, me has estado cuidando. ¿Por qué?

—Ahora de quien quiero hablar es de ti. Quiero que me cuentes tu historia.

Él pensó que los rumores que había oído sobre los habitantes de las montañas de Arkansas subestimaban la inteligencia de éstos.

—¿Qué sabes sobre… las razones por la cuales me enviaron a High Ridge?

Ella decidió que no encerraba peligro responder a esa pregunta. Mientras le daba más huevo, le contó lo que decían en la radio.

—Soy inocente —afirmó él cuando ella hubo terminado de hablar—. Yo no maté a Joe Masters… ni robé el dinero —se quedó callado y se maldijo por estar tan débil como para no poder decir ni siquiera dos frases seguidas—. Fue un montaje, pero para poder probarlo, tengo que ir a Memphis.

El tenedor que Tate sostenía se detuvo en el aire antes de llegar a la boca de Simón.

—¿Memphis? Todo el mundo cree que te diriges a Houston.

—¿Por aquí se va a Houston?

—Por aquí no se va a ninguna parte.

Él hizo una mueca y cerró los ojos. Por un instante, lo invadió la desolación. Siempre había pensado que podía vencer cualquier obstáculo que se le presentara. Ahora, por vez primera, se daba cuenta de que estaba totalmente a merced de otra persona. Sería mejor que su historia fuera buena, excelente, o el próximo lugar al que se dirigiría sería a High Ridge. Y ésa sería la última parada.

—Un hombre llamado Josiah Gallagher mató a Masters —dijo, admirando la ironía de su propia vida—. Gallagher y yo trabajábamos en el mismo departamento —descansó antes de seguir—. Yo era su jefe, pero me engañaba a la perfección. Él desvió el dinero y manipuló los registros de modo que pareciera que era yo el que había ordenado esas transferencias. Luego pasó una información a Masters para… para forzar una auditoría.

—¿Y tú no sabías nada de eso?

—En esa época, no.

—Qué raro. No pareces un hombre que se deje pillar por sorpresa.

Ojalá esa chica no fuera tan perspicaz, pensó Simón.

—Desde entonces he aprendido mucho —abrió los ojos y aceptó un bocado.

—Bueno, supongamos que me estás contando la verdad. ¿Por qué no apareció todo eso en el juicio?

—Mi abogado me juró que saldría en libertad. No había ninguna prueba irrefutable que me señalara como autor del desfalco, ni tampoco del asesinato. Todas eran circunstanciales. Pero tampoco había evidencias para acusar a Gallagher. Sería la palabra de él contra la mía.

—¿Por qué mató Gallagher a Masters, si Masters creía que tú eras el estafador?

—Porque Masters no… no se lo creyó, no cuando yo le demostré que Gallagher podía ser el autor. Fue a verlo y… y Gallagher lo mató, pero lo preparó todo para que pareciera que el autor del crimen era yo.

Tate le dio el último trozo de huevo. La conversación lo había dejado agotado.

—Y me imagino que Gallagher también manipularía a tu tía… —comentó Tate con sarcasmo, y alzó la taza de té, que ya estaba tibio.

Simón trataba desesperadamente de hacer memoria. Entonces entendió a qué se refería Tate.

—No estaba con mi tía, y cometí un error al pedirle que fuera mi coartada, pero no podía decir la verdad en el juicio.

—Vaya por Dios.

—Estaba con… una mujer.

Tate asintió.

—Erin. La llamabas cuando delirabas —inclinó la taza para que él pudiera beber.

Él tardó un momento en comprender.

—Sí, Erin…, la mujer de Gallagher —le gustó el golpe. Una pena que Gallagher no estuviera también allí para apreciarlo.

—Pero ¿qué importaba? Con coartada, no habrían podido condenarte. Y si tu coartada era Erin, no podía ser también la de Gallagher.

Él frunció el ceño.

—Mi abogado me convenció de que no tenía nada que temer y que cuando el juicio terminara, el fiscal iría tras Gallagher —calló con frustración. Ni su lengua ni su mente funcionaban lo bastante rápido. Tenía que convencer a Tate de que era inocente o moriría. Se obligó a seguir—. Sólo que yo no sabía que parte del dinero de Gallagher había ido a parar al bolsillo de mi abogado. Erin desapareció después de que me condenaran, pero sé dónde está. Si consigo hablar… hablar con ella, puedo convencerla de que vuelva y cuente lo que pasó, pero tengo que ir a buscarla en persona. Tiene miedo… de Gallagher, y con… mucha razón.

Tate sopesó la historia mientras terminaba de darle a beber el té. Parecía completamente agotado, y sabía que no podría seguir sonsacándolo mucho rato. La historia tenía sentido, pero eso no significaba nada. Un psicópata listo podría convencer a San Pedro de que lo dejara entrar en el cielo. ¿Qué representaban una mentira o dos para un asesino? ¿Es que esperaba que Simón confesara que había matado a Masters y que volvería a matar llegado el caso?

Dejó la taza encima de la bandeja y se quedó quieta un momento.

—Supongamos que todo lo que me has contado es cierto, ¿por qué corría peligro tu vida en High Ridge? Gallagher tiene lo que quería, ¿no? Estarías a salvo entre rejas.

—Siempre podía hablar. Había… un periodista interesado en el…caso. La semana pasada me enteré de que Gallagher había pagado a uno de los internos… para que me matara antes de que… el periodista me entrevistara.

—¿Y no podías acudir al alcaide?

—No.

Tate se asombró de cómo una palabra podía sonar tan firme.

—¿Tate?

Ella lo miró.

—Yo no maté a Joe Masters.

Su historia sonaba demasiado peliculera como para resultar creíble. Pero, por algún motivo, ella no podía aceptar que hubiera matado a sangre fría; no sabía por qué. La mayor parte del tiempo que llevaban juntos, él había estado inconsciente. ¿Qué sabía de él?, ¿qué sabía realmente?

—¿Vas a entregarme? —preguntó Simón.

Ella se quedó pensando en lo mismo a lo que llevaba días dándole vueltas.

—No lo sé.

—Eso es más… de lo que tengo derecho a esperar.

Ella asintió con la cabeza. Acto seguido, tomó la bandeja y fue hacia la puerta.

—Intenta dormir un poco más. Después de la siesta tengo que cambiarte el vendaje de la pierna.

Simón oyó aquello y pensó que una mujer que estuviera pensando en avisar al sheriff no hablaría de ese modo. Pensó que sería muy fácil forzar el cierre de las esposas, tremendamente fácil, pero ¿de qué serviría? Estaba demasiado débil para levantarse, Memphis y Aaron quedaban a años luz. No se le ocurría ningún sitio mejor y más seguro para recuperar fuerzas que esa cabaña.

Y, para ser sincero consigo mismo, no se le ocurría ningún otro sitio donde prefiriera estar. El porqué se le escapaba. Era otra de esas ideas y sensaciones que atravesaban su mente, demasiado débil para aprehenderlas.

Seis

A la mañana siguiente, cuando Tate apareció en el dormitorio, Simón seguía dormido. Ella se detuvo en la puerta y observó a su prisionero. El día anterior se había despertado varias veces después de su conversación del desayuno, pero únicamente el tiempo suficiente para intercambiar algunas palabras e ingerir más líquidos. La fiebre le había subido un poco por la tarde, pero por la noche le había vuelto a bajar. La herida de la pierna era seria y necesitaría los cuidados de un médico, pero parecía que la infección estaba cediendo.

Tenía mejor color. El gris cerúleo que tanto le preocupaba había desaparecido, aunque seguía muy pálido. Tapado por la colcha de retales, su pecho subía y bajaba sosegadamente, con el ritmo del sueño. Se estaba recuperando, gracias en parte a su fortaleza física y, en parte, a los cuidados que había recibido.

Tate se preguntó qué tipo de enfermera encadenaría a la cama a su paciente. No había dejado de darle vueltas a la historia de Simón. No estaba convencida de que estuviera diciendo la verdad, y hasta que pudiera decidir si mentía o no, lo mantendría esposado a la cama.

Los días anteriores estaba demasiado débil para moverse. Ahora que se encontraba mejor, se sentiría más inquieto y estar esposado a la cama sería frustrante para él. Por fin había encontrado la manera de resolver el dilema. Había encontrado una cadena vieja en el cobertizo y un candado en la puerta del cuarto de ahumados. Ataría la cadena al cabecero por medio del candado y luego engancharía las esposas al último eslabón de la cadena. De esa manera, Simón tendría más libertad de movimientos y sería más fácil que aliviara sus necesidades físicas.

Tenía la esperanza de poder enganchar las esposas a la cadena y ésta a la cama sin que él se despertara. Durante uno o dos segundos, estaría libre y, aunque ella había insistido en que las llaves de las esposas estaban lejos de la cama, iba a tener que llevarlas consigo para llevar a cabo su plan.

«Sigue durmiendo», rogó en silencio.

Fue de puntillas hasta el borde de la cama por el lado de la ventana. La cadena rechinaba ominosamente con el movimiento. Simón tenía aspecto de dormir plácidamente. Su respiración era lenta y profunda, y no movía ni un músculo. Tate había pensado cuidadosamente cómo llevar a cabo su plan y sabía con precisión el punto en el que iba a atar la cadena a la cama, para que él tuviera mayor libertad de movimiento. El poste de la cama era el sitio ideal. Enroscó la cadena alrededor de una de las barras del cabecero tratando de no hacer ruido, pero la cadena crujía y gemía al verse obligada a adoptar formas que había olvidado. Simón continuaba dormido.

Cuando por fin estuvo satisfecha se agachó a recoger el candado que había dejado en el suelo, junto a la cama, y lo introdujo por dos eslabones de la cadena que ella mantenía unidos.

Tate se imaginaba que el candado llevaría décadas colgado de la puerta del cuartito de ahumados. No cabía duda de que tenía más años que ella y si en otra época había tenido una llave, ésta debía de haberse perdido hacía mucho. En la época de su padre el cuartito probablemente albergaba tesoros tales como jamón y beicon, y el candado permanecía siempre cerrado. Desde que ella había heredado la granja, nunca lo había usado.

Ahora luchaba con él para cerrarlo. Parecía la hermanastra de Cenicienta apretando para introducir el pie en el zapato de cristal, pero, cada vez que aflojaba la presión, el candado saltaba. Por fin, después de apretarlo con todas sus fuerzas, se cerró con un clic herrumbroso.

Simón seguía durmiendo. Tate se retiró un mechón de pelo detrás de la oreja. ¿Cómo podía dormir tan a pierna suelta? Se quedó mirándolo fijamente, pero no detectó ni un pestañeo. No se había dado cuenta de nada. El sueño era curativo y, por la forma de dormir de Simón, para el mediodía ya estaría recuperado.

Bueno, para mediodía de hoy, de mañana o de la semana siguiente. Listo para seguir su camino, si ella se lo permitía. Desechó la idea y se concentró en la parte más difícil de su maniobra. Sin perder de vista la cara de Simón, sacó de sus pantalones la llave de las esposas. Mientras lo miraba acudió a su memoria un dato que habían mencionado en los informativos de la radio, su edad. Tenía treinta y siete años.

No parecía tan mayor. Con la cara relajada parecía más joven, no le echaría más de treinta. Teniendo en cuenta, además, todo lo que había sufrido.

Claro que era difícil saber qué aspecto tendría sin la barba y el bigote. Era curioso cómo el abundante pelo rubio podía distorsionar sus rasgos. Tenía que reconocer que su barba la fascinaba. Era suave, aunque no la tuviera muy crecida todavía. Era abundante, sensual, y subía hasta bordear sus mejillas. Tal vez tan abundante que hacía parecer más joven a un hombre de treinta y siete años.

Dormida, la gente parecía más joven también porque uno no veía sus ojos. Ella recordaba claramente los de Simón: fríos, opacos, imposibles de leer. Ojos viejos, con muchos más años que treinta y siete, aunque su cara pareciera más joven.

Simón seguía con los ojos cerrados mientras ella miraba la llave que tenía en la mano y vacilaba en arriesgarse a usarla. No se decidía a abrir las esposas, ni siquiera durante el par de segundos que necesitaba para enganchar la anilla a la cadena antes de volver a cerrarlas. Ahora o nunca, pensó.

Insertó la llave en la cerradura de las esposas. Cuando la giró y éstas se abrieron, sonó un clic que a ella le pareció tan fuerte como un disparo. Casi en el mismo instante en que las esposas se abrieron unos dedos fuertes como el acero la agarraron de la muñeca.

Los ojos que la miraban no eran opacos esa mañana. Brillaban.

—Así que me vas a dejar libre.

Ella repitió las palabras que había dicho antes.

—Sigue durmiendo.

—Me parece que el asunto se te ha ido de las manos —Simón tiró de las esposas hacia él. Tate las agarró y las retuvo.

Se quedaron inmóviles un momento y luego Simón dio un tirón y las esposas volaron de las manos de Tate.

Él le agarró la otra muñeca y tiró hasta hacerla caer sobre la cama, a su lado. Ella peleó, pero no podía librarse de sus garras.

—¡Déjame!

La voz de Simón era tranquila.

—No voy a hacerte daño.

—¡Sí, claro!

—Deja de pelear y escúchame.

Ella le clavó un codo en las costillas, pero él rodó hacia un lado y la arrastró consigo. Tate quedó en una postura extraña, medio tumbada encima del pecho de Simón.

Él le rodeó la espalda con el brazo del cual colgaba la esposa y le sujetó con fuerza la muñeca. Ella no entendía de dónde había sacado las fuerzas. Levantó la cabeza y se encontró con que sus caras estaban a sólo unos centímetros de distancia.

Él la miraba de un modo raro, casi como si la estuviera viendo por primera vez en su vida.

—¡Déjame!

Él no le hizo caso.

—Nunca he conocido a una mujer con tanto valor…

Ella lo miró fijamente.

—…y compasión.

—¡Estupideces! —Tate se debatió una vez más, pero él la tenía inmovilizada. Al menos hasta que se quedara sin fuerzas.

—Me has salvado la vida. ¿Crees que podría hacerte daño ahora?

—Creo que es una fuerte posibilidad.

—Deja de pelear conmigo y escucha lo que te voy a decir.

—Dentro de poco te vas a cansar. ¿Cuánto rato más crees que podrás retenerme así?

Él sonrió, fue apenas la sombra de una sonrisa, pero sonrisa al fin y al cabo.

—Tanto como tarde en conseguir que me escuches. Haznos un favor a los dos, ¿quieres?, ¡cállate!

Ella apretó los labios y dejó que sus ojos le dijeran lo que pensaba de él.

Simón admiró los ojos azules con espesas pestañas que escupían fuego. Tate siempre olía a madera de pino y aire limpio de montaña, y se preguntó si su piel también sabría así. O quizá tuviera un sabor más exótico, más oscuro y elemental.

Algo lo atravesó. En otra vida, antes de los meses que había pasado en High Ridge, tal vez lo hubiera llamado deseo, pero ahora lo denominaría como una sensación postraumática. El deseo era una emoción humana, y lo que podía haber de humano en él se había desintegrado y muerto en el bloque de celdas A.

Lo que sentía ahora era una vida que intentaba renacer después de que la hubieran hecho pedazos. Y la mujer que yacía medio tumbada encima de él, con sus curvas, era una tortura placentera que hacía renacer la vida en su interior.

—Tengo que salir de aquí —dijo Simón despacio—. Tengo que saber si vas a dejar que me vaya. No voy a quedarme aquí esperando a que me encuentren. No me queda mucho de mi antigua vida, pero tengo intención de agarrarme a lo que encuentre, si puedo.

A Tate le habría gustado poder mentir con más aplomo, pero Jess y Krista la habían enseñado a no mentirse. Había aprendido a ser brutalmente sincera consigo misma y ya se le había olvidado cómo mentir a los demás de forma convincente.

—No sé qué voy a hacer —se quedó mirando a Simón y comprendió que mentirle no conllevaría nada bueno.

—¿Crees lo que te conté ayer?

—No.

—Entonces ¿por qué no has ido a buscar al sheriff?

—Porque hay una posibilidad entre mil de que sea verdad.

—Yo no maté a Joe Masters.

—Eso es lo que tú dices.

Vio que la fatiga asomaba al rostro de Simón. El brazo que la mantenía pegada a su pecho tembló.

—Tengo que salir de aquí.

Con un esfuerzo sobrehumano, él rodó hacia un lado y la tumbó de espaldas. Inmediatamente se echó sobre ella para retenerla con el peso de su cuerpo. Notaba los senos suaves aplastados por su pecho mientras ella intentaba zafarse. La cabeza le daba vueltas con el esfuerzo de sujetarla.

—¡Ni siquiera podrías llegar hasta la siguiente granja! —Tate sintió que el pánico la invadía y dejó de resistirse. Sabía que todo iría bien si no se dejaba dominar por el pánico. Lo único que tenía que hacer era esperar el momento adecuado: una patada a la pierna a la que tantos cuidados había prodigado y quedaría libre.

Sorprendentemente, él asintió.

—Pero ya no será tu problema. Ahí fuera al menos puedo luchar por conseguirlo. Esposado a esta cama, mi única posibilidad de sobrevivir eres tú. Te he pedido que fueras a la vez juez y jurado. No es culpa tuya que no sepas qué hacer.

—¿Te preocupa mi dilema moral?

—Me preocupa seguir con vida.

Tate se quedó mirándolo fijamente. Estaba encaramado encima de ella, muy macho, muy amenazador, pero sorprendentemente, ella no sentía ningún miedo. Antes, sus fríos ojos verdes eran tan sólo la sombra de un hombre. Ahora había una emoción en ellos, aunque no acertaba a decir cuál.

—Deja que me levante —dijo ella por fin. No era una orden.

Simón se retiró y rodó hacia un lado. Cerró los ojos.

A ella no le sorprendió que la liberara. Se sentó y se giró para mirarlo. Estaba de nuevo pálido.

—No hay modo de ir a Memphis desde aquí. Morirías en el intento.

Los labios apretados de Simón se curvaron en una sonrisa burlona.

—Eso solucionaría tu dilema moral.

Tate sabía que le tocaba mover ficha a ella.

—¿Por qué mi cabaña, Petersen?

—El destino.

—¡Fue esa maldita luna!

—¿Me darás unas horas de ventaja antes de ir a buscar al sheriff? —abrió los ojos y la miró.

Ella vio que se sentía derrotado pero decidido a intentar salvarse, una mezcla curiosa. Tate sabía que caería luchando.

—Soy una tonta —dijo por fin—, pero no tanto como para dejar que sigas aquí y te repongas, a menos que dejes que vuelva a esposarte.

—Y si yo dejo que me esposes a esa cadena, tú podrás irte tranquilamente a buscar al sheriff.

—Supongo que tendrás que confiar en mí.

—¿Estás diciendo que no me entregarás?

Tate había rehuido prometer nada, pues esperaba que la situación se resolviera por sí sola y no se viera obligada a tomar una decisión, pero no había tenido esa suerte. Su vida nunca había sido fácil.

—Si quieres quedarte aquí hasta que te pongas mejor, tendrá que ser esposado. Si no, vete ahora. Hagas lo que hagas, no te denunciaré.

Simón consideró sus posibilidades, ella quería que tomara una decisión rápidamente. Su respuesta dependería de si la creía o no, igual que la de Tate había dependido de creerlo a él. La semejanza era irónica.

Notó que los oídos le zumbaban y eso sirvió para que precipitara su decisión. Seguía muy débil. El breve forcejeo con Tate lo había agotado. Así no llegaría nunca a Memphis, no con el bosque y las carreteras plagados de hombres que lo buscaban.

Con sus últimas fuerzas, se inclinó y agarró la cadena. Notó que era larga. Luego introdujo la anilla vacía en el último eslabón y la cerró.

Tate oyó el chasquido metálico cuando las esposas volvieron a quedar cerradas. Simón volvía a ser su prisionero. No esperaba sentir alivio al saber que se quedaba, pero así era, aunque si se hubiera marchado, ella se habría librado del problema.

—Voy a prepararte el desayuno. Tenemos que conseguir que te repongas para que te conviertas en el problema de otro.

Para asombro de Tate, Simón sonrió.

—Espero que llegue el día en que comprendas que has tomado la decisión acertada.

—Y yo espero que algún día pueda perdonarme a mí misma por ser tan boba.

Igual que un ordenador programado para una serie limitada de funciones, los dos días siguientes Simón se limitó a dormir y comer. La consecuencia fue que, según pasaban las horas, Tate notaba cómo se recuperaba. Ahora ya se sentaba y comía él solo, y las manos que al principio le temblaban, sujetaban con firmeza los cubiertos. En cuanto la fiebre desapareció, ella dejó de lavarlo con la esponja, pero todas las mañanas después del desayuno le llevaba una olla llena de agua y, refunfuñando, él solo se aseaba.

La tercera mañana, fue demasiado pronto a retirar la cacerola. Simón estaba sentado con la sábana por las caderas, lavándose cuidadosamente con la esponja. El vello rubio y rizado que le cubría el pecho estaba salpicado de minúsculas gotas de agua que reflejaban la luz del sol, y una flecha de vello descendía hasta el ombligo por su abdomen bronceado.

Ya no era el fugitivo desesperado que había logrado llegar a su cabaña. La imagen de un león enjaulado en espera de que llegara su cuidador acudió a la mente de Tate.

También acudieron a su mente otros pensamientos, como por qué no podía apartar la vista de él. ¿Por qué no había dado media vuelta y se había marchado al darse cuenta de que Simón no había acabado de lavarse? Para empezar, ¿por qué había ido a retirar la olla tan pronto?

Podía reflexionar sobre todo aquello en la otra habitación. Cuando dio media vuelta para marcharse, Simón la detuvo.

—Está bien, he terminado. No puedo hacer mucho más con una olla de agua sucia.

Ella notó cómo pronunciaba la palabra agua y su tono contrariado.

—¿Te estás cansando de ser un inválido, Petersen?

Él se frotó el pecho con la toalla que ella le había llevado.

—Cansado de ser un chucho encadenado.

Tate sintió una punzada de simpatía mientras atravesaba la habitación.

—¿Listo para que te cambie el vendaje?

Simón se encogió de hombros. Llevaba puesta una de las camisas de franela de su padre, pero a Tate no se le escapaba que le pegaría más un esmoquin hecho a medida.

—Lo estoy deseando.

Ella sacó del armario las cosas que guardaba allí: vendas, tijeras…

—¿Pica?

Él respondió con una breve inclinación de cabeza.

—Se está curando —dijo.

—Puede ser —respondió Tate—, pero dista mucho de estar curada —retiró la colcha y la pierna quedó expuesta—. Si apoyas peso en esta pierna, se volverá a abrir.

—He estado moviéndola lo más posible.

—Tómatelo con calma. No querrás volver a la casilla de salida…

—Lo que no quiero es terminar andando como un canguro cuando me levante de esta cama.

—Los canguros no andan.

—Precisamente por eso lo digo.

Ella lo miró para ver si la broma era una señal de que estaba de mejor humor, pero no sonreía.

—En cuanto sea posible, tienes que ir a ver a un médico y empezar a hacer fisioterapia.

—Claro, buscaré alguno en el listín de teléfonos y me presentaré en la consulta.

Tal vez fuera un asesino, probablemente lo era, pero a pesar de todo ella sintió un arranque de simpatía hacia él. Era peligroso desarrollar sentimientos hacia ese hombre, y su intuición le decía que no lo hiciera, pero, en el caso de que fuera inocente, le habían vuelto su vida del revés injustamente y le quedaba un largo camino por delante hasta que pudiera enderezarla.

Le quitó la venda con cuidado, pero tuvo que tirar para retirar el esparadrapo pegado al vello de la pierna. Él no movió ni un músculo.

Efectivamente, la herida se estaba curando. Con los cuidados de un médico ya estaría cicatrizando. La inflamación prácticamente había desaparecido, pero Simón todavía tendría que esperar un tiempo antes de poder empezar a usarla. Tate lavó la zona y aplicó una pomada antibiótica antes de volver a tapar la herida con una gasa limpia.

Fue a ponerse de pie y sintió una mano en su hombro. Notaba todos y cada uno de los dedos, aunque él no estaba apretando.

—¿Has oído algo más sobre cómo va la búsqueda?

Ella alzó la vista y lo miró.

—Ya no eres noticia. No ha habido más boletines especiales.

Él levantó la cabeza.

—¿Y qué dicen en los informativos?

—Cuando te mencionan, dicen que continúan buscándote. No me siento a escuchar lo que cuentan. Sé mejor que ellos dónde estás, ¿no?

—Tengo que salir de aquí.

—Estoy completamente de acuerdo —Tate se levantó—, pero todavía no estás en condiciones de marcharte. Si andas cien metros con esa pierna tal y como está ahora, acabarás arrastrándola.

—No tengo intención de andar.

—No hay trenes en este condado, y el aeropuerto más cercano es Memphis, que es donde tú quieres ir, ¿no? O Little Rock, que debe estar empapelado con tu foto en todas las farolas.

Él no respondió.

—¿Cuáles son tus planes? —él seguía callado y ella aventuró una hipótesis—. ¿Matarme y llevarte mi coche?

—Es tentador, pero no puede ser —ella lo miraba sin pestañear—. Yo no mato gente —aclaró Simón.

Tate se acordó de la luz de la luna brillando en su revólver. Esa primera noche podría haberla matado.

—En ese caso, ¿qué te queda?

—¿Realmente quieres saberlo? —no sonrió a pesar de que ella hizo una mueca—. No pienso tocar tu coche.

—Tú no vas a tocar nada de nadie porque sigues siendo mi prisionero.

—En algún momento tendrás que soltarme.

Tate no podía rebatir eso. Se giró para salir.

—Tate… —vaciló un poco al decir las siguientes palabras—. No te he dado todavía las gracias.

—No lo hagas. Todavía no puedo creer que esté haciendo esto.

Notó que él le agarraba una mano. No estaba sorprendida, estaba perpleja. Había tocado prácticamente todos los rincones del cuerpo de Simón, pero aquello era diferente. Su mano encajaba en la de él a la perfección. Él la sujetaba con la suave firmeza con que un hombre sujetaría un pájaro asustado.

Antes de que ella pudiera retirar la mano, notó que él la acercaba a sus labios, que estaban húmedos, calientes. El impacto del beso recorrió todo el sistema nervioso de Tate. Luego, tan rápido como había sucedido, concluyó. Simón le soltó la mano.

—No diré gracias —prometió él—. Sólo diré que nunca había conocido a nadie como tú.

Ella se alejó de la cama a la velocidad del rayo.

—Voy al pueblo, tengo que comprar varias cosas en la farmacia —en el umbral, se volvió. Él la miraba con una expresión inescrutable—. Por si sirve de algo, yo tampoco había conocido nunca a nadie como tú.

—Y esperas que no te vuelva a pasar, ¿verdad?

—No sé si viviría para contarlo la segunda vez.

Los días soleados, Kalix Road podía incluso parecer un lugar pintoresco. Ese día, el cielo estaba cubierto de nubes amenazadoras, nubes de tormenta, y aquel camino parecía lo que era en realidad: un área pobre de un condado pobre.

Claro que, mientras conducía de vuelta a casa, Tate se decía que tal vez su humor estuviera distorsionando el aspecto de lo que veían sus ojos. Después de todas las cosas de las que se había enterado en el pueblo, ni el mismísimo paraíso le habría resultado atrayente.

Había comprado comida y hielo, y luego había ido a la farmacia. Había pedido algunas cosas y había remoloneado un poco, haciendo como que curioseaba, con la esperanza de que otro cliente acaparara la atención de Wally y ella pudiera llamar a Krista. No esperaba milagros, que Jess hubiera vuelto sano y salvo y pudiera hacer algunas averiguaciones sobre Carl Petersen, por ejemplo, pero además descubrió que Krista no había tenido ninguna noticia de Jess desde la última vez que ambas habían hablado.

Cuando salió de la farmacia, paró a comprar la edición dominical del *Arkansas Gazette*, a pesar de que ya habían pasado cuatro días. Estaba deseosa de acceder a otra fuente de información que no fuera la radio. Los días anteriores, a veces tenía la sensación de que Simón y ella eran los dos únicos seres del universo, dos pioneros excéntricos en una zona deshabitada.

Buscó inmediatamente la sección de noticias del Estado y vio que toda la primera página estaba dedicada a la fuga de Carl Petersen. Un artículo describía High Ridge y señalaba que las condiciones eran deplorables; otro especulaba sobre cómo se había escapado y hacía dónde se dirigía. El tercero y más interesante era la historia de Carl Petersen. La historia de Carl William Petersen.

La perturbó descubrir que el segundo nombre de Petersen no era Simón, pero peor fue cuando vio las fotos. El hombre que aparecía en ellas pesaba al menos veinte kilos más que el que estaba atado a su cama. Cierto que las fotos eran de antes del juicio y que probablemente High Ridge era el lugar indicado para adelgazar, pero incluso con veinte kilos más, el hombre que ella conocía como Simón no se parecería al que aparecía en las fotos. El Carl Petersen de la fotografía tenía la cara redonda, infantil. Tate no se lo imaginaba con la complexión elegante de Simón, ni aunque adelgazara cuarenta kilos.

Había algo blando, casi afeminado, en las fotos del periódico. Su Simón era muy masculino, duro como la roca. Incluso los días que dependía totalmente de ella para sobrevivir no había perdido su capacidad de responder instintivamente. Dos

días atrás le había disputado ferozmente las esposas, a pesar de su debilidad. Había sobrevivido solo en el bosque, y Dios sabía dónde más, antes de llegar a la cabaña. El hombre de las fotos parecía dispuesto a rendirse sin luchar mientras que el que reposaba en su cama jamás se rendiría. Punto.

Sin embargo, no podía negar la evidencia. Simón había aparecido en su cabaña vestido con un uniforme de guardia de High Ridge. La había amenazado con una pistola y estaba herido de bala. Le había dicho que era Carl Petersen, era rubio y llevaba barba, igual que el hombre del periódico; y había cierto parecido.

Y el hombre del periódico se había escapado de High Ridge.

Tate agarró el volante con firmeza al tomar una de las cerradas curvas de Kalix Road. Con el rabillo del ojo, vio una tarántula, negra y peluda, en el borde de la carretera. Se estremeció. En el mundo abundaban cosas que preferiría ignorar, pero era justo el tipo de cosas que siempre se presentaban ante ella. Simón era una de ésas. No lo había llamado y, ahora que por fin había llegado a una tregua con él, no quería que esa tregua se hiciera añicos.

Le gustara o no, Simón era muy real y un verdadero problema. Y si sus ojos y su intuición no la engañaban, era también un mentiroso.

Pisó el acelerador en la última recta antes de la casa. Quería aclarar aquello en seguida. Le daría a Simón la oportunidad de explicarse y luego, si no se quedaba satisfecha, lo entregaría… o lo echaría de casa.

Estaba llegando al camino que conducía a la cabaña cuanto tuvo el presentimiento de que algo no iba bien. Redujo la velocidad hasta que el coche rodó lentamente y puso los cinco sentidos en alerta para descubrir qué era lo que fallaba. Al principio no podía discernir ningún cambio. No había nadie en el camino y, aunque las nubes cada vez eran más negras, todavía no había empezado a llover. Se detuvo en el sendero que conducía a la cabaña, bajó la ventanilla y olisqueó el aire, pero el viento que se estaba levantando no traía ningún olor extraño. Ni a humo de un posible incendio, ni a contaminación de la mina de carbón situada dos condados hacia el este.

Sin embargo, el aire frío que penetraba en el coche portaba una pista. Escuchó con atención y finalmente descubrió qué era lo que la había alertado del peligro en un principio.

Perros. Una jauría a lo lejos ladrando como los perros de *Baskerville*.

¿Serían los perros de Will? Sabía que tenía varios. Algunas noches, cuando todavía hacía bastante calor como para dormir con la ventana abierta, había oído sus ladridos. En la montaña, los ruidos rebotaban en las laderas y a veces parecía que los perros estuvieran ladrando debajo de su propia ventana. Cinn se unía a ellos con uno o dos ladridos cuando se sentía especialmente enérgico y, más que molestarla, el jaleo la reconfortaba.

Pero el jaleo de esa tarde no era nada reconfortante.

Metió primera y avanzó por el sendero que conducía a la cabaña. Los ladridos podían ser cualquier cosa. Las montañas estaban llenas de perros extraviados. A

veces formaban grupos y amenazaban al ganado, hasta que los granjeros los mataban o los espantaban. Tal vez hubiera una de esas jaurías merodeando por los alrededores.

O tal vez la jauría que oía no estuviera vagando por la zona; tal vez la estuviera rastreando en busca de un hombre.

Cambió de marcha y pisó el acelerador. Su Bronco se metía en los baches y saltaba como un potro. Quería llegar hasta Simón antes de que lo hicieran los perros, si es que lo hacían.

En lo alto de la colina que había frente a la casa, dio un frenazo. Había una camioneta blanca delante y, junto a ella, el coche del sheriff.

«¿Un hombre encadenado a mi cama? Será broma, ¿no? Me pregunto cómo habrá sucedido…».

Sabía lo que era estar aterrorizada; una vez, a los catorce años, se había escapado y acabó en las garras de un chulo de Nueva Orleans. Ahora, mirando a ese representante de la ley, sentía el mismo miedo. ¿Qué les diría si entraban en su casa y encontraban a Simón? De repente, ninguna de sus razones para no haberlo entregado sonaba convincente. A pesar de que estuviera esposado a la cama, ¿quién creería que ella no era su cómplice? Una cómplice con gustos algo raros, pero cómplice al fin y al cabo.

Dio gracias a Dios por que la ventana del dormitorio estuviera tan alta. En ese lado de la cabaña, el terreno caía en talud y la ventana quedaba muy por encima de la altura del ojo. Quizá no hubieran intentado entrar, o no lo hubieran conseguido. Quizá simplemente hablaran con ella y se marcharan.

Obviamente, ya era tarde para dar media vuelta y marcharse a Virginia. Incluso a aquella distancia, podía ver que el sheriff Monroe Howard señalaba en dirección a ella. Empezó a descender hacia la cabaña. A medida que se acercaba, se percató de que los otros dos hombres eran guardias de High Ridge. Reconoció los uniformes, aunque no estaban harapientos, como el de Simón.

Se detuvo junto a la camioneta y apagó el motor. Se fijó en que la puerta de la cabaña estaba cerrada. Cinn estaba tumbado delante, parecía que estuviera muerto. Esperaba que la presencia del perro hubiera desanimado a quien quisiera husmear.

Se obligó a aparentar calma, abrió la puerta del coche y salió despacio.

—Un día un poco gris para salir de paseo, ¿no, señores?

El sheriff se acercó. Tenía el pelo canoso, pero era fornido como un jugador de rugby. Tate sabía que eran familia, aunque no tenía ni idea de cuál era el parentesco entre ellos.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —ella se calló, pero él no dijo nada más—. ¿Hay algún problema? —preguntó educadamente.

—Podría ser.

Uno de los guardias de la cárcel fue hacia ella. Tate se fijó en que el otro se encaminaba a rodear la cabaña.

—Buenas tardes. Me llamo Jim Cooney, trabajo en High Ridge. Estamos peinando la zona, buscamos a un hombre que se escapó hace una semana. ¿Ha oído algo?

Tate sabía que no debía hacerse la tonta. Esos hombres hablaban despacio y se movían despacio, pero eso no quería decir que su mente fuera lenta, ni mucho menos.

—¿Petersen? —preguntó—. Justo acabo de leer el caso en el periódico del domingo. No es lo que se dice una atracción turística, ¿eh?

Jim Cooney se rió. Ella continuó hablando.

—El periódico dice que lo están buscando al sur de aquí —el periódico también decía que la búsqueda se suspendería pronto, pero, obviamente, no era así.

—Eso hacíamos, pero parece que nos equivocábamos. Ahora pensamos que pudo venir en esta dirección.

—¿Por qué? Por aquí no se va a ninguna parte.

—Dicen que tal vez nadó río abajo. Los perros han encontrado restos de ropa enganchados en unas ramas a media milla de aquí. Parecen de un uniforme —volvió a reírse—. Y él llevaba uniforme; mi uniforme, para ser exactos.

Así que ése era el guardia al que Simón había desnudado. Tate estaba asombrada de que estuviera de tan buen humor.

—Qué raro que pudiera escaparse, ¿no? ¿Cómo lo logró? El periódico dice que se deslizó por una ventana. ¿Es que no están enrejadas?

Cooney empezaba a parecer incómodo.

—La mayoría. Encontró una que no tenía barrotes. Ahora lo que necesitamos es saber si podemos registrar su casa y los otros edificios. Estamos rastreando el área con perros, pero lleva tiempo. Si encontramos algo sospechoso, los traeremos inmediatamente aquí.

Era lo que menos deseaba Tate.

—Claro que pueden buscar, pero les ahorraré la molestia de registrar la cabaña. Casi nunca me ausento, no hay ninguna posibilidad de que lo encuentren aquí.

—Sí, seguramente, pero ¿cuánto tiempo lleva fuera hoy?, ¿desde esta mañana? Podría haber entrado mientras estaba fuera…

Ella forzó una breve carcajada.

—¿Con Cinn guardando la puerta? Mataría a quien lo intentara.

—Así nos quedaremos más tranquilos.

Y ella, mucho más intranquila. Jugó su última baza.

—Bueno, voy a entrar mientras registran el cobertizo y el secadero. Si veo algo raro, daré un grito —cerró la puerta del coche y fue hacia la casa.

El sheriff Howard se puso a su lado.

—No pienso dejar que la hija de Millard entre sola en esa casa. Tal vez creas que no somos una familia en muchos sentidos, pero cuidamos de los nuestros.

Tate no tuvo tiempo de pensar en lo que decía, estaba tratando de encontrar una manera de impedirle que entrara en la casa. Si ella lograba llegar hasta Simón antes que sus perseguidores y quitarle las esposas, tal vez pudiera esconderlo en alguna parte.

Cuando llegaron al porche delantero, Cinn seguía tumbado delante de la puerta. El sheriff Howard lo miró como si ya hubiera tenido sus más y sus menos con el perro. Le dio unos golpecitos con la punta de la bota hasta que el animal abrió los ojos.

—¡Fuera de aquí!

Cinn golpeó el suelo del porche con la cola, pero no se movió.

—Echa de menos a Millard —dijo el sheriff—. Todos lo echamos de menos —abrió la puerta, pero detuvo con una mano a Tate cuando ésta quiso seguirlo—. Déjame que revise primero.

—No hay ninguna necesidad —insistió en voz tan alta como podía—. Estoy segura de que están exagerando. Unos restos de ropa no prueban nada, ¿verdad?

—Tal vez. Los están analizando —el sheriff Howard entró con el arma en la mano.

Antes de que Tate pudiera impedirlo, Cinn fue tras él.

El sheriff echó un vistazo a la habitación y luego levantó la vista al desván. La mayor parte de éste era visible desde abajo, pero no los rincones del fondo. Anunció que iba a subir a investigar y cruzó la habitación con Cinn pegado a sus talones. Cuando Tate quiso entrar, con la esperanza de llegar al dormitorio mientras él registraba el desván, el sheriff le ordenó que se detuviera.

No le quedaba ninguna posibilidad. Lo único que podía hacer era esperar a que descubrieran a Simón.

Al cabo de unos segundos, el sheriff bajó y entonces se dirigió hacia el dormitorio, ante cuya puerta se hallaba Cinn. Esa vez, Tate no le hizo caso cuando Howard le indicó con la mano que retrocediera, sino que lo siguió a una cierta distancia.

El sheriff vaciló, luego dio una patada a la puerta y se retiró inmediatamente, como si temiera ser recibido a tiros.

La cabaña estaba en silencio. Se asomó al dormitorio y entró. El perro había desaparecido. Lo único que a Tate le quedaba era ir tras él.

Desde el umbral vio la cama vacía. Estaba perfectamente hecha, la colcha estirada y la habitación en orden. No había ningún indicio de que hubiera habido un hombre encadenado allí dentro. Cinn estaba tendido en el suelo junto a la cama con la nariz apoyada en las patas y una mirada melancólica.

El sheriff se agachó junto a Cinn y miró debajo de la cama, luego fue hasta el armario y lo abrió. Asombrada, Tate vio que incluso la palangana y el botiquín habían desaparecido.

Al igual que el revólver de Jim Cooney.

—Bueno, tenías razón—dijo el sheriff—. Aquí no hay nadie, pero no está de más tener cuidado.

—Me imagino que no.

—No me gusta que estés aquí sola mientras ese hombre ande suelto por ahí. Jo Ann y yo te recibiremos en casa con mucho gusto, y estoy seguro de que Will y Dovey también.

Tate se quedó mirándolo fijamente. Le costaba comprender lo que quería decir. Finalmente, sacudió la cabeza.

—Gracias, pero tengo muchas cosas que hacer antes de que se eche encima el invierno.

—Se ve que eres hija de Millard. De acuerdo, pero ten cuidado —se tocó el sombrero a modo de saludo, atravesó la habitación y salió de la cabaña.

Tate oyó el ruido de la puerta de entrada al cerrarse.

Cuando los hombres terminaron de revisar el cobertizo y el secadero, hizo café, les ofreció una taza y pareció escuchar con atención la conversación: ¿dónde se habría metido Carl Petersen? Incluso les dijo adiós con la mano cuando se marcharon.

Y todo ese tiempo, sólo tenía un pensamiento en la cabeza: dónde había ido Simón y cómo había conseguido soltarse.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Siete

¿Qué era peor, tener a Simón prisionero en el dormitorio o tenerlo por ahí perdido, acechando detrás de un árbol o escondido en un recodo?

Tate no estaba segura. Lo único que sabía era que no le gustaban las sorpresas, en especial cuando contenían además a fugitivos armados. Y ahora Simón estaba otra vez armado.

Abandonó la relativa seguridad que le brindaba la cabaña para ir en busca de leña. El sol empezaba a descender sobre la ringlera de árboles que limitaba sus tierras por el oeste. Cinn la miraba fijamente desde la sombra que proyectaba el secadero. Tate intentó librarse de la sensación de que había otro par de ojos observando sus movimientos. Seguro que Simón, si ése era el verdadero nombre del hombre que había ocupado su cama, estaría ya camino de Memphis.

—¿Qué clase de perro guardián eres? —dijo a Cinn.

Los ojos caídos del podenco seguían todos sus movimientos, aunque el perro permanecía muy quieto. En cuanto había notado que no había una presencia masculina en la cabaña, había vuelto a desaparecer.

—Si me pegaran un tiro, tú aparecerías para encargarte del entierro —se dio cuenta de que estaba pagando sus frustraciones con un animal extremadamente tonto, aunque a éste no pareciera molestarlo.

Cuando llegó junto a la pila de troncos, se quitó la chaqueta a cuadros de su padre y empezó a partirlos uno tras otro. Era un trabajo matador. La primera vez que lo había intentado, el hacha había rebotado en el tronco y había salido disparada hacia su pie. Si no hubiera pegado un salto, tal vez habría muerto allí sola, desangrada. Al igual que podría haber muerto la noche que Simón llegó, si él hubiera sido otro tipo de hombre.

¿Qué estaba haciendo allí, en medio de ninguna parte, con un asesino suelto? ¿Qué estaba haciendo en ese lugar perdido y olvidado?, ésa era la cuestión. ¿Acaso había heredado de su padre sangre de eremita?, ¿o directamente locura?

Descargó todas sus frustraciones en el trabajo y, al cabo de unos minutos, tenía listo un haz de leña. Ya tenía práctica con el hacha y era experta en encender un fuego. Había aprendido a plantar pinos y a usar el viejo arado de su padre para roturar la huerta. Había aprendido cuáles eran las costumbres de los gansos y los nombres de los pájaros del bosque.

Y ¿para qué?

Llevó la leña hacia la casa. El sol todavía no había bajado hasta las copas de los árboles; el día parecía interminable y la noche lo sería aún más. Cada ruido, cada sombra, sería Simón acechándola.

¿Dónde estaría ahora? Todavía no tenía la pierna lo bastante bien como para soportar su peso. Por allí no había trenes de mercancías a los que subirse, tendría que salir del condado andando, andando sobre un pie. Saltando como un canguro.

Ella se acordó de su broma. Recordaba muchas cosas de él, como la sensación que había tenido desde el principio de que era más de lo que se suponía que era. ¿No era ésa la razón de que hubiera arriesgado su propia seguridad para cuidarlo, que creía, a pesar de que todas las pruebas estaban en su contra, en su inocencia?

Cuando llegó a la puerta trasera, apoyó la carga de leña contra el pecho y deslizó un brazo por debajo para girar el pomo. Unos días atrás, se había encontrado con una sorpresa al abrir esa misma puerta cargada con leña. Durante los días por venir, reviviría ese instante, y los que le habían seguido, con frecuencia. Para bien o para mal, Simón había escapado de la cárcel y se había metido en su vida. Y eso la había obligado a afrontar el hecho de que también ella era una fugitiva, que había huido de la vida que los demás vivían sin cuestionarse.

—Me estaba preguntando dónde habías ido.

Tate se detuvo nada más traspasar el umbral. Se le cayeron dos troncos, que fueron a parar a los pies de Simón.

Cerró los ojos un instante, conmocionada, pero la imagen de Simón, de pie delante de ella con la funda de la pistola colgando de la cadera, estaba impresa en su mente.

—Siento haberte asustado —se disculpó él.

—Ah, ya voy acostumbrándome —Tate abrió los ojos. La imagen seguía idéntica.

—¿La visita se ha marchado?

—Quería que se quedaran a tomar el té, pero ya sabes cómo son los encargados de velar por la ley y el orden.

Una sonrisa suavizó el rostro de Simón.

—Mejor que nadie.

—¿No te importa que deje la leña en el suelo, verdad? —atravesó la habitación y depositó los troncos a un lado de la chimenea.

Agarró un atizador y lo usó para remover el rescoldo. Cuando se incorporó, tenía todavía el atizador en la mano.

No había oído moverse a Simón, que se encontraba ahora detrás de ella con dos troncos en las manos.

Si los agarraba, tendría que soltar el atizador. Ella se dio cuenta de que él entendía su dilema.

Simón dejó los troncos junto a la chimenea.

—Tate, si yo quisiera hacerte daño, ya lo habría hecho; he tenido cientos de oportunidades. Olvídate de lo que crees que sabes sobre mí y concéntrate en lo que verdaderamente sabes.

—Sé que tu segundo nombre no es Simón. Y que el hombre que aparece en la fotografía del juicio en Little Rock no se parece a ti tanto como debería.

—Deja el atizador y deja que me explique.

—Ya te has explicado una vez, ¿recuerdas?

—Te mentí.

—Genial. Ya me siento mejor.

—No aguanto más de pie —Simón se dio media vuelta, sin importarle quedar expuesto al atizador de Tate.

Ésta agarró el hierro con más fuerza, pero era incapaz de levantarlo contra él. Vio cómo Simón cojeaba hasta el sofá que miraba a la chimenea. Antes de sentarse, se desató el cinturón de la pistolera y lo dejó encima de una silla próxima. Cuando se sentó, el arma quedó fuera de su alcance.

Ella se quedó de pie junto a la chimenea y puso bolas de papel y astillas sobre el rescoldo. Cuando empezaron a arder, introdujo el tronco más pequeño. No lograba pensar con claridad y se quedó ensimismada viendo cómo prendía el tronco. Para cuando metió el otro, se sentía como si su mente estuviera prisionera en una atracción de feria que giraba en círculo.

Cuando no quedó nada más por hacer, escogió una silla situada enfrente de aquella en la que Simón había dejado el cinturón con la pistolera. El atizador estaba apoyado contra la chimenea, fuera de su alcance.

—Me rindo —dijo Tate cuando quedó claro que él estaba esperando que le hiciera preguntas—. ¿Dónde estabas?, ¿y cómo conseguiste quitarte las esposas?

—Estaba debajo de la cama.

—No me vengas con esas. Cinn y el sheriff miraron debajo de la cama. Yo lo vi.

—¿No sabes lo que hay debajo, verdad?

—¿Un agujero negro? —preguntó sarcásticamente.

—Un museo.

Tate vio que Simón hacía una mueca de dolor al cambiar de postura. Con la sorpresa de encontrárselo de nuevo en la cabaña casi se había olvidado de su pierna. Antes de que se diera cuenta de lo que hacía, ya estaba junto a él.

—Déjame que eche un vistazo —se arrodilló a su lado y empezó a subirle la pernera del mono de trabajo que Simón había sacado del armario.

—¿No tienes miedo?

Ella no perdió el tiempo en responder. El vendaje que con tanta dedicación le había cambiado esa mañana estaba empapado de sangre.

—¡Te dije que no apoyaras peso! Ahora la has fastidiado.

—La habría fastidiado si Jim Cooney me hubiera encontrado esposado a tu cama.

Tate se sentó en el suelo y se abrazó las rodillas.

—¿Cómo conseguiste soltarte?

—Oí a los perros ladrando unos veinte minutos después de que tú te marcharas —Simón echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en el sofá y cerró los ojos, exhausto. Le irritaba que las cosas tan simples que había hecho ese día lo agotaran de ese modo—. Ya había forzado el cierre de las esposas y el del candado con la carga del bolígrafo que encontré en la camisa de tu padre.

Tate no sabía qué la asombraba más, que él hubiera podido forzar el cierre o que su padre usara cosas tan modernas como un bolígrafo.

—¿Dónde adquiriste esas habilidades, en High Ridge?

—No hay cerradura que se me resista.

—¿Qué quieres decir con eso del museo debajo de la cama?

—Hay una trampilla. Nunca la habría encontrado, pero después de vestirme y esconder cualquier rastro de mi presencia, el perro se puso a ladrar.

—Cinn no ladra.

—Pues esta vez ladró. Miré por la ventana y vi la camioneta de la cárcel que bajaba hacia la cabaña. Me di cuenta de que ya no tenía tiempo de huir, así que empecé a buscar un sitio para esconder las esposas y la cadena.

—Y para esconderte tú.

—Yo iba a meterme en el tiro de la chimenea.

—Como un Santa Claus a la inversa.

El sonrió. Era la primera vez que Tate lo veía sonreír abiertamente y, por un momento, se olvidó de todo lo que no fuera el brillo cautivador de esa sonrisa. Pero duró sólo un instante.

—Eres única —los ojos de Simón se posaron en ella. No le costaba ningún trabajo, incluso en vaqueros era una mujer preciosa. Esa mañana había pasado por su cabeza la idea de que no volvería a verla más. Ahora, a pesar de su frustración por el modo como se habían desarrollado las cosas ese día, casi sentía como si lo hubieran indultado—. ¿Por qué no le contaste al sheriff nada de mí? —quiso saber, al ver que ella no decía nada.

—¿Qué te hace creer que no lo he hecho?

Él la estudió un momento antes de responder.

—Perdiste la oportunidad hace un par de días. Habría sido difícil explicarle que me estabas cuidando, pero ¿por qué no me entregaste cuando todavía podías?

—Tu historia es más interesante que mis motivos.

—Lo dudo —alzó una mano para indicarle que no la creía—. Iba a esconder la cadena y las esposas entre los muelles del jergón para que nadie las viera, pero cuando me agaché, me fijé en que todos los tablones, en una distancia de un metro, coincidían. Miré con más atención y me di cuenta de que era una trampilla que conduce a un sótano. Está muy bien escondida.

Tate frunció el ceño.

https://www.facebook.com/novelasgratis

—Hay un sótano. Se accede por el exterior, pero tendrá la profundidad de un armario, más o menos. No llega tan lejos, y la vez que bajé no vi ninguna trampilla.

—Probablemente comparte pared con el museo.

—¿Qué museo? —preguntó ella con exasperación.

—Tienes que verlo con tus propios ojos. No puedo explicártelo.

Tate se dio cuenta de que habían llegado a un punto muerto, pero, por muy interesante que fuera aquel asunto, había otro que lo era aún más. Y que tenía más importancia.

—¿Por qué me mentiste el otro día? ¿Quién eres en realidad?

Él seguía estudiándola; casi, pensó Tate, como si estuviera decidiendo qué contarle.

—No vuelvas a mentirme —le advirtió—. No estoy de humor.

Él sacudió la cabeza despacio a ambos lados.

—Sería más seguro para ti que lo hiciera.

—Pero para ti no.

—Tal vez prefieras no saber —hizo una pausa—. Y, además, puede que no me creas.

—En eso tienes razón.

Él se quedó callado casi un minuto. Justo cuando Tate estaba a punto de darle un ultimátum, habló.

—No soy Carl Petersen, aunque me parezco un poco a él si dejara de comer uno o dos meses. Mi verdadero nombre es Simón.

—¿Y cómo es que nadie se ha dado cuenta hasta ahora?

—En High Ridge, nadie siguió el juicio de Petersen y, además, la cobertura periodística fue limitada. El banco no quería que se difundiera a los cuatro vientos que, con sólo apretar unas teclas, alguien había retirado más de un millón de dólares de las cuentas de sus clientes. Después del juicio, Petersen estuvo un par de meses en Texas. Luego lo único que se sabe públicamente es que lo trasladaron a High Ridge.

—Ponme al corriente.

Los ojos de Simón brillaban a la luz del fuego que ardía en la chimenea, aunque el resto de él parecía dolorido.

—Petersen está encerrado en otra parte. Cuando todo esto haya pasado, lo trasladarán a Leavenworth para que cumpla una pena breve, porque ha colaborado con nosotros.

—«¿Nosotros?».

—El Departamento de Justicia.

Ella se quedó mirándolo fijamente.

—Ya —dijo por fin—. O sea, que tú eres de los buenos de la película.

Él hizo una mueca.

—Según para quién. Uno se imaginaría que los funcionarios de prisiones deben estar del lado de los buenos también, sólo que a veces no es así. A veces asesinan a internos y malversan fondos, igual que los condenados que se supone que están vigilando.

Tate intentaba entender lo que todo aquello significaba.

—Así que eres un agente del FBI y te han introducido en High Ridge bajo una identidad falsa para atrapar a un funcionario corrupto, ¿no?

Él sonrió al oír el cinismo que impregnaba la voz de Tate.

—No.

—«No» ¿qué?

—No soy agente del FBI. Trabajo por mi cuenta y a veces el Departamento de Justicia requiere mis servicios.

—¿Es que no tienen suficientes empleados?

—Como yo, no.

Tate dejó pasar eso de momento.

—¿Por qué estabas en High Ridge?

—Eso es lo que no sé.

Tate se levantó y fue hacia la chimenea. Echó otro leño al fuego cuidando siempre de no dar la espalda a Simón.

—Lo que dices no tiene sentido.

—No, no lo tiene. Un hombre llamado Josiah Gallagher, un funcionario del Departamento de Justicia, me pidió que suplantara a Petersen. Gallagher es un viejo amigo —rió con amargura—. Bueno, más bien lo era, debería decir. Yo le debía un favor y él me pidió que se lo devolviera, así que yo acepté ir a High Ridge con el nombre de Petersen. El Departamento quería alguien dentro para que investigara las denuncias de maltrato. Gallagher también quería que estuviera cerca de un par de tipos de Oklahoma City que estaban a punto de salir en libertad condicional. Necesitaba que le informara de cuáles eran sus planes para cuando salieran de la cárcel. La teoría era que Carl Petersen era el tipo de preso con el que esos dos se pondrían en contacto.

—¿Por qué?

—Porque Petersen es un experto en informática, y esos tipos necesitarían consejo sobre cómo modernizar sus operaciones.

—Suena un poco rocambolesco.

—Gallagher nunca se equivoca.

Tate se quedó de pie, de espaldas al fuego.

—Suponiendo que ahora no estés mintiendo, ¿qué sucedió en High Ridge para obligarte a escapar?, ¿por qué no recurriste a ese Gallagher?

—Se suponía que, como mucho, estaría allí un mes. Luego se alargó a dos y, después, a tres, sin una palabra de Gallagher ni de nadie del Departamento de Justicia. En High Ridge nadie sabía que era un topo. Reuní muchísima información, pero nadie venía a buscarla. A las dos semanas de llegar, el capitán Shaw se interesó por mí.

Aunque su historia tal vez no fuera cierta, Tate estaba empezando a creerla. Ningún actor, por bueno que fuera, podría haber pronunciado esa última frase con un odio tan contenido.

—¿El capitán Shaw es el alcaide?

—El mismo. Y además es un ladrón y un asesino.

—Es tu palabra.

—Tengo pruebas. O tenía…

—Las perdiste, claro.

—A veces sucede, cuando te pasas la noche flotando en un río medio muerto.

—¿De qué estamos hablando, en concreto?

Los dos se miraban a los ojos. Tate pensó que, si estaba mintiendo, era un artista de la mentira. Más aún, un maestro.

—El bueno del capitán me mandó a las oficinas en cuanto pudo hacerlo sin levantar sospechas. Dijo que había que sacar partido de mi habilidad con los ordenadores. No llevaba allí ni un día cuando me metió en su despacho, aunque sin que nadie pudiera darse cuenta. Oficialmente, me autorizó a utilizar la biblioteca de Derecho por las noches, entre las seis y las ocho. Entonces un guardia me guiaba al despacho de Shaw, me llevaba la cena y me vigilaba mientras yo falsificaba documentación: ingresos y pagos pendientes, sumas que iban a parar directamente a la cuenta corriente de Shaw —él asintió con la cabeza cuando vio en el rostro de Tate que ésta había entendido—. Es fácil de hacer si sabes algo de ordenadores. Y yo sé bastante.

—Has dicho que es un asesino.

—Llevaba alrededor de un mes haciéndole el trabajo sucio cuando me ordenó que empezara a revisar expedientes de presos. Revisar era el término que empleaba para referirse a borrar datos que no quería que figuraran en esos expedientes, datos como el número de intentos de fuga, la causa de la muerte, etc. Tenía que romper códigos y averiguar contraseñas para entrar en los archivos del Estado y, a veces, incluso en los federales. Hay que ser un experto. Ninguno de los que trabajaban para él era capaz de hacerlo. Y un preso es la persona perfecta para un trabajito como ése, porque cuando lo termina, se le puede hacer desaparecer.

Tate sintió un escalofrío, a pesar de que estaba junto al fuego.

—¿Desaparecer quiere decir asesinarlo?

—No sería el primero. Dos tipos encarcelados por delitos informáticos fueron, supuestamente, asesinados por otros presos, después de haber trabajado para el capitán. Shaw pensaba que los expedientes habían sido «revisados» y que nadie podría relacionarlo con el crimen, pero yo encontré un documento secreto. El segundo de esos tipos se figuró lo que iba a pasar y dejó unos datos que Shaw no sabía cómo borrar. Hay también otras cosas que podrían incriminar a Shaw.

—¿Eso era lo que contenía el disquete que encontré en tu bolsillo?

Él se quedó callado. Sus ojos lo decían todo.

—Lo encontré —reconoció ella—. ¿Pensabas que lo habías perdido en el río?

—Tenía dos disquetes. Al parecer uno se perdió y tú tienes el otro.

—¿Servirá para algo después de haberse mojado?

—Probablemente no, pero el capitán Shaw no sabe eso.

—¿Por eso se ha montado una operación de búsqueda tan exhaustiva?

Simón asintió.

—Petersen cometió un crimen de guante blanco. Mató al auditor cuando se encontró entre la espada y la pared, pero no es un delincuente peligroso. A los hombres como Petersen, cuando se escapan, se les suele atrapar al cabo de unas semanas, incluso aunque nadie los esté buscando. Les paran por alguna infracción de tráfico o cuando tratan de cobrar un cheque falso. Nadie tiene nada que temer de un hombre como Petersen.

—Nadie excepto Shaw.

Simón se levantó y Tate tuvo que morderse la lengua para no decirle que no apoyara peso en la pierna. Ahora no tenía ningún control sobre él. Simón fue hacia ella cojeando ostensiblemente.

—Yo era el siguiente —se detuvo a unos metros de Tate—. Pronto dejaría de serle útil. Shaw podría haber preparado un accidente y de mí no quedaría ni el recuerdo.

—Todavía no me has dicho por qué no te pusiste en contacto con alguien del Departamento de Justicia.

—En High Ridge se graban las llamadas y el número al que llamas. Desde que empecé a trabajar para el capitán, me retiraron el derecho a usar el teléfono, además.

—¿Y a través del ordenador? Seguro que podrías haberte puesto en contacto con el Departamento de Justicia, haberle mandado a Gallagher un correo electrónico…

—A ver, piensa un poco. Se suponía que yo iba a estar allí un mes. Llevaba tres y Gallagher no había dado señales de vida.

—Tal vez hubo un fallo…

—Ningún fallo.

Ella trataba de sacar algo en claro, pero todo era muy confuso.

—Te ayudaré —dijo Simón acercándose al fuego para calentarse las manos—. Gallagher me dejó allí para que me pudriera o me asesinaran. No sé por qué ni cómo, pero se que no puedo recurrir a Gallagher, ni entonces ni ahora. Quiere verme muerto. No tengo dudas de que algunos de los hombres que me andan buscando reciben una prima de él.

Era una historia extravagante; sin embargo, al contrario de la otra que le había contado al principio, todas las piezas encajaban. Sólo faltaba una.

—¿Y qué me dices de Erin?

Simón se apoyó en la pared y puso la pierna sobre el borde de la chimenea, para no descargar peso en ella.

—Erin es Aaron, no Erin.

Tate soltó un bufido de exasperación.

—Lo que dices no tiene sentido.

—Aaron, no Erin. Aaron Reynolds. Era un agente. Josiah, Aaron y yo trabajamos juntos en un caso que desarticuló a una familia de la Mafia que se estaba implantando en el noreste. Casi me matan. Josiah me salvó la vida, y también salvó a Aaron. A eso me refería al decir que le debía un favor. Después de aquello, Aaron se retiró. Ahora vive en Memphis, dirige una empresa de sistemas de seguridad y se va de pesca los fines de semana, pero, si no me equivoco, todavía tendrá contactos en Washington. Si alguien puede averiguar por qué Gallagher intenta deshacerse de mí, es Aaron.

A Tate no se le ocurrían más preguntas. Se quedó mirando a Simón en silencio.

Simón sabía cómo sonaba su historia; y que había usado antes su habilidad para mentir sin mover una pestaña. Había pocas personas cuya opinión le importara, pero descubrió, para asombro suyo, que había añadido una más a la lista. No podía obligar a Tate a creerlo. Era una mujer a la que no se podía obligar a nada, además, y eso era parte de su encanto.

—Ahora es cuando agarras el atizador y me das con él en la cabeza —dijo por fin—. Ahora o nunca, Tate. Tienes que decidir si me crees o no. Ahora ya sabes que esposarme no sirve de nada —sonrió un poco—. En realidad, nunca sirvió.

—¿Por qué te has quedado esta noche? Podrías haber salido por la puerta mientras yo estaba fuera. Te habrías marchado y no habrías tenido que contarme todo esto.

La respuesta de Simón fue lo que más le dolió a éste desde el momento de su fuga.

—Porque no puedo marcharme de aquí yo solo. Maldita sea, eso es lo que me gustaría a mí, pero es imposible. Pensé que podría. Esta mañana, cuando oí cómo te marchabas con el coche, pensé que no tendría que implicarte más. Iba a afeitarme la barba, seguir hasta el siguiente condado y llegar a Memphis en coche. Así no habría tenido que contarte la verdad.

—¿Por qué no me la contaste desde el principio? ¿Qué conseguías con mentir?

—¡Podrían matarte por saber la verdad! —se echó hacia atrás el pelo con la mano. Ardía de frustración—. No sé quién anda detrás de mí y, al final, puede que sigan mi rastro hasta aquí. Como mínimo, te interrogarán. Y ¿a quién le va a importar si desaparece una chica en una remota cabaña en las montañas, una chica que sabía demasiado?

Tate sintió que se estremecía pero se obligó a sobreponerse.

—Le importaría a Jess Cantrell. Y cuando a Jess le importa algo, el mundo acaba enterándose del asunto.

—¿Cantrell, el periodista? ¿El que escribe esos libros sobre escándalos?

—Mi padre.

—Pensaba que tu padre había muerto.

—Es una historia larga. Al bueno del tío Grady tampoco le haría gracia. Se llama Grady Clayton y es fiscal en Florida, y creo que se va a presentar de candidato a presidente, o eso he oído. Y también está el sheriff de Mountain Glade. Es pariente mío. No tiene la influencia de Grady ni la de Jess, pero no tardaría en aparecer si lo necesito.

—¿Cuánta familia tienes?

—Más de la que nunca habría soñado —dijo con una pequeña sonrisa.

Él no le preguntó a qué se refería. Tate era tan reservada como él y no le contaría nada hasta que no hubiera decidido si era digno de su confianza.

—Los montes están llenos de hombres que quieren matarme. Eres vulnerable.

—Necesitas mi ayuda.

—Pues sí, la necesito —dijo aquello como si le fastidiara.

—No eres muy agradable pidiéndomela.

—No tengo práctica.

La luz grisácea del atardecer llenaba el interior de la cabaña. Tate vio que Simón palidecía, pero que no se movía ni hacía ademán de sentarse. Lo conocía ya lo suficiente para saber que no daría muestras de debilidad hasta que las fuerzas lo hubieran abandonado por completo y no pudiera sostenerse en pie.

—¿Qué quieres que haga?

—Tal y como yo lo veo, tienes dos opciones. O me rematas con ese atizador o me escondes unos días más, hasta que mi pierna esté mejor y dejen de rastrear esta zona.

—Al menos tienes el sentido común de ver que te atraparían si te marcharas ahora.

—Sí, sentido común tengo mucho. Lo que no tengo es alternativa.

La intuición de Tate le decía que lo ayudara. No tenía un detector de mentiras, pero todo lo que sabía sobre el comportamiento humano le indicaba que esa vez él le estaba contando la verdad.

¿Y si no fuera así? ¿Y si se trataba de otra mentira, adornada para hacerle parecer un buen chico?

Mientras calibraba las posibilidades se le ocurrió una tercera opción.

—¿Y si no tuvieras que ir a Memphis? Puedo ir al pueblo y llamar a Aaron en tu lugar.

—Así sabrías que te estoy diciendo la verdad.

Ella asintió.

—Y Aaron podría ayudarte.

—Es una buena idea. Sólo que no es realizable.

Ella levantó una ceja inquisitivamente.

—Si hubiera conseguido llegar hasta Aaron nada más escaparme —explicó Simón—, tal vez habría funcionado, pero ahora tendrá el teléfono intervenido. Gallagher sabe que Aaron es la primera persona a la que recurriría.

—¿Qué importa eso? ¿Y si llamo desde un teléfono público?

—Me están buscando en esta zona. No costaría mucho averiguar quién ha usado el teléfono y detenerlo.

—Suena como si supieras de lo que estás hablando.

Él se rió sin alegría.

—Y lo sé.

—Ésa era mi única posibilidad de averiguar si estás mintiendo.

—Tal vez no —la cara de Simón se contrajo en una mueca de dolor cuando cambió el peso de pierna, y se maldijo por mostrar tan abiertamente su dolor—. Puedes llamar a otra parte. Vete al pueblo y llama al número que te voy a dar. No digas nada, sólo escucha. Con un poco de suerte, lo que oirás te convencerá de que te he contado la verdad.

Ella se encogió de hombros al ver que él no daba más explicaciones.

—¿Estás diciendo que seguirás aquí cuando vuelva?

—Exactamente.

Ella vaciló.

—¿Y estás diciendo que puedo llevarme la pistola, para estar segura de que no me pegaras un tiro cuando regrese por esa puerta?

—En la zona de Washington hay un par de agencias del gobierno que podrían servirse de tus capacidades.

—Mi pasado no superaría el examen.

Simón se acercó a ella y le puso una mano en el hombro. Sus dedos eran apenas una caricia, no la sujetaba ni la retenía.

—No quiero que sufras ningún daño. Si prefieres no seguir ayudándome, lo entenderé —no dejó caer la mano, sino que le acarició el cuello todo a lo largo con los nudillos.

Ella se quedó sin aliento y, por un momento, fue completamente vulnerable. Si Simón era quien decía ser, tenía la habilidad de conseguir lo que quería.

No era la hija adoptiva de Jess Cantrell en vano. Al igual que Jess, sabía escuchar. En la historia de Simón había una premisa implícita: en su vida había zonas en sombras. Le había dicho que no era agente del FBI como para tranquilizarla, pero ella sabía que no debía quedarse tranquila. Ese hombre no se sometería nunca a las restricciones que un cuerpo como el FBI impondría. No seguiría las normas ni las reglas de nadie, si no le convenían.

Lo había dicho muy claro: trabajaba por su cuenta y tenía sus propias normas. ¿Qué decían esas normas sobre la seducción?

Simón retiró la mano.

—Vete a hacer esa llamada —se agachó y arrancó un esquina de una hoja de periódico que había junto a la chimenea. Garabateó un número de teléfono con un bolígrafo que se sacó del bolsillo.

Ella se preguntó si con ése habría abierto las esposas. Él le tendió el trozo de papel.

—Si cuando vuelvas quieres que me marche, me iré inmediatamente.

Ella agarró el papel, fue en busca de la pistola y salió.

Fuera, a lo lejos, los ladridos de los perros se alzaban en el aire del atardecer.

Ocho

La farmacia de Alien permanecía abierta hasta las siete la mayoría de las tardes, aunque no había mucha demanda a esas horas. Tate se figuraba que Wally abría hasta tan tarde para no perderse ningún posible cotilleo.

Ese día, sin embargo, agradeció que el farmacéutico fuera tan cotilla. Echó un vistazo a la cabina de la gasolinera y vio que seguía averiada. Tendría que llamar desde la farmacia.

Dos niños salían con sendas piruletas cuando Tate entró. En el fondo de la tienda, Wally charlaba con dos parroquianos. Uno de ellos, un hombre barrigón con el cuello largo, era la típica figura que uno esperaría encontrar en un antiguo almacén de pueblo.

—Buenas tardes, señorita Tate.

Ella esperaba escapar al interrogatorio de Wally, aunque sabía que era improbable.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó éste—. ¿Qué tal la pierna?

—Mucho mejor. Me ha curado.

—Sabe, estuve pensando… ¿cómo se ha hecho un corte tan arriba?

Tate se preguntó cuántas conversaciones en torno a su herida habría mantenido desde que le había prescrito los antibióticos.

«No entiendo cómo alguien puede cortarse el muslo con un hacha. Un pie, tal vez, o incluso la espinilla. Claro que una vez el bueno de Sam Turnbull, el que vivía en Goose Creek Road…».

—Estaba balanceando el hacha en el aire —hizo una demostración mientras hablaba—, y la levanté así. Luego la dejé caer demasiado deprisa y perdí el control —hizo una mueca de dolor, casi como si se le hubiera reabierto la herida—. Supongo que no soy tan buena como creía.

—Podría haberse matado —intervino con entusiasmo el hombre barrigón—. Se habría matado y los buitres habrían dado cuenta de los huesos antes de que alguien la encontrara allí, en la cabaña de Millard.

—Menuda historia sería ésa —intervino el otro.

El hombre barrigón asintió solemnemente con la cabeza.

—Una pena que Millard ya no esté por aquí para contarla. Nadie contaba las historias como Millard.

Tate no podía responder a eso. Las historias de Millard eran tan desconocidas para ella como el propio Millard. Forzó una sonrisa, lo cual le costó bastante, ya que en lo único en lo que podía pensar era en llamar por teléfono, y luego empezó a examinar el expositor de los champús y los acondicionadores. Al cabo de unos

minutos los hombres perdieron interés en charlar con ella. Cuando Wally se puso a contar una historia de caza, ella se deslizó hacia el teléfono.

El número que le había dado Simón tenía un prefijo que no conocía. Llamó al operador y dio el número de la tarjeta de crédito de Stagecoach Inn, y luego el número que le había dado Simón.

El timbre sonó cuatro veces. Mientras, ella se preguntaba qué podía decir como disculpa para llamar. Simon le había dicho que tenía que escuchar, pero se sentiría como una adolescente bromista si colgaba sin hablar. Estaba pensado que diría a quien le contestara que se había equivocado cuando el quinto ring se cortó. Hubo un breve silencio y a continuación una voz que hablaba.

—«*Éste es el contestador de Simón Vandergriff. No estoy disponible, pero puede dejar un mensaje y lo llamaré. Gracias*».

Hubo otra pausa y después un pitido.

Sucedió todo tan rápido que a Tate le costó un par de segundos entender lo que acababa de oír. Se quedó escuchando el silencio que siguió, aunque obviamente no tenía mensaje que dejar. El hombre al que pertenecía la voz grabada estaba en su cabaña. El ligero acento era inconfundible.

Simón Vandergriff. Trató de pensar una razón, cualquiera, por la que Carl Petersen tuviera un contestador en el que se identificara como Simón Vandergriff. Si en su mente había quedado la duda de que Simón y Carl Petersen fueran la misma persona, ésta desapareció.

Pero ¿quién era? ¿Sería quien decía ser, un hombre al que uno de sus amigos había enviado a morir en High Ridge?

Sabía por experiencia propia que, a veces, las historias más increíbles eran ciertas. La de Simón era increíble, pero la había soltado sin vacilar y con sinceridad. Claro que podría estar mintiendo; pero si era un mentiroso, era el mejor.

Estaba de nuevo en un punto decisivo. Ahora no había nada para restringir la libertad de movimientos de Simón, no podría refugiarse en la falsa seguridad que le ofrecían las esposas. Si volvía a casa con él, sería una prueba de buena fe. Sería como decirle que lo creía. Más incluso, que confiaba en él. Tendría que confiar en él para regresar.

Se dio cuenta de que seguía con el auricular en la oreja. No había nada más que oír. Simón le había ofrecido la prueba, una prueba. Ahora sólo tenía que decidir si lo creía o no.

Se oyó un ruido en la línea justo cuando estaba a punto de colgar. Al principio pensó que se lo había imaginado; luego oyó voces, como las conversaciones que se cruzaban a veces cuando había una interferencia.

—¿Has localizado la llamada?

—No, pero todavía no han colgado.

Pasó un segundo, después otro, hasta que entendió lo que estaba pasando. Como si su mano no pudiera seguir aguantando el peso del auricular, colgó de golpe.

«El teléfono de Simón está intervenido».

Pero ¿por qué? Inmediatamente se le ocurrió una respuesta. Alguien esperaba que las llamadas que se hicieran a ese número proporcionaran una pista de su paradero. Tal vez incluso esperaban que el propio Simón llamara para escuchar sus mensajes.

—Hoy tampoco ha habido suerte, ¿no, señorita Tate? —observó Wally desde detrás del mostrador.

Tate se dio media vuelta y lo miró.

—Eso me temo —se dijo que era una pena que no pudiera hablarles de Simón. Entonces a nadie le cabría duda de que la hija de Millard tenía algunas buenas historias de su propia cosecha.

Cuando Tate estacionó el Bronco delante de la cabaña no parecía que hubiera nadie en su interior. Antes de marcharse de la farmacia había hecho tres llamadas más y había descubierto otros tres datos interesantes. Uno, el prefijo del número de Simón correspondía a Washington D.C. Dos, el servicio de información telefónica le había asegurado que en el listín de Memphis figuraba un número de teléfono a nombre de Aaron Reynolds. Tres, Jess seguía fuera del país, pero Krista había hablado con él y estaba bien, aunque no volvería a Estados Unidos antes de tres semanas.

Tate se preguntó qué podría haber averiguado Jess que ella no supiera ya. No mucho, suponía, aunque sabía que habría podido darle buenos consejos.

No necesitaba consejos, era una mujer. Suspicaz, preocupada, rebelde, pero capaz de tomar decisiones.

Y ya había tomado una decisión.

Dentro de la cabaña, sus ojos recorrieron la habitación. No había rastro de Simón, aunque seguro que él preferiría asegurarse primero de que estaba sola antes de aparecer.

—Simón —llamó—. He vuelto, yo sola.

La puerta del dormitorio se abrió y apareció un hombre.

Por un momento, Tate no estuvo segura de si era él. Tardó en reconocerlo.

—Te has afeitado la barba.

Simón la miraba desde el umbral. La luz de la luna arrancaba reflejos plateados en el pelo de Tate e iluminaba el perfil desafiante de su cabeza. No se había cambiado para ir al pueblo, pero había atado los faldones de la camisa con un nudo a la altura de la cintura, y ahora la camisa le ceñía los pechos. Así era fácil apreciar lo delgada y

proporcionada que era, lo bien que le sentaban los vaqueros, la curva de las caderas y del trasero, lo largas que eran sus piernas.

Algo dentro de Simón pugnaba por salir a la superficie, algo que llevaba mucho tiempo reprimido, una parte de sí mismo que resultaba amenazadora. La doblegó con dificultad.

Tate llevaba fuera más de una hora. No recordaba haber esperado nunca tanto a que alguien decidiera su destino. A los quince minutos de que Tate se fuera, se había dado cuenta de que confiaba en ella plenamente, como en muy pocas personas. A la media hora, comprendió que lo que ella decidiera le importaba. No era una desconocida cuya opinión no fuera a contar para él. En cierto sentido, la conocía mejor de lo que conocía a mucha gente.

Aquello lo había desconcertado, y ahora, mientras la miraba, su desconcierto era todavía mayor.

Fue hacia ella con una toalla colgando del hombro y se detuvo a unos metros.

—Carl Petersen lleva barba, pero yo no.

Tate deseó que no fuera así. Ella le había lavado esa barba y era suave, seductora. Sin embargo, más inquietante aún era el cambio que producía su ausencia. Sin ella, Simón tenía un aspecto más austero y también más rudo. Más de fugitivo y menos del hombre al que ella había intentado curar.

—Así que Simón Vandergriff no lleva barba.

—Así que has oído el contestador…

—No sólo eso. Tienes el teléfono pinchado —le contó todo tal y como había ocurrido.

Él dijo unas palabrotas y su cara se endureció.

Tate se quedó mirándolo. La barba no sólo disfrazaba su verdadera identidad, sino también su carácter. Ahora no había duda del tipo de hombre que tenía delante: un caballero andante capaz de sobrevivir a una cárcel llena de criminales… a ambos lados de las rejas.

Antes pensaba que era guapo. Ahora eso no tenía la menor importancia. ¿Peligroso? Sí, si no estabas de su lado. ¿Atractivo? El término resultaba flojo. Irresistible le cuadraba mejor, y también deseable, aunque, al igual que el propio Simón, eso era demasiado arriesgado de comprobar de cerca.

—¿Colgaste en cuanto oíste las voces? —preguntó él.

—Me quedé tan sorprendida que… —vio que Simón entrecerraba los ojos—. No —admitió—, me quedé todavía unos segundos con el teléfono en la mano. Luego, cuando por fin me di cuenta de lo que pasaba, colgué.

Él no hizo críticas ni reproches. Tate era ajena a su mundo, bastante era que se hubiera dado cuenta de lo que sucedía.

—Parecen un poco chapuceros. Tal vez no te hayan localizado. No todo el mundo en la agencia es tan bueno como Gallagher.

—¿Qué tal está tu pierna?

—¿Cómo estás de ánimo?

Simón no había sonreído ni una vez. Tate se dio cuenta de que estaba esperando que ella le dijera si creía su historia.

—Si estuviera en mis cabales, ni siquiera te daría una cabeza de ventaja en la huida.

—¿Ahora crees lo que te he contado? —preguntó él, yendo al grano mientras se acercaba.

—Sí —el monosílabo le produjo una liberación que Tate no esperaba. Conllevaba un compromiso, igual que en las bodas. Ahora que lo había dicho, la decisión ya estaba tomada. No iba permitir más dudas ni confusión.

Simón también lo entendió así.

—Gracias.

Tate se imaginaba que era un hombre que no expresaba con facilidad gratitud. Ni debilidad ni… compromiso.

Allí, de pie junto a él, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo, ella se dio cuenta de que eso último había pesado más en su decisión que lo que había oído por teléfono.

Ese hombre le importaba. Lo había cuidado cuando estaba delirando de fiebre, había usado sus limitados conocimientos para ayudarlo a recuperarse, le había protegido cuando cualquier otro lo habría entregado. Desde el principio había habido un lazo de unión entre ellos que la empujaba a tomar decisiones que no debería.

Ese lazo se había hecho más fuerte ahora y, al contrario de la cadena con la que lo había atado a la cama, dudaba que fuera capaz de librarse de él con tanta facilidad. Ella lo había intentado sin lograrlo. Ni siquiera las mentiras que Simón le había dicho habían logrado destruir el vínculo entre ellos.

—Bienvenido, Simón Vandergriff.

—Tal vez llegue el día en que desees no haber oído jamás ese nombre.

—Ya no deseo nada. Me tengo que aguantar contigo.

Entonces él sonrió y, sin la barba, Tate vio que la sonrisa era aún más deslumbrante y peligrosa.

—Bueno, por lo menos me he bañado y afeitado mientras estabas fuera. El baño es un poco primitivo, pero he hecho lo que he podido.

Ella intentó imaginárselo acarreando cubos de agua y calentándola.

—Todavía no estás tan bien como para hacer todo eso.

—Hay partes de mi cuerpo a las que nunca llegabas cuando me lavabas.

El rubor que tiñó las mejillas de Tate era algo nuevo para ella.

—Tuviste suerte de que me ocupara de las partes para todos los públicos.

—Sé muy bien la suerte que he tenido, Y que tengo —estiró un brazo hacia ella casi vacilante—. No me conoces. No tienes razones para confiar en mí, y muchas para no hacerlo. Incluso ahora, podría estar mintiendo —Simón se dijo que debía apartarse de ella, pero en lugar de hacerlo, llevó la mano hasta la mejilla de Tate. Sus dedos temblaban ligeramente—. Tal vez puedas decirme por qué.

—Unas personas me dieron una oportunidad cuando no tenían por qué hacerlo. Yo era un caso muy difícil, pero no les importó. Apechugaron con los inconvenientes y nunca me dejaron tirada. Quizá aprendí algo de ellos.

—Hay muchos desgraciados por los que no merece la pena molestarse.

—Yo ya he tenido mi cuota de ésos.

—¿Y has aprendido a distinguir?

Ella sacudió la cabeza.

—He aprendido a intentarlo.

Él empezó a dejar caer su mano, pero la alzó de nuevo para retirarle un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Tú me fascinas —hablaba en voz baja, una voz que surgía de algún lugar recóndito en su interior.

Tate se había sentido admirada y deseada por los hombres, pero nadie le había dicho que se sintiera fascinado por ella. Se veía a sí misma como una mujer franca y clara, sin nada de misterioso ni exótico. Sin embargo, se daba cuenta de que Simón no mentía y sospechaba que, además, no se dejaba fascinar con facilidad.

Intentó aclarar aquello.

—Si fascinar significa que me he visto obligada a pensar en ti constantemente, supongo que tú también me fascinas.

Tate no era transparente, como otras mujeres que conocía, pero en ese instante, a Simón no le cabía duda de que se sentía incómoda. A él nunca le había intrigado la inocencia. Llevaba demasiado tiempo viviendo al borde del abismo como para tomarse el tiempo de cortejar a una mujer. Ahora, por primera vez en su vida, le habría gustado disponer de ese tiempo. Tate era una mujer que no estaba segura del efecto que causaba en los hombres, y él, un hombre que estaría encantado de mostrárselo. Sus labios se curvaron en una sonrisa que era toda ella pasión y emociones reprimidas.

—¿Te parezco divertida? —preguntó ella.

—Me pareces de todo menos eso. ¿Quieres que te diga lo que me pareces?

A ella le daba miedo saberlo.

—Creo que no.

Él retrocedió para dejarle espacio… dos o tres centímetros. Tendrían que haber sido kilómetros. Los temas inofensivos parecían de repente pocos y raros. Él se refugió en la comida.

—Puedo preparar algo de cena.

—Si sigues apoyando peso en la pierna, vas a arruinar todo lo que hemos conseguido estos días.

—Deja de portarte como si fueras mi madre. Ya hemos superado esa fase.

Tate se sonrojó por segunda vez.

—¿Eso he estado haciendo?

—Es más fácil actuar como si fueras mi madre que otra cosa.

De nuevo, ella no sabía a qué se refería.

—Amigos —apuntó él—. ¿Podemos ser amigos, Tate?

—¿Cuánto tiempo estás pensando quedarte y portarte como un amigo?

—Eso depende de ti… y de los hombres que me están buscando.

—Puedes quedarte todo el tiempo que necesites. No quiero que te marches hasta que no sea seguro que lo hagas —no añadió lo que había estado pensando desde que había empezado a creer su historia. Dudaba que Simón estuviera dispuesto a aceptar de ella más que un lugar donde esconderse.

—En el sótano tienes un escondite a prueba de bombas.

A Tate se le había olvidado la historia del «museo». Ahora había llegado la hora de explorarlo.

—Me gustaría bajar a verlo.

—Las puertas se doblan como si fueran postigos, así que no hace falta mover la cama. Cuando bajé yo estaba muy oscuro, a pesar de la luz que entraba de arriba. Cuando cerré las puertas, se quedó negro como la boca del lobo. Ahora que es de noche, tendrás que bajar una linterna.

—Bajaré después de cenar.

—Baja ahora, así mientras prepararé algo.

—¿No quieres venir?

Simón quería un poco de tiempo lejos de ella para librarse de unas emociones que no podrían desarrollarse.

—Creo que es mejor que lo veas tú sola.

Tate se dio cuenta de que ésa era la prueba final. Una vez que estuviera en el sótano, él podría cerrar las puertas y poner algo encima, y ella se quedaría allí dentro hasta que el próximo dueño de la cabaña diera con sus huesos.

—No tardaré.

Él sonrió.

—¿Es una pregunta?

—Si quieres librarte de mí, encerrarme ahí abajo sería un modo fácil de lograrlo.

—Pero yo no quiero librarme de ti… —se interrumpió. ¿Qué era lo que había estado a punto de decir?, ¿qué no querría librarse de ella nunca? ¿Y qué significaba eso exactamente?

Tate no le pidió que terminara la frase. Su relación era ya complicada hasta el punto del absurdo.

—Si querías librarte de mí, has tenido muchas oportunidades. Creo que me arriesgaré.

Simón cojeó hasta la chimenea y tomó una de las linternas. Luego fue tras Tate al dormitorio.

Junto a la cama, ella frunció el ceño.

—¿Y si retiráramos la cama y la pusiéramos junto a la pared para facilitar la entrada? Luego podemos volver a empujarla a su sitio.

—Si estuviéramos en una situación normal, sí. Pero si aparece alguien que me anda buscando, sería peligroso.

Ella empezó a protestar, hasta que recordó que la profesión de Simón exigía cuidar hasta el último detalle. Los hombres que lo buscaban tal vez fueran igual de observadores.

—Tú pásame la linterna cuando me tire al suelo como un saco de patatas y me arrastre sobre la barriga.

—Pienso disfrutar del espectáculo.

Y fue exactamente lo que hizo. Tuvo pruebas de lo recuperado que estaba al notar que cada movimiento sensual del trasero de Tate repercutía en la parte de su cuerpo que ella nunca le lavaba.

—¿Te paso la linterna ya?

—No se ve nada aquí debajo.

Él se agachó como pudo.

—Estás justo encima. Échate hacia atrás. ¿Ves que el borde de todos los tablones coincide? Justo en medio de ese borde, encontrarás una especie de agujero en el lateral de uno de los tablones. Casi parece un defecto de la madera —esperó hasta que ella se hubo retirado lo suficiente—. Ahí —señaló.

—Me siento como una idiota —a pesar de ello, pasó la mano sobre el tablón que él señalaba hasta que notó el agujero.

—Tira de él hacia mí —explicó Simón.

Ella hizo lo que le decía, aunque no era fácil. Como Simón había dicho, los tablones se plegaron como si se tratara de un acordeón hasta que apareció el agujero. El otro lado se dobló del mismo modo. Delante de ella se abría un agujero negro como la boca del lobo, sospechoso y frío.

—No me has dicho lo que te encontraste ahí abajo —dijo despacio.

—No, no te lo he dicho.

—No sé mucho de mi padre.

—¿No?

—No sería el asesino del hacha, ¿verdad?

—No quiero destriparte la sorpresa.

—Me sentiría mejor si me la destriparas un poco.

Simón le pasó la linterna y unas cerillas.

—No hay de qué asustarse.

—¿Cuánto tiempo crees que durará el queroseno?

—Suficiente como para que puedes encender las linternas que hay abajo. Date la vuelta, baja un pie y encontrarás el primer peldaño. Es estable, tendrá por lo menos veinte centímetros. Vete bajando uno o dos peldaños antes de encender la linterna.

—Me parece que va a entrarme hambre.

—Estaré preparado.

Tate se colocó como le había indicado. Luego se agarró al borde de las puertas y empezó a descender.

Era un reto cocinar algo con los escasos ingredientes de la cocina de Tate, pero a Simón le gustaban los retos. Había preparado cenas con la variedad que le ofrecía disponer de la ciudad entera de París como despensa. Y otras, recurriendo a la vegetación y los animales de la selva tropical de Brasil, su único recurso.

Cualquier reto anterior palidecía ante las posibilidades que se le ofrecían en esa remota cabaña de Arkansas. En un armario había una lata de atún, seis latas de caldo de pollo, un frasco de queso de untar, pan duro y sal, pero no pimienta. Dos huevos reposaban en lo que quedaba de una bolsa de hielo en la heladera, junto a la mantequilla y una botella de vino blanco más bien caliente. En unos frascos alineados en un estante detrás de la cocina encontró harina, leche en polvo, café, té y arroz. Detrás de la pila había provisiones al menos para un año de galletas saladas, marshmallows y tabletas de chocolate.

Hizo unos sándwiches de queso y atún, los empapó en una mezcla de huevo y leche en polvo y los salteó en mantequilla. Batió el otro huevo y lo vertió en el caldo de pollo hirviendo para obtener una sopa con huevo; la dejó sobre la cocina para que se mantuviera caliente.

Tate todavía no había vuelto cuando la cena estuvo lista. Simón fue al porche trasero a buscar la botella de vino, que había sumergido en un cubo de agua, de la que Tate había acarreado ese día. La botella estaba fría. Era un vino de Ohio, barato y

probablemente demasiado dulce para su paladar, pero después de tres meses a café negro y té aguado, nada más lejos de su intención que criticarlo.

Abrió la botella y la puso junto a la chimenea antes de ir en busca de Tate. No hubo respuesta cuando entró en el dormitorio y la llamó. Al pensar en los peligros que podía haber encontrado en el sótano, como ratas, se olvidó de lo doloroso que le había resultado bajar la escalera con la pierna herida. Antes de darse cuenta, ya estaba debajo de la cama y bajando.

La encontró parada en medio de la habitación, con la cabeza inclinada sobre un volumen encuadernado en piel. Cuando alzó la cara, vio que tenía las mejillas cubiertas de lágrimas.

Simón no sabía qué decir. Se reprochó haberla mandado allí abajo sola. Toda la objetividad que había logrado reunir, desapareció.

—Mi padre me quería —dijo Tate. Su voz era firme, pero no dejaba de llorar—. Tantos años pensando que no le importaba a nadie y mi padre me quería.

Simón no sabía qué decirle.

—Te dejó la cabaña, ¿no?

—No sabía por qué. Hasta ahora —sonrió un poco y Simón notó que algo dentro de él se retorcía al contemplar esa sonrisa. Aunque sabía que no debía hacerlo, la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. El cuerpo de Tate, suave y cálido, pegado al de él, lo sentía como una prolongación del suyo.

—Cuéntame —notó que ella se estremecía, como si en su interior pugnara por salir el llanto contenido.

Ella quiso apartarse.

—No puedo.

Él entendió «todavía no».

—Entonces dime algo de ese libro que estabas mirando.

Tate sabía que debía empujarlo, apartarlo, pero, en lugar de hacerlo, dejó de luchar y rodeó con los brazos la cintura de Simón. Era reconfortante que la abrazaran a una. También resultaba confuso, y hasta peligroso, pero no importaba.

—Es uno de los diarios de mi padre. No sabía que estaba aquí. Hay un estante lleno en ese rincón, el primero es de hace treinta años. Nunca los habría descubierto si tu no…

—¿Si no me hubiera escondido aquí? —se rió un poco—. Extraña bendición.

—¡Tu pierna! —levantó la cara hacia él—. Al bajar debe haberse…

No había sido la intención de Simón abrazarla. Ni tampoco besarla.

Los labios de Tate eran suaves; suaves, acogedores y jóvenes, igual que su cuerpo, pegado al de él. Tuvo que inclinar la cabeza para llegar a su boca, y ceñirla más contra sí para que arqueara su cuerpo contra el de él. En los segundos de confusión que siguieron, sus sentidos se quedaron colmados por el olor a madera y

aire fresco del pelo de Tate, la calidez aterciopelada de su piel y el ligero gemido que exhaló ella cuando atrapó su boca.

La soltó en cuanto notó que se ponía tensa. Independientemente de lo que ocurriera entre ellos y de lo que él sintiera, no quería que Tate volviera a tenerle miedo.

—No he bajado por esto —dijo Simón.

Los ojos de Tate mostraban a las claras lo vulnerable que se sentía, aunque quisiera fingir desenfado.

—Para un hombre que lleva tres meses en la cárcel, no se te ha olvidado besar.

—Es como montar en bicicleta.

—Empiezo a pensar que sé quién eres, y algo ha cambiado.

—Yo no he cambiado. Lo único que ha cambiado es que ya no tengo que seguir mintiendo.

—O sea, que el beso es de verdad…

—Podemos analizar eso y tratar de averiguarlo.

—Mejor no —Tate se alejó. A la luz vacilante de la linterna, la habitación parecía tan misteriosa como lo que acababa de suceder.

El sótano era una cripta hermética. Millard había pasado la mayor parte de su vida reuniendo con celo objetos y recuerdos de las Ozarks, así como importante documentación sobre el folclore de la zona. Luego había sellado esa parte del sótano y la había transformado en el museo de una cultura moribunda. Ese cuarto era la prueba de que nunca había querido confiar sus hallazgos a la colección de una universidad o a la Smithsoniana.

Tate volvió a colocar en su lugar el diario de su padre y se obligó a no dejarse arrastrar por el deseo de girarse y besar de nuevo a Simón.

Éste puso las manos en sus hombros.

—¿Qué te parece este cuarto?

Tate notó su presencia y su calor tras ella. Quería apoyarse en él, pero estaba rígida.

—No lo entiendo.

—¿Te digo lo que creo yo?

—¿Por qué no?

—Yo creo que esta cabaña es anterior a tu padre. Está hecha con troncos de castaño, y los bosques de castaños desaparecieron a principios del siglo veinte, una plaga acabó con ellos. Este sótano está diseñado para almacenar whisky de contrabando, por eso está tan bien escondido.

—Bueno, eso explicaría las jarras —se alejó de Simón y fue hacia el otro extremo del sótano, tanto para explorar lo que allí había como para poner distancia entre ellos. Una docena de jarras de barro reposaba en un estante.

Simón la siguió y vio cómo tomaba una de las jarras. Con cuidado, él levantó el tapón de corcho del cuello y aspiró; se puso a toser inmediatamente.

—Esto es la definición exacta de matarratas —consiguió decir.

Tate se alegró de poder hablar de algo que no tuviera nada que ver con ellos dos.

—¿Está llena?

—Llena, y probablemente desde la época que construyeron la cabaña —la sujetó para que Tate oliera.

Ella acercó la nariz y enseguida intentó disipar con la mano los efluvios que salían del barro.

—¿Tú crees que esto sería el escondite secreto de mi padre?

—Tu padre debía ser o un historiador o una de esas personas incapaces de tirar nada.

Ella defendió al hombre que ni siquiera había conocido.

—Un historiador.

—Entonces éste era su museo.

—Tendré más respuestas cuando acabe de leer sus diarios.

Tate se paseó delante de los estantes que había en las paredes. Todo estaba escrupulosamente limpio, cubierto apenas por una capa de polvo reciente. La cripta estaba tan bien construida y sellada que, sorprendentemente, no era húmeda, aunque sí fría.

Además de los diarios de Millard, había otros tres estantes con libros. Los títulos indicaban que la mayoría eran obras referidas al folclore de las Ozarks. Algunos parecían viejísimos, cosidos a mano. Abrió uno y leyó. Según leía, recorría las líneas con el dedo, consciente, sin necesidad de mirar, de que Simón estaba junto a ella.

—¿Sabías que trae mala suerte cambiar de nombre a un caballo?

—¿Y a un hombre?

Ella pasó la página.

—No lo sé, pero da mala suerte ponerse la ropa de otra persona, así que de todas maneras tienes un problema —dejó ese libro y tomó otro. Lo abrió por una página escogida el azar y leyó—: Aquí dice que Jesse James vivió bajo una identidad falsa en las Ozarks y murió de muerte natural.

—Sin duda, la mejor.

Ella no había vuelto a mirarlo a los ojos desde el beso, ahora lo hizo. La luz parpadeante de la linterna hacía difícil decir qué estaría pensando él, pero Tate lo sabía aunque sus ojos no pudieran confirmarlo. Estaba pensando en ella y lo extraño que era que se sintieran tan cerca el uno del otro. Ella lo sabía porque estaba pensando lo mismo.

Se giró y dejó el libro en su lugar antes de acercarse a un estante que exhibía algo parecido a utensilios de cocina de hierro forjado. Simón los examinó con interés.

—Esto es para pelar manzanas. Y esto, para deshuesar cerezas —los sopesó, uno en cada mano.

Tate se fijó en que no apoyaba el peso en la pierna de la herida.

—Tenemos que buscar algo para tu pierna, aquí hay de todo —en el mismo estante, más allá, había una colección de instrumentos musicales, incluida un dulcimer que parecía tallado con madera de la zona.

Simón levantó la tapa de cinc de una jarra que reposaba en un estante con piezas de vidrio y botellas antiguas.

—Todavía queda algo. ¿Qué crees que conservaría tu padre aquí dentro?

—¿Botulismo? —a Tate le costaba encajar lo que veían sus ojos, por no hablar de lo que había leído en el diario de su padre.

Y además estaba el beso de Simón.

Éste vio su desconcierto. Tenía el aspecto de alguien que acabara de descubrir que las cosas no eran como siempre había imaginado. Se preguntaba si a él le pasaría lo mismo. Le tendió una mano.

Ella sabía que no debía tomarla. Todavía estaba demasiado vulnerable, era fácil hacerle daño, pero desde el principio las manos de Simón le habían parecido extrañamente irresistibles. Como el hombre al que pertenecían.

Espontáneamente, Tate le ofreció la mano y él la capturó con la suya.

—Vamos arriba, te daré de cenar y abriremos un vino. Tú me puedes contar cosas de tu padre y yo te contaré que no tienes de qué preocuparte en lo que a mí respecta.

—Y esta vez ¿vas a mentir? —preguntó suavemente.

Él negó con la cabeza.

—Me imagino que eso queda por ver.

Nueve

Tate extendió una colcha encima de la alfombra, delante de la chimenea.

—No quiero ponerme en plan madre —dijo—, pero si no dejas descansar la pierna, vas a acabar otra vez en la cama, y estoy cansada de tener que cuidar de ti.

Oyó cómo él se reía a su espalda. A Simón le había costado subir la escalera y sabía que la pierna debía dolerle.

—Tú ríete, pero ya verás qué divertido si no se te cura. Intenta ir a Memphis a la pata coja y verás hasta dónde llegas.

—Noto cierta preocupación personal —Simón se agachó para sentarse sobre la colcha. Una vez en el suelo, se dijo que no se levantaría en bastante rato.

—¿Por mi pellejo o por el tuyo? Estoy compartiendo mi cabaña con un hombre perseguido.

—Quizá no sea tan malo. Depende de quién me persiga.

—Sería mejor preguntarse quién no. El estado de Arkansas, los federales, los de la cárcel —fue enumerando ella—. Dime qué vamos a cenar.

—Hay sopa y sándwiches encima de la cocina.

—El hombre hace milagros.

—Hacía falta mucha imaginación para preparar algo comestible con lo que tenías en la cocina.

—La próxima vez, entra en una cabaña que tenga una despensa más surtida.

—¿Y perderme la juerga que nos hemos corrido aquí dentro?

Ella se aventuró a mirarlo, él la observaba con atención. Incluso cuando bromeaba, estaba siempre atento. Tate tenía la impresión de que si en ese momento alguien echaba la puerta abajo, Simón los estaría esperando antes de que la puerta hubiera llegado al suelo.

—Tú no te muevas de ahí. Ahora llevo la comida.

—Empieza por el vino —señaló con el pulgar por encima de su hombro en dirección a la chimenea.

—Sólo beberemos un vaso por cabeza. Hay que racionarlo.

—¿Racionar «eso»?

—¿Sabes lo que me costó conseguir «eso», como tú lo llamas?

—Pues te informo de que ese vino no vale nada.

—En este condado no se vende alcohol, tuve que ir al siguiente. Hay una licorería en la calle más perdida que hayas visto, lejos de todo.

—¿Y tanta molestia para comprar un vino de Ohio?, ¿y una sola botella?

—La selección que tenían dejaba mucho que desear. Vino no es lo que más venden —Tate tomó la botella y los dos vasos que había junto a ella—. Dios mío, lo has dejado abierto para que respirara, probablemente se haya evaporado todo el alcohol…

—Vamos a comprobarlo.

—Deja que adivine: llevas tres meses sin probar una gota de alcohol.

—En High Ridge no sirven las comidas con vino.

Simón trataba de mostrar indiferencia, pero Tate notaba la cólera que latía en sus palabras.

—Debe ser un sitio horrible —dijo, y los dos sabían que no hablaba de las bebidas que permitían consumir.

—Nadie merece vivir de ese modo.

—¿No sabías nada de las condiciones antes de que te mandaran allí? —preguntó ella mientras servía el vino.

—No lo suficiente —alzó su vaso en un brindis—. Por Tate, que me ha salvado la vida.

Los ojos de ambos se encontraron y ella no pudo apartar la vista. Los dos bebieron sin dejar de mirarse.

—Zumo de uva —dijo al fin Simón—, pero el mejor zumo de uva que he probado en mi vida.

—Y pensabas que no era una experta…

—Creo que no eres muchas cosas.

—¿Como por ejemplo?

—Ni la mitad de cínica de lo que pretendes, ni la mitad de dura.

—Por las lágrimas que he echado ahí abajo, ¿no? Ha sido una semana dura.

Él sonrió, sin ironía.

—Trae la sopa y los sándwiches, y me cuentas por qué llorabas.

—Te vas a aburrir.

—No creo.

Tate se dio cuenta de que Simón había conseguido encender la estufa de la cocina y mantenerla a fuego medio, mientras que a ella siempre se le quemaban los platos que trataba de hornear.

—¿Cómo has conseguido que funcione la estufa de la cocina? —preguntó mientras llevaba los cuencos llenos de sopa caliente.

Simón tomó el suyo y vio cómo ella regresaba en busca de los sándwiches. Esperó hasta que se hubo sentado antes de responder.

—Cuando era pequeño, teníamos una estufa parecida en la cocina de nuestra casa de campo. Yo siempre ayudaba a la cocinera y cuando mi padre y madre no nos veían, me enseñaba a usarla.

—«¿Casa de campo?» —ella dejó escapar un silbido—. No sé por qué, pero creo que no debía ser precisamente una cabaña de este estilo, ¿no?

—Hablemos de ti.

—No si no hablamos también de ti.

—Te he contado la historia de mi vida.

—Te has olvidado de un par de cosas.

Simón se estiró para tratar de que su pierna estuviera lo más cómoda posible.

—Tú primero.

Ella comió la mitad de la sopa antes de empezar a hablar.

—No estoy segura de dónde nací. Mi madre trabajaba en una feria ambulante cuando se quedó embarazada. Yo nací en la carretera y no se detuvo en ninguna parte para inscribirme. Me imagino que tuve suerte de que un par de paradas más tarde la feria visitara su pueblo. Me entregó a mi abuela, la madre de mi madre, y me crié allí con ella hasta los diez años. Luego mi abuela murió y un vecino encontró la dirección de mi madre. Vino después del entierro y me llevó a vivir con ella.

Simón mantuvo un tono de voz indiferente. Sabía que a la menor muestra de compasión por su parte, Tate dejaría de compartir sus secretos.

—¿Seguía en la feria?

—Era camarera en un bar de cócteles. Yo creo que por cada uno que servía, ella se bebía dos. A la hora que volvía a casa, apenas podía meterse en la cama. Por las mañanas no la veía, me vestía y me lavaba yo sola y me iba a la escuela, pero por las tardes me estaba esperando —terminó la sopa. Eran recuerdos de los que había tratado de deshacerse, pero ahora descubría que los sentimientos seguían ahí—. Me odiaba —esperaba que Simón saltara y le dijera que eso no era posible, como tanta gente le había dicho antes. Le agradeció que no lo hiciera—. Ahora sé que era una enferma, pero entonces no sabía qué era lo que le ocurría, aparte del alcohol y las pastillas que tomaba. Así que pensaba que el problema era yo, que yo tenía la culpa.

—¿Y ahora?, ¿sabes que no era así?

Tate sonrió, pero no respondió inmediatamente. Dejó el cuenco encima de la colcha y empezó a comer el sándwich. Hablaba entre bocado y bocado.

—Hace algún tiempo que lo sé. Los hijos no vuelven locos a los padres, la cosa funciona a la inversa, y eso fue lo que empezó a pasarme a mí antes de que decidiera escaparme. Me escapé por primera vez cuando cumplí trece años. Me atraparon y me mandaron a casa, pero me volví a escapar. Me atraparon otras dos veces y me trasladaron a vivir primero a un hogar de acogida y luego, a un reformatorio. No eran sitios malos, pero en esa época yo era incapaz de confiar en nadie, así que me escapaba.

Él estaba perdiendo la objetividad.

—Eras muy joven para andar por ahí sola.

Ella sonrió con tristeza.

—Era mejor y más seguro que vivir en casa, aunque no fuera ni bueno ni seguro. Podría no haber sobrevivido, pero conocí a una mujer. Se llamaba Krista Jensen. Yo creía que ella también era una chica de la calle, que se había escapado de casa. Así se presentaba. En realidad estaba buscando a su hermana y se había juntado con Jess Cantrell, que andaba por las calles reuniendo historias para un libro.

Simón empezaba a comprender.

—¿Te adoptaron?

—Sí, al principio pensé que era como un sucedáneo de su hermana, pero luego descubrí que realmente le importaba y que también le importaba a Jess. Se casaron y abrieron un refugio para chicos de la calle en Virginia, se llama Stagecoach Inn. También me escapé, pero siempre volvía. Y un día volví para quedarme. Después ellos reclamaron que se retirara a mi madre la patria potestad. Fue un proceso feo. Mi madre no me quería, pero tampoco quería que otros me quisieran. Después de gastar mucho dinero, Jess y Krista ganaron y me adoptaron. Nunca volví a ver a mi madre, murió hace seis meses en un albergue para mujeres.

—¿Y tu padre?, ¿cómo encaja en esta historia?

—Nunca supe quién era, ni mi abuela tampoco. Mi madre se negaba a decirlo. Cuando le preguntaba, me contestaba que era un cabrón y que yo era igual que él.

Simón se preguntó cómo había sobrevivido al maltrato y se había convertido en la mujer brillante, articulada y valiente que era.

—Sólo viví tres años con mi madre —dijo Tate al leer su expresión—. Mi abuela era una mujer buena. Era mayor y estaba enferma, pero nunca me hizo sentir que yo era una carga. Si no la hubiera tenido a ella, sería una persona distinta —levantó su plato, vacío—. La cocinera te enseñó bien.

—Uno de estos días tienes que ver lo que soy capaz de preparar con los ingredientes adecuados.

Tate se puso en pie y recogió los platos. Cuando él trató de incorporarse, ella lo empujó.

—No te muevas, que viene el siguiente plato.

Él vio cómo se dirigía a la cocina. Los hombros hacia atrás, la barbilla levantada. El odio de su madre no había podido con ella, pero Simón sabía que siempre llevaría ese dolor en su corazón. Gracias a su fuerza y su inteligencia había seguido adelante.

Ella se tomó su tiempo antes de volver. No era fácil hablar de su infancia, y contarle a Simón algo tan personal abría ante ellos un camino nuevo, aunque todo había cambiado entre los dos desde que se habían besado en el sótano.

Cuando por fin regresó, llevaba en una bandeja los ingredientes para el postre.

—¿Tu cocinera te enseñó a hacer sándwiches con marshmallows?

—No.

—No sabes lo que te has perdido —se acercó al fuego y se sentó sobre la alfombra, con las piernas cruzadas como un indio—. Mira, partes por la mitad una galleta cracker… —hizo una demostración—. Luego, cubres una mitad con una onza de chocolate —desenvolvió la tableta y partió varias onzas. Puso una encima de la media galleta y luego preparó otro sándwich para él—. A continuación, tienes que tostar el marshmallow. Esta parte tienes que hacerla tú; hay dos pinchos, uno para cada uno.

Simón se acercó y tomó el pincho que ella le ofrecía. Siguió el ejemplo de Tate y pinchó un marshmallow en la punta.

—¿Has tostado alguna vez un marshmallow? —preguntó ella.

Él meneó la cabeza y Tate frunció el ceño.

—Tienes mucho que aprender. ¿Qué más cosas no has hecho?

Los ojos de Simón la recorrieron de arriba abajo y esbozó una especie de sonrisa.

—No importa —dijo ella, y se volvió hacia las llamas. No estaba segura si el rubor encendido de sus mejillas era consecuencia del calor del fuego o si se había sonrojado—. Es una ciencia exacta, presta atención.

Simón podría haberle dicho que nada podría distraerlo de mirarla, pero no lo hizo.

—Si el marshmallow se prende, el interior seguirá frío cuando lo retires y el chocolate no se derretirá —lo informó.

—Suena serio.

Ella asintió sin mirarlo.

—El chocolate no se derrite si no tuestas el marshmallow el tiempo suficiente.

—No sé si estoy preparado para esto.

Tate dejó de hacer como que no lo veía y le dirigió una sonrisa de alto voltaje.

—Sólo tienes que sujetar el marshmallow a unos centímetros del rescoldo y darle vueltas sin parar. Cuando empieza a curvarse, entonces estará listo.

—¿Curvarse?

—Ya lo verás. Confía en mí.

Tenía que hacerlo, se recordó Simón. Su vida dependía de ella. Se puso más cerca hasta que los hombros de los dos casi se tocaban. Juntos introdujeron los pinchos en la chimenea.

—¿Cuánto tarda?

—Hay que tener paciencia.

—Es público y notorio que carezco de paciencia. Él se movió y, en la nueva posición, sus cuerpos estaban muy juntos.

—Cuéntame como te enteraste de la existencia de Millard y de la cabaña.

Ella notaba el hombro y la cadera de Simón pegados a los suyos, y se preguntó si quería decirle algo como, por ejemplo, que estaba a su lado si lo necesitaba. El contacto, sin embargo, era sólo vagamente reconfortante y considerablemente inquietante.

—Antes de morir, mi madre le contó toda la historia a una asistente del albergue, una tal señora Phillips. Me gustaría pensar que se arrepintió de haberme tratado como lo hizo, pero supongo que simplemente tendría miedo.

—¿Del Juicio Final?

Ella hizo girar su marshmallow, y él la imitó.

—Algo así.

—¿Qué contó?

—Brenda, así se llamaba mi madre, conoció a Millard en la Feria Estatal de Arkansas, en Little Rock. Ella atendía una caseta de juego y Millard contaba cuentos populares en una de las tiendas. Al parecer, se enamoraron y me concibieron. Millard quería casarse y la trajo aquí, pero a Brenda le espantó el modo en que él vivía. Me imagino que me enteraré de más cosas según vaya leyendo los diarios, pero, según la historia que mi madre le contó a la señora Phillips, ella quería que se fueran a vivir a Little Rock y Millard se negó.

—No era un hombre de ciudad.

—Me imaginó que sabría que en Little Rock sería infeliz. Según lo que he leído hoy, prometió a mi madre instalar electricidad y fontanería, y construir un anexo.

Simón retiró el marshmallow y lo examinó.

—¿Y a Brenda no le bastaba?

—Nada le habría bastado —Tate atrajo hacia sí el pincho de Simón y las manos de los dos se rozaron. Lo soltó al instante—. Todavía no está listo.

Simón la miró. Era joven, todavía no sabía cuánto. Contaba cosas que le habían pasado en la vida y, aunque se tratara de una historia interesante, tenía que dolerle. Él no servía para consolar, para reconfortar. En su vida había visto demasiadas cosas, había vivido demasiado deprisa como para dar consuelo a los demás, pero ahora deseaba que eso fuera distinto.

Sus marshmallows habían adquirido un tono dorado.

—Ya están —anunció Tate por fin. Retiró su pincho del fuego y puso el marshmallow encima de la galleta y el chocolate. Se ayudó con la otra mitad de la galleta para sujetarlo mientras retiraba el pincho. Simón la imitó—. Ahora hay que comerlo antes de que se enfríe.

Simón la miró mientras ella daba el primer mordisco. El chocolate y el marshmallow se escurrían por los bordes del sándwich. Los dientes blancos y menudos de Tate se clavaron en la galleta y su lengua rebañó los bordes.

Simón reaccionó visceralmente.

—Date prisa, cómete el tuyo —lo urgió ella.

Él no le dijo que verla comer a ella era una delicia mayor que cualquier marshmallow con chocolate. Probó un bocado, pero sin dejar de mirarla.

—¿Qué te parece?

Por un momento él no supo a qué se refería. ¿Qué le parecía la historia de su vida? No era una persona vengativa, pero le habría gustado resucitar a Brenda y vengarse de ella por lo que le había hecho a su hija. ¿Qué le parecía la propia Tate? Que, en su corta vida, había mostrado más coraje que la mayoría de la gente que conocía. ¿Qué le parecía su lengua cuando lamía una gota de chocolate fundido de su labio inferior?

—El sándwich de marshmallow con chocolate, ¿qué te parece? —aclaró.

—Una delicia.

Ella asintió.

—¿A que sí?

Terminaron de comer sin hablar, aunque no podían apartar los ojos el uno del otro. Simón fue el primero en terminar. Cuando Tate acabó, él le puso las manos sobre los hombros y tiró de ella hacia sí.

—Ven aquí.

Ella desconfiaba.

—¿Por qué?

—Porque necesitas relajarte —antes de que ella pudiera apartarse, él la hizo girarse y empezó a masajearle las cervicales con los pulgares—. Estás tensa como un condenado a cadena perpetua en High Ridge.

—Si estoy tensa es precisamente por lo que me estás haciendo.

—Mentirosa.

—Mira quien fue a hablar.

Simón deslizó los dedos debajo de su cuello para agarrarla mejor. La piel de Tate era más suave de lo que había imaginado.

—Esto es como dar masaje a un yunque.

—No insultes a los yunques.

—¿Qué hizo Brenda cuando se dio cuenta de que no conseguiría que Millard fuera a vivir a Little Rock?

—Se marchó —Tate dejó caer la cabeza hacia delante para que Simón pudiera masajear los músculos de la nuca. Los dedos de éste acariciaban su piel como si

supieran exactamente dónde se acumulaba la tensión—. Se fue una mañana cuando Millard estaba fuera, trabajando. No le dejó ni una nota ni una dirección por si quería ponerse en contacto con ella. Desapareció y nunca más volvió a dar señales de vida.

—Entonces él no tenía manera de localizarte…

—Millard nunca supo si Brenda había dado a luz o había interrumpido el embarazo. Al parecer, estuvo buscándola, pero ella se ocultaba.

—¿Y nunca le dijo a nadie quién era el padre de su hija?

—A nadie. Supongo que pensaba que el mayor castigo que podía infligir a Millard era negarle a su hija. El valoraba la familia. Siempre que mi madre me hacía o me decía una crueldad, era como si se la hiciera a él.

Tate hablaba desapasionadamente, pero no se sentía nada bien. Hasta que Simón había empezado a tocarla todo iba bien; ahora se sentía asediada. Le importaba un comino su madre, era agua pasada. Había superado sus problemas y se había marchado de casa. Hacía mucho…

Simón notó que le temblaban los hombros. Sus brazos la rodearon y tiró de ella para que se apoyara contra él.

—Adelante, llora —le dijo al oído. Sus labios rozaban la oreja de Tate.

—¡No hay por qué llorar! ¿Sólo porque no llegué a conocer a mi padre? Estoy segura de que él tampoco se quedaría sentado llorando mi ausencia. Era una persona con muchas ocupaciones, feliz, hasta donde yo sé. Ni siquiera sabía si yo existía. No sabía…

Él la abrazó con más fuerza.

—Vamos.

—¡Esto no es una terapia de grupo!

—No, es entre dos personas que se preocupan la una por la otra —la besó en el pelo. Y repitió—: Vamos.

Ella sentía que se ahogaba. Las lágrimas que había derramado en el sótano no eran nada comparadas con el torrente que pugnaba por salir ahora. Trató se zafarse de los brazos de Simón pero él la retuvo sin esfuerzo.

—Lo haría yo por ti si pudiera —dijo.

Entonces las lágrimas acudieron a los ojos de Tate. No era un llanto infantil, las lágrimas dolidas de una adolescente rechazada una y otra vez por su madre. Eran las lágrimas de una mujer que estaba empezando a darse cuenta de todo lo que había perdido en la vida.

Simón la hizo girarse y ella se encontró sollozando sobre su pecho. Las lágrimas de Tate hacían caer una tras otra las barreras tras las cuales se protegía Simón, que formaban ya parte de él, como sus piernas y sus brazos. El hombre que había debajo era un desconocido.

—¡No quiero llorar! —gritó Tate.

—Yo tampoco quiero que llores, pero te hace falta. Y yo estaré a tu lado —Simón apoyó una mejilla en el pelo de Tate y sintió cómo ésta se estremecía. En ese momento, ella era para él lo más precioso del mundo.

Reunía cualidades cuya existencia casi había olvidado: coraje y vulnerabilidad; fuerza y pasión. En los tres meses en High Ridge había olvidado muchas cosas. O tal vez había empezado a olvidar antes.

—Yo soñaba con mi padre —dijo ella por fin, sobreponiéndose al llanto—. Soñaba que venía y me llevaba con él. Era un sueño infantil, y lo olvidé cuando empecé a vivir en la calle. Si hubiera sabido entonces…

—¿Cómo te enteraste de que te había dejado esta cabaña?

—Por casualidad —se interrumpió y no prosiguió hasta que se encontró más serena—. Antes de morir, Brenda se tropezó una vez con alguien de Mountain Glade. En esa época mi padre ya había muerto, y esa persona le contó que Millard había dejado su casa a su hijo o hija, si es que existía —respiró hondo.

Simón le acariciaba el pelo y ella empezó a relajarse.

—Mi madre le contó que Millard tenía una hija, pero dijo que no pensaba ayudarlos a dar conmigo. Me imagino que quería ponerles las cosas difíciles a todos. Will, el primo de mi padre, heredaría la cabaña si, en los siguientes diez años, no aparecía nadie. Si mi madre hubiera negado mi existencia, él habría heredado directamente, pero tal y como ella planteó el asunto, Will no podía heredar ni yo tampoco, puesto que no sabía nada.

—Es una lástima que tu madre no pusiera su talento al servicio de una causa más noble.

—Bueno, pues al final se arrepintió. Supongo que algunos dirán que hay que reconocérselo.

—Tal vez —por el tono de su voz estaba claro que él no se contaba entre ellos.

—Le contó a la señora Phillips que Jess Cantrell me había adoptado. Jess es fácil de localizar. La mujer escribió una carta a Jess contándole toda la historia y la mandó a la editorial que publica sus libros.

—Y aquí estás —ahora Simón entendía todo mejor.

La historia de Tate explicaba su voluntad de vivir austeramente, y también por qué no lo había entregado al sheriff. Era una persona que había sufrido, sabía lo que significaban que no le otorgaran a uno el beneficio de la duda y, a su modo, sabía lo que era estar preso. Parte de su vida había vivido fuera de la ley. Había comprobado de primera mano que había que confiar en aquellos que merecían esa confianza, no en los que detentaban la autoridad.

Tate se apartó lo bastante como para secarse las lágrimas con los puños de la camisa y se alejó de Simón.

—Apuesto a que estás deseando salir de aquí, después de esto —dijo sin mirarlo—. Te has escapado de la cárcel y has venido a caer en un pozo de lágrimas.

—Creo que prefiero esto a High Ridge —él le puso una mano debajo de la barbilla y la hizo alzarla—. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno.

—Yo tengo diez más.

—La última vez que lloré así fue el día que le pregunté a mi madre si podía volver a casa. Tenía catorce años y llevaba uno viviendo en la calle.

—Ahora te has desahogado de una vez. También llorabas por tu padre.

—Vivir aquí ha significado mucho para mí —lo miró a los ojos—. Claro que luego apareciste tú.

Trataba de sonar cínica, pero lo único que conseguía era hablar como alguien herido.

—Aparecí, sí —Simón se dijo que no debía volver a acercarse a ella. Besarla sería como quitarle un caramelo a un niño. Tate necesitaba que la besaran, que le demostraran lo deseable que era, pero él no era el hombre indicado, no tenía nada que ofrecerle. Su vida no valía nada.

De todas formas, la besó. El beso no fue ni impulsivo ni compulsivo. La besó porque nada era seguro, y porque a veces era más dañino negar las emociones que aceptarlas. Ella no protestó, se entregó al beso con la pasión de una principiante.

Él le puso las manos en la cintura y le acarició la piel desnuda por debajo de la camiseta. Ella se pegó a él, le echó los brazos al cuello y entreabrió los labios. Un deseo tan intenso que no podía nombrarlo atravesó a Simón. Éste la abrazó más fuerte y deslizó sus manos hacia arriba.

Tate notaba el calor que irradiaban sus cuerpos en contacto, hasta que ya no parecían dos cuerpos distintos sino dos almas gemelas unidas por la pasión y la compasión. Simón ya no era un desconocido que le diera miedo sino que formaba parte de ella de un modo que no podía comprender bien. Se había identificado con su lucha por la supervivencia, igual que él se identificaba con la tristeza de ella. Tate exploraba su olor, su sabor, su calor… sin miedo, y se alegraba de sentir sus dedos acariciándole la piel.

Simón sabía que se estaban acercando al momento en que ya no estaría en sus manos decidir si seguían o no adelante. Una pequeña parte de él lo observaba, como si se desdoblara, y una voz le aconsejaba que retrocediera, que se protegiera y protegiera a la mujer que tenía en los brazos. Esa voz le había salvado la vida en más de una ocasión, pero ahora era sólo un susurro.

Un susurro, sin embargo, bastaba. Apartó la boca y empujó la cabeza de Tate contra su hombro.

—Estamos pidiendo más de lo que podemos manejar.

Ella sintió que él le estaba pidiendo que regresara a un lugar al que ya nunca podría volver.

—Yo no estaba pidiendo nada.

Él le rodeó la cara con las manos.

—Los dos estábamos pidiéndolo. Te deseo, pero tengo a la mitad del estado de Arkansas en los talones. Caeré plantando batalla, pero lo más probable es que, de todas maneras, caiga. No quiero tener que andar preocupándome por ti cuando eso pase.

Ella lo miró fijamente tratando de encontrar una fisura en el escudo con el cual él se protegía.

—No puedes esconderte de mí —dijo por fin—. Has oído la historia de mi vida, yo vivo también entre las sombras. Creo que aunque no estuvieran persiguiéndote, no querrías seguir adelante con esto.

—«¿Esto?».

—Tú andas solo. Yo también. Te comportas como si nada te diera miedo, pero andar a mi lado te da un miedo de muerte.

—Yo no ando, corro, incluso cuando nadie me persigue.

Tate sabía que, para que él admitiera eso, había hecho caer muchas de sus defensas.

—Te da miedo que pueda seguirte el ritmo, marchar a tu lado.

—Me da miedo por los dos, no sólo por mí.

Ella respiró hondo.

—Yo te he contado por qué corro, pero tú no me has dicho por qué corres tú.

Él retiró un mechón de pelo de la cara de Tate deseando que aquello fuera más fácil.

—Mi historia no es tan sencilla como la tuya.

—Nada en tu persona es sencillo.

Él la admiraba. La luz vacilante de las llamas bailaba sobre el rostro de Tate, sobre sus labios, todavía húmedos, y Simón pensó que era la mujer más misteriosa que había conocido. No sólo lo atraía su belleza, sino su coraje, su determinación de encontrar un sentido a una situación absurda, su compromiso para con él, a pesar de que lo más sensato hubiera sido entregarlo.

Podía enamorarse de ella. Él, que había pensado que el amor era algo que un fugitivo nunca encontraría en su camino.

Intentó explicarse.

—Yo siempre supe quiénes eran mis padres. Ya han muerto, pero en mi infancia no pasaba un día sin que me recordaran quién era yo. Nací en una finca a orillas del Hudson, una finca que data de la época de la independencia. Al igual que mis antepasados, me eduqué en Inglaterra y en Holanda. Tengo sangre azul, más azul que tus vaqueros, y figuro en los árboles genealógicos de dos familias reales.

—Eso explica tu acento.

Él sonrió brevemente y, en silencio, agradeció que ella no se dejara impresionar por esas cosas.

—Hablo cinco idiomas, cuatro de ellos con fluidez. Tenía que estar listo para asumir mis responsabilidades dinásticas en el caso de que docenas de personas fueran barridas de la faz de la tierra y yo me encontrara de repente sentado en un trono.

—¿El rey Simón? —bromeó ella—. Un poco difícil de imaginar.

—¿Esta historia te gusta más que las otras que te he contado?

—Primero vamos a oír el resto.

—No hay mucho que contar. Esperaban de mí que fuera alguien que no podía ser, un personaje absurdamente aristocrático, pero yo me empapé de las historias de mi abuelo, que fue un héroe de la Segunda Guerra Mundial. Rescató a cientos de judíos y los hizo llegar de Holanda a Suecia ante las mismísimas narices de los nazis. Le costó la vida, pero a mí no me preocupaba ese detalle. Yo quería ser mi abuelo, así que cuando en Oxford me captaron para prestar servicios de espionaje a un gobierno europeo, acepté.

—¿Y tus padres?

—No lo sabían. No sé si alguna vez sospecharían, pero lo que sí sabían era que yo no era el hijo que ellos querían.

—¿Llegaste a ser un héroe?

Él reflexionó un momento.

—He hecho algunas cosas de las que me siento orgulloso, y nunca he aceptado una misión con la que no estuviera de acuerdo, pero supongo que en algún momento descubrí que no puedes vivir de ser un héroe. Los héroes no ganan dinero.

Se había callado muchas cosas, pero Tate lo comprendía de todas formas. Se imaginaba al niño de diluida sangre azul que nunca había cumplido las expectativas de sus ambiciosos padres. Se imaginaba perfectamente al joven que había elegido su propio destino, pero que no había cumplido sus expectativas para consigo mismo. Y que seguía corriendo; un fugitivo común y corriente sin un lugar donde ir.

—¿Seguirás intentando ser un héroe hasta que te maten? —preguntó al tiempo que se inclinaba hacia él, como si quisiera oír bien su respuesta.

—¡Ya están a punto de matarme! Lo habrían conseguido si me hubiera metido en otra cabaña en vez de en la tuya.

—No me cuentes el rollo de que te he salvado la vida. Eres demasiado duro para morir y estás demasiado empeñado en vivir. Tal vez no te sientas un héroe, pero tampoco te desagrada lo que haces. Temes que yo me cruce en tu camino.

Simón le pasó los dedos por el pelo pero con rudeza. Quería sujetarla allí donde estaba y confrontarla con la verdad.

—Te haría daño, eres más vulnerable de lo que crees. Dejemos las cosas como están. Sentimos algo el uno por el otro, pero ahí se acaba todo. Mañana me marcharé a Memphis.

—Has oído a los perros hoy. Te atraparán si lo intentas.

—¡No puedo quedarme aquí toda la vida!

—Entonces deja que te lleve yo misma a Memphis —puso un dedo sobre los labios de Simón cuando éste empezó a protestar y lo miró con enfado—. No, escúchame. ¡Dame una oportunidad! Lo tengo todo pensado. Mañana por la noche, nos marcharemos en el Bronco. Llenaré la parte de atrás con trastos del cobertizo y te meteremos en medio, de modo que nadie pueda verte. No estarás cómodo, pero será un lugar seguro para viajar. Cuando lleguemos a Memphis, me pondré en contacto con Aaron. Será más seguro que lo busque yo.

Él le agarró las dos manos entre las suyas y se las llevó al regazo.

—¡No quiero seguir implicándote en esto!

—Mira, ya estoy metida hasta las orejas. ¿Crees que voy a dejar que te marches tranquilamente y pasarme los días pensando si habrás podido llegar a Memphis? Fuiste tú el que entró en mi cabaña, me esposaste a la cama y casi me saltas la cabeza. Ahora tienes que permitir que te ayude una vez más.

—¿Has oído lo que acabas de decir?

—¡Simón!

Él se preguntaba si ya se había enamorado de ella. Lo único en lo que pensaba era en abrazarla de nuevo y transmitirle todas las emociones que sentía.

Sería más seguro para los dos que ella lo llevara en coche a Memphis.

—Tengo el arma de Cooney. Si me encuentran en tu coche, podrías decir que te obligué a llevarme.

Ella asintió.

—Con una condición. Cuando todo esto termine y seas otra vez libre, vendrás aquí a contármelo para que me quede tranquila.

—¿Y si no vengo?

—Entonces supongo que seguiré preocupada toda mi vida —vaciló un instante—. O tendré que ir en busca de Josiah Gallagher para que me cuente algo.

—¡No se te ocurra ir en busca de Gallagher, jamás! ¿Me has comprendido?

—¡Iré a ver al propio diablo si es necesario!

Él gimió y la atrajo hacia sí para besarla otra vez, pero su beso sabía a desesperación y arrepentimiento. Luego, antes de que fueran más allá, él se retiró y se puso de pie.

—Vamos, es hora de que te acuestes —tiró de ella para levantarla del suelo y la empujó hacia el dormitorio—. Y yo también necesito descansar un poco. Aquí estaré bien —agarró la colcha del suelo y se dirigió al sofá.

Tate no tenía alternativa. Fue hasta el dormitorio y cerró la puerta tras ella.

Diez

A la mañana siguiente los perros estaban más cerca. Tate sabía con exactitud el momento en el que habían empezado a ladrar, aunque no el lugar donde se hallaban.

La noche le había parecido eterna, los minutos y los segundos se alargaban interminablemente hasta que tuvo la sensación de que el sol no volvería a asomar nunca más. Ahora, sin embargo, había salido e iluminaba los bosques y los campos de la somnolienta campiña de las Ozarks, de modo que los hombres que perseguían a Simón podían acercarse más a su presa.

Se sentó en la cama y escudriñó a través de la ventana. Desde aquella ventana se divisaban las colinas circundantes hasta una distancia considerable, pero no lo bastante lejos. Todavía estaba muy oscuro y tal vez, con suerte, los perros estuvieran todavía lejos.

—Así que tú también los has oído.

Se quedó boquiabierta al ver surgir a Simón en la puerta. Se cubrió con el edredón hasta la barbilla.

—Lo siento si te he asustado —atravesó la habitación cojeando y se dejó caer junto a ella en la cama—. ¿Has visto algo?

Estaba sentado con toda naturalidad, como si no fuera el mismo hombre que había estado presente en sus sueños y en su mente durante toda la noche, se dijo Tate. Llevaba los pantalones de su padre y una camisa abotonada hasta la mitad, como si lo de taparse un poco lo hubiera pensado después. Tenía el pelo alborotado y una sombra de barba.

No debería tener un aspecto tan deseable. La ropa le estaba grande y estaba más pálido que el día anterior. Aun así, todo en él despertaba algo que llevaba mucho tiempo dormido en el interior de Tate. Y, una vez desatada, esa emoción se negaba a desaparecer.

Ella se volvió hacia la ventana. Lo que pudiera sentir era menos importante que la realidad, y la realidad pedía actuar con lógica y objetividad. La vida de Simón estaba en peligro. La cosa era así de simple y así de compleja. Habló de nuevo, sin mirarlo.

—No he visto nada, pero suenan como si se estuvieran acercando.

—¿Siempre duermes tapada hasta las orejas como un esquimal o es porque estoy yo en casa?

Tate no llevaba encima nada más que una camiseta de tirantes con encaje y unas braguitas. El tono de Simón era irónico.

—No te des tanta importancia —contestó ella sin dignarse a mirarlo.

Al verla así, tan fresca y sonrosada con el aire frío de la mañana, a Simón se le había alterado el pulso. Quería tocarla, pero en cuanto empezó a extender las manos, oyó los ladridos de los perros. Las dejó caer de nuevo en su regazo y cerró los puños.

—Si me quedara un poco más en esta casa, encontraríamos otra manera de que durmieras.

Ella apartó los ojos de la ventana.

—Promesas, promesas.

Simón vio el pelo de Tate, que resbaló por la mejilla de ésta cuando giró la cabeza. Tenía una sensualidad natural, nada ensayada. Dudaba que ella supiera el efecto que causaba en él. Muy a su pesar, se giró hacia la ventana.

—Se están acercando. Si continúan en esa dirección, llegarán aquí antes de mediodía.

—¿Cómo lo sabes?

—La velocidad del viento, el eco en las paredes de las montañas, el número de perros multiplicados por el número de árboles que hay desde aquí hasta el río.

—Te lo estás inventando todo.

—Pues claro.

Era más fácil hablar del peligro que corría Simón que de ellos mismos y de su relación la noche anterior, pensó Tate. En especial cuando él no la miraba.

—¿Y si los perros captan tu olor cuando lleguen ahí fuera? Incluso aunque estés escondido en el sótano, podrían encontrar la trampilla si buscan con cuidado. Me sorprende que el sheriff no la viera ayer.

—Puedes ayudarme a que no rastreen mi olor.

—¿Cómo?

—¿Qué usas para limpiar la casa?

La pregunta parecía irrelevante, pero Tate sabía que Simón tenía una idea.

—Una cosa muy barata que estaba aquí cuando vine.

—¿Sabes qué contiene?

—Tiene mucho amoniaco. Los ojos me arden cuando lo uso.

—Perfecto.

—¿De qué hablas?

—Del amoniaco. Esos perros no son para impresionar. No han captado mi olor porque el rastro es demasiado viejo y ha llovido desde que me escapé.

—Pero has estado fuera, en el porche de atrás.

—Y más lejos. En el retrete.

—Sabía que encontraría una disculpa para instalar un inodoro dentro de casa.

—Habría que dar un buen fregado a los porches y al retrete esta mañana —se volvió hacia ella—. El amoniaco es lo mejor para arruinar el olfato de un perro. En un cubo, pon diez veces la cantidad que uses habitualmente para fregar y echa un poco

en los dos porches y en la tierra alrededor de la casa. Con que huelan un poco, esos perros se quedarán fuera de combate bastante rato.

Ella sonrió.

—¿Dónde has aprendido esas cosas?

—¿De qué crees que hablan los hombres en High Ridge cuando apagan las luces?

—¿De mujeres?

—Y de cómo fugarse.

—Debes ser su héroe.

—Vamos a ver si puedo seguir siéndolo.

Simón se puso de pie haciendo caso omiso de las punzadas que le atravesaban la pierna. No pensaba contarle a Tate que esa mañana, al despertar, tenía el vendaje de la pierna empapado de sangre. Hasta que estuviera a salvo en Memphis, no pensaba preocuparse por la pierna.

Ella se levantó arrastrando el edredón con ella a modo de sari. Simón pensó que cualquier otra mujer habría estado ridícula, pero ella se movía con gracia.

De los hombros a los pies, Tate estaba tapada, pero el edredón no le proporcionaba la protección que ella deseaba. Esa noche había dormido poco, sabiendo que Simón estaba al otro lado de la puerta. Por la mañana temprano, había empezado a pensar que los besos que habían compartido eran producto de su imaginación.

Ahora sabía que la imaginación no tenía nada que ver en ese asunto. Raramente se permitía fantasías románticas; ahora sabía que éstas habían quedado atrás. Simón no era una fantasía. Nunca podría haberse imaginado a un hombre así, tan humano y tan deseable al mismo tiempo.

Quería pasarle los dedos por el pelo alborotado, abrocharle los botones de la camisa para que no tuviera frío, acariciarle la barba incipiente. Quería besarlo, saborear el calor de sus labios y de su cuerpo.

Pero no podría saborear nada. De niña veía a veces retazos de las vidas de los demás: la relación tan especial que unía a madres e hijas, la alegría de los niños cuando sus padres los cargaban a caballito en la espalda, las bromas y las risas de las familias en torno a la mesa a la hora de cenar. Ahora se sentía como si una vez más estuviera entreviendo algo de lo cual disfrutaban los demás: la satisfacción de abrir los brazos a un hombre y encontrar los de éste abiertos, de compartir la vida, y el éxtasis de compartir los cuerpos.

Una vez más esos sencillos placeres, tan humanos, quedaban fuera de su alcance.

—Todavía les llevo ventaja —dijo Simón—. Puedo marcharme de aquí dentro de cinco minutos, no tienes por qué hacer más cosas por mí.

Tate se dio cuenta de que él no tenía ni idea de en qué estaba pensando. ¿Cómo era posible que pensara que ella podía querer que se marchara, que tal vez quisiera librarse de la complicación que él representaba, cuando en realidad era todo lo contrario?

—¿Es que no te das cuenta de que haría casi cualquier cosa con tal de salvarte?

—Pareces muy triste.

Ella se arriesgó a compartir con él sus preocupaciones.

—A veces tengo la impresión de estar en un tiovivo. Veo a mi alrededor todo lo que quiero, pero está fuera de mi alcance, en el suelo, y yo sigo dando vueltas y lo veo allí, frente a mí… —sonrió para ahuyentar la tristeza que impregnaba sus palabras—. Pienso que un día voy a arrojarme del tiovivo, aunque gire muy deprisa. Tal vez el riesgo valga la pena.

El gimió y tiró de ella hacia sí, aunque su cerebro le gritaba que no lo hiciera.

—Eres demasiado joven para saber aún lo que quieres. No necesitas un hombre como yo en tu vida.

—No he sido tan joven desde hace tiempo —Tate alzó la cara hacia él—. No te estoy pidiendo nada, ni que pares el tiovivo ni que te quedes conmigo.

—Quieres que me acuerde de ti.

—Te acordarás.

Mientras la besaba posesivamente, con pasión, Simón pensó que Tate tenía razón.

Los perros estuvieron casi toda la mañana rastreando los alrededores de la finca de Tate. Ésta se figuraba cuál era su posición por los ocasionales aullidos. En una ocasión oyó el motor de un coche en el camino que conducía a la cabaña, pero o bien se detuvo a medio camino o dio la vuelta, porque nadie apareció por allí.

Tras un rápido desayuno, Simón se había escondido en el sótano y ella había empezado con sus «tareas». Fregó primorosamente ambos porches y estaba esparciendo el agua sucia del cubo por el sendero que conducía al retrete cuando vio las figuras de dos hombres en lo alto de la colina. Tenían tres perros con ellos. Dejó el cubo junto a los escalones del porche delantero y siguió fregando mientras veía cómo se acercaban.

Cuando estuvieron lo bastante cerca para verla, los saludó con el brazo.

Uno de los hombres le devolvió el saludo y empezó a bajar hacia la cabaña acompañado por dos perros.

Incluso a esa distancia, Tate vio que uno de los perros era un auténtico sabueso. El otro tenía mezcla, se parecía a Cinn. Como si fuera consciente del parentesco, Cinn, que había abandonado la casa en cuanto Simón se había escondido en el sótano, se arrastró fuera de los bajos del Bronco para investigar.

—Espero que el cociente intelectual de ese par esté a tu altura —murmuró Tate cuando Cinn pasó por delante. El perro ni la miró.

—Buenos días, señorita —saludó el joven que llevaba a los perros cuando estuvo más cerca.

Su rostro redondo no le resultaba familiar a Tate, pero su uniforme sí. Se preguntó cómo se las arreglarían en High Ridge para vigilar al resto de los internos, si todo el personal de la cárcel estaba ocupado buscando a Simón.

—Buenos días. El sheriff me dijo que hoy o mañana terminaría la búsqueda, pero supongo que todavía no han encontrado a su hombre —Tate dejó la fregona y miró cómo Cinn se presentaba a los otros perros.

—No, todavía no, pero hemos encontrado algunos indicios más de que anduvo por aquí cerca.

—¿Ah, sí? Y yo que pensaba que por aquí nunca pasaba nada…

—¿No ha visto nada?

—Nada en absoluto.

La mirada del joven era de abierta admiración.

—¿No vivirá aquí sola, verdad?

—Así es como me gusta vivir a mí —respondió Tate con toda intención.

—¿Le importa si reviso alrededor de la casa?

—Encantada —Tate vio que el hombre y los perros se aproximaban. Ambos perros tenían las narices pegadas al suelo. El hombre que sujetaba las correas estaba demasiado ocupado mirándola como para prestar atención. Sin embargo, cuando el sabueso empezó a aullar, se detuvo.

—¿Pero qué… ? —miró a los perros, que iban y venían junto al charquito que se había formado delante de los escalones. Se agachó y recogió un puñado de barro con mano—. Puaj, ¿qué es esto?

Tate fingió sorpresa.

—¿Qué ocurre?

—¡Esto huele a puro amoniaco!

—He estado fregando, hay que prepararse para el invierno. Tengo unos pájaros que se empeñan en hacer los nidos en los canalones de los porches, y ya sabe el lío que se puede organizar.

El hombre se incorporó y tiró de los perros hacia atrás.

—Bueno, en el caso de que fuéramos a encontrar algo por aquí, seguro que ya no podemos.

Ella seguía perpleja.

—¿Sólo porque he fregado los porches? No he limpiado todo el exterior.

—¡El amoníaco destroza el olfato de los perros!

—No… —puso cara de asombro—. No lo sabía. Entonces no los lleve cerca del retrete, he vaciado los cubos por allí.

Obviamente el joven estaba contrariado.

—Demasiado tarde. Estos dos ya no sirven para nada, por lo menos hasta mañana.

El gesto de Tate pasó de asombrado a contrito.

—Qué lástima. Lo siento, de verdad.

—Será mejor que mi compañero no baje con el otro perro.

—Espero que tengan suerte. No me gusta la idea de que un preso ande por aquí suelto.

—Si está por aquí, lo atraparemos. Hemos puesto barreras de control en las principales carreteras para salir de la zona.

—Menos mal que están trabajando duro para atraparlo —vio cómo el guardia se alejaba tirando de los perros en dirección a la colina.

—Si oye o ve algo raro, avísenos. No se arriesgue.

Ella pensó en todos los riesgos que había corrido ya. El joven se quedaría asombrado.

Encontró otras tareas de las que ocuparse fuera de la casa hasta que los dos hombres desaparecieron de su vista. Luego entró en la cabaña y taconeó con el pie en el suelo del dormitorio. Al cabo de unos instantes, Simón apareció a su lado.

—Han estado aquí y se han marchado —le contó el episodio del amoníaco.

Él sonrió.

—Volverán.

—¿Por qué? No han encontrado nada. Yo creo que ahora estás a salvo, más seguro aquí que en la carretera, en cualquier caso. Dijo que han puesto barreras de control en las carreteras principales. Si te quedas aquí, ellos seguirán avanzando y será más seguro salir.

—Esos tipos eran sólo el principio. Gallagher aparecerá pronto, y con Gallagher no valen los trucos.

Un estremecimiento recorrió a Tate.

—Voy a echar más leña al fuego. Será mejor que te pongas en algún sitio donde no se te vea mucho hasta que se haga de noche y pueda correr las cortinas.

—Necesito la pistola de Cooney y la pistolera.

—¿Para qué?

—Voy a ajustaría para poder llevarla debajo de la chaqueta, sujeta al hombro.

Ella se quedó mirándolo fijamente, pero sabía que nada de lo que dijera lo haría cambiar de opinión. Vio que iba cojeando hasta el armario y rebuscaba dentro, debajo de la ropa de su padre.

—Simón, ¿tienes la pierna peor?

—No te preocupes por mi pierna.

—¿Cómo vas a escapar de esos tipos con…?

Él se incorporó con la pistolera y la pistola en las manos.

—No quiero que te preocupes por mí. ¿Entendido?

—Muy bien. Genial. Haré como si nunca te hubiera visto, entonces, como si no hubieras estado aquí.

—Sería lo mejor para los dos —él la miró fijamente sin permitir que sus ojos mostraran emoción—. Nunca he estado aquí, ¿de acuerdo? Nunca me has visto, ni me has cuidado ni besado. No existo.

—Entonces ¿por qué te voy a llevar a Memphis esta noche?

—Todavía puedes cambiar de opinión.

Ella se sentía frustrada y herida. Tal vez él pudiera olvidar todo lo que había sucedido entre los dos, pero ella no. No tan fácilmente.

—Claro que no voy a cambiar de opinión, pero, mientras estés aquí, ¿es que no podemos ser sinceros y expresar nuestros sentimientos?

—No nos hará ningún bien a ninguno de los dos. Después de esta noche no volverás a verme nunca más.

—¡Dijiste que volverías cuando todo termine!

—No, fuiste tú la que dijo que querías que volviera —Simón levantó la vista de la pistola, que había descargado—. Esto ha sido un sueño. No soy real. Y no puedes revivir un sueño, Tate, porque se convierte en pesadilla.

Ella quería insultarlo, quería suplicarle… Peor aún, quería decirle que sabía que tenía razón. Su relación se había desarrollado en el aislamiento, rodeados de peligros. ¿Tendrían alguna posibilidad en el mundo real, cuando los días se sucedieran de manera monótona y lo más importante fuera qué preparar para la cena? Ninguna mujer podría retener a Simón, ninguna debería desear algo semejante.

—¿Cómo sabré si estás bien? —preguntó finalmente, tratando de no sonar como si estuviera suplicando—. Eso, por lo menos, me lo merezco.

—Me aseguraré de que lo sepas.

Ella lo miró con una cara tan inexpresiva como la de él.

—Gracias —con un pie en la otra habitación, añadió—: Necesitarás llevarte algo de comida, y dinero. Lo prepararé. Deberíamos marcharnos en cuanto anochezca, por si tenemos que tomar muchos desvíos hasta Memphis. Las carreteras secundarias serán más seguras.

—Estaré listo.

—Voy a ir al pueblo dentro de un rato, para ver si me entero de qué carreteras tienen controles y cuáles no. Tengo que comprar algunos productos y cosas para el

jardín, y así por la noche podrás esconderte debajo. Te compraré unas botas si me dices tu número.

Simón se quedó mirando la puerta cuando ella desapareció. Creía todo lo que le había dicho a Tate, que lo suyo no había sido más que un sueño. Entonces ¿por qué se sentía igual que el día que se había dado cuenta que Josiah Gallagher nunca iba a sacarlo de High Ridge?

A las seis ya era de noche. Tate preparó sándwiches para comer por el camino y algunos más para que Simón se los llevara. Casi no lo había vuelto a ver a lo largo el día, pero cuando entró después de acarrear agua al porche trasero, lo encontró vestido y preparado. No había señales de la pistola, pero seguro que la tenía cerca y a mano por si llegaba el caso.

Llevaba una camisa de franela limpia, un jersey azul lleno de remiendos y un corta vientos caqui. Era alto, pero se había tenido que remangar los pantalones de su padre. Afortunadamente, ese estilo nunca pasaba de moda.

—He encontrado esto en un cajón —Tate le tendía unas gafas con montura metálica—. No tienen mucha graduación, no creo que te molesten —vio cómo se las ponía. Realmente, ya no guardaba ningún parecido con las fotos de Carl Petersen que habían distribuido, si es que alguna vez había existido semejante parecido. Claro que Josiah Gallagher no estaba buscando a Carl Petersen…

—¿Dónde está tu coche? —preguntó él.

—He aparcado delante. Primero saldré yo para ver si el terreno está despejado y empezaré a silbar. Tú métete en el maletero, yo pondré los sacos por encima.

—¿Sacos?

—Ya te he dicho que he ido de compras. He comprado cosas para el jardín, para prepararlo para la primavera, y también he traído maíz para los gansos y alpiste para el invierno.

—Suena como si fueras a quedarte aquí.

—No tengo ni idea de qué voy a hacer —había evitado mirarlo mientras hablaban. En ese instante, lo hizo—, pero me quedaré todavía un rato por aquí, así que mándame una postal.

—¿Para que todos en el pueblo se enteren de que estoy bien?

—Entonces escríbeme una carta. En Oxford os enseñarían a escribir ¿no?

Contra su voluntad, Simón sonrió.

—Creo que podré juntar un par de frases.

—Será mejor que nos pongamos en movimiento —fue hacia la puerta, pero él la agarró del brazo antes de que hubiera dado unos pasos.

Los ojos de Tate se posaron en los dedos que la retenían. Eran largos, afilados, casi demasiado delgados, pero tan fuertes como las esposas con que días atrás la

había retenido. Se quedó mirándolos fijamente y luego levantó los ojos hasta la cara de Simón.

Los ojos de los dos se dijeron todo lo que no podían expresar en voz alta. Él tiró de ella hacia sí, como un hombre que acabara de perder una batalla consigo mismo. Le enmarcó el rostro con las manos y recorrió con los pulgares sus párpados, su nariz, sus pómulos. Le acarició el labio inferior. Ella sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, y era todo lo que podía hacer para no rogarle, para no suplicarle que se quedara.

El inclinó la cabeza y la besó en la boca. Ella le pasó los brazos alrededor del cuello y se puso de puntillas para pegarse a él. Los labios de Simón lo exigían todo, como si quisieran absorber la esencia de Tate para llevársela con él.

¿Cómo una sensación tan maravillosa podía ser tan intrincadamente complicada? Un beso debería ser un prólogo, no un epílogo. Tate se pegó más a él, para que su cuerpo, sus brazos y sus manos le transmitieran lo que significaba para ella. Por un instante, le pareció que lo había logrado, que él había entendido y que algún día encontraría el modo de regresar con ella. Luego, abruptamente, él la empujó. Los ojos de Simón brillaban pero no mostraban abiertamente sus sentimientos. Sacudió la cabeza lentamente.

Tate se quedó mirándolo, muy consciente de que le había abierto su corazón.

—Ve con Dios —dijo al fin, y luego continuó andando hacia la puerta.

La luna brillaba detrás de unas nubes deshilachadas. La noche era perfecta para ocultarse. Tate tumbó el asiento trasero del coche y amontonó los sacos al fondo. Si Simón tenía que irse, sería mejor que se diera prisa. Cuando la carga estuvo distribuida y ella segura hasta donde podía de que no había nadie por allí cerca que pudiera verlos, tragó saliva y empezó a silbar.

Ni siquiera se había dado cuenta de que Simón había salido de la cabaña hasta que lo tuvo a su lado, trepando a la parte trasera del jeep. En cuando se hubo recostado, ella empujó un manta hacia él. Simón la agarró y se tapó. Tate empezó a apilar sacos alrededor de su cuerpo. Cuando concluyó su tarea, aquello parecía el jeep de un granjero, nada más. A menos que alguien lo escrutara de cerca, nadie sospecharía que llevaba a un fugitivo debajo de los costales de harina de huesos y de sangre seca, de arena y de turba.

—¿Puedes respirar? —preguntó sin alzar mucho la voz.

—Lo bastante para seguir vivo.

No era muy tranquilizador, pero Tate sabía que tenía que conformarse con eso.

—Entonces nos vamos.

—Siempre por caminos comarcales.

Ella luchó por ahuyentar sus temores. Cerró la puerta trasera de un portazo y rodeó el jeep. Al cabo de unos momentos, ascendía el sendero que conducía al camino principal.

Había muchos caminos que conducían a Mountain Glade, pero sólo uno, Kalix Road, estaba en buen estado. Los otros eran caminos para el ganado. Tate eligió un camino embarrado que corría paralelo al río. Lo había recorrido en una ocasión en que quería poner a prueba la potencia del jeep, durante una tormenta, y había hecho buen uso de la tracción cuatro por cuatro para salir de aquel barrizal. Esa noche ni siquiera llovía, el cielo estaba ligeramente nublado y la luna era creciente, pronto sería llena.

Cuando había ido a la ciudad, poco después del mediodía, no había nadie en ese camino, que era poco conocido y menos transitado. Ella lo había descubierto accidentalmente, porque atravesaba una esquina de sus tierras. Luego, sin embargo, cuando se incorporaran a una carretera más transitada, el peligro sería mayor.

Tate hacía una mueca cada vez que tropezaban con un bache. El camino ya era malo en el asiento delantero, así que se imaginaba los golpes que estaría sufriendo Simón, con costales de veinte kilos botando encima de él. Conducía con cuidado, especialmente cuando la carretera empezó a trepar por la ladera de la montaña. Había curvas y más curvas, un sendero de arcilla que zigzagueaba entre los pinos y los álamos. Redujo a segunda a medida que la subida se hacía más empinada.

Al doblar una curva vio las luces dispersas de Mountain Glade. La vista sería su excusa si la paraban y le preguntaban qué hacía en aquel camino a esas horas. Claro que una excusa no le serviría de mucho si registraban el interior del jeep. Simón le había dicho que les contara que él la había amenazado con matarla si no lo ayudaba a escapar. Ella se preguntaba si alguien creería que un hombre encajonado entre costales de veinte kilos podía resultar peligroso.

El camino dio otra curva y ella la tomó despacio; las luces de Mountain Glade desaparecieron. Las que surgieron en la siguiente revuelta fueron toda una sorpresa, igual que los ladridos que rasgaron la oscuridad.

Tate empezó a silbar con ímpetu y retiró el pie del acelerador, de modo que el coche, que ya circulaba muy despacio, casi se quedó parado. La caja de cambios se quejó.

—¿Un control?

—Sí.

—No frenes o sospecharán.

Ella no podía volverse para mirar lo que hacía Simón. Siguió silbando y rezando en silencio hasta que estuvo lo bastante cerca como para distinguir las linternas en las manos de los hombre que guardaban la barrera de madera que cruzaba la carretera. Las agitaban arriba y abajo para indicarle que se detuviera.

A su espalda oyó un clic. Nada más. El sonido era familiar. Simón había salido por la puerta trasera. Uno de los lados del camino era un precipicio, una cortada casi vertical. El otro, la pared pelada de la montaña. Sabía qué lado había elegido él.

Pidió al cielo que no lo hubieran visto, que no se hubiera herido, que no se hubiera matado. Rezó por que el viento no cambiara de dirección y no llevara su olor hasta los perros, y por encontrar una historia convincente que explicara por qué los

perros se volvían locos al oler el maletero del coche. Si no encontraba una explicación convincente, soltarían a los perros y a ella la entregarían al sheriff.

Llegó a la barrera antes de lo que ella hubiera querido, pero se demoró en bajar la ventanilla.

—No me digan que me han parado por exceso de velocidad… —dirigió una sonrisa deslumbrante al joven agente. No llevaba uniforme de High Ridge, debía ser un policía estatal.

Él hizo caso omiso de la sonrisa y de la broma…

—Permiso de conducir.

Ella alcanzó el bolso y sacó la cartera. Se la tendió.

—¿Hay algún problema?

Él no respondió.

—Aquí dice Virginia. Está muy lejos de Virginia, señora.

—Estoy aquí de manera temporal, vivo cerca del río. Por ahí —señaló hacia el lado de la montaña.

Él le devolvió la cartera después de tomar nota.

—¿Permiso de circulación?

Tate abrió la guantera y se lo dio.

—¿Qué hace aquí esta noche? —preguntó el policía mientras le devolvía el documento.

—Voy al pueblo. Me gusta esta carretera porque tiene una vista preciosa desde aquella curva de atrás, por el otro lado. A veces vengo aquí por la noche sólo para ver las luces a lo lejos.

—¿Sabe que hay por aquí suelto un preso que se ha fugado de High Ridge?

—Sé que anda suelto por algún lado. Probablemente ya esté en Tombuctú a estas alturas, ¿no cree?

—¿Qué lleva ahí detrás?

Tate quería tragar saliva, pero el policía no le quitaba ojo de encima.

—Alpiste, fertilizante para el jardín.

—Pensé que había dicho que su estancia aquí era temporal.

—Todavía no he tomado una decisión. Mi padre murió y me dejó sus tierras.

—No le importará si reviso la carga, ¿verdad?

—Claro que no, pero ¿le importaría decirme por qué?

—¿Es abogada o algo así?

Tate estaba empezando a enfadarse, y un enfado podría distorsionar su sentido común. Estaba a punto de necesitar todos sus sentidos.

—No, una simple ciudadana —dijo con calma forzada—. Una que cree en la Declaración de Derechos y en la Constitución.

—Ya le he dicho que hay un preso por ahí suelto. Pensamos que tal vez esté intentando escapar en coche, quizá con la ayuda de alguien. Ahora, ¿va a dejarnos que revisemos o va a obligarnos a conseguir una autorización, en plan oficial?

—Le dije que podía revisar la carga, me he limitado a preguntar la razón.

El policía dijo algo a su compañero, que estaba al otro lado del coche. A Tate se le cayó el corazón a los pies al ver que el compañero daba un silbido. De detrás de la barrera surgió otro policía que sujetaba unos perros.

—¿Está cerrado detrás? —preguntó el primer policía.

—No estoy segura —Tate se giró y vio que el seguro no estaba bajado—. No, pueden abrir desde fuera.

—¿Le importa bajarse del coche mientras lo registramos?

—No hay mucho espacio para bajar por este lado.

—Entonces pásese al asiento del pasajero y salga por la otra puerta.

Tate sabía que no tenía sentido protestar. Pasó las piernas por encima de la palanca de cambios y se desplazo al asiento del pasajero. Luego salió y esperó junto a la puerta.

Tal vez los perros fueran de la familia de Cinn, pero gruñían y amenazaban con morder cuando pasaron a su lado. Si Cinn tuviera una mínima parte de ese carácter, se habría merendado a Simón antes incluso de que éste hubiera entrado en la cabaña.

—Apártese de ellos —advirtió innecesariamente el segundo policía.

—Buena recomendación —Tate vio que el policía que le había pedido los papeles se dirigía a la parte trasera. Abrió la puerta y echó un vistazo dentro. El policía que sujetaba a los perros se quedó a unos metros de distancia.

Pero en cuanto la puerta del coche se abrió, los perros empezaron a ladrar y aullar.

Tate abrió mucho los ojos con fingida inocencia.

—Qué alboroto.

El segundo policía se acercó a ella.

—¿Alguna razón para que ladren?

Ella se encogió de hombros.

—Son sus perros, yo no los conozco.

—Ladran cuando olfatean el olor que se les ha enseñado.

—Son perros, los perros siempre están ladrando.

—¿Le importa que mueva un poco la carga? —preguntó el policía que la había interrogado.

—Con tal de que no me descoloque mucho las cosas y luego pueda sacarlas fácilmente.

Él ya estaba empujando costales hacia la parte delantera del jeep. Los perros ladraban como locos. Tate rezaba por que Simón no hubiera dejado nada que la incriminara. De lo contrario, le esperaba una larga noche de interrogatorios.

—¡Vaya!

Tate cerró un momento los ojos y se preguntó qué diría Krista cuando la llamara por teléfono una vez detenida.

—Bueno, por esto ladran —el policía hizo señales al que sujetaba los perros, para que retrocediera. Luego, cerró de un portazo la puerta trasera y rodeó el coche—. Había un saco de sangre seca rajado. A los perros debe olerles como en un matadero, habrán pensado que los esperaba un festín.

Durante un instante, Tate no dijo nada. Sabía que ese costal no estaba rajado cuando había escondido a Simón debajo. En unos segundos, antes de escapar, éste había pensado en todo.

«¿Dónde estará ahora?».

—Puede continuar —siguió diciendo el policía—, pero absténgase de circular en un par de días si no quiere que vuelvan a controlarla. Vamos a atrapar a ese sinvergüenza, y pronto, aunque tengamos que registrar todos los coches del condado.

Tate se mordió la lengua para no contestar algo insultante.

—Espero que no haga mucho frío estas noches, por ustedes —luego se despidió agitando la mano, rodeó el coche, obligándose a no mirar hacia el precipicio, y montó en el coche. Cuando estuvo sentada, subió la ventanilla.

Encendió el motor y esperó a que abrieran la barrera. Cuando el camino estuvo despejado, empezó a avanzar, pero en el último momento, el policía que había revisado su documentación alzó una mano para que se detuviera de nuevo. Ella se sintió enferma. El policía fue hasta ella otra vez y le pidió que bajara la ventanilla de nuevo. La mano de Tate temblaba, pero se obligó a dominarse.

—Si se queda en Arkansas —dijo cuando estuvieron de nuevo frente a frente—, haría mejor en sacar un permiso para Arkansas, ¿me oye? La próxima vez, pueden ponerle una multa. Puede que se la ponga yo mismo.

Once

No había más controles en la carretera a Mountain Glade. La intención de Tate no era visitar la ciudad, pero ahora no quería levantar sospechas dando media vuelta y volviendo a casa directamente. Simón estaba en la ladera de la montaña, en alguna parte, intentando encontrar el camino a Memphis. Debía protegerlo del único modo que podía hacerlo, incluso si eso exigía pasar una hora de agonía en el pueblo.

Aparcó delante del café y, por un momento, se quedó con la frente apoyada en el volante. ¿Dónde estaría Simón en ese instante?, ¿habría sobrevivido a la caída del jeep? Estaba desesperada por hacer algo más que quedarse en el pueblo y aparentar que estaba ocupada. No podía avisar a nadie, no podía ir a buscarlo.

«No podía avisar a nadie». Se incorporó y giró la cabeza para mirar hacia la farmacia de Alien. Sí que había una persona a la que podía avisar, tenía el teléfono de Aaron Reynolds. Podía llamarlo y avisarle de que Simón intentaba llegar hasta él. Tal vez tuviera el teléfono intervenido, pero podría pedirle otro número y llamarlo a continuación. De ese modo podrían hablar tranquilamente, ¿no?

Sabía que no pensaba con la claridad que debería. Estaba angustiada por Simón y sufría los efectos del registro en el control de carretera, pero no podía quedarse sentada sin hacer nada. Simón estaba solo, perdido en esas montañas, luchando por sobrevivir. Tenía que hacer lo que pudiera, cualquier cosa.

Y, además, ¿qué importaría si ahora alguien localizaba la llamada en Mountain Glade? Obviamente, las autoridades pensaban que Simón estaba en la zona, así que daba lo mismo que tuvieran un indicio suplementario.

Bajó del coche y fue hacia la farmacia, convencida de que llamar a Aaron era lo más adecuado en esas circunstancias. Sorprendentemente, Allen estaba ocupado con media docena de clientes a los que atender que bloqueaban el acceso al teléfono. Tate esperaba que entretuvieran a Wally para que así ella pudiera tener una conversación con Aaron en privado.

Sabía tan poco sobre cómo se pinchaba un teléfono y cómo se localizaba una llamada que ni siquiera estaba segura de cómo tomar precauciones. Sospechaba, sin embargo, que usar la tarjeta de crédito de Stagecoach Inn podría facilitarle las cosas a Josiah Gallagher, así que compró una piruleta con un billete de diez dólares y le pidió al estudiante que trabajaba de cajero en la farmacia que le diera cambio. Luego de saludar a un presuroso Wally, fue hasta el teléfono.

No podía dejar de temblar y, aunque le decía a su cuerpo que se quedara quieto y detuviera la inyección de adrenalina, no notaba ningún cambio. Se puso a marcar el teléfono de Aaron con mano temblorosa.

El teléfono sonó una vez. Recordó la última llamada que había hecho. Entonces no estaba segura de si Simón la estaba engañando. Sonó dos veces. Se acordó de lo asombrada que se había quedado al oír la voz del propio Simón. Sonó tres veces. Se acordó de lo sorprendida que se había quedado al darse cuenta de que el teléfono estaba pinchado.

¿Y si finalmente habían localizado la llamada? ¿Y si una de las personas que atestaban la farmacia era un hombre de Gallagher? ¿Y si la estuviera mirando ahora, o hace un instante, cuando había marcado el número de Aaron?

Mientras esperaba a que contestaran, se giró para observar a los clientes que estaban cerca de ella. No conocía a ninguno, pero todos parecían de por allí. Un hombre encorvado, como si tuviera artritis, con las manos curtidas y manchadas; una mujer joven con un bebé; otro hombre, joven esta vez, con las mejillas sonrosadas de un chico que acabara de terminar el colegio.

El timbre seguía sonando. Ya había dejado de contar cuántas veces. ¿Qué haría si Aaron no estaba en casa? Allen cerraría dentro de poco… Tendría que conducir hasta el pueblo siguiente y volver a llamar. ¿Y si Simón regresaba a la cabaña y no la encontraba?

La histeria era una emoción totalmente ajena a ella, pero la reconoció inmediatamente. Respiró hondo e intentó tranquilizarse. El timbre del teléfono sonó una vez más.

Y una voz contestó.

—Hola.

Tate no estaba tan desbordada como para no reconocer la diferencia entre una voz de hombre y una de mujer.

—Hola —respondió, en voz lo más baja posible—. Querría hablar con Aaron Reynolds, por favor. Es urgente.

Hubo un breve silencio.

—¿Quién llama? —preguntó la mujer.

—No puedo decírselo. Por favor, ¿podría hablar con el señor Reynolds? Es muy importante.

A Tate le pareció escuchar un suspiro.

—No sé quién es usted, pero obviamente no se ha enterado.

Tate esperó contando los segundos. Cada segundo que pasaba facilitaba la localización de la llamada.

La mujer habló de nuevo.

—Soy Sylvie Reynolds, la mujer de Aaron. Aaron murió hace unos meses, lo mataron en un asalto —en su voz no había dolor, sólo resignación.

—¡No!

—Así es. Ha tenido suerte de encontrarme. Me estoy mudando y mañana van a desconectar el teléfono.

Tate intentó aplicar el sentido común.

—¿Se está mudando? —se imaginó a Simón tratando de llegar a Memphis y, una vez allí, que encontrara una casa vacía y el fantasma del hombre en el que confiaba.

—El camión vendrá mañana —Sylvie hizo una pausa—. ¿Quién es usted? —preguntó con amabilidad—. ¿Era amiga de Aaron?, ¿trabajaba con él?

—No —Tate habría querido poder explicarse mejor, pero sabía que era arriesgado—. Siento lo de su marido, y siento haberla molestado —colgó antes de que la otra respondiera.

Aaron estaba muerto… ¡muerto!, y Simón buscaba desesperadamente su ayuda.

Quería gritar, pero, en lugar de hacerlo, por si alguien estaba observándola, metió el dedo en el cajetín del cambio en busca de las monedas sobrantes y salió de la tienda después de detenerse un par de veces para observar algunos de los artículos que había en los expositores.

Una vez fuera, dudaba entre volver directamente a la cabaña o perder un poco el tiempo en Sassafras. Se sentó en la barra y pidió un café y un pedazo de tarta; se obligó a beber una segunda taza para no levantar sospechas.

—Hace frío ahí fuera, ¿eh?

Tate estaba tan sumida en sus pensamientos que ni siquiera se había dado cuenta de que alguien se había sentado en el taburete de al lado. El hombre en cuestión era el que en la farmacia le había parecido un chico sonrosado y sano que acabara de terminar el bachillerato. El café le supo ácido. El desconocido hablaba como en el sur, pero el oído suspicaz de Tate captó un acento inconfundible de la costa Este.

Tragó saliva a la vez que bebía un sorbo de café.

—Normalmente siempre hace frío en otoño —respondió.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

Ella alzó una ceja.

—¿Y tú?

—Llevó aquí una temporada.

—Yo también llevo aquí una temporada.

—¿Te gusta?

—¿Y por qué no iba a gustarme?

—Me llamo Ben Kinney.

Seguro, pensó Tate. Sacó un par de dólares del monedero y los dejó junto a su plato.

—Encantada, Ken.

—Ben. Ben Kinney.

—De acuerdo.

—No me has dicho cómo te llamas tú.

—Exacto —se puso de pie—. Hasta otra —se marchó sin darle oportunidad de responder.

Tate no recordaba haberse sentido nunca tan desesperada. Incluso en la época en que se escapaba de casa, sentía que controlaba mejor su propia vida. Y en el peor momento de esa vida, cuando ya no era capaz de manejar sola sus problemas, habían aparecido Jess y Krista. Ahora no había nadie para ayudarla y no podía hacer nada. Estaba obligada a esperar el desarrollo de los acontecimientos, y sabía que tal vez nunca supiera cómo exactamente se habían desarrollado.

Era como si Simón hubiera muerto.

Para volver a casa tomó una ruta diferente a la que la había llevado al pueblo sin ella habérselo propuesto. La cabaña estaba vacía y el rescoldo de la chimenea se había apagado. Se apresuró a encender de nuevo el fuego, se entretuvo llevando agua y leña, obligó a un renuente Cinn a entrar en la casa para que le hiciera compañía…, pero no lograba quitarse de la cabeza a Simón.

Tenía casi veintidós años y había pasado con él unos pocos días, apenas nada, pero no iba a ser tan tonta como para tratar de convencerse de que el número de días era importante. Simón y ella habían vivido juntos una aventura, aunque eso era tan sólo una pequeña parte de lo que sentía por él.

Nunca había pensado que se enamoraría. El amor era para mujeres cariñosas como Krista y la hermana de ésta, Anna; para los que se lanzaban a vivir, no para los que permanecían en los márgenes, como espectadores, siempre a la espera.

Y anhelando. ¿No había aprendido que anhelar algo equivalía a ahuyentarlo?

Entonces, cerca de la media noche, se sentó frente a la chimenea. Cinn estaba cerca de ella, a su izquierda, y se preguntó cómo podría haber evitado enamorarse de un hombre como Simón. Tal vez lo había hecho deliberadamente. Nunca había vivido de un modo normal. ¿Por qué no iba a ser lo siguiente enamorarse de un hombre al que nunca podría tener y al que ni siquiera debería desear tener a su lado?

Pero claro que deseaba tenerlo a su lado. Y descubrir eso en las primeras horas de su vida sin él se convirtió en un dolor agudo en el corazón.

Estaba a punto de apagar el fuego y arrastrarse hasta la cama para otra noche de insomnio cuando oyó un ruido en el exterior de la cabaña. Si no hubiera estado tan deseosa de oírlo, tan atenta a cada ráfaga de viento y cada rama que crujía, nunca lo habría escuchado. El grito sonó como una explosión.

Al cabo de unos segundos estaba en el porche.

La telaraña de nubes que ocultaba antes las estrellas se había espesado a lo largo de la noche. No había luna que iluminara el bosque que se extendía más allá de la casa. Su visión se fue ajustando a la oscuridad, pero, a pesar de que sus pupilas estaban al acecho, no conseguía ver nada fuera de lo común. Las hojas secas giraban en círculos, formando remolinos, a medida que el viento crecía. Un pájaro nocturno alzó el vuelo en un roble próximo y pasó por encima de su cabeza antes de caer en picado sobre alguna incauta criatura del bosque.

Escuchó atentamente. Oyó el graznido de un ganso procedente del estanque que había detrás de la cabaña. El viento gemía en las ramas de los árboles, pero no

había rastro de voz humana. Quería gritar el nombre de Simón, llamarlo, pero sabía que no podía. Tal vez otros estuvieran esperando ocultos en la espesura.

Pensó en el arma de su padre. Millard, desde luego, tenía una habilidad indiscutible para esconder reliquias debajo de las camas. Durante su primera semana en la cabaña, había encontrado una escopeta antigua debajo del sofá. Como no se le ocurría qué hacer con ella, la dejó en el mismo sitio donde la había encontrado. Ahora se felicitaba por no haberse librado de ella, su primer impulso. No sabía si Millard habría guardado en algún sitio la munición, ella no la había encontrado, pero tal vez la simple visión de un arma sirviera para amedrentar a un posible atacante.

Al cabo de unos instantes estaba de nuevo fuera, en el porche, con el arma a su lado. Nada parecía haber cambiado; Tate, sin embargo, notaba algo, diferente. Los gansos estaban en silencio y, esa vez, Cinn había salido con ella y se detuvo a su lado con las orejas tiesas.

Justo cuando empezaba a creer que su intuición la había engañado, oyó otro grito. Se llevó la escopeta al hombro y apoyó el pie en la barandilla del porche.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

De las sombras surgió una figura. Al principio ella ni siquiera estuvo segura de que fuera humana; luego se dio cuenta de que era un hombre.

—Simón —dijo en voz baja. Dejó caer la escopeta y fue hacia los escalones.

Entonces se dio cuenta de que el hombre en cuestión no era Simón, sino Will, que avanzaba con los brazos cruzados por encima de la cabeza. El hombre que iba detrás, ése sí, era Simón, e iba armado.

Cinn ladró con alegría cuando lo reconoció. Tate se detuvo donde estaba y observó. No sabía qué decir, pero tampoco tuvo ocasión de hablar.

—Tire el arma, señorita —gritó Simón—. Tire el arma o le volaré la cabeza a este hombre.

Ella se quedó tan asombrada que hizo lo que le había dicho. «¿Señorita?».

—Ahora ponga las manos sobre la cabeza.

Tate obedeció. Junto a ella, la cola de Cinn golpeaba el suelo del porche rítmicamente, con entusiasmo.

Se quedó quieta, en silencio, mientras Will se acercaba a ella. Simón cojeaba mucho, aunque se mantenía al paso. Los dos hombres subieron antes de que ella dijera nada.

—Will, ¿qué pasa?

Fue Simón el que respondió.

—Su amigo estaba en el sitio que no debía a la hora que tampoco debía.

—Éste debe ser el tipo que se escapó de High Ridge —dijo Will—. Lo vi cruzando un campo cuando estaba contando mis caballos.

—Y yo lo vi antes —Simón hizo retroceder a Tate hasta la pared de la cabaña. Luego hizo lo mismo con Will—. Y ahora los he visto a los dos.

Tate se quedó mirándolo fijamente. Simón tenía la cara cubierta de arañazos, pero su expresión era tan firme como si estuviera esculpida en bronce. En ningún momento la había mirado a los ojos.

—Ten cuidado —dijo Will en voz baja—. Está desesperado.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó Simón a Tate. No hizo caso de Cinn, que se obstinaba en frotarse adelante y atrás contra su pierna sana.

Tate se quedó mirándolo fijamente. Luego, de repente, comprendió. Habría comprendido antes si no hubiera estado tan perpleja. Simón no se había convertido en un criminal desesperado; estaba fingiendo una vez más. Sólo que, en esa ocasión, era para protegerla a ella.

—Al perro, desde luego, le gusta —observó Will.

Tate no prestó atención y habló a Simón.

—No hay nadie en casa, sólo yo.

Simón trató de apartar al perro, pero Cinn no se iba.

—Entonces ése de ahí es su coche, ¿no?

Tate sabía lo que pretendía, y tenía que disuadirlo. Simón iba a fingir que le robaba el coche y a dirigirse a Memphis. Sólo que Memphis no era el paraíso que lo esperaba con las puertas abiertas. Aaron estaba muerto y ella tenía que encontrar el modo de decírselo.

—No llegará lejos, a una milla de aquí la carretera está cortada.

—Me arriesgaré.

—No tiene dónde ir —dijo con énfasis—. No hay ningún sitio donde pueda llegar con el coche y donde esté a salvo.

—Me arriesgaré.

—Se repite —dijo enfadada—. ¡Y no me está escuchando!

—No tengo tiempo, preciosa. Me marcho de aquí ahora mismo —Simón ordenó a Will que fuera hacia la puerta—. Entra. La señorita y yo te seguiremos.

Por un momento, Tate pensó que Simón iba retenerla en el porche para decirle algo, pero en cuanto Will les dio la espalda, le indicó con la pistola que avanzara. Ella trató de que captara su atención, pero él estaba concentrado en Will.

—Estás herido —dijo mientras se giraba—. No llegarás a ninguna parte. La ciudad más cercana es Memphis y te buscarán allí. No llegarás muy lejos con esa pierna.

—Muévete, preciosa.

Ella se sentía tan impotente que perdió los nervios. Se giró en redondo y casi le escupió las palabras en la cara.

—¡Simón, por el amor de Dios, escúchame! No puedes ir a Memphis. Aaron ha muerto. Lo llamé para decirle que ibas para allá y hablé con su mujer. Lo mataron en un asalto a su empresa.

Una mueca de dolor cubrió el rostro de Simón y ella se acercó y lo abrazó. Apartó el arma y le pasó un brazo por la cintura.

—Siento habértelo soltado así —estaba a punto de llorar—, pero no me escuchabas. No podía dejar que te marcharas sabiendo lo de Aaron.

Él le pasó el brazo por el hombro y se apoyó pesadamente en ella. Tate se imaginaba que Simón no lloraba jamás, y en ese momento debía de estar lo más cerca que podía de hundirse.

—¿Qué coño pasa aquí? —preguntó Will.

—Tate, eres un caso —dijo Simón con voz temblorosa—. ¡Tendrías que haberte quedado calladita!

—¿Y dejar que te metieras en la boca del lobo?

Los brazos de Simón la rodearon.

—Mejor que esto.

—¡No pienso bromear con tu vida! —se volvió para mirar a su primo. Simón no retiró los brazos de su cintura—. Mira, Will, este hombre no es el que tú crees. No es Carl Petersen, y es inocente, me ha dado pruebas. Tienes que creer en mi palabra.

—Yo no creo así como así en la palabra de nadie.

Tate admiraba su valor. Al fin y al cabo, lo habían retenido a punta de pistola. A pesar suyo, Tate admiraba su obstinación; le recordaba la suya propia.

—Eso es muy razonable —dijo Simón—. Lo único que puedo decirte es que trabajaba para el Departamento de Justicia, era un topo en High Ridge. Me escapé porque la cosa salió mal.

—¿Qué quiere decir con «salió mal»? —inquirió Will.

—Me dejaron dentro demasiado tiempo y me enteré de demasiadas cosas. O me escapaba o me mataban.

—¿En High Ridge?

Simón asintió con la cabeza.

—Es cierto, Will —intervino Tate—. Estaba medio muerto cuando llegó, ha estado aquí escondido hasta esta noche —le contó el intento que habían hecho de llegar a Memphis. Notó que Simón apoyaba en ella el peso y que su resistencia se agotaba—. Tengo que acostarlo ahora mismo y tratar de curarle la pierna.

—No. Tengo que marcharme de aquí —respondió Simón—. ¿Puedes retener a tu primo aquí el tiempo suficiente para darme un poco de ventaja?

—¡No puedes ir a ninguna parte!

—No tengo elección. Alguien echará de menos a Will y, cuando empiecen a buscarlo, vendrán directamente aquí.

Will se apresuró a intervenir.

—Nadie va a echarme de menos porque voy a volver a casa ahora mismo para traer a Dovey. Ella te curará la pierna, es enfermera y atiende muchas heridas en esta zona del condado. Sabe tanto como el doctor Monson. ¿Te crees que no sé distinguir la verdad de una patraña? Tengo familia que trabaja en High Ridge, sé muy bien lo que pasa ahí dentro. Y si los federales no mandaran a nadie para investigar, eso sí que sería un crimen.

Hizo un gesto para darle a entender a Simón que estaba despachado y miró a Tate.

—Ahora, tú, chica. Tenía mis dudas sobre ti, no te equivoques. Te pareces a tu padre, pero no veía nada de Millard en tu carácter. Ahora, sin embargo, reconozco cosas de tu padre. Sólo un Carter haría una estupidez como ésta.

Tate lo miraba fijamente, pero Will no se arredró.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando, escondiendo a este hombre sin pedirnos ayuda? —preguntó—. Somos tu familia, aunque tú te empeñes en no querer nada de nosotros. Millard era un eremita, pero incluso Millard pedía ayuda cuando la necesitaba, y también la prestaba a los demás. Era parte de la familia. ¡Será mejor que empieces a parecerte más a tu padre, si estás planeando quedarte, porque si no empiezas a comportarte como una Carter, voy a tener que darte una azotaina!

—A mí nadie me da una azotaina.

—¡A lo mejor por eso haces tantas tonterías!

Los acontecimientos de esa noche habían sido demasiado para Tate. Parpadeó y se dio cuenta de que tenía los ojos húmedos.

—No es que no quisiera recurrir a ti, Will —dijo, tensa—. Es que no sabía cómo, y no sabía si me aceptabais.

—Eres la chica de Millard, ¿o no?

¿Tan simple era? ¿Sólo eso hacía falta? Tantos años en los que no se había sentido parte de nada ni querida por nadie, ¿tenía un hogar y una familia que la estaban esperando sólo porque entre sus padres había surgido una pasión pasajera?

—Supongo que no lo sabías —dijo Will con cariño cuando vio que ella no respondía—, pero ahora lo sabes.

Ella asintió, incapaz de hablar.

—Y en cuanto a ti —prosiguió Will trasladando su atención a Simón—, adelante, pégame un tiro si quieres, pero ahora mismo me marcho. Volveré con mi mujer, si no me has matado antes. Deja descansar esa pierna mientras tanto. Tate, prepáralo para cuando venga Dovey. Lo curará, pero no creo que sea divertido. Tal vez quieras darle un poco del whisky casero de Millard antes.

—¿Qué?

—No sé donde lo guardaba, pero siempre tenía.

—¿Mi padre destilaba whisky?

—Millard seguía la tradición —parpadeó—. Un verdadero folclorista nuestro Millard.

Tate vio cómo Will se dirigía hacia la puerta. Sólo un hombre valiente daría la espalda a otro armado. Tate tomó la pistola que Simón sujetaba en la mano y se la quitó. Will salió y la puerta se cerró de un portazo.

—No tienes que temer nada de él —miró a Simón—. No te entregará.

—Supongo que no tengo elección: o confío en él o confío en él —Simón estaba pálido. Puso una mano debajo de la barbilla de Tate—. No pensaba que volvería a verte.

Ella restregó la mejilla contra esa mano. Estaba helada y temblaba ligeramente.

—No sabía si habías sobrevivido cuando te tiraste del coche en marcha. ¡Estaba tan preocupada! Y si el viento hubiera soplado en la otra dirección, los perros habrían olfateado tu olor.

—He subido y bajado todas colinas hasta llegar aquí.

Ella cubrió las manos de Simón con las suyas.

—Siento lo de Aaron.

—Gallagher lo ha matado.

—¡No puede ser!

—Aaron tenía una empresa de seguridad, unos delincuentes de poca monta no podrían haberle rozado ni un pelo. Tuvieron que ser los hombres de Gallagher.

Tate vio que empalidecía. Esa noche había agotado sus fuerzas. No quería pensar en cómo tendría la herida. Llevó las manos hasta sus labios y lo besó.

—Vamos a la cama. Apóyate en mí, Simón.

Ella le puso el brazo sobre su hombro. Él no protestó; estaba demasiado agotado como para fingir que no la necesitaba. Fueron despacio hacia el dormitorio. Tate pensó que tardarían lo mismo en llegar a la cama que Will a su casa.

—Tengo la pierna peor —informó Simón innecesariamente.

Estaba apoyando todo su peso en Tate, pero ella lo recibía gustosa.

—Nadie lo diría —bromeó.

—Tengo que salir de aquí. Es cuestión de tiempo que den con la cabaña.

—¿Dónde irás?

—Hacia el norte. Encontraré un sitio para esconderme hasta que recupere fuerzas, y luego iré a buscar a Gallagher.

—Pero si es tan peligroso como dices…

—¡Yo también puedo ser peligroso!

Tate no lo dudaba.

En el dormitorio, Simón se sentó en la cama. Le dio un apretoncito en la mano y Tate notó que ese gesto tan simple lo había dejado sin fuerzas.

Se sentó a su lado.

—Desabróchate los pantalones para que te ayude a sacártelos.

—Puedo hacerlo solo.

—No te hagas el pudoroso conmigo. Los primeros días estabas prácticamente desnudo —le recordó.

—¡Fuera de aquí!

Tate comprendió que quería unos momentos de privacidad, necesitaba asimilar lo ocurrido esa noche.

—Entonces te traeré algo de beber. No quiero que vuelvas a deshidratarte —lo abrazó con fuerza antes de salir de la habitación y cerrar la puerta tras ella. Al cabo de diez minutos, volvió a entrar con un vaso de té.

Simón había hecho lo que le había dicho y se había quitado los pantalones. Ella encendió la linterna de la mesilla. El tenía las piernas desnudas, a excepción del vendaje empapado de sangre en la pantorrilla. Tate sintió un escalofrío cuando se lo retiró con cuidado. Tal y como se temía, la herida estaba de nuevo abierta.

—Te tienen que dar puntos —dijo, limpiándola con una toalla limpia—. Si no, nunca se va a cerrar. No puedo hacer nada más, tienes que ir a ver a un médico.

—Yo soy el único médico que encontrarás por estos lares, a menos que se esté muriendo —Dovey irrumpió en la habitación seguida de Will—. ¡Cielo santo! —se detuvo y se quedó mirando a Simón.

Tate no estaba segura de que fuera la herida lo que más hubiera llamado la atención de Dovey. Conferenció brevemente con ésta y le dijo todo lo que había intentado. Will, mientras tanto, tomó el vaso de té que ella había dejado encima de la mesilla y olfateó el contenido. Tras hacer una mueca de desagrado, salió de la cabaña y regresó con una botella de Jack Daniels.

—No me has hecho caso, ¿verdad, chica? —reprendió a Tate mientras Dovey examinaba la pierna de Simón. Tendió la botella a éste—. Bebe.

Simón hablaba con Dovey, que estaba hurgando en un maletín negro bien surtido. Luego miró a Tate, cuya cara estaba ahora más pálida que la suya propia, y alargó una mano para aceptar la botella que Will le ofrecía.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Doce

Tate añadió unos troncos al fuego y miró las chispas que saltaban. Esa noche no podía hacer nada más por Simón, aparte de mantener la cabaña caliente y estar pendiente de lo que pudiera necesitar. Dovey había empleado casi una hora en limpiar y suturar la herida y, al terminar, le había inyectado a Simón una buena dosis de antibióticos.

Su fortaleza psicológica y el whisky le habían permitido superar la intervención en vivo. Ahora estaba durmiendo, recuperándose.

O eso creía ella.

—¡Aaron!

Tate acudió corriendo al dormitorio. Simón no había gritado, pero había hablado lo bastante alto como para que cualquiera que acechara cerca de la casa lo hubiera oído. Ya se había vuelto muy aprensiva, todo le parecía posible.

Lo encontró agitándose. Recordó los primeros días en la cabaña, cuando la fiebre lo hacía delirar, y se horrorizó. Aumentó la llama de la lámpara de queroseno con manos temblorosas antes de inclinarse sobre él y ponerle una mano en el hombro.

—Simón —lo llamó en voz baja—. Simón, despierta.

La mano de Simón agarró la de ella y antes de que Tate se diera cuenta, la había arrastrado a la cama, a su lado. Abrió los ojos y se puso encima de ella, inmovilizándola con su peso. La miraba, pero no la veía.

—Soy yo, estás a salvo. Era una pesadilla.

Poco a poco, parecía que él iba comprendiendo. El corazón de Tate latía deprisa. Por fin, Simón se echó hacia atrás y volvió a tumbarse de espaldas, mirando el techo. Se llevó una mano a los ojos, como para protegerlos de la luz, pero en realidad era de la verdad, de la realidad. Agarró la mano de Tate con fuerza.

—Aaron está muerto, ¿verdad?

—Lo siento mucho —Tate se puso de lado para mirarlo—. Pero ahora no puedes pensar en Aaron, tienes que pensar en ti.

Él se quedó callado un rato, pero cuando habló quedó claro qué era lo que ocupaba su mente.

—Aaron me enseñó a pescar cuando estuvimos allí en Oregón, trabajando en el caso del que te hablé. No había vuelto a pescar desde que era pequeño. Aaron me compró un equipo como para pescar ballenas.

—Simón…

—Iba a vender su empresa cuando cumpliera sesenta. Quería comprarse una casa al lado de un lago para poder ir de pesca todos los días. Sylvie haría punto y se

dedicarían a sus nietos. No había podido disfrutar mucho de sus propios hijos cuando eran pequeños. Quería compensarles siendo el abuelo perfecto.

—Es terrible perder un amigo, en especial después de lo que ha hecho Gallagher contigo.

—Gallagher —pronunció las tres sílabas con profunda amargura—. Aaron también puso a pescar a Gallagher, era como un hijo para él.

—¿Gallagher es joven?

—Un poco mayor que yo.

—Simón, no puedes… —se detuvo. Quería encontrar una palabra menos dura que «vengarte»— no puedes ir en busca de Gallagher. Ahora mismo tu única prioridad debe ser ponerte a salvo.

—No estaré a salvo hasta que me haya encargado de Gallagher.

—¿Qué quieres decir con «encargarte»?

Simón soltó la mano de Tate.

—Es tarde. Será mejor que duermas un poco.

—¡Mírame! —Tate le rodeó la cara con las manos—. Esto tiene que terminar. Aaron está muerto y a ti te ha faltado poco. Dovey dice que te pondrás bien de la pierna, pero que si la bala hubiera pasado unos centímetros más a la izquierda, te habría destrozado el hueso. Habrías muerto en el bosque, arrastrándote. O te habrían atrapado.

Simón puso sus manos sobre las de Tate y se llevó éstas al pecho. Sus ojos tenían el color del humo.

—Esto no es asunto tuyo.

—¿No? —despacio, ella acercó su boca hasta la de él y le demostró que sí lo era.

—Vete a la cama, Tate.

—Me preocupas —frotó sus labios contra los de él—. Ha sido una noche espantosa, no sabía qué podía haberte ocurrido. No quiero preocuparme y angustiarme, pero no puedo evitarlo.

—Si sigues así —contestó Simón con aspereza—, acabarás tan implicada en este asunto que ya no podrás retroceder.

—Ya he llegado a ese punto —esa vez sus labios temblaron.

Las manos de Simón soltaron las de Tate y agarró a ésta por los hombros para apartarla, pero no tenía fuerzas.

—No quiero estar preocupada, ni asustada, ni enamorada de ti —dijo ella—, pero ya lo estoy.

—No, eso no es cierto.

—¿No? —ella le retiró el pelo de la frente. A la luz vacilante de la linterna, la cara de Simón era un caleidoscopio de expresiones. Los matices cambiantes de su

gesto hacían muy difícil leer cuáles eran sus sentimientos—. No quiero enamorarme de ti ni de nadie, porque no creo que pueda ser buena en eso, pero no tengo elección.

—Puedes levantarte y marcharte. Mañana, cuando me haya ido, te dirás que no importa —enredó los dedos en el pelo de Tate—. Y así es, porque no tengo nada que ofrecerte. Soy hombre muerto.

—¡Pero sigues vivo!

El pelo de Tate se escurría entre los dedos de Simón. Era fino y sedoso, negro como el ébano en contraste con la palidez de su rostro preocupado. Simón pensó en todo lo que había hecho por él, y en lo que todavía quería hacer. Y luego, en todo lo que él nunca podría darle.

Cuando habló, sus palabras negaron sus sentimientos.

—Si sigo vivo, es gracias a la suerte, y a que no tenía que preocuparme de nadie más.

—Pues tienes que empezar a pensar en alguien más —respondió ferozmente ella—. Tienes que recordar que si te empeñas en vengar la muerte de Aaron, te matarán, y que yo me quedaré aquí llorando tu muerte. ¡Si vas en busca de Gallagher y te mata, será como si me matara a mí también!

Él le agarró la cabeza y la obligó a mirarlo a los ojos.

—¡Te estás portando como una tonta! No soy nada tuyo, nada. Y cuando me marche mañana, seguiré sin ser nadie para ti.

—Repíteme que esto no significa nada —los dedos de Simón estaban enredados en su pelo y la sujetaban, pero Tate consiguió posar sus labios sobre los de él.

Simón apartó la cara.

—¡Estáte quieta! —esa vez, reunió fuerzas para apartarla—. ¡No estás enamorada de mí! Eres una cría, maldita sea. Tienes fantasías, eso es todo. Yo soy una especia de caballero andante que ha traído un poco de aventura a tu monótona vida aquí, pero eso es todo. Tal vez te guste físicamente, me desees, y a lo mejor nunca te había gustado así un hombre, pero el deseo no tiene nada que ver con el amor.

—No eres ningún caballero. No creas que te quiero porque te hayas pasado la vida rehuyendo la calidez del contacto humano y siendo un héroe —se sentó. El pelo le cayó sobre una mejilla, pero no se lo retiró—. Y no soy una cría, aunque tal vez si sea una tonta.

Él notó que estaba dolida.

—Eres preciosa y muy deseable, pero esa pasión debe ser para el hombre que pueda ofrecerte todo lo que yo no puedo.

—En ese caso, tal vez soy más cría de lo que pensaba. No sabía que la pasión equivaliera a pedirle a alguien que compartiera el resto de su vida. No sabía que pedirte que te concentraras en salvar la vida fuera lo mismo que pedirte un compromiso conmigo.

—Me estás pidiendo que piense en ti.

—Te pediría el cielo y las estrellas si creyera que eso podría salvarte la vida.

—Vete a dormir —la voz de Simón no sonaba tan indiferente como él habría deseado.

Tate se levantó y se giró para mirarlo. Sabía lo que era sentirse rechazada mejor que la mayoría de la gente, y también sabía que no servía de nada negar el rechazo y tratar de huir. Examinó a Simón tan desapasionadamente como pudo y se preguntó si el dolor iría en aumento si él la rechazaba nuevamente… o si eso era imposible.

Alzó las manos hasta el botón superior de su blusa.

—Me has hablado de «mis» sentimientos, pero no me has dicho nada sobre los tuyos —empujó el botón fuera del ojal y sus manos bajaron al siguiente—. ¿Me habré imaginado yo que me deseas?

Él dejó escapar una áspera carcajada.

—Soy un hombre.

Tate acababa de desabrocharse el tercer botón, luego el cuarto.

—¿Y se supone que tengo que creer que todos los hombres me desean?

Simón se sentó y le sujetó una mano.

—Ya basta.

Ella no sonrió.

—¿Es que te estoy pidiendo otra vez algo?, ¿algo que no puedes darme?

—Maldita sea, tal vez tú seas una cría, pero yo no.

—¿Un hombre hecho y derecho que se vuelve loco por ver a una cría? —con la mano que tenía libre, Tate desabrochó otro botón.

Simón la arrastró de nuevo a su lado.

—¿Me estás pidiendo sexo?, ¿nada más?

—Te estoy pidiendo que me des lo que puedas darme, eso es todo —lo miró fijamente a los ojos.

—Eso no es mucho.

—Tal vez no lo parezca, pero es la primera vez que le pido algo a un hombre.

No cabía duda de lo que eso significaba. Simón se quedó sin respiración y, por un momento, no supo qué responder.

—Busca a alguien que pueda apreciar lo que le estás ofreciendo. Conmigo lo desperdiciarás.

—Supongo que tengo derecho a elegir —Tate retiró la manó que Simón le había agarrado y se desabrochó el último botón. Se echó la blusa hacia atrás y ésta se deslizó por sus brazos. A la luz de la linterna, el sujetador era apenas un poco más blanco que su piel.

Simón dejó escapar un gemido. Del cuerpo de Tate, las únicas partes desnudas que recordaba haber visto eran las manos y las muñecas, pero en un sueño tormentoso, la había visto desnuda, bañándose a la luz de la chimenea. La deseaba desde entonces, y ahora se daba cuenta de que no había sido un sueño.

Era un hombre fuerte, un hombre para el cual la debilidad era un pecado mortal, pero no era lo bastante fuerte como para resistirse a Tate. No podía nombrar sus sentimientos, pero sabía que no tenían que ver con la ausencia de mujeres en su vida, ni con el peligro que corría.

Sabía que lo que debía hacer era extender un brazo para volver a ponerle la blusa encima de los hombros, pero en vez de eso, observó en silencio como ésta caía al suelo.

Tate se llevó las manos a la espalda para desabrocharse el sujetador. Los dedos le temblaban, pero el cierre se abrió y ella sacudió ligeramente los hombros para deshacerse de los tirantes.

Tenía los pechos pequeños y los pezones, rosáceos. Éstos se endurecieron, como si suplicaran.

—Caliéntame —dijo Tate suavemente.

Él lo intentó una vez más.

—No sabes lo que haces.

—¿No? Entonces enséñame tú —se aproximó—. Enséñame —agarró la mano de Simón y la guió hasta su pecho. Temblaba, pero esperaba que él no se diera cuenta.

Simón nunca había tocado nada tan suave. Cuando tocaba a una mujer parecía para siempre, y era para siempre cuando uno tocaba a una mujer como Tate. No quería atraerla hacia sí, pero lo hizo. No quería abrazarla mientras ella le desabotonaba la camisa, pero lo hizo igualmente.

Tate le desabrochó todos los botones. Las manos de Simón le acariciaban despacio la espalda. Pegó la cara al pelo de Tate y ésta notó que él se estremecía. No supo si era de pasión o de arrepentimiento.

Ella le acarició el pecho, duro, musculoso. Lo había bañado, su cuerpo no encerraba misterios para ella, pero lo que estaba sintiendo mientras lo tocaba sí era misterioso. Deslizó las manos desde su cintura hasta su cuello, disfrutando de las diferentes texturas de su piel, del calor que ésta desprendía. Le retiró la camisa por detrás de los hombros y la empujó hacia abajo. Luego se apretó contra él.

El la retuvo allí, a pesar de saber que debía obligarla a irse. Notó sus pezones duros y comprendió que estaba perdido.

—No quiero hacerte daño —dijo, frotándose contra ella involuntariamente.

—Entonces no lo hagas —Tate arqueó la espalda para pegarse todavía más a él—. No lo hagas. Tú sólo ámame, ahora, esta noche.

Él quiso prevenirla de nuevo, hacerle entender que incluso eso los exponía a ambos a un peligro que ella no podía ni imaginar, pero sus labios no articularon

palabra, sino que acariciaron el pelo de Tate, la piel aterciopelada de la frente de ésta, las mejillas… y se deslizaron hacia abajo para dar una estremecida bienvenida a los de ella.

Le acarició los senos mientras la besaba. Ella se alzó hacia sus manos, invitándolo a hacerlo. Entreabrió los labios y la lengua de Simón penetró en su boca. Tate suspiró de placer y se relajó contra él.

Simón sabía que ella había temido que él siguiera rechazándola. No tenía ni idea de lo poderosamente atraído que se sentía por ella. Tate no sabía que compartía sus sentimientos y, a pesar de todo, se había arriesgado a sufrir una humillación y se había ofrecido a él.

Bajo sus manos, el cuerpo de Tate parecía delicado, casi frágil, pero él sabía bien que no era así. Era resistente como el acero. Tal vez su partida no la destrozara. Nunca había conocido a nadie con más valor que ella.

—Quiero protegerte —murmuró junto a los labios de Tate—, pero te deseo desde la primera vez que te vi.

Ella hundió las manos en los músculos de la espalda de Simón y cerró los ojos cuando él la besó de nuevo. Una sensación de calor líquido atravesaba su cuerpo. Las manos de Simón descendieron por su espalda hasta atrapar las nalgas. La guió hacia él y, a pesar del algodón rígido de sus vaqueros, ella notó lo excitado que estaba. Tate lo rodeó con una pierna mientras él se recostaba sobre el cabecero de hierro.

Simón tenía los ojos medio cerrados y los labios apretados, como si tuviera que luchar para contenerse. Era un amante paciente, capaz de mantener la distancia suficiente como para dar placer y recibirlo. Ahora se preguntaba si esa noche podría haber alguna distancia entre los dos. Notaba que su cuerpo se movía buscando el clímax, y ni siquiera se habían desvestido del todo.

Ella era tan liviana que apenas notaba su peso, pero sentía cada centímetro de su piel cálida, pegada a él, su pelo sedoso que le acariciaba la cara. Tal vez nunca hubiera tenido un amante, pero no era una virgen temblorosa. Estaba compartiendo su cuerpo, su calor, su emoción, con una generosidad que él no había visto con anterioridad.

Él la giró para tumbarse de lado con ella, y ella no apartó la pierna de la cadera de Simón, temerosa de que se retirara. Tate se estaba ahogando en la corriente que recorría su cuerpo. Cuando notó la mano de Simón en la cintura del pantalón, alzó las caderas para ayudarlo a bajárselos.

—Esto está sucediendo muy deprisa —la mano de Simón le desabrochó los botones del pantalón, pero no se lo bajó, sino que sus labios emprendieron una lenta travesía. Encontró el pulso en el cuello de Tate y saboreó el ritmo desenfrenado. Luego su lengua se sumergió en el hueco de la base del cuello y oyó que ella gemía.

La piel de Tate era tan pálida que podía trazarse el recorrido de las venas bajo ella. Su piel sabía a crema y a miel, lo envolvía en los aromas del otoño, del aire del bosque, matizado con el olor a pino y a madera de manzano ardiendo en las chimeneas de las cabañas.

Ella volvió a gemir, cuando la boca de Simón le succionó un pezón. Él enterró la cara en su piel y, por un momento, el placer fue casi insoportable. Ella se frotó contra las manos de Simón, suplicando más en silencio.

Él fue en busca del otro pecho con sus labios. Mientras las sensaciones recorrían a Tate, ésta se preguntaba si no se moriría de éxtasis. Hacía unos minutos, no sabía qué era lo que quería de él, sólo ansiaba algo que no podía explicar.

Simón alzó la cabeza y la miró. Las pestañas de Tate eran sombras oscuras sobre sus mejillas sonrosadas. Su pelo estaba revuelto sobre la blancura de la almohada. A él lo inundaba una emoción que daba alas a su pasión. No era una mujer corriente, y él no era simplemente un hombre que quisiera retener una vida que se le escapaba de las manos. Tate era «su» mujer, porque ella misma había confesado que lo quería y porque él también la quería a ella. Y siempre sería su mujer, aunque él muriera al día siguiente.

Ella gimió su nombre y levantó las caderas al encuentro de las de Simón, que no podía ofrecerle casi nada…, pero podía ofrecerle, al menos, esa noche.

Él le bajó los vaqueros, le acarició el abdomen, las caderas… Ella trató de ayudarlo, pero él capturó sus dos manos con una sola y la besó en los labios.

—Déjame a mí —dijo.

—¿Tu pierna?

—Me dolía muchísimo y, ahora, ni siquiera la siento —le fue bajando el pantalón muy despacio, acariciándole las piernas, largas y delgadas, a medida que lo hacía. Le pasó la mano libre por el triángulo de vello oscuro que estaba ahora a su alcance y empezó a acariciarla allí.

De la garganta de Tate surgió algo parecido a un lloriqueo. Cada movimiento de la mano de Simón hacía arder nuevas partes de su anatomía. Tate liberó sus manos y las hundió en el pelo de Simón mientras los labios de éste exploraban la parte que acababa de acariciar con la mano. Tate sentía como si su cuerpo se deshiciera, flotaba, empujado por una oleada de sensaciones tras otra. Antes de que se diera cuenta, Simón la había desvestido. Ella, a su vez, le quitó los calzoncillos en un santiamén.

Nada la había preparado para la perfección abrumadora del encuentro entre sus cuerpos. Ella notaba los latidos del corazón de Simón, el calor de su piel, el roce de su pelo, como si fuera parte de ella misma. Sentía el pecho de Simón duro, firme, contra la suave presión de sus senos; los brazos, rígidos, musculosos. Las manos de Tate siguieron bajando. Y se detuvieron.

La risa de Simón fue un gemido ronco.

—¿Dónde está ahora tu valor? —cubrió las manos de Tate con las suyas y las guió hasta el punto que no habían tocado todavía.

Tate abrió los ojos y lo miró fijamente, mientras sus manos exploraban esa parte de Simón. Vio cómo la expresión de éste iba cambiando. De pronto, se sintió poderosamente femenina. No sólo era la receptora de las caricias y los besos de

Simón, sino una compañera dispuesta y entusiasta. Y lo que todavía no supiera, lo aprendería pronto.

Cuando él le capturó de nuevo las manos y se las inmovilizó por encima de la cabeza, ella arqueó la espalda buscando su cuerpo y levantó las caderas para recibirlo.

Cuando Tate se levanto para cubrir el fuego de la chimenea, éste casi se había extinguido. Simón dormía y ella se había puesto la camisa de él a modo de bata. Temblaba y dudó entre echar unos troncos más para caldear el ambiente y correr de nuevo a la cama para acurrucarse entre los brazos de Simón.

Llegó a una solución intermedia. Añadió unos troncos pequeños y algunas astillas para reavivar el fuego mientras se lavaba con el agua caliente de la olla que colgaba en la parte delantera de la chimenea, pero cuando estuvo lista para echar troncos grandes que arderían toda la noche, se dio cuenta de que no le apetecía. En lugar de hacer eso, se envolvió en una colcha de punto que había en el sofá y se sentó sobre la alfombra, mirando el fuego.

Ahora era la mujer de Simón, aunque sabía que él nunca le pediría que lo fuera. Se había entregado a él, le había entregado todo lo que sabía dar, pero ¿qué recordaría él de esa noche? Ciertamente, no su habilidad como amante. Se había sentido tan abrumada de sensaciones que no podía concentrarse en proporcionarle placer a él.

Simón no se había quejado, pero al terminar, ella había visto en sus ojos que se arrepentía. Tal vez ella fuera una cría, y una tonta, pero no tanto como para pensar que lo que habían compartido había sido bastante para él. Había hecho el amor con ella porque se lo había suplicado, casi mendigado. Lo máximo que ella le había proporcionado era un desahogo sexual después de esos meses en la cárcel.

En su mente, a Tate no le cabía duda de que él esperaba más de una relación. Ella nunca le había hecho preguntas sobre su vida personal, pero tenía que haber mujeres en su pasado. Y las habría en el futuro, si es que tenía futuro.

Tate sentía que su cuerpo todavía vibraba con las caricias de Simón y su corazón agonizaba con desesperanza.

Unas manos se posaron en sus hombros.

—¿Qué es esto, una fiesta privada?

Ella estaba tan sumida en sus preocupaciones que ni siquiera lo había oído levantarse de la cama.

—Estaba calentando un poco la cabaña antes de cubrir el fuego para ir a dormir.

—Te echaba de menos —Simón se sentó en la alfombra. Antes había notado que Tate se había puesto tensa y ahora no quería tocarla.

Tate lo miró. Llevaba los pantalones y una manta sobre los hombros. Volvió a contemplar las llamas.

—Necesitas dormir, no deberías haberte levantado.

Él intentaba adivinar lo que Tate estaba pensando. Sonaba como una enfermera, no como la mujer que acababa de ser su amante.

—Tú tampoco deberías estar levantada. Ya reavivarás el fuego por la mañana.

Tate se quedó callada un rato, y él la acompañó en el silencio. Cuando habló por fin, lo hizo sin emoción.

—Simón, lo siento.

El reprimió la urgencia de sonsacarle una explicación.

—¿En serio?

—Te he casi obligado a hacer el amor conmigo.

Simón dudaba de que ella estuviera de verdad disculpándose por ser demasiado audaz.

—Yo… Tú tenías razón, era mala idea —añadió Tate.

En un instante ella pasó de estar mirando las llamas a encontrarse pegada a él, mirándolo fijamente a los ojos, con las manos de Simón clavadas en sus brazos.

—A ver —dijo él fríamente— si puedes repetir eso.

—¡Era una mala idea! Sé que te arrepientes. Ya sé que no soy muy buena. No sé qué hacer, qué sentir. ¡Soy la niña que tú me acusabas de ser!

Él la miró fijamente.

—¿Niña?

—Niña, sí. No tengo experiencia. Ahora lo sabes. Yo… yo creía que no importaba, pero importa.

Simón intentaba encontrarle sentido a sus palabras.

—¿Estamos hablando de lo que tú sentías o de lo que yo hacía?

—De lo que tú sentías. Yo…

Él le acarició los labios con las yemas de los dedos.

—¿Cómo sabes lo que sentía yo? En todo caso, olvidemos eso de momento y hablemos de lo que sentías tú.

Ella no se atrevía a mirarlo ni a hablar.

—No te has divertido mucho, ¿verdad? —Simón le sujetó la cara y la obligó a mirarlo—. Te he hecho daño. Intentaba ir despacio, pero he perdido el control antes de poder darte placer a ti.

—No es culpa tuya, sino mía. Creía que sabría qué hacer llegado el momento. Estaba segura…

—Tú no has hecho nada mal —acarició el pelo de Tate y notó que se estaba excitando de nuevo. La conversación era un afrodisíaco; al tocarla recordó cómo la había tenido entre sus brazos, desnuda y temblorosa.

—Mira, no hace falta que me tranquilices diciéndome que lo he hecho muy bien. No soy tan vulnerable como…

—Claro que eres vulnerable. Y necesitas que te tranquilice. Así que deja que te diga lo que he sentido.

—¡Lamentas haber hecho el amor conmigo! Lo he visto en tus ojos cuando hemos terminado. No debe ser muy divertido hacer el amor con una virgen, y no es a lo que debes estar acostumbrado.

Simón la empujó hacia atrás con gentileza hasta tumbarla en la alfombra, y la retuvo allí con el peso de su cuerpo. Tate se sentía insegura en muchos aspectos; él sólo esperaba no haber aumentado esas inseguridades.

—Sí que lo lamento, tienes razón, pero no lamento que hayamos hecho el amor, sino que no podamos hacerlo todos los días el resto de nuestras vidas. Esta noche ni siquiera ha sido tan maravillosa como yo querría, y no te he dado el placer que te merecías. Eso también lo lamento.

Simón acalló con besos la respuesta de Tate, hasta que ni siquiera hubo un murmullo.

—Y sí, hacer el amor con una virgen tiene algunos inconvenientes, pero ¿tienes idea de lo dulce que ha sido ser tu amante?, ¿ser el hombre con el que lo has compartido?

Volvió a besarla. Sabía que ella quería creerlo, pero que no podía.

—Me has dado más placer esta noche del que pensaba que podía llegar a sentir —dijo suavemente—. Nunca lo olvidaré, nunca. Y nunca voy a olvidarte a ti — empezó a abrirle la camisa, a pesar de que ella intentaba apartar su mano.

—No tienes que…

—¿No? —él alzó una ceja—. Ahora ya no eres virgen, y no voy a perder de nuevo el control. Tenemos el resto de la noche, vamos a ver si podemos eliminar tus dudas, una a una…

El fuego se apagó y la cabaña se quedó fría, pero ellos tardaron todavía mucho, mucho rato, en irse a la cama. Colmada y satisfecha con su habilidad para dar placer a Simón, Tate se quedó dormida inmediatamente entre los brazos de éste. Él, tumbado junto a ella, le acariciaba el pelo y se preguntaba si un héroe podría aprender a ser un hombre corriente, y si un fugitivo podría acostumbrarse a dejar de escapar.

Trece

Una hora antes del amanecer, Simón se deslizó fuera de la cama sin que Tate se despertara. Ella había dormido plácidamente toda la noche; él apenas había pegado ojo. Ahora seguía dormida. En la cama, su cuerpo ligeramente curvado recordaba a la rama de un sauce. Su pelo, derramado sobre la almohada que habían compartido, era como una nube de media noche.

Sin dejar de vigilar el ritmo de su respiración, Simón se levantó con cuidado de no mover mucho la cama. Ella dormía con un brazo estirado. ¿Qué o quién quería agarrar? Incluso dormida ¿notaría de algún modo que él la estaba abandonando?

Simón recordó lo último que había dicho antes de quedarse dormida.

—Déjame ayudarte a escapar —había murmurado—. Déjame intentarlo de nuevo. Prométeme que dejarás que Will y yo encontremos el modo de ponerte a salvo.

Él le había murmurado que no tenía que preocuparse; ella estaba demasiado agotada para reparar en que no le había prometido nada. Se daría cuenta al despertar, pero él esperaba que entendiera sus motivos.

Ya la había puesto en peligro, en demasiado peligro. En otra época pensaba que Josiah Gallagher era un hombre cabal. Ahora sabía que, si Gallagher llegaba a sospechar que Tate estaba involucrada en su huida, no se detendría ante nada para asegurarse su silencio. La única manera de protegerla era desaparecer. De su casa, de Arkansas y de su vida.

No quería. No era un hombre que se mintiera a sí mismo; no quería desaparecer. Incluso en esos momentos en que su vida estaba casi sentenciada, quería meterse de nuevo en la cama con ella, acariciarla y despertarla a besos, fundirse con ella tan completamente que nada más, ningún peligro ni ningún miedo, fuera real.

En lugar de eso, se puso de pie y la miró una última vez. Luego tomó su ropa y fue a la sala a vestirse. Sentía unas punzadas muy dolorosas en la pierna, pero por primera vez tenía fe en que se curaría. Soportaba su peso, no podía pedir más. Afortunadamente, había encontrado un modo de marcharse que no requería andar mucho.

La noche anterior, mientras vagaba dolorido por el bosque y los campos, de regreso a la cabaña, había descubierto un cobertizo para botes junto a la orilla, dentro de las tierras que, imaginaba, pertenecían a Tate. No le había costado mucho forzar la puerta y fisgar el interior.

Dentro había encontrado un bote encima de unos caballetes y un par de remos. A la luz de la luna, el bote parecía en buen estado, pero no sabía si flotaría. Ahora era el momento de averiguarlo. Millard Carter era un hombre que reparaba y cuidaba todo lo que se cruzaba en su camino. Incluso si Millard nunca había utilizado el bote, era probable que lo mantuviera en buen estado.

Además, seguro que lo usaba a menudo. Apoyados en las paredes del cobertizo había visto toda clase de aparejos de pesca, un chaleco, botas y un sombrero con mosca. Al parecer Millard era un entusiasta.

Simón planeaba hacer buen uso de ese equipo para descender el río en bote, camino de la libertad. Parecería un simple pescador de las Ozarks, un pescador común y corriente que realizaba una excursión de pesca antes de que llegara el invierno.

Sabía que por la noche tendría más posibilidades de lanzar el bote al agua y alejarse de la zona sin ser visto, pero no quería poner en peligro a Tate otro día más. Sabía que río abajo había una zona de remolinos y cascadas. Había muchos turistas que acudían allí para hacer *rafting*. Aventurarse por la noche en un bote de remos equivalía a suicidarse.

No se hacía ilusiones de que su disfraz de pescador fuera a ser indetectable. Tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de escapar, tal vez menos, pero no tenía otra opción. No se quedaría en Mountain Glade ni un día más.

Se vistió deprisa y metió la pierna vendada dentro de los vaqueros que había usado el día anterior. Al terminar, se colocó la pistolera debajo de la axila y revisó la pistola.

Los sándwiches que Tate le había preparado el día anterior seguían en el bolsillo del corta vientos, tendría que conformarse con ellos, no tenía tiempo de prepararse más. Quería echar el bote al agua antes de que amaneciera.

La puerta delantera se cerró tras él y Simón se apoyó en la pared de la cabaña para permitir a sus ojos ajustarse a la luminosidad en el exterior. El silencio de la noche se quebró sólo en una ocasión, con el canto de un pájaro. Más allá, en el bosque reinaba la quietud, como si los predadores nocturnos ya se hubieran retirado y las criaturas del día todavía siguieran durmiendo.

Escuchó con atención, con los cinco sentidos, pero sólo percibió silencio.

Cuando estuvo satisfecho, atravesó el porche y bajó los escalones tan rápido como se lo permitía su pierna. Avanzó pegado a la cabaña hasta la esquina. Tenía que atravesar el claro para llegar a la zona de los abetos, y sabía que ése sería el momento más delicado. Consideró la posibilidad de hacerlo a gatas, pero la desechó. Su pierna no aguantaría.

Cruzó el claro tan deprisa como pudo y cuando alcanzó la primera fila de árboles, se recostó pesadamente en el tronco de un abeto. Todo continuaba en silencio mientras pensaba cuál sería el mejor camino para llegar a la caseta del bote. Había dos opciones. Uno era más corto; el otro, más seguro, al abrigo de los árboles.

Eligió la segunda posibilidad. Cuando recuperó fuerzas, se adentró entre los abetos. Había que cruzar otro claro y luego, si no se equivocaba, podría seguir por el bosque hasta la caseta.

El trayecto le llevó unos treinta minutos. Mientras avanzaba, la oscuridad le parecía demasiado tranquila. La aurora se acercaba, aunque no se oía más que el

canto intermitente de algún pájaro. Era como si el bosque estuviera conteniendo la respiración en espera de algo.

A medida que se acercaba al río, el aire se impregnaba de humedad y llevaba el rumor del agua. Días atrás el río lo había empujado hasta allí, hasta la mujer con la que querría pasar el resto de su vida, hasta el deseo de compartir, de abrirse a los otros.

Era consciente que de que no había garantía de que lo llevara a ninguna otra parte.

Al cabo de unos minutos, llegó hasta donde acababa el bosque y observó la caseta. Estaba a unos cincuenta metros, rodeada de arbustos y de chopos. Había un sendero abierto entre la maleza en otra dirección, obviamente, el camino preferido de Millard. La única posibilidad de Simón era abrir su propia ruta. Espero un minuto completamente quieto escrutando el río y los árboles en busca de algún movimiento, de algún ruido. Satisfecho al fin, empezó a cruzar la maleza.

Cuando llegó a la caseta, tiró de la puerta que había forzado por la noche. Se abrió con un chirrido y él colocó una piedra para sujetarla. Dentro, el bote estaba como lo había dejado. Pasó las manos por la quilla, buscando de nuevo razones para renunciar a su plan.

Consiguió retirar uno de los caballetes sobre los que descansaba el bote. Antes de retirar el segundo, tomó todo lo necesario: chaleco, sombrero, cañas y bolsa de pesca. El chaleco le quedaba bien y el ala del sombrero ocultaba su frente lo bastante como para disfrazar su apariencia.

Cuando estuvo listo, empujó el bote hacia la puerta y lo puso boca arriba. Luego retrocedió y lo empujó hacia fuera.

Detrás de él oyó una voz.

—Con eso basta, Vandergriff. No levantes las manos del bote y no te muevas.

Simón no reconoció la voz, pero reconoció su propia situación. Era casi desesperada. Se quedó completamente quieto, esperando la bala.

—Al menos déjame ver quién eres —dijo para ganar tiempo.

—¿No lo sabes? —la voz del hombre sonaba casi jovial—. Me sorprende.

—Deja que me vuelva y así los dos estaremos sorprendidos.

—Pon las manos encima de la cabeza y entrelaza los dedos. Así, bien. Ahora date la vuelta despacio. Sin bobadas, ¿de acuerdo?

Era más una petición que una orden. Simón se giró lentamente. La voz no le había parecido familiar, pero el hombre al que pertenecía sí. La última vez que Simón lo había visto, el sonriente joven estaba en compañía de Josiah Gallagher. Su cara era sonrosada y tímida.

—Barker —reconoció—. ¿Dónde está tu jefe?

Barker meneó la cabeza.

—Hoy me llamo Kinney. Ben Kinney. ¿La morenita no me ha mencionado?

Simón no tuvo ocasión de responder. Una figura surgió de los árboles detrás de Barker. Luego la culata de una escopeta se alzó en el aire y descendió sobre el cráneo de éste. Barker cayó a tierra inmediatamente.

—¿Creías que te ibas a escabullir? —Tate se agachó junto a Barker y le levantó el brazo para tomarle el pulso, pero era con Simón con quien hablaba.

—¡Podría haberte matado! —Simón acudió a su lado y tiró de ella para obligarla a ponerse de pie.

—Tu amigo va a tener un dolor de cabeza espantoso.

—¿Qué pretendías siguiéndome? —la zarandeó un poco.

—¿No te habías dado cuenta, a que no? Para que veas que no eres infalible en tu terreno. Podría darte algunas lecciones.

Simón no sabía si besarla o zarandearla de nuevo. Al final no hizo ni lo uno ni lo otro, sino que la apartó.

—Tenemos que salir de aquí —agarró a Barker por debajo de las axilas y empezó a arrastrarlo hacia la caseta con gran esfuerzo—. ¿Podrás sacar el bote del todo? No pesa mucho…

Tate fue hasta la barca y consiguió moverla. Luego contempló desapasionadamente cómo Simón metía a Barker dentro de la caseta y lo dejaba allí.

—¿Quién es este tipo? —preguntó, mientras él cerraba de un portazo y ponía el candado.

Simón tomó la escopeta y la tiró detrás de unos arbustos antes de hablar.

—La mano derecha de Gallagher —recogió del suelo el arma de Barker, que éste había dejado caer al suelo al recibir el golpe, la revisó y luego se la dio a Tate—. ¿Sabes usarla?

Ella asintió.

—Entonces Gallagher…

—No andará lejos de aquí —Simón sacó su pistola y tiró de Tate para colocarla a su espalda. Avanzó hacia el bosque y se volvió una vez para asegurarse de que ella lo seguía.

—Ibas a embarcarte río abajo, ¿verdad?

—¡Silencio!

—¡Serías un blanco facilísimo!

Cuando llegaron a la seguridad relativa que ofrecían los árboles, él se volvió y la pegó a él.

—¿Tienes alguna idea mejor? Estoy tratando de salir de aquí, de salvarte la vida.

—¿Y qué me dices de «tu» vida? ¿De que me sirve a mí estar viva si a ti te matan?

—Al menos seguirías con vida, más de lo que puedo ofrecerte si no me marcho de aquí.

—Ya te he dicho que Will y yo podemos ponerte a salvo.

—¡No sabes con quién estás jugando! —Simón la soltó. Estaba furioso con ella porque estuviera arriesgando su vida por él, y furioso consigo mismo por haberla implicado en todo aquello.

—Sé que tu vida está en peligro, es todo lo que me hace falta saber —extendió un brazo suplicante y le acarició una mejilla—. ¡Déjame que te ayude!

—Probablemente sea ya un poco tarde para eso —retiró la mano de Tate y dio media vuelta, cojeando por el bosque tan deprisa como podía. Su cabeza giraba continuamente a derecha e izquierda, examinando los árboles que jalonaban su recorrido. Ahora llevaba la pistola a la cadera, listo para disparar en cualquier momento.

Tate lo seguía de cerca, con la pistola de Barker en la mano. No podía hacer nada más, sólo disparar si se veía obligada a ello. Probablemente acababa de salvarle la vida a Simón, pero si lo que éste acababa de decirle era cierto, lo único que había hecho era retrasar lo inevitable. Simón estaba seguro de que Gallagher andaba cerca, esperando para concluir lo que había empezado.

Tate no se atrevía a hablar, aunque tenía un millón de preguntas; la primera de todas, por qué él se había marchado sin decir adiós. No porque necesitara que se lo dijera, sabía lo que Simón iba a responder. La pasión que habían compartido se había acabado. Ella había aceptado libremente que sólo duraría una noche; él no le había prometido más. Ahora toda su energía se concentraba en escapar. Su tiempo juntos había terminado, no había necesidad de adioses.

Simón se movía tan deprisa como podía, pero aun así estaban tardando mucho en regresar a la cabaña. En cierto momento, ella le tocó el hombro y lo obligó a detenerse.

—Hay otro camino mejor —murmuró, señalando una hondonada a su izquierda.

—¿Estás segura? —preguntó él moviendo los labios pero sin articular sonido alguno.

—Cuando vivía en la calle, mi vida dependía de los atajos y los escondites —ella avanzó primero. Caminaba silenciosamente, una habilidad que había adquirido años atrás. Tras ella, las hojas y las ramas crujían bajo los pasos renqueantes de Simón.

El sol estaba saliendo cuando llegaron a los últimos árboles antes del claro que precedía al bosquecillo de abetos. Esperaron, vigilantes.

—Parece tranquilo —dijo Tate vacilante.

—«Parece» no es suficiente —Simón inspeccionó los árboles y el claro repetidamente, pero era inútil. Había más sitios donde esconderse que posibles perseguidores—. Vamos a tener que arriesgarnos. Lo haremos por etapas. Primero

correremos hasta el centro del bosque de abetos y luego, hasta la casa. Yo iré primero y tú me seguirás si nadie empieza a disparar, pero cuenta diez antes de salir.

Ella lo retuvo.

—Deja que yo vaya delante. A mí nadie me busca. Yo saldré como si estuviera dando un paseo por el bosque y, si todo está en orden, tú me sigues.

Él meneó la cabeza.

—Nadie que me esté siguiendo es tan idiota para suponer que tú has salido a tomar el aire —antes de que ella pudiera discutir, Simón empezó a cruzar el claro agachado hacia delante. Ya había luz suficiente como para presentar un blanco fácil, pero al parecer nadie tenía intención de dispararles.

Tate contó hasta diez y fue tras él. Simón la estaba esperando en la zona más densa del bosquecillo. Había que cruzar otro claro antes de llegar a la casa. Desde donde estaban, parecía lejísimos.

—Haremos lo mismo —dijo Simón—. Espera hasta que casi haya llegado al porche.

Ella le agarró un brazo.

—Ten cuidado.

—Nunca me han hecho falta recomendaciones de nadie —contestó fríamente.

—¡Pues ojalá alguien te hubiera prevenido antes de que dejaras que te metieran en esa cárcel!

Simón quería enfadarse con ella, sería una manera fácil de aflojar los lazos entre ellos, pero no era precisamente enfado lo que bullía en su interior. Estaba tan preocupado por ella que no podía concentrarse, y nunca como en ese momento necesitaba concentración.

Enfadarse no funcionaría, ponerse arrogante tampoco. Nada iba a funcionar. Podía contarse todas las mentiras que quisiera y, cuando hubiera acabado, Tate seguiría presente en su mente y en su corazón. Le tomó una mano y se la llevó a los labios.

—Maldita sea —murmuró en su palma—. No te dejes matar. Observa bien y no te muevas si te parece que algo va mal. ¿Has comprendido?

—Nunca me han hecho falta tantas recomendaciones —replicó ella, parafraseándolo a él.

—Pues alguien debería haberte advertido de que no te enamoraras de un fugitivo, cielo —soltó la mano de Tate y, apenas un momento después, echó a correr agachado, en zigzag, por el claro.

Ella comprendió el significado de la expresión «con el corazón en la garganta» mientras lo veía cubrir la distancia hasta la cabaña tan deprisa como su pierna se lo permitía. No podía respirar y el pulso le latía en la base del cuello como si fuera el segundero de una bomba de relojería.

Cuando Simón alcanzó el primer escalón del porche, ella se lanzó, imitando su carrera en zigzag, consciente de que así se convertía en un blanco más difícil si es que alguien estaba apuntándola.

La decisión fue acertada. Oyó el inconfundible silbido de un disparo que astilló la piedra que su pie acababa de abandonar.

No tenía tiempo para asustarse ni para responder al fuego. Instintivamente, sabía que lo mejor era seguir corriendo. Corrió con toda su alma. Oyó otro disparo y se dio cuenta de que Simón respondía a los disparos desde el porche. Corrió aún más rápido y el suelo volvió a estallar a sus pies.

Subió los escalones de dos en dos. Simón estaba escondido detrás de una de las vigas macizas que soportaban el tejado del porche.

—¡Métete dentro! —gritó.

No había tiempo para discutir. Abrió la puerta de golpe y entró; desde dentro intentaba sujetarla esperando a Simón.

—No se te ocurra dispararme.

Tate oyó la voz, que provenía de la ventana situada a su espalda. Se giró lentamente y vio a un hombre, pistola en mano, junto al marco.

—¡Simón, corre! —gritó, pero era demasiado tarde. Él ya estaba dentro, atrancando la puerta.

—Estoy apuntando a la chica, Simón —dijo el hombre—. Tira la pistola. Tú también —dijo señalando a Tate.

—Hazlo —ordenó Simón, que estaba detrás de Tate.

Ella pensó en apuntar al hombre y disparar.

—¡Hazlo, Tate! —gritó Simón.

Ella oyó el golpe de la pistola de Simón al caer al suelo. Con renuencia, tiró también la suya.

—Empújalas con el pie.

Simón se adelantó y lanzó las dos armas hacia el hombre.

—Buen trabajo, Gallagher, pero ahora ya me tienes. No hay razón para hacerle daño a ella —Simón siguió avanzando hasta poner las manos en los hombros de Tate. Ella notó su firme presión y comprendió que iba a empujarla a un lado en el caso de que Gallagher disparara.

Gallagher, tan esperado, estaba por fin allí. Tate lo examinó con objetividad. Era igual de alto que Simón, pero más robusto. Su pelo era una mata de rizos castaños y tenía pómulos anchos y fuertes. La boca, ancha, no sonreía. Más parecía un irlandés tozudo que un hombre que pudiera traicionar a dos amigos.

—Pero ¿por qué crees que he venido aquí? —preguntó Gallagher. Sonaba más irritado que amenazador.

—Para terminar lo que empezaste en High Ridge.

Un disparo salió del bosque, por el otro lado de la cabaña. Por un momento, Tate no entendía qué pasaba. Gallagher tenía un arma, pero no era él el que disparaba.

—Adelante, llama a tus hombres —dijo Simón.

Gallagher observó la ventana.

—Odio tener que romper el vidrio —dijo con disgusto—. En especial, si es antiguo, es lo peor —al cabo de un segundo, uno de los cristales de la ventana yacía hecho añicos en el suelo del porche y Gallagher disparaba por el hueco.

Hubo otro disparo desde la espesura. Luego, silencio.

Gallagher habló.

—No son mis hombres, Simón. Si estoy en lo cierto, son amigos tuyos. Asesinos a sueldo. Llevan meses detrás de ti.

—¡Tú eres el que quiere eliminarlo! —dijo Tate.

—Chist, Tate —Simón la apartó y luego la puso detrás de él. A Gallagher no pareció importarle. Sus ojos iban una y otra vez de ellos al bosque y viceversa.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Simón.

—De la familia Knapp. Estás sentenciado desde hace meses. Uno de los Knapp lo organizó todo desde la cárcel y a Aaron también lo están buscando.

—Aaron está muerto.

—Te equivocas. Aaron está en Hawai, probablemente practicando la pesca de altura a expensas de los contribuyentes. No va a volver al continente de momento —Gallagher concentró toda su atención en Simón—. Aaron es mucho más listo que tú. Fui directamente y le conté lo que sabía de los Knapp y dónde podríamos protegerlo. Contigo las cosas son diferentes. Tú nunca dejas que nadie te ayude, sabía muy bien que rechazarías la protección. Lo de Petersen surgió más o menos al mismo tiempo. Decidimos que estarías más seguro en High Ridge que en cualquier otra parte, así que te pedimos que te introdujeras allí. Sólo que nada funcionó como esperábamos. No logramos atrapar a esos tipos, pero no podía decírtelo. Sabía que nos obligarías a que te soltáramos, y te habrían matado en cuanto hubieras puesto un pie en la calle.

—¿Esperas que me crea eso? —replicó Simón.

—¡Espero que uses un poco la cabeza! —otro disparo procedente de los árboles se incrustó en un escalón del porche—. ¿Tienes alguna explicación mejor, alguna razón por la que yo quisiera mataros a Aaron y a ti? Te salvé la vida una vez, ¿te acuerdas? ¿Por qué iba a querer liquidarte ahora?

—¡Me dejaste en High Ridge para que me pudriera allí dentro! Un mes más y estaría muerto.

—¡No sabía lo de Shaw cuando te metí allí! Sabía que era duro, pero no que fuera corrupto. Ahora lo sé. Una semana después de que entraras, contactamos con Cooney para que te cuidara allí dentro, lo pusimos en nómina. Con su ayuda te habríamos sacado antes de que nada malo te ocurriera.

—¿Por qué no me lo dijo él?

—Tenía órdenes de no revelar nada. Y lo pillaste por sorpresa la noche que te escapaste —sonaron otros dos disparos procedentes del bosque y Gallagher respondió.

Tate fue incapaz de seguir callada.

—¿Quiénes son los Knapp?

Simón no la miró.

—El último caso para el que me contrató Gallagher. Un clan de criminales del noreste.

—Parece que las lecciones de pesca de Aaron te gustaron —dijo Gallagher señalando la indumentaria de Simon—, pero tienes una pinta ridícula —se quedó mirándolo fijamente un momento y luego, como si hubieran superado el examen, se agachó y levantó las dos pistolas del suelo. Le lanzó una a Simón—. ¿La chica sabe disparar?

Simón atrapó el arma en el aire.

—Pregúntaselo a ella.

—Lo bastante bien como para que te preocupe llegado el caso —respondió Tate extendiendo una mano.

—¿Puedo confiar en ella? —preguntó Gallagher a Simón.

—Pregúntaselo a ella.

—Simón —intervino Tate—, si dice la verdad, eso significa que no sólo andan detrás de ti Shaw y todos los policías y agentes de Arkansas, sino también esos tal Knapp y los hombres de Gallagher…

—Eso sí que es ser un hombre buscado —Simón señaló a Tate con una inclinación de cabeza y Gallagher suspiró y le lanzó la otra pistola.

Ella la agarró y le quitó el seguro.

—Cada bala es un tesoro —dijo Gallagher dándoles la espalda—. Intentábamos llegar hasta ti antes que ellos, y si no fueras tan luchador, lo habríamos conseguido. Mis hombres están peinando las colinas al norte de aquí. Sólo tengo a Barker conmigo, y no sé dónde se ha metido.

—Está echando una siesta —dijo Simón.

—Muchas gracias.

Simón agarró a Tate de la mano y, agachados, pasaron por delante de las ventanas.

—Escúchame —dijo—. Quiero que te metas en el sótano. Usa la pistola si te encuentra alguien que no debiera.

—¿Estás soñando? —con manos expertas, sacó el cargador y contó la munición—. No voy a esconderme.

—¿Dónde has aprendido a usar un arma?

—Jess quería que tanto Kris como yo supiéramos defendernos, cuando pensaba que el padrastro de Kris, un senador medio loco, nos estaba acosando —le sonrió mientras se posicionaba junto a una ventana—. Mi vida no ha sido fácil, pero aquí sigo, todavía viva.

Simón sabía que no había tiempo para discusiones.

—Apártate de las ventanas.

—Ya lo sé. Siempre que no esté disparando —mientras decía esto último, rompió el cristal de la ventana que tenía a su derecha.

Él la ayudó a hacer más grande el agujero.

—¡Como te expongas más de lo necesario, te meto en el sótano!

—¡Los dos sabemos que eso no sería tan fácil!

—Eh, Simón, parece que has encontrado la horma de tu zapato —dijo Gallagher desde el otro lado de la habitación—. Si salimos enteros de aquí, me encantaría oír esa historia.

—Si salimos enteros de aquí, no creas que vas a seguir así mucho tiempo —amenazó Simón.

—Veo que he dado en el blanco —Gallagher se rió—. Bueno, y ahora vamos a ver si acierto también otros blancos.

https://www.facebook.com/novelasgratis

Catorce

Cuando la luz de la mañana había disipado por completo las brumas del alba, quedó claro que había tres hombres con armas semiautomáticas en el bosque. Si caían en manos de la ley, ni ellos ni los miembros de la familia Knapp que estaban en la cárcel volverían a ver la calle, pero según pasaba el tiempo y las balas se incrustaban en los troncos de la cabaña, aquello no parecía consuelo suficiente.

Mientras Simón recargaba su pistola por tercera y última vez, Gallagher habló.

—¿Cuántas balas te quedan?

—Suficientes para meter dos a cada uno de los que hay ahí fuera —respondió Simón.

—¿Tate?

—Tres.

—Entonces vamos a dejar de disparar. Vamos a sacarlos de su escondite.

—No caerán en la trampa, si es que han visto alguna de esas viejas películas de *cowboys* —comentó Tate, pegándose contra la pared.

—Ponte en su pellejo. En algún momento van a tener que venir por nosotros. Si dejamos de disparar, se sentirán más tentados de acercarse. Seguro que van vestidos adecuadamente, con chalecos antibalas —Simón estaba sentado con la espalda apoyada en la pared de troncos de la cabaña. Era la estampa misma de la indolencia, parecía un quinceañero en su rincón preferido.

—Entonces ¿por qué les disparábamos? —quiso saber ella.

—Estábamos jugando. Cuando vengan por nosotros, nos pondremos serios —dijo Gallagher.

—Y tú estarás en el sótano —añadió Simón.

Ella no le hizo caso.

—¿Dónde apunto? Si llevan chalecos antibalas, habrá que disparar a la cabeza.

—Se le dan bien las cabezas —comentó Simón—. Con Barker ha usado la culata de una escopeta.

Gallagher dedicó a Tate una sonrisa.

—¿Has pensado en hacer carrera en algún cuerpo de seguridad?

—Vosotros dos sí que deberíais ir pensando en dedicaros a otra cosa —replicó—. Habéis metido la pata desde el principio.

—Y además tiene tacto… —Gallagher ojeó el exterior y señaló—: Se están acercando.

Simón escudriñó por su ventana y Tate hizo lo propio. Vio varias ramas de los abetos del fondo, hacia donde apuntaba Gallagher, que se movían de forma poco natural.

—¿Se van a lanzar sobre nosotros?

—Es lo más probable.

Tate se preguntó qué posibilidades de sobrevivir tenían. Los tres atacantes iban vestidos y armados para un asalto a muerte. Gallagher, Simón y ella tenían sólo un puñado de balas.

Seguía dándole vueltas a lo que parecía inevitable cuando se percató de que Simón estaba a su lado. Ya nadie disparaba, y ella dudaba que fuera una buena señal.

—¿Podrás dejar de portarte como un hombre duro por un momento? —preguntó él en voz baja.

Los ojos de Tate se posaron en Gallagher. Éste parecía mirar hacia otro lado a propósito. Volvió a concentrarse en Simón.

—No voy a bajar al sótano.

—¿No te das cuenta? Si te quedas aquí, estaré preocupado por ti y, así, nos pondrás a los dos en peligro.

Ella quería decirle que se fuera a paseo, pero sonaba tan preocupado que se mordió la lengua.

—Quizá seas mejor de lo que pensaba en tu profesión. Sabes exactamente lo que hay que decir, ¿verdad?

Él le retiró un mechón detrás de la oreja y se aclaró la garganta.

—Quizá no he dicho lo suficiente. Te lo digo ahora, aunque eso no cambie nada. Te quiero.

A Tate, la confesión la pilló con la guardia baja. Se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Tan mal ves la situación?

—No tiene muy buen pronóstico.

—La mayoría de la gente reza una oración antes de morir.

—Es lo que he hecho.

Ella intentó sonreír.

—Tendría que haber sabido que hacía falta algo así para que admitieras que me quieres.

Él también trató de esbozar una sonrisa.

—Esto o el Apocalipsis.

—Abajo pasaré mucho más miedo que aquí arriba contigo.

—Si te metes en el sótano, yo estaré más tranquilo y tiraré con más puntería.

Ella se acurrucó entre los brazos de Simón y éste la besó con toda la pasión que faltaba en su voz. Luego la apartó.

—No dejes pistas de dónde te has metido.

—Podríamos bajar los tres.

—Si desaparecemos todos, no cejarán hasta dar con nosotros.

—Simón…

—¡Baja ya!

Ella le ofreció su pistola.

—Toma.

—Tal vez la necesites.

—Si me encuentran, no me dará tiempo a disparar.

Él aceptó el arma.

—Vamos, vete.

—Yo también te quiero —ella dio media vuelta y fue al dormitorio.

Simón la siguió con la mirada hasta que desapareció dentro.

—Espero que no estés tan desesperado como sonabas hablando con ella —se limitó a decir Gallagher.

—No te preocupes por tu pellejo, Josiah. Tengo intención de liquidar a todos esos cabrones.

—¿He oído que decías que la querías?

—Sólo si tenías la antena puesta.

—¿Es verdad?

Simón respondió con una mirada.

—Será una reina preciosa, si alguna vez te nombran rey de alguna parte —dijo Gallagher con una carcajada—. Has sufrido una conmoción emocional, ¿verdad?

—Es la primera cosa inteligente que dices desde que nos hemos encontrado.

—Jamás te hubiera traicionado —Gallagher ya no se reía.

Simón entrecerró los ojos.

—Lo que has hecho es casi igual de malo.

—Tuve que hacerlo, tú me obligabas.

—Podrías haber hablado conmigo del tema.

—¿Y qué habrías hecho?

Simón no respondió, pero Gallagher continuó como si lo hubiera hecho.

—Si no me hubiera importado lo que podía sucederte, habría dejado que te mataran. Eres bueno, Simón, pero no tan bueno como para librarte tú solo de los Knapp. No eres infalible, nunca lo has sido ni lo serás.

—Ya lo sé.

—¿Estás seguro de que lo sabes?

—Sí —espetó Simón.

—Entonces esa mujer te ha enseñado algo —Gallagher concentró su atención de nuevo en el bosque, y los dos hombres guardaron silencio.

En el sótano no penetraban ni la luz ni el ruido. Con la trampilla cerrada, Tate se sentía aislada del mundo…, que era, o eso sospechaba, lo que a Millard le gustaba.

¿Por qué, si no, el sótano estaba completamente sellado y con un aislamiento a prueba de bombas? Era como un refugio antiaéreo, una cápsula de tiempo que contenía todas las tradiciones de un hombre de las montañas, una herencia incomparable.

Tate encendió la única linterna que pensaba permitirse. Ahora, el museo del loco de Millard podía salvarle la vida a la hija de cuya existencia nunca había estado seguro. Sin embargo, Tate no sentía gratitud.

Nada de lo que había allí servía para salvar las vidas de los hombres que había arriba, nada podía detener a los tres hombres que, en el exterior, pretendían acabar con ellos. ¿De qué servían los dulcimeres y los diarios cuidadosamente guardados contra las armas semiautomáticas? Aunque se pusiera a cantar todos los salmos e himnos recogidos en el libro de oraciones amarillento que reposaba encima de un pequeño órgano, en una esquina, eso no salvaría a Simón de morir.

Le había dicho que la quería. Tal vez la quería; o tal vez lo había dicho sólo para conseguir que bajara al sótano. No importaba, Tate sabía que tenía que encontrar la manera de ayudarlo. La última vez que se había quedado sentada, esperando tranquilamente a que alguien cuidara de ella, era cuando aún no había aprendido a andar.

Empezó a investigar resueltamente lo que había en los estantes, uno por uno. Tal vez los dulcimeres y los devocionarios no fueran la clave, pero tenía que haber algo que sirviera. Y con sus viejos socios, imaginación y desesperación, iba a encontrarlo.

—Creo que están a punto de lanzarse —Gallagher se apostó junto a la ventana buscando más puntería y protección a la vez.

—Van a venir en distintas direcciones.

—¡Maldita sea! Necesitamos algo que capte su atención.

—¿Qué tal una rubia?

—¿O un Ferrari?

—¿Qué tal esto? —Tate se reunió con Simón junto a la ventana.

Los dos hombres estaban tan concentrados que ni siquiera la habían oído salir del sótano.

—Te he dicho…

—Que sea buena, ya lo sé. Y lo he sido. He bajado al sótano para salvaros la vida —Tate le tendía una botella antigua que había rellenado con el whisky casero de su padre. El cuello estaba tapado con un par de sus braguitas, que había sacado del armario del dormitorio—. ¿Preferirías una rubia? —preguntó mientras Simón contemplaba la invención.

—¿Qué coño es esto?

—Parece que nunca has estado en los puntos calientes del planeta.

—¿Te parece que esto es un cóctel *Molotov*?

—Es una bomba. Primitiva, tal vez, pero útil. No tenía tiempo de meter unos átomos.

—¿Qué contiene? —quiso saber Gallagher.

Tate respondió antes de que Simón pudiera abrir la boca.

—Puro alcohol de cereal, tan inflamable como la gasolina. La mecha es cien por cien algodón.

—¡La mecha son unas bragas tuyas! —exclamó Simón.

Ella se encogió de hombros.

—Puedo comprarme otras.

—¿Tiene otro para mí? —preguntó Gallagher.

—Hay uno para cada uno. Sólo me ha dado tiempo a hacer tres.

—¿Puedes pasarme una botella? —pidió Gallagher.

—Cuando Simón me suelte —tiró de la botella que Simón sujetaba.

—Déjala —ordeno Gallagher—. No hay muchas posibilidades de que funcione, pero no tenemos nada que perder.

—Ahora no tienes tiempo de arrastrarme otra vez al sótano —Tate puso sus manos sobre las de Simón—. Aquí estoy, y voy a quedarme para tirar mi botella.

—¿Y luego volverás al sótano?

—Te lo prometo —no añadió que regresaría con otra tanda de cócteles. Seguro que a él no le haría gracia.

En cuanto Simón la soltó, Tate, agachada, le llevó una de las botellas a Gallagher. Luego regresó a la ventana de Simón y se quedó en el lado desde donde había estado disparando esa mañana.

—He mojado las bragas con un poco del whisky de Millard, arderán rápido.

Gallagher olfateó su botella. Cuando dejó de toser dijo:

—Qué pena desperdiciar así un buen whisky de maíz.

Simón hizo caso omiso.

—El secreto está en tirarlos en el momento preciso. Si nos precipitamos, explotarán en el aire y si esperamos demasiado, nos explotará en la mano. Cuando se hayan acercado, apuntad a los pies.

Tate lo miró horrorizada.

—Se van a lanzar sobre nosotros en cualquier momento —afirmó Simón.

—Entonces he llegado justo a tiempo.

—Es una manera de verlo.

—No seas loco.

—Entonces no seas tonta.

—Tendré cuidado.

—Eso espero.

Un movimiento entre los árboles interrumpió la conversación. Hubo una lluvia de disparos y después aparecieron los tres hombres, uno por uno.

—Agáchate.

—Estoy agachada —Tate se refugió al lado de la ventana, como hacían Gallagher y Simón. Rezó para que los troncos de castaños siguieran deteniendo las balas mortíferas.

—¿A qué distancia puedes lanzar? —preguntó Simón.

Ella notaba la lengua como estopa, pero intentó sonar animada.

—Era lanzadora en el equipo de béisbol del Stagecoach Inn.

—¿Por qué será que eso no me tranquiliza?

—Porque nunca me has visto tirar —Tate le pasó una caja de cerillas. No se atrevía a mirar por la ventana. Simón estaba también pegado a la pared pero veía algo más.

—Maldita sea, esos tipos están vestidos como las fuerzas de élite del ejército.

—¿Qué están haciendo?

—Corriendo hacia el bosquecillo de abetos.

Hubo otra ronda de disparos.

—¿A qué altura están? —preguntó ella.

—Casi allí.

—Yo misma he plantado algunos de esos abetos.

—Se lo diré si me cruzo con ellos.

—A veces eres un idiota —Tate encendió una cerilla. Necesitaba que los hombres estuvieran a medio camino entre los abetos y el porche para lanzar, pero quería estar preparada.

Simón puso la pistola que Tate le había devuelto antes en el suelo y la empujó hacia ella.

—Por si acaso.

Tate esperó, no quería pensar que los tres podían estar muertos al cabo de unos minutos. Quería creer que sus bombas caseras les proporcionarían algo más de tiempo, que incluso podrían dejar fuera de combate a uno o dos hombres.

Gallagher fue el primero en avisar. Cuando se produjo otra ronda de disparos, gritó—:

—¡Preparados, ya vienen!

Simón no necesitaba más indicaciones. Encendió una cerilla, la sujeto lejos de la mecha y esperó. Tate hizo lo mismo. No le quitaba ojo de encima, y se dio cuenta de cuándo los atacantes lanzaban el asalto final.

—¡Enciende!

Las bragas chisporrotearon como una bengala del Cuatro de Julio. Al cabo de menos de un segundo, estaban ardiendo.

—¡Lanza!

Tate se incorporó y con un movimiento ágil colocó la mano en paralelo al hombro. Entonces, con todas sus fuerzas, tiró la botella en llamas por la ventana. Cuando se retiró y se agachó a un lado de la ventana, oyó tres explosiones, jubilosamente encadenadas.

Simón informó de los resultados.

—Uno de los hombres ha caído, no creo que se levante.

Tate estaba maravillada de la serenidad con la que hablaba.

—El segundo escapa. El tercero… —levantó su arma y disparó.

Gallagher también empezó a disparar. Tate oía que les devolvían los disparos. Se asomó un poco a la ventana. Uno de los hombres estaba casi en el porche, tirado en el suelo, cuerpo a tierra. Le costó más localizar a los otros; por fin los divisó en el bosquecillo de abetos.

—¿Cuánto se quedarán allí? —preguntó.

—Hasta que se nos agote la munición… y el whisky.

—¡Eh, que esto no es la batalla de *El Álamo*! Alguien oirá los disparos y vendrá.

—Es la temporada del ciervo. A nadie le parecerá raro oír disparos.

—A Will sí.

Simón le dedicó una sonrisa.

—Gracias a ti hemos ganado un poco de tiempo —reconoció—. Tal vez venga alguien.

Tate no quería que la tranquilizaran.

—¿Y qué dices tú? —se encaró con Gallagher—. ¿No se supone que tenéis walkie-talkies y esas cosas?, ¿no puedes pedir ayuda?

—Mi radio no funciona en las montañas.

—¡Menudos chapuceros, los dos!

—A ver qué más puedes encontrar en el sótano —dijo Simón.

Sonaron más disparos.

—No te molestes —intervino Gallagher—. Aunque me parezca raro, eso han sido disparos de escopeta. ¿Puedes ver si viene alguien?

—Encantado —Simón bajó lentamente la pistola—. Seguro que Will aparece por ahí.

En vez de preguntar qué pasaba, Tate probó a echar una ojeada ella también.

Al principio le pareció que todo seguía igual: dos hombres en el bosquecillo y el tercero, en el suelo. Miró hacia lo lejos y vio una sombras que se movían lentamente hacia la cabaña.

Sombras con escopetas.

—Will… —recostó la espalda contra la pared.

—Will y unos diez amigos suyos —Simón también se echó hacia atrás—. ¿Quieres dar la buena noticia o lo hago yo? —peguntó a Josiah.

—Déjame a mí —Gallagher se puso fuera de la línea de fuego—. ¡Soy Josiah Gallagher, del Departamento de Justicia!, ¡tirad las armas! —gritó—. ¡Estáis rodeados!

Los chasquidos de diez escopetas confirmaron sus palabras desde la espesura.

—¡Sabemos quiénes sois y quién os ha mandado! —siguió gritando Gallagher, por si el mensaje no había quedado claro—. ¡No saldréis de aquí con vida, a menos que depongáis las armas!

El silencio era tan ensordecedor como antes las ráfagas de disparos.

—Esto todavía va tardar un rato —advirtió Simón al cabo de un minuto de tenso silencio—. Llevan un verdadero arsenal.

—¿Llevan o llevaban? ¡Están tirando las armas! —Tate abandonó la cautela y se asomó por la ventana—. ¡Están tirando las armas!

—No saben quién les ha disparado. Probablemente crean que son policías; o los hombres de Gallagher.

—Con los policías tendrían más posibilidades, son más sensatos. No estoy segura de que mi familia lo sea, pero, desde luego, tienen arrestos, ¿eh? —dijo Tate con orgullo.

—La justicia de los montañeses.

—Nos han salvado la vida.

—Tuve suerte, desde el principio, de conocer a los Carter, ¿no? —Simón no esperó a que ella respondiera—. ¿Preparado, Josiah?

—No creo que nos la jueguen, pero estáte preparado para disparar, de todas maneras —Gallagher fue hacia la puerta, donde ya estaba Simón—. Sigue agachada, Tate, por lo menos hasta que hayan tirado las armas.

Simón y Gallagher salieron juntos al porche apuntando con sus armas a los hombres del bosquecillo. Los asesinos a sueldo de los Knapp dieron un paso atrás, con las manos sobre la cabeza y las piernas separadas.

Todo terminó en cuestión de minutos. Simón y Gallagher fueron hasta ellos y los cachearon mientras la familia de Tate, tanto hombres como mujeres, surgían del bosque. Tate reconoció a Will, a Dovey, a Andy y al pastor de su iglesia. Salió de la cabaña y corrió a abrazar a gente que ni siquiera había visto antes. Terminó en los brazos de Will.

—Nos has salvado la vida —dijo ella.

—Eres la hija de Millard. Él hubiera hecho lo mismo por mis hijos.

—¿En serio?

—Pues claro.

—A lo mejor puedes contarme más cosas sobre Millard…

—Estaba esperando que me lo pidieras.

Le dio otro fuerte abrazo y luego Will fue a echar una mano a Dovey, que estaba tomándole el pulso al hombre caído. Tate buscó a Simón y vio que estaba hablando con Gallagher en un aparte. Antes de que pudiera llegar hasta donde se encontraba, el sonido de una sirena fue apagando las voces del emocionado grupo.

La sirena cada vez se oía más cerca, acercándose por las colinas. Tate llegó junto a Simón en el momento en el que el coche del sheriff hacía su aparición.

—Nadie va a creer lo que ha pasado aquí —dijo mientras agarraba a Simón del brazo—. ¿Y si intenta llevarte de regreso a High Ridge?

—No te preocupes por eso —él cubrió la mano de Tate con la suya y le dio una palmadita, pero no la miró.

Monroe Howard se bajó del coche patrulla y escudriñó al grupo que rodeaba a los asaltantes, que estaban ahora tumbados de espaldas en el suelo y con las manos entrelazadas, como si estuvieran rezando. Murmuró algo a su ayudante, que también había salido. Los dos parecían muy decepcionados de ver que la diversión había terminado.

—¿Alguien va a contarme lo que está pasando aquí? —inquirió Monroe.

Will se adelantó.

—Has tardado mucho en venir, Howard. ¿Esa radio tuya todavía funciona?

—Estábamos al sur de aquí y… —se interrumpió al ver a Simón.

Gallagher fue hacia el sheriff y sacó su placa y se la enseñó al sheriff.

Monroe lo saludó con una inclinación de cabeza.

—Sé quién es, puede guardar eso. Estamos aquí de manera extraoficial. Sólo dígame que ese hombre no es quien creo que es —movió la cabeza en dirección a Simón.

—Trabaja para mí —explicó Gallagher.

Monroe puso los ojos en blanco, y seguían en blanco al cabo de unos minutos, cuando Gallagher terminó de darle una breve explicación.

—¿Por qué nadie me ha contado qué era lo que estaba pasando aquí? ¿Es que los federales nunca piensan en colaborar con nosotros, aunque sólo sea para variar? Todo ese rollo tan secreto suena rocambolesco.

—No queríamos que Shaw se enterara. Con el testimonio de Simón, tenemos muchas pruebas contra él. No queríamos que se pusiera a destruir pruebas como loco, más de lo que ya lo habrá hecho.

Monroe todavía parecía disgustado.

—No soy amigo de Shaw. Por mí no sabrá nada.

—Necesitamos su ayuda para sacar a Vandergriff de aquí. Podría meterlo en el maletero del coche, pero tiene una pierna malherida y prefiero no hacerlo.

—Bueno, en eso si que puedo ayudar. No es difícil. ¿Cuándo quiere marcharse?

—Primero tengo que encontrar a uno de mis hombres, que debe andar por ahí tirado, en alguna parte, con un fuerte dolor de cabeza. Y hay que encargarse de estos tres —Gallagher hizo un gesto hacia los tres que yacían en el suelo—. Uno de ellos tiene quemaduras, aunque esa mujer —señaló a Dovey— me ha dicho que no son graves.

—Nos los llevaremos en mi coche —Monroe hizo un gesto a su ayudante, el cual, acompañado por varios miembros de la familia Carter, empezó a leer sus derechos a los tres hombres y a trasladarlos al coche.

—He mandado a alguien a la caseta del bote para que traiga a Barker —anunció Tate—. Ha ido por el atajo, así que en seguida estarán de vuelta —siguió a Simón y fueron a reunirse con Gallagher y el sheriff. Seguían tomados de la mano.

Monroe la miró de arriba abajo.

—Una Carter de pies a cabeza —comentó sacudiendo la cabeza.

—Gracias.

—No me des las gracias. Es una cruz difícil de llevar.

Ella sonrió.

—Me las arreglaré.

—Parece que todo se va resolviendo —Gallagher miraba hacia el bosque. Barker, acompañado por un joven, apareció entre los árboles. Parecía un *quarterback* del mejor equipo de béisbol que acabara de sufrir su primera derrota.

Esperaron a que llegara hasta ellos.

—Si hubieras esperado un segundo más antes de darme ese porrazo en la cabeza —dijo Barker cuando se incorporó al grupo—, te habría explicado lo que estaba pasando.

—Yo esperé —señaló Simón—. La impaciente fue ella —inclinó la cabeza en dirección a Tate. Seguían tomados de la mano.

Ella notó que una cálida emoción la recorría. Simón no la había mirado, pero era incapaz de soltarle la mano. Se preguntó qué estaría sintiendo él.

—Siento haberte dado ese golpe —se disculpó ante Barker—, En ese momento, me parecía que tenía que hacerlo.

Barker se frotó la parte de atrás de la cabeza, pero le dedicó una sonrisa.

—Barker irá con usted al pueblo —anunció Gallagher al sheriff—. Agradeceríamos mucho que pudiera meter a estos en el calabozo hasta que podamos hacer todo el papeleo para el traslado.

—Será un placer —Monroe le tendió la mano y los dos hombres se dieron un apretón.

—No me ha dicho cómo va a ayudarme a sacar a Vandergriff de aquí —apuntó Gallagher.

Monroe asintió.

—Es verdad, no lo he dicho —y no lo dijo, sino que fue hacia su coche y metió el brazo por la ventanilla para tomar la radio. Después de los saludos oficiales de rigor, se giró, micrófono en mano para que todos lo oyeran—. Conéctame con el mando central que coordina la búsqueda de Petersen, creo que lo tenemos acorralado. Sí, Petersen —se apoyó en la puerta del coche mientras su interlocutor procuraba establecer la conexión—. El mando central en realidad es el taller de Genn Austin, en el pueblo, pero tenemos que llamarlo así para que los federales estén contentos. Una voz surgió de la radio y el sheriff esperó a que terminara de hablar.

—Sí, soy el sheriff Howard. Hemos tenido el golpe de suerte que estábamos esperando —escuchó la respuesta de la voz distorsionada por el aparato—. Lo que oyes. Petersen ha sido visto en dos ocasiones en los últimos diez minutos, debajo de la antigua cantera, hacia el sur. Sí, la que está pasado Two Chimneys. Ha hecho algún disparo. Me parece que vamos a necesitar a todo el mundo para sacarlo de allí —escuchó la respuesta de su interlocutor y volvió a hablar—. Exacto. Manda a todo el mundo para allá. A nuestros chicos, a la policía del Estado, a los guardias de la cárcel… Dile que levanten los controles en las carreteras, no tiene sentido que nadie se pierda la diversión —se despidió y colgó el micrófono en la radio—. Dentro de diez minutos las carreteras estarán despejadas —predijo, mirando a Gallagher—. Espero que no haya ningún accidente con tantos coches dirigiéndose a toda velocidad a Two Chimneys.

—¿Está lejos?

—Unos ochenta kilómetros en dirección sur. Será mejor que vayan hacia el norte.

Gallagher asintió con la cabeza.

—Tengo el coche aparcado más arriba, en el camino principal. Voy a buscarlo y vendré a buscar a Vandergriff.

—Para cuando os marchéis, todo estará en orden.

Tate se dio cuenta de que sus vecinos se marchaban por el mismo camino por el que habían llegado. Retiró su mano de la de Simón y fue a despedirse de todos y cada uno de ellos. A todos les prometió que iría a visitarlos en cuanto las cosas se normalizaran. En último lugar, besó a Will y dio un abrazo a Dovey.

—No recuerdo el nombre de todos —admitió Tate—. ¿Son todos de la familia?

—Unos más que otros. Algunos están casados con miembros de la familia —respondió Dovey—. ¿Simón y tú os vais a casar?

—Yo… yo no…

—No metas las narices donde no te llaman —advirtió Will a su mujer.

—Si esta mañana no hubiera metido las narices, como tú dices, a lo mejor la chica todavía estaba recibiendo disparos.

—Dovey ha sido la primera que ha oído los disparos —explicó Will—. Ha agarrado el teléfono y ha llamado a todo el mundo en una milla a la redonda antes de venir a despertarme.

—Nos cuidamos los unos a los otros —Dovey señaló a Simón con la cabeza—. De ese no hay que ocuparse, ¿verdad?

—Sabe cuidarse él sólito. Normalmente —añadió Tate.

—Vamos. Lo de disparar me despierta el apetito —Will tomó del brazo a Dovey y guiñó el ojo a Tate.

Ésta vio cómo se alejaban hacia su casa. Tras ella, un motor rechinó un par de veces antes de arrancar. Se volvió y vio a Monroe, a su ayudante, a Barker y el asiento trasero del coche patrulla atestado de detenidos. No envidiaba su viaje hasta el pueblo.

Sólo Simón seguía por allí, y ella sabía que sólo se quedaría unos minutos más. Fue a su lado mientras el coche se marchaba.

—Gallagher ha ido a traer el coche —dijo Simón sin tocarla.

—O sea, que te marchas —ella se calló. Resultaba raro estar hablando como dos personas que apenas se conocieran, pero no sabía qué decir en los instantes que les quedaban—. ¿Tienes todo lo que necesitas?

—Lo único que necesito es el disquete —metió el dedo en el bolsillo de la camisa y los sacó—. Puedes quedarte con las esposas, pero probablemente Cooney querrá que le devuelva su arma.

Las miradas de los dos se encontraron y ninguno apartó los ojos.

—Hay una cosa que quiero saber —dijo Tate bajando la voz—. Lo que me dijiste esta mañana… ¿era verdad?

—Tate…

—Nada de mentiras, Simón. Ni promesas. Quiero saberlo.

—No era real. Nada de lo que ha pasado aquí era real.

—¿Qué no era real? —ella vio qué él luchaba… consigo mismo, con la respuesta que ella le había pedido, con los segundos que les quedaban.

—Tienes toda la vida por delante —respondió finalmente.

—Siempre tenemos la vida por delante, hasta el momento en que morimos. Yo te estoy preguntando si me quieres. Y me debes una respuesta.

—¿Para qué sirven las respuestas? Si te digo que sí, empezarás a esperarme a que regrese.

—No te he pedido que vuelvas.

—Eres preciosa, tienes todo lo que un hombre puede desear.

—Ahórrate los cumplidos —se cruzó de brazos y se volvió hacia la cabaña—. Tienes razón en lo de que nada de lo que ha pasado la última semana era real, Simón. Ni siquiera sabía quién eras durante varios días. Tal vez todavía no lo sepa.

Notó que él le ponía las manos sobre los hombros. Manos fuertes con dedos fuertes y delgados.

—Sabes quién soy, tú misma me lo dijiste una vez: un hombre que vive entre sombras.

—No. La verdadera respuesta me la diste tu: un hombre que juega a ser un héroe. Te voy a decir una cosa sobre los héroes de verdad, Simón. No van por ahí buscando aventuras. Son hombres y mujeres sinceros con sus propios sentimientos, que saben compartir y aceptar compromisos, que lidian con los problemas de la vida cuando se les presentan. Hombres como Will y como Jess —se volvió para mirarlo—. ¿Sabes?, no se me había ocurrido antes, pero Millard y tú tenéis mucho en común. Él también pensaba que era un héroe, a su manera. Vivía en su cabaña de troncos, un monumento al pasado, contando cuentos populares y recogiendo y catalogando objetos y restos de la cultura de las Ozarks. Hizo un ligero esfuerzo para amar a mi madre, e incluso intentó hallarla cuando desapareció, pero si no hubiera estado tan ocupado tratando de ser un héroe folclórico, la habría encontrado y se habría enterado de mi existencia. ¡Y eso sí que habría significado algo para el mundo!

—No soy tu padre.

—Tal vez no, pero eres igual que él. Eres la prueba viviente de que, después de todo, hay algo en común entre mi madre y yo.

Simón escondió las manos en los bolsillos de los pantalones. Sus ojos eran indescifrables.

—Quería saber si me querías —continuó Tate al ver que él no respondía—. Me imagino que es pedir demasiado. Claro que si mi vida alguna vez corre peligro, si

necesito a alguien para secuestrar un avión o iniciar una revolución, seguro que recurriré a ti.

Un turismo azul anodino bajaba por el sendero que conducía a la cabaña y se detuvo a la altura a la que estaban ellos. Tate vio que Gallagher salía del coche y se acercaba a ellos. Era mejor que mirar a Simón.

—¿Estás listo? —Gallagher dio una palmada a Simón en la espalda—. Tenemos que sacarte de aquí lo antes posible.

—Estoy listo —Simón no apartaba los ojos de Tate.

Esta miró a Gallagher.

—Qué tengáis buen viaje.

—Cuidaré bien de él.

—Si te lo permite —los ojos de Tate volvieron a recaer en Simón, y vio que él seguía mirándola.

—Lo decía en serio, por si sirve de algo —dijo Simón.

Ella se quedó mirándolo y luego meneó la cabeza.

—Tú eres el único que sabe qué es lo que sirve, Simón.

Él enterró una mano en el pelo de Tate y tiró de ella hacia sí. Fue un beso rápido y duro; luego la soltó.

Ella no dijo nada mientras Simón iba cojeando hasta el coche. Dio media vuelta y empezó a ascender la pendiente hacia la cabaña. Cinn, que había sobrevivido a la tormenta de disparos y balas desde un ángulo resguardado, aulló lúgubremente mientras el coche que se llevaba a Simón se alejaba.

Quince

Cuando una estrella resplandeciente aparece a media noche en el cielo, la gente de por aquí dice que es una estrella de rey mago. No se me ocurre ninguna razón para llamarla de otro modo, ¿verdad? Incluso a los más sabios de nosotros nos hace falta a veces un poco de magia para encontrar el camino.

Que yo recuerde, siempre ha habido una estrella de rey mago en el cielo la noche de Nochebuena, y a veces pienso que mi memoria se remonta muchos siglos atrás. La estrella siempre ha estado allí para recordarme que hay algo que debemos buscar ahí fuera, algo que tenemos que encontrar.

Los reyes magos no eran sólo magos, también eran valientes. Hacía falta valor para ir en busca de un diminuto bebé a un pesebre. No porque se fueran a perder; perderse era la menor de sus preocupaciones. Hacía falta valor porque, efectivamente, era posible que encontraran al niño y, una vez que así fuera, bueno, sus vidas cambiarían para siempre. El hijo de Dios puede hacerte algo así.

También el hijo del hombre, o la hija. Ir en busca del bebé al pesebre, o al hospital, o a los brazos delgados de una madre desnutrida puede cambiar tu vida para siempre. Algunos de nosotros no tenemos camellos para emprender la búsqueda, y nos quedamos en casa buscando la estrella en el cielo. Y cuando aparece, en Nochebuena, es como si nos dijera que aún nos falta algo, que no somos todo lo que deberíamos ser.

Pero, en cualquier caso, es maravilloso cómo la estrella de los reyes magos sigue brillando en el cielo todas las navidades. Tal vez es el modo que Dios tiene de motivarnos, o tal vez su manera de decirnos que, a pesar de todo, nos quiere, aunque este año hayamos dejado a los camellos pastando tranquilamente.

Me gustaría creer que así es.

Tate dejó de leer, cerró el diario de su padre y lo dejó encima de la mesa. Por un momento, sólo el crepitar de las llamas de la chimenea quebraba el silencio.

Krista, que estaba sentada a su lado en el sofá, puso su mano sobre la de Tate.

—Qué herencia tan maravillosa te ha dejado. Pocos de nosotros sabemos lo que nuestros padres pensaban realmente sobre el mundo.

—Tengo los diarios de Millard y los libros de Jess, supongo que tengo mucha suerte.

Tate sonrió a Krista y a Jess, que estaba de pie detrás de su mujer. Jess acababa de regresar de Oriente Próximo después de completar con éxito su misión allí. Tenía el pelo negro y su piel todavía guardaba el bronceado del sol del desierto. Su color contrastaba con la blancura de la piel de Krista y la melena rubia de ésta.

—Este sitio es asombroso —dijo Jess—. La cabaña, las tierras, el sótano de Millard…, pero sus diarios son lo más asombroso de todo. No tienen precio. Habría que difundirlos.

—Lo sé. Últimamente he tenido tiempo de estudiarlo. Tenía tanto que decir acerca de todo… Me imagino que el hecho de vivir sólo y relativamente aislado le proporcionaba el tiempo necesario para pensar. Al parecer, eso se le daba bien. Will me decía que cuando le preguntaba algo a Millard, éste necesitaba al menos una semana para decirle todo lo que pensaba sobre el tema, y a él le llevaba por lo menos otra pensar una respuesta.

Jess se rió.

—Parece que lo de dar vueltas a las palabras se les da bien a los Carter.

—Yo vivo aterrada pensando que un día me despertaré contando cuentos.

—Bueno, el de Simón Vandergriff no estaba mal, para empezar —dijo Krista apretando la mano de Tate.

Ésta notó una punzada de dolor que ya conocía y, a propósito, imprimió a su voz un tono desenfadado.

—Incluso tiene final feliz, ¿eh? El capitán Shaw procesado y, según lo que Jess ha podido averiguar, Simón de nuevo en Washington jugando a ser *James Bond*.

Krista miró hacia arriba y dirigió a su marido una mirada de preocupación antes de responder.

—Me imagino que la pregunta ahora es… ¿eres feliz? —señaló con la mano lo que los rodeaba.

Ramas de acebo atadas con lazos rojos colgaban alrededor de las ventanas y sobre la puerta. En una esquina, había un gran abeto que llegaba hasta el techo, adornado con arándanos, palomitas de maíz y unos adornos del siglo diecinueve que Tate había encontrado en el sótano.

—Esta cabaña es asombrosa —continuó Krista—, y es fantástico cómo la has adornado para las fiestas, cariño, pero ¿te basta con esto? Estas muy sola aquí…

—No tan sola como crees. Ahora que los Carter saben que quiero ser parte de la familia, siempre tengo a alguien de visita. Tengo que andar despejando el porche de niños y perros continuamente —antes de que Krista pudiera responder, continuó—: Ahora en invierno no puedo hacer gran cosa fuera de casa, pero en cuanto llegue la primavera plantaré más abetos y haré un jardín. Mientras tanto, voy a empezar a teclear algunas partes del diario de Millard para tantear si habría alguien interesado en publicarlos.

—Es una buena idea —dijo Jess—. Iba a sugerírtelo.

—Entonces es que es una buen idea —Tate le dirigió una sonrisa de agradecimiento—. ¿Me asesorarás?

—Y te pondré en contacto con varios agentes.

—Podrías volver con nosotros a Virginia para pasar el invierno —sugirió Krista—. Te puedes llevar los diarios y trabajar allí.

—Kris, tengo casi veintidós años. Tienes que dejarme ir —Tate pasó un brazo sobre los hombros de Krista y apoyó un momento su mejilla en la melena de rizos rubios—. Ya no soy la cría harapienta que sacasteis de las calles de Nueva Orleans.

—Ya no eres una cría. Y punto —dijo Jess. Una de sus manos descansaba sobre el hombro de Krista y, la otra, sobre el de Tate—. Estoy orgulloso de que vivas aquí y estés convirtiendo este sitio en un hogar.

—¡Pero todos esos agujeros de bala en los troncos de fuera! —Krista se estremeció.

—Pero ni una de esas balas me rozó —Tate se alegraba de que Krista no hubiera visto el estado de la cabaña antes de que colocaran cristales nuevos en las ventanas y repararan los escalones del porche.

—Kris se siente un poco demasiado maternal últimamente —se disculpó Jess.

Tate abrazó a Krista. El día anterior, nada más llegar a la cabaña, Jess y Krista habían descorchado una botella de champán para anunciarle que su situación de hija única iba a cambiar en breve.

—Todavía no puedo creer que vaya a tener más familia —dijo Tate—. Los Carter, los Cantrell, por no mencionar a los Clayton. ¿Cuándo va a acabar esto?

—Queremos tener por lo menos dos hijos, tal vez tres, seguidos —le advirtió Krista—. Vamos a inundarte de hermanas y hermanos, para que tengas una excusa para venir a casa a visitarnos.

—Y, mientras yo esté aquí, podréis venir todos para celebrar todos los años la Navidad al estilo tradicional de Arkansas.

Jess echó un vistazo a su reloj.

—Hablando de eso, ¿no tendrían que haber llegado ya los Clayton?

Tate se puso de pie. La hermana de Krista, Anna, y su marido también iban a pasar allí las vacaciones de Navidad.

—Me imagino que Will estará a punto de volver con ellos del aeropuerto en cualquier momento. Dovey quiere que vayamos a su casa a esperarlos. Ha invitado a los demás Carter para conoceros. Está preparando budín de ardilla para cenar.

Krista tragó saliva.

—Y pollo para los remilgados —prometió Tate.

—Está nevando —Jess fue a la ventana y miró hacia fuera—. Es una Nochebuena perfecta.

Tate quería creerlo. Jess y Krista estaban allí, y Anna y su familia llegarían pronto. Con una excepción, la gente que Tate quería más en el mundo estaría allí para Navidad.

Con una excepción.

—¿Qué tal si vamos dando un paseo? —Jess dio la espalda a la ventana y las miró—. ¿Te apetece, Kris?

—Me encantaría —la interpelada se puso de pie—. Tate, ¿sabes llegar hasta allí andando?

Tate intentó sacudirse el pesar que la embargaba siempre que pensaba en Simón.

—Os diré por dónde tenéis que ir. Yo me reuniré en seguida con vosotros, antes tengo que terminar algo aquí —rehusó la ayuda que Jess le ofreció moviendo la mano—. No, id yendo Krista y tú. También quiero cambiarme de ropa. Podéis dar un paseo romántico por el bosque sin mí.

Les dio instrucciones y esperó a que se abrocharan hasta el último botón los abrigos. Jess le puso a Krista una bufanda alrededor del cuello y, con delicadeza, le sacó el pelo por fuera. Su ternura apretó aún más el nudo que Tate tenía en el estómago. No porque Krista y Jess se quisieran tanto, sino por lo que faltaba en su propia vida.

Los despidió y se quedó un momento en el porche para comprobar que tomaban el camino indicado por el bosque, ya que empezaba a oscurecer y no quería que se perdieran.

No se sorprendió al ver que la nieve empezaba a caer. El humo de su chimenea salía formando tirabuzones y, según los diarios de Millard, ésa era una señal inequívoca de que pronto nevaría. Según ese mismo diario debía ser capaz de predecir la cantidad de nieve que caería a partir del tamaño de los copos, pero no lograba recordar si eran los copos grandes o los pequeños los que anunciaban una nevada copiosa. Tampoco le importaba mucho.

¿Cuándo dejaría de recordarle todo a Simón? Dos meses atrás, ni siquiera lo conocía. ¿Por qué no podía volver atrás en el tiempo a esa época? Así la nevada no le haría echar en falta unos brazos cálidos alrededor de sus hombros.

No había olvidado lo que se sentía entre los brazos de Simón, ni el sabor de los besos de éste. No se había olvidado de sus cuerpos enredados sobre la alfombra, delante del fuego de la chimenea.

Krista nunca sabría lo tentada que había estado de aceptar volver con ellos a Virginia. La cabaña estaba llena de recuerdos, pero aun así, todavía no podía desprenderse de ellos. No viviría allí para siempre, algún día la cabaña sería sólo una casa de verano, un lugar donde aislarse del mundo, pero, por el momento, era el museo que cobijaba sus recuerdos, además de los restos de la cultura popular de las Ozarks. Todavía no estaba preparada para deshacerse de la pequeña parte de Simón que todavía conservaba.

Cuando Krista y Jess desaparecieron, Tate entró y cerró la puerta. Nevara mucho o poco, esos minutos en el porche habían sido una advertencia de que la noche sería muy fría. Había aprendido a vivir sin calefacción central, pero sus invitados tendrían que acostumbrarse a los inconvenientes de que el retrete estuviera fuera de la casa y una cocina con estufa de leña. Lo menos que podía hacer era echar unos troncos al fuego y caldear más la cabaña antes de ir donde Will. Así, con un buen rescoldo esperando, podría reavivar rápidamente el fuego cuando volvieran.

Echó el último tronco dentro de la chimenea y puso la pantalla delante. Necesitaría más leña para calentarse esa noche. Se puso la chaqueta y las botas de trabajo para ir a buscarla. Había que acarrear agua y echar maíz a los gansos. Y, a menos que Cinn se hubiera marchado con Jess adonde Will, tendría que alimentar a un podenco machista y ponerle un poco de paja en el cobertizo para que durmiera allí.

Esas tareas agotadoras e interminables la habían ayudado a sobrevivir durante semanas desde que Simón y Gallagher se marcharan. Y se alegraba de tener un poco de trabajo duro ante ella esa tarde.

Simón se abría paso lentamente entre los árboles. Otra noche, en un pasado no muy lejano, había atravesado ese bosque a la luz de una gigantesca luna de color ámbar. Como para recordárselo, sintió una punzada en la pierna. Era el frío lo que le producía esos pinchazos. La temperatura estaba cayendo y, aunque la herida de la pierna había cerrado perfectamente, todavía se resentía con el frío y el calor. Las semanas que había pasado haciendo fisioterapia casi habían borrado su cojera, pero tendrían que pasar muchas más semanas para que desaparecieran todas las señales del disparo que había recibido.

Otras cosas no serían tan fáciles de olvidar.

Se preguntaba si aquello tendría sentido. ¿Qué derecho tenía a pensar que Tate tal vez siguiera allí, esperándolo? No había escrito, ni se había puesto en contacto con Will o con el sheriff para preguntar por ella. No se había molestado en comunicarle que estaba a salvo porque sabía que, desde el momento que Gallagher lo había tomado bajo su protección, eso era evidente.

Se había marchado de allí seis semanas atrás, sin mirar atrás, diciéndose que era lo mejor. No podía ofrecer mucho a una mujer, y nada a una tan apasionada y tan intensa como Tate, que necesitaba compromiso, estabilidad y mucho amor para borrar la soledad y las heridas de su niñez. Él tenía más experiencia en rescatar a gente que en cuidar de ella.

Qué raro, ¿no?, las cosas que un hombre podía llegar a decirse cuando tenía miedo.

Pensó que tal vez había sido también el miedo lo que lo había impulsado a dejar el coche en el camino principal en lugar de llegar con él hasta la cabaña. De esa manera podía atravesar el campo agreste y el bosque antes de ver la cabaña. No tenía una idea clara de lo que estaba buscando ni de qué lo impulsaba a atravesar el último claro y llamar a su puerta. Tal vez necesitaba aquellos minutos suplementarios y el aire helado de la montaña para ensayar lo que iba a decir. O incluso para decidir si decirlo o no.

Fuera cual fuera la razón, sabía que se estaba acercando al punto desde el cual se divisaba tanto la cabaña como el río que discurría más abajo. El día anterior, Aaron lo había informado de que ese río albergaba los mejores ejemplares de trucha de las Ozarks, e incluso lo había amenazado con acudir allí para enseñarle a Simón cómo pescarlos, si pensaba quedarse unos días en la zona.

Simón le había dicho que no hiciera aún el equipaje.

Las hojas, cubiertas por una ligera capa de nieve, crujieron bajo la suela de sus botas. La luna asomaba entre los árboles y en el cielo, justo encima de la cabaña, brillaba una estrella increíble. Simón se detuvo y contempló la escena navideña en todo su esplendor. El tejado de la cabaña estaba blanco, cubierto de nieve, y de la chimenea salía humo, una buena señal, aunque dentro no se veía ninguna luz.

Era Nochebuena. Era probable que Tate estuviera en otra parte: en la iglesia, en el pueblo, con su familia… Había un coche desconocido estacionado junto a la cabaña. Tal vez estuviera enseñando a quien fuera los alrededores, o tal vez el visitante fuera otro hombre.

Entrecerró los ojos mientras consideraba esa posibilidad. ¿Qué sabía de ella, en realidad? Habían estado muy poco tiempo juntos, no habían hablado de otros amores. Ella era virgen, pero no era tan tonto como para creer que él era el primer hombre que la perseguía. Incluso Gallagher y Barker la mencionaban siempre que tenían ocasión, como dos idiotas encaprichados. Simón estaba empezando a pensar que sus compañeros envidiaban su odisea o, al menos, adonde lo había conducido.

La noche era demasiado fría como para quedarse haciendo suposiciones sobre dónde estaría Tate y con quién. Podía regresar por donde había venido, volver a casa y escribirle una carta, o continuar adelante para encontrar algunas respuestas.

El dilema era el más sencillo que se había planteado en las últimas seis semanas.

Tate intentó agarrar a Cinn una vez más, pero el perro se escurrió con habilidad. Obviamente, tenía planes para esa noche que no incluían dormir en el cobertizo. La miró con sus ojos grandes y melancólicos; luego alzó la cabeza hacia la luna y aulló.

Tate se sacudió el polvo de las manos en los pantalones y se dio por vencida. Cinn no había dormido dentro ni una vez desde que Simón se había marchado, pero con Jess, Grady y Ryan durmiendo en la cabaña esa noche, ella se había imaginado que podría arrastrar al perro hasta la alfombra, delante de la chimenea. Siendo como era un perro de hombres, experimentaría un éxtasis canino. Ahora trotaba delante de la cabaña, casi como si le hubiera leído el pensamiento.

Tate había acarreado el agua y se había ocupado de los gansos y del perro. Acabó de llenar de leña la vagoneta. Los primeros días de agonía después de que Simón se marchara, había partido suficiente para todo el invierno. Esa noche, todos lo agradecerían.

Cuando hubo cargado todos los troncos, empezó a empujar cuesta arriba hasta el porche. Antes de meter la leña dentro de casa, pondría agua a calentar para poder lavarse después de cargar la madera. Así podría cambiarse y montarse en el coche para ir a casa de Will. Un paseo por el bosque nevado en Nochebuena le parecía tortuosamente sentimental.

Una vez en el porche, aseguró la carretilla y empezó a descargar los troncos. Los fue dejando junto a los escalones, encima de la tarima. Cuanto tuvo en los brazos

la última carga, en vez de dejarla junto al resto, abrió la puerta trasera para echarla en la chimenea.

Había un hombre de pie en el centro de la habitación, iluminada sólo por un rayo de luna. Tate se paró en seco, pero el pánico que sintió era diferente al que había experimentado al encontrárselo allí meses atrás.

—¡Simón!

—¿Vas a dejar caer los troncos… o me los vas a tirar a mí?

Ella agarró la carga como si fuera todo lo que tuviera en la vida. Simón llevaba el pelo más largo que cuando se había escapado de High Ridge. Llevaba un abrigo de paño oscuro, una bufanda elegante al cuello y pantalones de su talla. Parecía incluso más alto, y su postura indicaba que se sentía cómodo de pie y que, por lo tanto, la herida de la pierna se había curado.

Parecía intocable, sofisticado, un distinguido heredero de algún reino extranjero, en lugar del hombre del que ella se había enamorado.

—Desde luego, te gusta asustar a la gente —dijo por fin. Fue hacia la chimenea para depositar la leña, pero él la interceptó y le quitó de los brazos parte de la carga.

Los brazos de Simón rozaron los de Tate y ésta retrocedió.

—He visto un coche fuera —empezó a decir Simón—. ¿Tienes visita?

—Jess y Krista, pero se acaban de marchar a casa de Will. Espero más compañía, pero no te esperaba a ti —echó los troncos al fuego y estos hicieron un ruido sordo al caer—. ¡Maldita sea, Simón, no te esperaba! No has escrito, no te has puesto en contacto conmigo… y ahora te presentas en mi casa como si tuviera que alegrarme de verte.

—¿No te alegras? —él echó al fuego la leña que sujetaba y se volvió hacia ella.

—No lo sé.

—No he podido dejar de pensar en ti.

—Pues tienes una manera un poco rara de demostrarlo —cruzó los brazos y levantó la barbilla—. Me imaginaba que estarías en Europa cumpliendo con tus obligaciones dinásticas, o robando secretos de alguna red informática. O incluso pensé que tal vez te habían vuelto a herir.

—He estado en Washington. Sabes muy bien que estaba allí, porque Jess Cantrell estuvo preguntando por mí.

Ella alzó todavía más la barbilla.

—Arriesgué el cuello por ti más de una vez. Pensaba que merecía al menos saber sí seguías con vida.

—Le pediste a Jess que averiguara qué había sido de mí porque te importo.

—No saques conclusiones precipitadas. ¿Es que no te han enseñado eso en las clases de agente secreto?

—Te asombraría saber las cosas que he aprendido. Por ejemplo… —deslizó una mano por una de las mangas de la chaqueta de Tate y, con delicadeza, obligó a ésta a descruzar los brazos y le quitó el guante de una mano—. Tienes las manos frías.

Ella trató de soltarse.

—Está nevando.

—Sí, pero los guantes están forrados de piel, así que la nieve no explica por qué te tiembla la mano —la entrelazó con la suya.

Tate notó que el calor de la mano de Simón la atravesaba, pero intentó no pensar en ello.

—Me tiembla porque me has dado un susto de muerte.

—Probablemente te asusto. Tú también me asustas a mí. Cuando estoy contigo, no sé quién soy.

—Podrías haber resuelto ese problema no volviendo aquí.

Simón se llevó a los labios la mano de Tate y le besó los dedos uno por uno. Ella cerró los ojos y sintió absurdos deseos de llorar.

—No quiero seguir siendo un fugitivo —dijo Simón mientras retenía la mano de Tate sobre su mejilla.

Ella tragó saliva.

—Yo tuve que aprender a dejar de escapar. ¿Tú puedes hacerlo? No es fácil, Simón.

—Ahora mismo estás escapándote. Te he preguntado si te alegrabas de verme y te has escabullido.

—Sí, me alegro de verte.

Él tiró de ella, la rodeó entre sus brazos y la apretó contra sí.

—Quería volver desde el día que me marché de aquí. No te he escrito porque no sabía qué decirte.

—¡Nunca te he pedido que me dijeras nada! —ella levantó la cara hacia él con sinceridad—. Nunca te he pedido nada. Si estás aquí porque piensas que estás en deuda conmigo…

—¡Estoy aquí porque quiero! —la besó, impidiendo de ese modo que Tate respondiera. Con una mano, le quitó la bufanda que ésta llevaba al cuello y la tiró al suelo. Al cabo de un instante hizo lo mismo con la chaqueta. Ella estaba también deseosa de tocarlo, y la bufanda y el abrigo de Simón corrieron la misma suerte.

—Planeaba hacer esto con más tacto —dijo él con voz trémula. Enterró los dedos en el pelo de Tate y la besó en la frente, en los pómulos.

—No quiero tacto, te quiero a ti —Tate se arqueó contra él para subrayar sus palabras.

—Te prometo las dos cosas. Algún día —él acabó de desnudarla con el entusiasmo con el que un niño abriría un regalo navideño.

Ella intentó desvestirlo también, pero Simón estaba demasiado impaciente como para esperar a que lo hiciera sola, y la ayudó. La alfombra que había delante del fuego les dio la bienvenida como a viejos amigos.

Tate se había preguntado varias veces a lo largo de esas semanas si no habría exagerado en su recuerdo los placeres que las manos de Simón le hacían sentir. Ahora, sin embargo, se daba cuenta de que su memoria no podría compararse con la realidad. No había forma de revivir en el recuerdo tanta perfección, algo tan exquisito. ¿Cómo iba a recordar algo así…, aquella sensación que se iba intensificando lentamente, aumentando hasta hacerse insoportable, y anhelaba alcanzar el cataclismo final?

Tate se retorcía y se movía debajo de él, encima de él, como una bailarina tan inmersa en su actuación que no necesitara recordar ya los pasos. Todo en Simón le resultaba reconocible, a pesar de ser algo nuevo también en su vida. Absorbía el calor de su cuerpo, la suavidad de su piel, la presión de sus labios en el pecho. Notó que los dedos de Simón se clavaban en su espalda mientras éste perdía la paciencia completamente y la tumbaba de nuevo sobre la alfombra.

Miró su cara mientras él se unía lentamente a ella. Tal vez el recuerdo sólo pudiera capturar una mínima parte de la realidad, pero sabía que nunca olvidaría lo que los ojos de Simón le decían mientras comenzaba a moverse dentro de ella.

—Ni siquiera sabía si volvería a verte —Tate seguía entre los brazos de Simón— pero me decía que si volvíamos a vernos algún día, me pondría un vestido. Sólo me has visto vestida con vaqueros y blusa de franela.

—Seguramente habría pasado de largo, pero me habría sentido culpable por haberme fijado en ti cuando, en realidad, la mujer que quiero vive en Arkansas.

Ella se estremeció, pero hizo como si fuera de frío.

—¿Eso habrías pensado? —preguntó con desenfado.

El no se dejó engañar por su tono. Estaba tumbado sobre ella y la miró a los ojos.

—¿Por qué no te lo digo en lugar de pensarlo? Quiero a una mujer que es de aquí, de Arkansas. Y quiero que dure para siempre. ¿Tú crees que ella me dejará?

—¿Cómo podría impedírtelo?

—No puede impedir que la quiera, pero podría impedirme que la viera, privarme de su presencia.

—¿Y por qué iba a querer hacer eso? —Tate le retiró con la mano un mechón que le caía sobre la frente.

El tardó en responder.

—Sigo siendo el mismo hombre que era. Probablemente moriré tratando de ser un héroe, espero que eso suceda cuando ya sea muy viejo pero… —estaba claro a qué se refería.

—¿No vas a convertirte en otra persona por mí?

El tono de Tate era de indiferencia, y Simón no sabía qué había querido decir.

—Quiero tenerte en mi vida. Es egoísta, sé que estoy pidiendo demasiado, pero al final me he dado cuenta de que eso te corresponde decidirlo a ti. No volveré a escaparme de ti, sino que dejaré que me digas tú cuándo debo marcharme.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Nada de un trabajo de oficina, de nueve a cinco?, ¿ni una casita en las afueras?

Él sonrió despacio, empezaba a entender.

—Sólo un hombre que te quiere, y que te promete no correr riesgos innecesarios.

—¿No vas a ser director de un banco, ni monitor de los boy scouts?

Él reflexionó.

—Podría dar un par de clases de cómo hacer nudos.

—Y forzar candados —ella le retiró una vez más de la frente el pelo—. No quiero ni deseo que la vida contigo sea común y corriente. No sabría qué hacer con una vida así. No quiero volver a encadenarte. ¿Podríamos ir fijando los detalles según se vayan presentando las cosas?

—¡Quiero que estemos juntos! —ahora Simón no sonreía.

Tate vio que lo decía completamente en serio y que le había costado mucho pedirle que compartiera su vida con él. Lo abrazó con fuerza.

—Entonces me iré a vivir contigo.

—¿Y qué pasa con la cabaña?

—Dovey y Will la cuidarán. Le he dicho a Will que use las tierras que necesite, así que pasará por aquí a menudo. Y nosotros vendremos de vacaciones.

—¿Qué harás tú en Washington?

—Le pediré trabajo a Gallagher.

Él se quedó mirándola fijamente.

—¿A Gallagher?

—Me contratará inmediatamente.

Simón temía que Tate estaba en lo cierto…, y no la contrataría para que trabajara de secretaria. Ella había demostrado que su fuerte era el cuerpo a cuerpo sobre el terreno.

—No nos faltarán temas de conversación —añadió Tate al ver que él no respondía—. ¿Crees que eres el único al que le gusta la aventura?

—Podemos fijar los detalles según surjan.

—¿Y sí no nos ponemos de acuerdo?

—Llegaremos a un acuerdo.

—Yo sé ceder. ¿Y tú?

—Claro que sí —respondió Simón—. Siempre que me salga con la mía.

—Tengo la sensación de que eso sucederá la mayor parte de las veces.

Simón inclinó la cabeza y la besó. Luego se quedaron callados largo rato.

—¿Vamos a contarle a tu familia que nos vamos a casar? —preguntó finalmente sin separar los labios del cuello de Tate.

Ella lo empujó para obligarlo a mirarla.

—¿Casarnos? ¿Quién ha hablado de casarse?

—¿Y de qué creías que hablaba?

—De que fuera a vivir contigo a Washington.

—No has tenido una vida corriente, ¿verdad? —tomó la cara de Tate entre sus manos—. Te quiero para siempre. Y cuando uno quiere de ese modo, se casa. Incluso los héroes y heroínas en potencia.

—Te he dicho que no quiero encadenarte.

—El matrimonio es un lazo entre dos personas, no una cadena. ¿Sabes cuál es la diferencia?

Tate notó que algo se agitaba en su interior.

—¿Estás seguro de que tú sí sabes cuál es?

—Cuando he dejado de escapar, he empezado a comprender.

Mientras Simón la besaba de nuevo, ella lo abrazó con fuerza, pegándose a él. Habría tiempo para fijar los detalles. Más importante todavía, para ninguno de los dos había nada más importante. Podía ir allí donde la vida los llevara sin tener que mirar atrás. Juntos. Tate se preguntaba si sería eso a lo que Millard se refería cuando hablaba de seguir la estrella de los reyes magos.

—Millar se habría alegrado mucho de saber que nos hemos encontrado el uno al otro —murmuró ella junto a la mejilla de Simón.

—Tu padre era una especie de mago.

—De algún modo, él nos ha reunido.

—Un mago.

Tate sonrió. Sabía que Simón tenía razón.

Fin